

DEPARTAMENTO DE LETRAS
TRABAJOS, COMUNICACIONES Y CONFERENCIAS. — V.

FRAY BENITO JERÓNIMO FEIJOO Y MONTENEGRO

Estudios reunidos
en conmemoración
del II° centenario
de su muerte

(1764 - 1964)



UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
LA PLATA

FRAY BENITO JERÓNIMO FEJOO Y MONTENEGRO



D/
1964

Apunte del Padre Benito J. Feijoo y Montenegro realizado por el pintor y ceramista gallego Isaac Díaz Pardo.

*San Martín
1965*

DEPARTAMENTO DE LETRAS

TRABAJOS, COMUNICACIONES Y CONFERENCIAS. — V.

FRAY BENITO JERÓNIMO FEIJOO Y MONTENEGRO

Estudios reunidos
en conmemoración
del II° centenario
de su muerte

(1764 - 1964)



UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACION
LA PLATA

IMPRESO EN LA ARGENTINA

Queda hecho el depósito que previene la ley N.º 11 723.

© by Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
(Departamento de Letras). Universidad Nacional de La Plata.

La Plata, 1965.

SUMARIO

	<u>PÁG.</u>
<i>A doscientos años de la muerte del padre Feijoo</i>	9
<i>Síntesis cronológica de su vida y obra</i>	15

PRIMERA PARTE

SITUACION, PERSONALIDAD Y OBRA DEL PADRE FEIJOO

ONOFRE F. CARAMÉS: <i>Ubicación de un enemigo del error</i>	19
JUAN C. GHIANO: <i>El padre Feijoo en la realidad española</i>	39
CLEMENTE HERNANDO BALMORI: <i>Feijoo, un nacionalista antinacional</i>	59

SEGUNDA PARTE

FEIJOO Y GALICIA

ALBERTO VILANOVA: <i>La "galleguidad" del padre Feijoo</i>	69
JOSÉ NÚÑEZ BÚA: <i>Feijoo, Sarmiento y el idioma gallego</i>	103

TERCERA PARTE

CONSIDERACIONES GENERALES SOBRE LA OBRA DE FEIJOO

REYNA SUÁREZ WILSON: <i>El "Teatro crítico universal" del padre Feijoo.</i>	129
ELSO D. DI BERNARDO: <i>Acerca de algunos recursos dialécticos, fuentes y procedimientos estilísticos del padre Feijoo</i>	137
RAQUEL SAJÓN DE CUELLO: <i>Feijoo y el enciclopedismo</i>	155
RAÚL H. CASTAGNINO: <i>Sentido de la polémica en el quehacer intelectual del padre Feijoo</i>	167

CUARTA PARTE

GLOSA DE ALGUNOS TEMAS FEIJOONIANOS

AMELIA SÁNCHEZ GARRIDO: <i>Feijoo: entre la urbanidad y la estética</i>	175
ALCIDES DEGIUSEPPE: <i>Feijoo y su visión de la universidad</i>	187
EMILSE B. CERSÓSIMO: <i>Ideas acerca de la mujer en el padre Feijoo</i>	195
AURELIA C. GARAT: <i>Variaciones sobre el tema del amor en el pensamiento del padre Feijoo</i>	201

QUINTA PARTE

FEIJOO, LAS ARTES Y LAS CIENCIAS

LUIS SEOANE: <i>El padre Feijoo y las artes visuales</i>	211
DELIA A. MARCHISONE: <i>Observaciones del padre Feijoo sobre la música sagrada</i>	223
ARMANDO ASTI VERA: <i>Las ideas metasíquicas del padre Feijoo</i>	235
FERMÍN FERNÁNDEZ GARCÍA ARMESTO: <i>Feijoo, el reformador del arte de curar</i>	249
GUMERSINDO SÁNCHEZ GUISANDE: <i>El padre Feijoo y los anatomistas españoles de su siglo</i>	259

SEXTA PARTE

PRESENCIAS DE LO AMERICANO EN EL PENSAMIENTO DEL PADRE FEIJOO

ABEL CALVO: <i>Feijoo y su concepto de la conquista española de América.</i>	281
EMILIO CARILLA: <i>Feijoo y América</i>	293

A DOSCIENTOS AÑOS DE LA MUERTE DEL PADRE FEIJOO

EN el último cuarto del siglo XIX, al presentar en la Biblioteca de Autores Españoles una selección de escritos de fray Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro, se preguntaba Vicente de la Fuente, con transparentes reservas, si sería conveniente reeditar los discursos y cartas del monje benedictino. Juzgaba la empresa comercialmente arriesgada, dudaba acerca de los reales méritos del polígrafo gallego para figurar en dicha Biblioteca y su extenso prólogo abunda en reparos lingüísticos, científicos y religiosos, reveladores de incompreensión en lo referente a sentido, ubicación y enjuiciamiento de la obra feijooniana. Gravitaba aún en él la despectiva sentencia de Alberto Lista: "Al padre Feijoo se le debiera erigir una estatua y al pie de ella quemar sus escritos."

Casi medio siglo después, en 1933, un sabio humanista —el doctor Gregorio Marañón— concluye el estudio *Las ideas biológicas del padre Feijoo*¹, obra hoy fundamental para penetrar, comprender y valorar personalidad, escritos y aporte intelectual de Feijoo. En ella, Marañón estima el juicio de Lista como "frase que es hora ya que se la califique justicieramente con el adjetivo de sandez, y después de esto se la olvide para siempre". En ella, también, presiente la revaloración de Feijoo y "su consagración definitiva y popular". Pero, para esto, "es necesario que al par de las críticas generales sobre el padre Feijoo y su vasta producción total, se enfoque, con los criterios modernos, cada uno de los aspectos parciales para valorar rigurosamente todo lo que hubo de involuntariamente ligero y equivocado en el caudal exuberante de sus ensayos; y todo lo que hubo de firme, de adivinatorio, de rebelde contra la actualidad perecedera y de renovación de la cultura de su tiempo".

¹ GREGORIO MARAÑÓN: *Las ideas biológicas del padre Feijoo*. Madrid. Espasa-Calpe. 1933.

Murañón propone en estas líneas un criterio de trabajo para la exégesis feijooniana; tal ha sido, en la mínima medida de nuestras fuerzas y posibilidades, el norte rector para la planificación del presente volumen, que se ofrece como homenaje conmemorativo del segundo centenario de la muerte del autor del Teatro crítico universal.

Pocos autores se hallan en la literatura universal, de cuyas obras se puede decir que, a la vez, son fijación de un instante del mundo, de la humanidad, y su trascendencia; que cada una de las inquietudes particulares asentadas en sus páginas vale, no sólo para un momento y lugar, sino universalmente. Uno de ellos es, sin duda, fray Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro, ilustre benedictino gallego, cuya fama—en días en que desconocida la publicidad, limitado el número de libros y lectores, frenado por un hábito religioso, no era fácil trascender— alcanzó resonancia en el viejo y en el nuevo mundo, promovió benéfica y progresista influencia.

Cualquiera sea la índole de asuntos que se indague, será posible traer al caso el parecer de Feijoo. Observar, mirar y ver; cernir y enjuiciar todo para todos, constituiría la descripción sintética de la tarea y propósitos del monje gallego, al propio tiempo que la glosa explicativa del título de su obra principal: Teatro crítico universal. La semántica de su enunciado lo confirma. Teatro: supone etimológicamente observar, mirar, ver. Crítico: cernir y enjuiciar. Universal: todo para todos.

Feijoo supo transitar caminos medieros, lo mismo para interesar al erudito que al hombre común; para moverse entre polarizados reclamos de razón y fe, del método científico-experimental y del dogma. No eligió temas con regusto sibarítico ni escribió sólo para iniciados. Tampoco inferiorizó sus miras para llegar a los indoctos. Lo que contribuyó al impacto que sus escritos produjeron en los contemporáneos—tanto como el sentido progresista y el criterio renovador— fue, entre otras cosas, la materia varia de sus tratados; el hecho de que la fuente de sus asuntos no fuera sólo quisicosa de la erudición o enmohecidos infolios de la ciencia tradicional teológica, sino la vida misma, la experiencia inmediata, los afanes cotidianos del hombre de la calle, la “cosa” vulgar, de la que se había apartado desdeñosamente la pedantería de sabios infatuados.

De ahí lo entremezclado que andan —en el Teatro crítico universal o en las Cartas eruditas— los asuntos más diversos, la paja y el grano; de ahí, por ejemplo, que alternen una cuestión sobre medicina y la controversia sobre rbdomantes y zahoríes, lo inefable del goce estético, condensado en la fórmula “precisa-imprecisa” del no sé qué y la indagación sobre trasgos, duendes o espíritus familiares; un paralelo lin-

güístico sobre lo español y lo francés y una sui-géneris filosofía de la historia.

Uno de los buenos ensayos que reúne la copiosa bibliografía acumulada sobre vida y obra de Feijoo —el de María Ángeles Galino, incluido en el volumen *Tres hombres y un problema* y titulado “La personalidad de Feijoo, preceptor de la Nación”²— al presentar al Padre Maestro subraya y analiza tres rasgos principales concernientes a los modos de ver y enseñar de Feijoo: condición de pensador clarividente, afán de lector insaciable, independencia de juicio.

Tal vez hoy, los inmensos avances de la ciencia y la técnica, el caudal de fuentes de estudios acumulado en los doscientos años transcurridos desde la muerte de Feijoo y la constante lucha sostenida por las más preclaras mentes para preservar libre el espíritu del hombre de toda tutela discrecional o dirigismo intencionado, desdibujen el sentido que tuvieron aquellos rasgos feijooianos, excepcionales por proceder de un español, miembro de una orden religiosa y hombre de la primera mitad del siglo XVIII; motivo por el cual, ahora, al retornar conmemorativamente a la obra del padre Feijoo, es menester no olvidar las razones de lugar y tiempo que los apuntalaron, la significación especial de aquellos rasgos ni la trascendencia de la obra de Feijoo.

El método experimental, piedra angular del progreso científico, puerta de ingreso en la Edad Moderna, encontró decidido defensor y practicante en el benedictino, a quien, por lo mismo, más de una vez se le ve acercarse temerariamente a fronteras de heterodoxia, aunque en ningún momento franqueará límites del dogma y de la fe.

¿Significa esta actitud dual una contradicción? Nada en Feijoo autoriza a una respuesta afirmativa absoluta. Del aparente desencuentro que suele sospecharse entre razón y fe, lo revelado frente al conocimiento proveniente de la experiencia o de la verificación racional, algunos críticos detractores de Feijoo hablan, en plural, de “sus contradicciones”, discuten acerca del carácter de su fe o de su saber. Pero, sin embargo, paradójicamente, las contradicciones no se manifiestan externamente en lo aportado por Feijoo. Ningún lector podrá ser arrastrado, a través de una página del docto maestro, a la duda, a renegar de su fe religiosa, a desviarse de la más rígida ortodoxia. Tampoco afectan la coherencia de su pensamiento y posición. En realidad, como bien lo expresa María Ángeles Galino³, no hay contradicciones en la obra de Feijoo, sino que él es, en sí y por sí, la contradicción, en cuanto hombre que, simultáneamente, atiende y “mira a dos mundos” “Existe una dualidad radical —expresa dicha autora— en este benedictino pro-

² MARÍA ÁNGELES GALINO: *Tres hombres y un problema*, pp. 45 y ss. Madrid, Consejo de Investigaciones Científicas. 1953.

³ Obra citada, p. 48.

vinciano, que lee a Bayle y Fontenelle... En él riñen combate, antes de salir a la luz, no de candilejas, sino del sol meridiano de su Teatro, el dialéctico y el crítico, el físico y el metafísico, el creyente y el racionalista." Se podría añadir, todavía, que Feijoo es la contradicción misma, porque en él se debaten los restos de una mente medieval conformada por la dirección teológica del pensamiento, por el sometimiento feudal, y los atisbos de concepciones modernas del hombre y de lo humano, que claman por la libertad del espíritu, por la autodeterminación de realizarse vital y gozosamente en la posesión y conocimiento de cuanto lo rodea y es.

Las largas vigiliias que le permitieron hallar caminos de aristotélica virtud para "argüir con la heterodoxia y concluir con ortodoxia" pueden explicar, quizás, la no frecuente circunstancia de que decida manifestarse públicamente como escritor sólo a partir de los cincuenta años; de que esa tardía vocación esté precedida de largos años de silencioso autodidactismo, proveniente de lecturas extranjeras sobrepuestas a la tradicional formación escolástica.

El ritmo de avance de la ciencia, la continua y creciente develación de secretos del universo, la exploración de mundos y órdenes desconocidos aun para nuestros antepasados inmediatos, dan hoy a muchos de los principios sostenidos por Feijoo aire tan arcaico como el que a sus ojos presentaron las falsas nociones y sofismas heredados, la ingenua credulidad pseudocientífica contra la cual combatió. La condición arcaica e ingenua que, a su vez, actualmente puedan revestir algunos de los postulados sostenidos por el benedictino, no afectan, sin embargo, el sentido renovador y progresista con que se manifestaron en el instante de su aparición ni el carácter precursor que no es posible desconocerles sin incurrir en notoria injusticia.

Por esa actitud de avanzada —que si afectó muchos intereses le granjeó elogios y respeto inconmensurables— se llamó a Feijoo, "caballero andante del buen sentido", "Quijote del siglo XVIII", "San Cristóbal de la cultura", apelativos gráficos y significativos, que es posible entresacar entre los múltiples que le fueron aplicados por panegiristas incondicionales; tantos que Gregorio Marañón, al enumerar una mínima gama, registra desde "Fénix de los ingenios de su siglo" y "Máximo de los eruditos de su tiempo" hasta "Nuevo Colón de las ciencias" y "Sol que destierra sombras de errores". Sin contar los proclives al pintoresquismo, como los aplicados por el desmesurado laudador Zernadas, cura de Fruime, quien lo rotula: "Vivo Pentateuco en quien están en asistencia Bartholus, Baldus et ego."

Al cabo de dos siglos surge una visible desproporción entre tales adjetivaciones y algunas ideas del padre Feijoo, ya perimidas. Sin embargo, la ponderación relativista de la misma requiere que se las analice en razón de su tiempo y circunstancia. Otro de los propósitos conme-

morativos que informan este volumen estriba, pues, en el intento de apreciar algunos de los aportes feijoonianos en actitud idealmente contemporánea con relación al siglo XVIII y verificar las atinadas razones, de don Vicente Risco, quien en el estudio *El Padre Maestro fray Benito Jerónimo Feijoo*⁴ apunta, por una parte, que el benedictino “llena todo el siglo XVIII español y su éxito, su gloria y su influencia fueron cosa verdaderamente extraordinaria, de la que pueden poner escasísimos ejemplos semejantes, alcanzando todos los aspectos de la vida intelectual: la filosofía, las ciencias, las letras, causando en los espíritus un efecto cuya mejor expresión fue dada, tardíamente ya, por Blanco-White, cuando dijo que, para él, “la lectura de Feijoo fue como si de su entendimiento se despejase un velo y se le fuese revelando la verdad”. Mientras que, por otra, advierte Risco, “la significación demoleadora del Padre Feijoo se ha exagerado muchísimo, tanto por sus partidarios como por sus enemigos; pero también es cierto que su influencia en este sentido alcanzó muchísimo más allá de lo que él quisiera”.

“La obra de Feijoo —varia, inesperada y amena— se deja apresar difícilmente en las mallas de una interpretación rigurosa. Literaria en primer término, tiene siempre algo de inabarcable.” Así describe los escritos feijoonianos María Ángeles Galino, con exacta apreciación. Esa inabarcabilidad procede de la infinitud temática del Teatro crítico universal y de las Cartas eruditas, cuya realidad frena todo propósito de incluir en un estudio o análisis las múltiples inquietudes feijoonianas.

Al planear el presente volumen de homenaje —conscientes de los numerosos asuntos que habrían de quedar postergados— nos dispusimos a escoger, selectivamente, seis aspectos, constituyentes de otras tantas partes estructuradoras de la publicación.

A través de ellas, en primer término, se aspira a situar al padre Feijoo en razón de época y personalidad, a glosar su pensamiento para deducir el valor actual de sus aportes como inquieto precursor. En segundo lugar, se analizan los modos de relación de Feijoo con Galicia, tierra natal. La tercera y cuarta parte congregan aspectos miscelánicos, vinculados con el oficio literario del benedictino, la primera; con pormenores temáticos, la segunda. La quinta sección concierne a enfoques feijoonianos en el campo de las artes y de las ciencias; y cierran el volumen algunas muestras de la presencia de lo americano en el pensamiento del prolífico ensayista.

Lo abundante del material reunido hubiera sido difícilmente publicable por la sola vía del magro presupuesto universitario, a no mediar

⁴ Incluido en la obra colectiva *Historia general de las literaturas hispánicas*, t. IV, 1ª parte, p. 206. Barcelona. Editorial Barna S. A., 1956.

la generosa decisión de la junta directiva del Centro Gallego de Buenos Aires, que recordando hasta qué punto Feijoo vive en el alma del pueblo gallego —el edificio del Centro se alza sobre una piedra de la casa solariega de Feijoo en Casdemiro— dispuso contribuir a la edición con un subsidio confortador. Asimismo facilitó la empresa, la desinteresada colaboración de quienes aceptaron incorporar sus trabajos en este tomo de la serie “Trabajos, comunicaciones y conferencias” del Departamento de Letras de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. A todos, pues, nuestro reconocimiento y gratitud.

RAÚL H. CASTAGNINO
Jefe Departamento de Letras

La Plata, 26 de setiembre de 1964.

SÍNTESIS CRONOLÓGICA DE LA VIDA DEL PADRE BENITO JERÓNIMO FEIJOO (1676 - 1764)

1676. 8 de octubre. Nacimiento en Casdemiro (Orense). Estudios primarios en Allariz y Rivas de Sil (Orense).
- 1690-1692. Noviciado en Samos (Lugo).
- 1693-1696. Estudios de artes en el Colegio de San Salvador de Lárez (Pontevedra).
- 1696-1699. Estudios de Teología en San Vicente de Salamanca.
- 1699-1702. Estudios en San Pedro de Eslonza (León).
- 1702-1708. Pasante y lector en el Colegio de San Salvador de Lárez.
- 1708-1709. Maestro de Teología en el Colegio de Poyo (Pontevedra).
1709. Lector de Teología en el Colegio de San Vicente, de Oviedo. Licenciado y doctor en Teología en la Universidad de Oviedo.
1710. Desempeña la Cátedra de Santo Tomás en esa Universidad.
1721. Ocupa la cátedra de Sagradas Escrituras.
1724. Catedrático de Vísperas de Teología.
1725. Publicación de *Carta apologética de la Medicina Scéptica del doctor Martínez*. Viaje a Madrid para preparar la publicación del primer tomo del *Teatro crítico universal*.
1726. Aparece el primer tomo del *Teatro crítico*...
1728. Publicación del segundo tomo del *Teatro crítico*...
1729. Publicación del tercer tomo del *Teatro crítico*... Recibe las primeras impugnaciones. Aparece el *Antiteatro crítico*, de Salvador J. Mañer.
1730. Publicación del cuarto tomo del *Teatro crítico*... Polémica con Mañer en *Ilustración apologética al primero y segundo tomo del "Teatro crítico universal"*.
1731. Mañer continúa el *Antiteatro* y lanza la *Réplica satisfactoria a la Ilustración apologética*.
1732. Interviene en la polémica el padre M. Sarmiento con la *Demostración crítico-apologética en defensa del "Teatro crítico universal"*.
1733. Publicación del quinto tomo del *Teatro crítico*...
1734. Publicación del sexto tomo del *Teatro crítico*... Continúa la polémica con Mañer. Éste insiste con su *Crisol crítico*.
1735. Un cuarto polemizante aparece con intenciones de árbitro: Ignacio Armesto Osorio, autor de *Teatro anticrítico universal*.
1736. Publicación del tomo séptimo del *Teatro crítico*... Se presenta a oposiciones en la Cátedra de Prima de Teología de la Universidad ovetense y la obtiene.
1739. Publicación del octavo tomo del *Teatro crítico*... Se jubila como catedrático de Prima de Teología en la Universidad de Oviedo.
- ¿1740? Traducción al italiano del *Teatro crítico*...
1741. Publicación del Suplemento a los ocho tomos del *Teatro crítico*...

1742. Traducción al francés del *Teatro crítico...* Publicación del tomo primero de las *Cartas eruditas*.
1745. Publicación del tomo segundo de las *Cartas eruditas*.
1748. Nombramiento como consejero del reino. Nueva polémica con fray Francisco Soto y Marne, franciscano autor de *Reflexiones crítico-apologéticas*.
1749. Respuesta de Feijoo en *Justa repulsa de inicuas acusaciones*.
1750. Real Orden de Fernando VI, que prohíbe impugnar a Feijoo. Publicación del tomo tercero de las *Cartas eruditas*.
1753. Publicación del tomo cuarto de las *Cartas eruditas*.
1760. Publicación del tomo quinto de las *Cartas eruditas*.
1764. 26 de setiembre, muerte de Feijoo en el monasterio de San Vicente (Oviedo).

PRIMERA PARTE

SITUACIÓN,
PERSONALIDAD Y OBRA
DEL PADRE FEIJOO

UBICACIÓN DE UN ENEMIGO DEL ERROR

Verdad y Falacia en el Padre Feijoo

Todo embuste se debe perseguir a sangre y fuego; Dios quiere que siempre reine la verdad aun cuando por accidente haya de resultar alguna utilidad de la mentira.

(Teatro crítico universal, t. II, p. 34.)

Antecedentes de la situación de España en el siglo XVIII

EN la historia de los pueblos surgen a veces, con fuerza meteórica, figuras prominentes que iluminan con destellos clarísimos la escena nacional, y poco a poco van perdiéndose en la distancia, dejando una estela luminosa que antes de extinguirse suele guiar por largo tiempo los destinos de varias generaciones. Tal el caso del padre Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro, que con entereza y dignidad, desde una humilde celda casi aldeana, golpeó firme, serena y persistentemente la conciencia de un pueblo adormecido por siglos, olvidado de sus gloriosas tradiciones y al que no sólo pretendía despertar para reintegrarlo al lugar prominente que supo ocupar en otras épocas, sino que procuraba elevarlo de las profundidades donde había sido surmegido por la ignorancia y largos años de olvido y pesadumbres.

Para valorar como se merece la figura de este beneditino ilustre, debemos transitar un poco por sombríos caminos de historia que arrancan desde los gloriosos días de Carlos V y nos aproximan al siglo XVIII, por oscuras veredas jalonadas de macabros campos de lucha, de tétricos perfiles acechantes, de fantasmagóricas escenas de un mundo que por momentos levanta su mirada agonizante penetrada de esperanza y sólo ve la suicida indiferencia de los que, olvidados de su destino de dirigentes, se embriagan con frivolidades indignas de quienes están obligados a ser ejemplos de templanza, de ternura y caridad.

En 1665, pocos años antes de nacer Feijoo, moría Felipe IV, cuyo reinado vio oscurecidos casi totalmente tanta gloria y poder acumulados por heroicos esfuerzos desde Carlos V. Solamente podía contemplarse un panorama de desolación frente a una corte que aprovechaba cualquier pretexto para enseñar su lujo a un pueblo que sufría penurias sin cuento. En la Biblioteca Nacional de Madrid podemos apreciar manuscritos e impresos, pasquines, comedias, sátiras y producciones de todo orden en que, criticando a la corte y al rey, único medio de evadirse, puerta de escape a su sordo gemir, el pueblo desahoga su disgusto.

En esta época, y por efecto de la afición que el rey le tenía, se cultivó la comedia en grado superior, y hasta la reina y los infantes participaron alguna vez en la labor teatral. Una muestra de este gusto por el teatro, que el rey completaba por el gusto por las comediantes, y cuyo fruto, don Juan de Austria¹ es una prueba, es que alguien llegó a decir que así como el reinado de Felipe III fue de conventos y de frailes, el de Felipe IV lo fue de comedias y cómicos. La dramática se enriqueció con las obras de Lope de Vega, Calderón de la Barca, Montalván, Mira de Amescua, Tirso de Molina, Fernando de Zúrate, Moreto, Rojas, Alarcón, Vélez de Guevara, Mendoza, Solís y tantos otros entre los que hay buenos y malos. No quiere decir esto que la épica y la lírica no se hayan cultivado, lo mismo que la novela y los artículos de costumbres. En estos aspectos debemos citar a Quevedo, Melo y Moncada, Rioja, Jáuregui, Espinosa, Villegas, etcétera. Pero en cambio, ¿qué sucedía en el campo de la filosofía, de las matemáticas, la física y las demás ciencias? Sólo Diego de Saavedra Fajardo es una manifestación aislada, quizá hasta un salto de años en la interpretación de algunos aspectos de materias que no se trataban. Navarrete constituye otro caso de raro ejemplo con su *Conservación de monarquías*, en que trata temas económicos. En lo que respecta a las ciencias teológicas y jurídicas, se ve cómo el escolasticismo y el comentarismo las llevó al estéril terreno de las largas controversias, que no condujeron a nada serio y las alejó de los santos padres y de la verdadera ciencia del derecho.

No sería correcto acreditarle al largo reinado de Felipe IV toda la culpa de esta decadencia, que comienza a vislumbrarse ya desde Felipe II. La Inquisición, avasallando los espíritus, poniendo trabas al libre discurrir del pensamiento en todo aquello que pudiera rozar lo que el célebre tribunal consideraba perteneciente al ámbito de su materia, creó un clima de zozobra poco propicio para las especulaciones científicas y filosóficas. En el siglo y medio de existencia que llevaba en la época de Felipe IV, más de una vez España contempló azorada

¹ Don Juan de Austria fue hijo de Felipe IV y la comedianta María Calderón.

las consecuencias de desafiar al excelso tribunal y alguna vez por una leve insinuación o por una actitud poco reflexiva, caro se pagó cualquier sospecha de herejía. Fernando de Valdés, inquisidor general, protegido por Felipe II y por las bulas de Paulo IV, hubiera podido mostrarle al emperador de lo que era capaz, si este soberano hubiera vivido un poco más. Carlos V, desde el monasterio de Yuste amonestaba a sus hijos porque se mostraban débiles con la herejía y los instaba a no tener piedad ni consideración. Quizá se hubiera sentido satisfecho con el auto de fe del 21 de mayo de 1559, realizado en Valladolid y el del 8 de octubre del mismo año en Madrid; éste, con la presencia de Felipe II y la corte y presidido por Valdés. Cuenta Cabrera en su *Historia de Felipe II* que uno de los condenados dirigiéndose al rey dijo: “¿Conque así me dejáis quemar?”, a lo que el monarca respondió: “Si mi hijo fuera hereje como vos, yo mismo traería la leña para quemarle.” Así desfilaron entre posiciones hieráticas de unos, llantos y lamentos de otros, unos treinta condenados. Y de esta manera, con un celo extraordinario, la Inquisición no curó de posiciones, prerrogativas, ni dignidades, para citar y juzgar ante sus sagrados estrados a arzobispos, obispos, teólogos insignes cuya palabra había resonado en el Concilio de Trento y hasta el primado de la Iglesia española y arzobispo de Toledo, don Fr. Bartolomé de Carranza, confesor de Felipe II y que había asistido en sus últimos momentos al emperador, cayó también bajo la furia desencadenada del alto tribunal. De esta manera se sembró el terror, la duda, y apocó el ánimo, durante muchas décadas.

Hay quien cree que el apogeo de la poesía y las bellas artes en la época de Felipe IV, no es otra cosa que el resultado de buscar en un campo neutral seguro refugio a la expansión de su espíritu. Quizá las formas gongorinas fueron puerta de escape del ingenio que no podía encauzarse hacia otros campos de la investigación. Ni los que pretendieron poner coto a toda esta preocupación desmedida por la forma en desmedro del fondo, pudieron verse libres de tal influencia que llevó a la literatura a la decadencia. El propio Bartolomé Gracián no se pudo liberar de este artificio, que sobrepasando los límites de lo netamente literario inficionó cuanto escrito se publicaba, cuanto sermón se predicaba; y de esta manera la ampulosidad y los conceptos huecos y pedantes se enseñorearon sobre todo el campo de las letras. En lo que respecta a la pintura, Felipe IV no desmereció la tradición de los otros Felipes; se rodeó de artistas tanto españoles como de sus dominios y extranjeros, para que halagando su vanidad, el lienzo recogiera los diversos momentos de su vida y de sus triunfos. Estos artistas, entre los que sobresalieron Velázquez, Carducci, Rubens, Van-Dyk, Zurbarán, Murillo, el Españolito, Arellano, Vander Hammen, Alonso Cano, en un verdadero derroche de color, que hoy podemos apreciar

entre los tesoros de los museos españoles, nos muestran que también en esta manifestación artística buscó refugio el ingenio, lejos de los peligros de una censura cuya ira era peligrosa. Pero de nada valieron estas exquisiteces del arte pictórico; poco después de 1680, casi no había ni aprendices ni profesores de pintura. No quisiera dejar de mencionar la música, que después de haber alcanzado resonancias divinas que hacían emocionar místicamente a fray Luis, sus acentos de modulaciones graves y de buen gusto fueron cayendo en las sutilezas y afectaciones que señalaron su decadencia y corrupción. De esta manera todas las manifestaciones artísticas que habían logrado su máximo apogeo durante los reinados de Carlos V, Felipe II y III, vieron empalidecer su esplendor e ir extinguiéndose su predominio durante Felipe IV y la minoridad de Carlos, cuya madre, Mariana de Austria, no se adaptó nunca al espíritu español y, en la añoranza de su casa y el menosprecio de sus súbditos, no supo corresponder a la esperanza que éstos habían depositado en el cambio de soberano. Aquel pobre y sufrido pueblo de España vio esfumarse la gloria y el poder que con el acrecentamiento de los dominios prometían los largos y prósperos reinados de Carlos V y Felipe II; dejó sus huesos dispersos por todos los caminos del mundo; regó con su sangre los campos de Europa y América y en un esfuerzo sin cuenta, conquistó el lugar de privilegio alcanzado en el siglo xvi, levantado por el esfuerzo guerrero de una raza que hacía ocho siglos que no conocía otra cosa que las lanzas, los caballos de guerra, levantar fortalezas y destruir otras, mientras el arado, los bueyes y las ciencias que suministran las riquezas verdaderas y perdurables, yacían olvidados en medio de tanto trajinar de batallas y motines. Pero muy caro iba a pagar el haber ascendido a lugar tan destacado. Ya Felipe II no pudo mantener, en los últimos años de su gobierno el prestigio tan bravamente logrado. Ese pueblo sufrido esperaba pacientemente que la autoridad real le compensara tanto esfuerzo y junto a la lágrima con que despedía los despojos de un rey, una sonrisa de esperanza brillaba en su rostro, aguardando pacientemente. Pero el anónimo juglar del siglo xii, pareció elevar un canto de perpetua valoración con su “¡Dios, que buen vasallo, si oviese buen señore!” Al decir de W. Dilthey, este sentimiento y veneración por la monarquía es un rasgo dominante, que en el drama español alcanza los límites de una devoción mística por el rey; haga lo que hiciere este rey es intangible; la justicia que él encarna es capaz de resolver cualquier conflicto.

Detenerse en el reinado de Carlos II sería mencionar la más escabrosa época de intrigas entre: favoritos atentos siempre a lograr la privanza real; las de la reina madre, Mariana de Austria; las de las sucesivas esposas de Carlos, María Luisa de Orleans y María Ana de Neuburg. Sería mencionar el auto de fe efectuado en Madrid el 30

de junio de 1680 y cuyo recuerdo nos estremece el alma al pensar en los cientos veinte acusados; y sería llegar por fin a los momentos próximos a la muerte del rey, que son un exponente de la ignorancia e ingenuidad en que estaba sumida España, si se tiene en cuenta que en la propia corte se realizaron toda clase de exorcismos, para liberar al rey de la hechicería. No es del caso entrar en detalles, de cómo la intriga más vergonzosa se ponía de manifiesto para inclinar el poder demoníaco ora sobre Francia, ora sobre Alemania; de cómo las órdenes y contraórdenes respecto de qué filtros y ungüentos se suministrarían al rey dependían del predominio de un partido sobre otro. Al final, tanto urgüento, exorcismo, conjuro y brebaje, minaron definitiva y verdaderamente la salud ya endeble del último representante de una casa en la que la ruina se había enseñoreado.

Nuevas esperanzas fueron puestas en el joven rey Felipe de Anjou, que con el nombre de Felipe V inauguraba la dinastía borbónica. La historia de este período no se diferencia mucho de la de los anteriores en lo que respecta a la faz política. Guerras, disturbios e intrigas seguidos de una abdicación un tanto incomprensible y del efímero reinado de Luis I, que no alcanzó a un año, razón por la cual Felipe V tuvo que salir de su retiro de San Ildefonso y tomar nuevamente las riendas del reino. En pocas palabras podemos resumir este gobierno. Tratados, violaciones de los mismos, nuevos tratados y nuevas violaciones. Guerras por doquier. Intrigas por las sucesiones de reinos e imperios. Esto en lo externo. En lo interno, Felipe V, cuya juventud y dinamismo de los primeros tiempos le valieron el dictado de Animoso, hizo soñar con un gobierno de paz y de restauración del poderío español; pero demostró que no tenía el talento que tal época exigía de un gobernante. No supo liberarse de la influencia de sus ministros, ni de la de sus dos esposas, María Luisa de Saboya, que fue quizá la más capaz que tuvo España después de aquella reina extraordinaria de Castilla, e Isabel Farnesio, preocupada sólo de ubicar a sus hijos. Lleno de buenas intenciones y rasgos que podemos llamar de patriotismo, más laudable en él que era francés, honrado y leal, no alcanzó, sin embargo, a sacar a España de la postración en que la casa de Austria la había sumido. Algunas medidas tendieron a fortalecer la economía, a sacarla de la miseria, pero no lo lograron, aunque aplacaron un tanto el desaliento y el disconformismo. En lo que respecta a la cultura, fue el creador del Real Seminario de Nobles de Madrid (1727) que tenía por fin dotar a España de una nobleza instruida. Dijimos que en el reinado de Felipe IV las ciencias mostraron tal estado de decadencia que sorprendía. Felipe V venía de las cortes de Francia, donde Luis XIV mostró su afición a las letras y las ciencias y emulándolo creó academias y escuelas, lo que reivindicaba, en parte, ciertas fallas de su reinado, ya que ello significaba la restauración de la cultura hispánica,

el despertarla a la vida nuevamente. A Juan Manuel Fernández Pacheco, marqués de Villena, se debe el proyecto de fundar una academia que se ocupara de los problemas de la lengua y por real cédula de 3 de octubre de 1714 se creaba la Real Academia Española de la cual fue primer director. El 11 de mayo de 1717, se fundaba la gran Universidad de Cervera, pese a las dificultades de todo orden, económicas, de espacio, etcétera, que ello implicaba. En 1711 había creado en Madrid la Real Librería, que hoy es la Biblioteca Nacional, siendo el confesor del rey, el padre Robinet, el primer director. De las reuniones que hacían algunos amantes de la historia en uno de sus salones nació la Academia de la Historia (1738). De una manera semejante la Real Academia de Medicina y Cirugía.

Felipe protegió otras instituciones culturales ya existentes, pero que no alcanzaron tanto lustre, tales la Academia de Barcelona, la Sociedad de Medicina y Ciencias de Sevilla, etcétera. En 1737 apareció una publicación llamada *Diario de los Literatos*, hecha con espíritu crítico, pero que no alcanzó a durar mucho, porque aunque solventados sus gastos por el tesoro público, no fue muy bien aceptada su crítica.

He aquí una visión panorámica de los males que sumieron a España en la ignorancia y que la acción de este monarca no pudo anular en medio de las vicisitudes políticas en que gobernó. Pero debemos reconocer que fue el impulso que puso nuevamente la máquina en acción.

El Padre Feijoo

Tal era la situación cuando hace su aparición en el escenario de la cultura hispánica un benedictino cuyo nombre hoy ha caído un poco en el olvido, pero que es nuestra obligación hacerlo conocer de las generaciones jóvenes como un exponente de un momento de convulsión que producirá un resurgimiento de las ciencias. Hoy está olvidado porque los principios en que apoyara su crítica han sido superados, pero fiel al criterio de que cada hombre debe estudiarse en su época y en las proyecciones hacia los que le sucedieron, debemos detenernos en alguna de sus múltiples facetas que le hacen figurar como el primero en su patria que arrojó luz sobre las tinieblas de su tiempo. Sobre todo procuró enmendar los errores, que hoy nos parece increíble que existieran; pero una sociedad sumida en la ignorancia, imbuida de pedantescos prejuicios escolásticos, aferrada a vulgares y toscos errores, era lógico que permaneciera en el más absurdo desconocimiento de la verdad. La extensa obra del padre Feijoo, no es otra cosa que la lucha permanente por la imposición y el triunfo de la verdad. La lectura de su *Teatro crítico universal* y de las *Cartas eruditas* nos condu-

ce al estudio de su pasión por la veracidad. Junto con él otros pensadores, investigadores y reformadores contribuyeron a este despertar hispánico: don Melchor de Macanaz, ministro del rey; Martín Martínez, médico de cámara de Felipe, de quien dijo Feijoo que había sido una víctima expiatoria de la ignorancia, autor de *Medicina escéptica*, contra los errores de la enseñanza de esta materia; el padre Antonio José Rodríguez, de la orden de San Bernardo, que alternó sus estudios sobre teología y derecho con los de medicina quirúrgica en *La palestra crítica médica*. En la historia: el padre Ferreras, el trinitario Miñana, continuador del padre Mariana; éstos son los más destacados, pero debemos hacer mención especial, junto a Feijoo, de don Gregorio Mayáns y Sísar, a quien Voltaire llamó *Famoso* y que mereció los elogios de Heinecio; de Ignacio de Luzán con su *Poética*.

Los reinados de Felipe VI y Carlos III

En 1746 subió al trono Fernando VI. Por fin España va a gozar de un período de tranquilidad que la corta vida del monarca volvió a poner en peligro. Por algo se ganó el título de Fernando *el Prudente*. A su sombra, España fue una isla de paz y logró alguna prosperidad. En el aspecto cultural siguió fundando instituciones de estudio como la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando, la Real Academia de Buenas Letras, la Academia de Historia, ubicadas en Madrid, Barcelona y Sevilla, respectivamente. Es decir, una serie de instituciones que, dice Ticknor, imitaban las reuniones que en la época de Luis XIII se efectuaban en el palacio de Rambouillet.

La prudencia de Fernando VI hizo variar muchos aspectos de la vida española, que prepararon el advenimiento de otras épocas, más propicias para las especulaciones del espíritu y el logro del perfeccionamiento humano. Así, por ejemplo, durante el reinado del primer Borbón hubo setecientos ochenta y dos autos de fe y catorce mil sentenciados. Durante el reinado de Fernando VI disminuye notablemente esta persecución. Sólo alguno que otro proceso, siendo uno de los más importantes el que se llevó a cabo contra el padre Feijoo, quien fue delatado varias veces y ante diferentes tribunales del Santo Oficio, por las doctrinas vertidas en su *Teatro crítico universal* y en sus *Cartas eruditas*. Pero para bien de la cultura española el desenlace fue satisfactorio. Pocos años antes hubiera sufrido con toda severidad el peso de las sentencias de los tribunales inquisitoriales. Este proceso marca un límite en la historia de la libertad de expresión. Es un hito que señala el nacimiento de una época de predominio de la libertad de pensamiento y del triunfo de la verdad, aunque con la lucha lógica y trabajosa de todo movimiento renovador. Si algo tiene de impere-

cedero el reinado de Fernando VI, esto ha de ser un elemento fundamental para su elogio y recuerdo.

El reinado de Carlos III es el de la propagación de la “Ilustración” y donde juega uno de los papeles más importantes el padre Feijoo. Este movimiento “ilustrado” reconoce un ascendencia inglesa, pero tiene antecedentes muy antiguos, ya que se puede rastrear desde Empédocles, pasando por los sofistas y algunas corrientes escolásticas, adquiriendo predominio en el siglo xiv y afirmándose en la primera mitad del siglo xviii, con el nombre de empirismo. Es una reacción contra la metafísica dogmática; contra la escolástica. Es una corriente en la que sobresalen Isaac Newton, Rogerio Bacon, Juan Duns Scoto, aunque difieren en algunos conceptos, y culmina con John Locke, George Berkeley y David Hume. Ella asegura a la experiencia la posibilidad de remontarse hasta alcanzar valores teóricos y prácticos superiores. Francia, en medio de una situación creada por una organización económica, política y social en plena decadencia —que se enfrenta con una nueva conciencia política y una nueva clase social que no halla eco a sus inquietudes en el cartesianismo—, mira con simpatía las realizaciones inglesas, defendidas por Voltaire, las cuales adquieren una extraordinaria difusión y sustituyendo a Descartes y Leibniz, aparecen Locke y Newton. De todo esto, surge el movimiento llamado “Ilustración”, que adquiere caracteres propios, pues se apoya en los métodos ingleses pero mantiene principios cartesianos; con todo lo cual aspira alcanzar una felicidad basada en el progreso y que sólo se logrará una vez desterrada la ignorancia por medio de la razón y la ciencia. No otro fin perseguía la Enciclopedia, dirigida por Diderot y que es un símbolo de este movimiento. No es del caso mencionar aquí todas sus derivaciones ya que dentro y fuera de Francia adquirió manifestaciones diversas. Nos interesa sí en España, donde penetra un poco tardíamente y en forma lenta, preparando el florecimiento intelectual y el advenimiento del despotismo ilustrado del reinado de Carlos III, una de cuyas manifestaciones fue la filantropía. Pero la situación espiritual de España que hemos venido describiendo, no permite que las ideas que representan la Ilustración y el Enciclopedismo adquieran la proporción que en otros países, salvo en la erudición literaria, histórica y filológica, en donde llega a ocupar el primer lugar con la obra de Mayáns y Sísar, del padre Flores, de Hervás y Panduro; y en cuanto al criticismo erudito la obra monumental del padre Feijoo, que educado en los principios escolásticos y aristotélicos, supo reaccionar influido por las nuevas corrientes.

Menéndez y Pelayo cree que J. L. Vives actuó sobre el pensamiento de Feijoo, mientras que otros autores marcan la acción de la Enciclopedia, de Locke y Bacon, que lo llevan a la lucha contra la dialéctica escolástica y por ella contra el analfabetismo, la superstición y funda-

mentalmente contra el error, perfilándose en él anticipos de romanticismo.

Desde la humilde celda de un monasterio de Oviedo, se eleva una voz que ridiculiza y critica las artes adivinatorias, las creencias en brujas, duendes y zahoríes. Una voz que tiene confianza en el progreso del mundo, que por todos los medios quiere desterrar el "error", como denominaba todo aquello que no se apoyaba en la verdad. Es la voz que grita contra la incultura y el fanatismo que sume a su patria desde hace siglos en la ignorancia y —por qué no decirlo— en la ignominia. Estuvo siempre dispuesto a apoyar a quienes se le unían en el esfuerzo de iluminar el camino verdadero de la ciencia. Voz de rebeldía contra caducos sistemas. Con Martín Martínez, por ejemplo, arremetió contra Galeno. El ejemplo cundió y desde otros claustros, otras voces, como la del cisterciense fray Antonio José Rodríguez en las *Paradojas físico-teológico-legales*, se levantaban contra las creencias vulgares de hechicerías y poderes diabólicos, o preparaban el camino para la verdadera ciencia de curar, como en *Palestra crítico-médica*, también de fray Rodríguez.

Contra la ola de diatribas y repudios de fanáticos y oscurantistas autores, se eleva la voz de otro monje discípulo de Feijoo, el humilde padre Sarmiento con su *Demostración crítico-apologética del "Teatro crítico universal"*. Larga es la nómina de los detractores del padre Feijoo. No constituyó sin duda novedad, que la publicación de sus obras levantara un gran caudal de invectivas, desacuerdos, polémicas e impugnaciones; ya estaba prevenido para soportarlo, inspirado en Malbranche y en el ejemplo del fisiólogo Guillermo Harvey.

La verdad

Su extensa y enciclopédica obra no tiene otro designio que el de impugnar errores. Llama errores a toda opinión que tenga por falsa. "Mi intento sólo es proponer la verdad", dice en el prólogo al *Teatro crítico*. Si su intento es sólo proponer la verdad, tendríamos que detenemos en cada uno de los numerosos temas que su obra abarca. Por razones obvias sólo comentaremos aquellos puntos que hacen más a una mejor comprensión, o por lo menos, un retorno hacia el recuerdo de esa figura extraordinaria que en los últimos años ha caído en el olvido. Sin embargo cuando a veces volvemos a recorrer las páginas de sus libros, que duermen olvidados en los anaqueles, no tenemos más remedio que lamentar que se enseñoree sobre el mundo un criterio utilitario que hace desechar las obras que por diversas razones han perdido aparentemente actualidad. Pero releer su prosa, ligera, didáctica y amena, nos rejuvenece un poco. Y en cuanto al utilitarismo,

debíamos meditar algo antes de rechazarlo. Hay en el trasfondo de sus obras un valor eterno, que las hace clásicas por ser fuentes permanentes de virtudes. Todo consiste en saber rastrear su pensamiento y extraer de él lo imperecedero. Su lectura no contribuirá, como lo hizo en su época, a reaccionar contra viejos aforismos y esquemas porque hoy han perdido actualidad, pero quizá encontraremos la razón para rechazar otros y aun algunos que todavía subsisten, como por ejemplo, aquello de *Vox populi vox Dei*, que no es raro que se invoque todavía para sostener algunos criterios, que no por ser de muchos son más valederos. No estaría mal releer el análisis feijooniano², apoyado en la expresión senequista *Aestimes judicia, non numeres* de la Epístola 39: "Siempre alcanzará más un discreto solo que una gran turba de necios."

Comenta también las palabras del primer Juan XXIII, que al ser preguntado sobre qué distaba más de la verdad, contestó que el dictamen del vulgo. Esta opinión, así como la de Foción, que consideraba que el pueblo sólo podía aplaudir los desaciertos, tan generalizadoras, no son compartidas en toda su rigurosidad por Feijoo porque —"no puedo —dice— considerar al pueblo como antípoda preciso del hemisferio de la verdad"—, pero llega a decir en el discurso sobre "Vara divinadora y zahoríes" que:

no hay pueblo alguno en el mundo en quien el número de hombres veraces y de sano juicio no sea cortísimo. La multitud se compone por la mayor parte de los que son, o mentirosos, o muy crédulos.³

Feijoo hace descansar la verdad sobre dos puntos básicos y únicos: la revelación y la demostración.

Quien no observare diligente aquellos dos puntos o uno de ellos, según el hemisferio por donde navega, esto es, el primero en el hemisferio de la gracia, el segundo en el hemisferio de la naturaleza, jamás llegará al puerto de la verdad.⁴

En estas pocas palabras está fijada la posición del padre Feijoo en todos los puntos que trata en su vasta obra.

Larga sería la enumeración de las razones que expone para demostrar que Dios no se explica en la voz del pueblo. Aprueba, niega y rectifica opiniones de Séneca, Tulio, Hipócrates, Aristóteles. Analiza los errores que en lo tocante a religión, policía y costumbres

² *Teatro crítico universal*, t. I, p. 35. Col. Clásicos Castellanos. Madrid. Espasa-Calpe S. A., 1941.

³ Ídem, ídem, t. II, p. 29.

⁴ Ídem, ídem, t. I, p. 86.

“se ven autorizados por el consentimiento de varios pueblos”. Desfilan así una larga serie de narraciones que demuestran el caudal informativo del padre maestro, pero que algunas veces nos hacen sonreír ante alguna ingenuidad que tiene su origen en la falta de datos o también en la imposibilidad de desprenderse totalmente de las ideas que venían imperando desde largos años. Este afán de destruir el error y hacer brillar la verdad, es el que lo guía en medio de las borrascas que muchas veces desataron sus palabras. En el discurso sobre Medicina dice:

Creo que haría yo a unos y otros —médicos y enfermos— no pequeño servicio si acertase a enmendar lo que en esta parte yerra el vulgo.⁵

Cita la opinión de diversos autores sobre medicina como Miguel Etmulero, Jorge Ballivio, Tomás Sydenham y Le-François, y apoyándose en ellas llega a la conclusión de que de todos los libros de medicina “no hay uno solo de quien se pueda hacer entera confianza”. Le-François, en 1716, en un proyecto de reforma a la Medicina, sostenía que “los tratados que se han escrito tocante a este arte están llenos de obscuridad, de incertidumbre y de falsedades”. Martín Martínez en su *Medicina scéptica* también establece la falsedad de muchas máximas o por lo menos las tilda de dudosas y arriesgadas. Las palabras de Feijoo dan una idea pavorosa de la situación de la medicina en su tiempo y cuyos resultados hemos podido apreciar al analizar el reinado de Carlos II y su horrible muerte. Hace luego una historia de la medicina, enumerando sistemas y médicos, y llega después de más o menos minuciosa recorrida a través de célebres cirujanos y maestros al estudio de los sistemas curativos más en boga en su época. ¿Qué movió al padre Feijoo a hacer este estudio de la medicina? La necesidad de que tanto doctos como discretos, como ignorantes y rudos, sepan la verdad sobre lo que pueden la medicina y los médicos y que no es aceptable la opinión de algunos profesionales como la del médico portugués Gaspar de Reyes, que excluía al vulgo indocto del conocimiento del saber de los médicos. Conocer la verdad en todas las manifestaciones de la actividad humana, he ahí su ministerio y con tal fin sale a combatir cuanto adagio, fábula o error, como él los llama, sumen al hombre en la ignorancia o lo incitan a detenerse en los umbrales de la sabiduría. Declama contra el saber existente en la época, el que es necesario renovar y extender, para evitar tanto error como corre por el mundo, producto de la poca profundidad del estudio, o de la incultura en que vive sumido el pueblo, la que pone de manifiesto el sabio

⁵ Ídem, ídem, t. I, p. 107.

benedictino en su discurso sobre “Astrología judiciaria y almanaques”⁶ en el cual, tras una larga enumeración de vaticinios célebres, no exentos algunos del comentario irónico que lo caracteriza, como el referente al renovado horóscopo del papa Alejandro VI, muestra los burdos recursos de que se valen los astrólogos para hacerse de fama y engañar al público crédulo e ignorante. Hace un estudio de la sugestión y su influencia en la vida de los hombres y de los pueblos. Reconoce sin embargo la posibilidad del poder demoníaco para lo cual se apoya en San Agustín (*De Civitate Dei*). La cita de la definición que de la astronomía judiciaria hizo Tomás Hobbes resume su punto de vista: “Es —dice— una estratagema para librarse del hambre a costa de tontos.” Tanto los horóscopos como los almanaques, todas las otras predicciones sobre el tiempo, etcétera, son también falsas, en tanto en cuanto se basen en el estudio de los astros; en lo que respecta a los pronósticos sobre lluvias y demás fenómenos meteorológicos considera que sería mejor consultar a los campesinos y marineros que, observadores de la naturaleza, pueden predecir con más exactitud tales fenómenos. Por esto, Lucano, en el libro V de la *Guerra civil*, no le hace vaticinar la tempestad que padeció César en el tránsito de Grecia a Calabria a ningún astrólogo sino a un pobre barquero, Amiclas; y para mayor abundamiento cita el episodio de Luis XI de Francia que yendo de cacería, porque su astrólogo le vaticinó un sereno y apacible día, se encontró con un carbonero que le avisó que iba a llover, lo que resultó cierto; en virtud de lo cual el carbonero pasó a ocupar el lugar del “almanaquista despedido”. A través de tantos ejemplos, comentarios y citas, Feijoo, firme en su propósito de iluminar al hombre, hace ver con cuánta facilidad puede ser engañado y dice que “uno de los mayores engaños que siempre padeció la ignorancia del vulgo” es creer en que Dios ha prodigado la vulgarización de los secretos designios sobre el futuro. Fue éste mal de todos los tiempos y religiones. Suetonio manifiesta su asombro ante la multitud de libros proféticos, que él llama fatídicos, que existían en Grecia y Roma. Octaviano Augusto los hizo recoger, sumaban más de dos mil, y procedió a hacerlos quemar, exceptuando los libros sibilinos, salvo los espurios dentro de éstos. No toma partido el padre Feijoo sobre el valor de los vaticinios de las sibilas y sobre todo en lo que respecta a los que se refieren al Mesías, “no es prudente tomar partido en materia tan oscura”; sólo cita la opinión de San Ambrosio en la Epístola I a los Corintios en que niega a las sibilas “toda celeste inspiración y sólo les concede espíritu fanático, mundano y engañoso”.

Al hacer el comentario sobre algunos procedimientos sospechosos

⁶ Ídem, ídem, t. I, p. 179.

de los oráculos y de los ídolos parlantes, así como del cumplimiento de algunas predicciones que implican mistificación exclama:

no por esto pretendo que algunas veces no hablase el demonio en sus templos y estatuas; esto fuera oponerme a muchos padres, que lo afirman⁷,

lo que por otra parte estaría corroborado por la Escritura, y llega a la conclusión de que:

si el demonio podía inspirar a particulares individuos, podría también, permitiéndosele Dios, ejercer el mismo influjo en los ministros de sus templos,

y tal cosa podía suceder alguna vez, pero la mayoría no era más que mistificación. Quedaba así sentada la falsedad de los oráculos, pero ¿qué pasaba con los profetas? Menciona entre los más célebres a los griegos, Orfeo y Melámpodes; entre los romanos, Marcio; entre los egipcios, Trismegisto; entre los persas, Zoroastro; así una larga lista de los profetas de la antigüedad pagana y no faltan los que ejercieron esta profesión entre los herejes y llega por fin “al país de la luz, a la región del catolicismo”.⁸ En este discurso, “Profecías supuestas”, Feijoo, al entrar en el terreno de lo religioso o colindante con él, no parecería actuar con la firmeza o el desenfado con que lo hace en otros temas. Su natural inclinación a la comprobación y la experimentación, parece titubear por momentos y aunque se apoya en los padres de la Iglesia, se intuye cierta rebeldía que no alcanza a aflorar, por fidelidad quizá al principio rector de no entrar en discusión con los asuntos dogmáticos.

Divide su discurso en dos partes: profecías fuera del cristianismo y profecías dentro del cristianismo. No descarta la posibilidad de que Dios comunique el don de profecía a un infiel, como según San Agustín, San Cirilo Alejandrino y Teodoreto afirman de un pagano llamado Balaan. Pero a pesar del padrinzgo, no da mucha fe a tales situaciones porque “siendo la verdad peregrina, sólo por accidente rarísimo podríamos hallar una u otra predicción verdadera”.⁹ En el terreno del catolicismo no encuentra que las predicciones, a las que tampoco confiere gran valor, produzcan tanto daño ya que al caminante “no hacen errar el camino, aunque le oscurezcan algo la senda” y además porque “es preciso que donde quiera que haya hombres, haya embusteros que finjan y haya necios que crean”.¹⁰ Sobre estos principios entra, no a analizar, sino sólo a informar muy superficialmente

⁷ Ídem, ídem, t. I, p. 243.

⁸ Ídem, ídem, t. I, p. 249.

⁹ Ídem, ídem, t. I, p. 233.

¹⁰ Ídem, ídem, t. I, p. 249.

las profecías de Nostradamus y de San Malaquías, a las que critica por ser para que “las interpreten los ociosos y las crean los necios”. No da mayores detalles sobre estos puntos.

En varios discursos y cartas trata sobre temas que se vinculan con las relaciones de la divinidad con los hombres y la manifestación de su poder o el consentimiento para que otros poderes se muestren a los humanos. Los analiza, aprobándolos o rechazándolos, sometiéndolos a severas críticas, pero conocedor de sus humanas limitaciones en más de una oportunidad insiste:

yo no profiero sentencia definitiva y general que sea incapaz de toda excepción; sólo pretendo hacer más cauteloso al común de los hombres, para que no preste con facilidad asenso a rumores vanos.¹¹

Entre estos discursos encontramos el titulado “Duendes y espíritus familiares”, que aunque el tema, como muchos de los que trata, ha perdido actualidad, su lectura es siempre interesante para conocer épocas y mentalidades. Como es lógico, declara falsos todos los cuentos de duendes. Pero sin embargo es interesante la polémica que insinúa al hablar del exorcismo en la parte del ritual romano que trata de “*Exorcismos domus a daemonio vexatae*” (Exorcismos de la casa importunada por el demonio), explicando que en el mencionado ritual están los ritos aprobados por la autoridad de Paulo V, entre los que no está incluido el referente a los exorcismos, que figuran en cambio en el apéndice, tomado del ritual de Toledo para las iglesias de España y por consiguiente no está aprobado sino permitido. De todas maneras, cualquiera sea la autoridad que se le quiera dar a los exorcismos, no significa ello que prueben la existencia de tales seres; la mente popular siempre está abierta a toda esta serie de invenciones y se deja llevar por caminos perniciosos y hasta peligrosos, por aquellos que especulan con la ignorancia de los pueblos. Tal el caso de los zahoríes y de los que usan la “vara divinatoria”, de quienes se ocupa Feijoo en su discurso “Vara divinatoria y zahoríes”¹² y sobre el valor de los cuales hay disparidad entre los autores, según las teorías filosóficas que cada uno de ellos practique; “pero en verdad —dice Feijoo— todos nos dan *quid pro quo*, esto es, la opinión en vez de la verdad”. De todos los argumentos expuestos en contra de la veracidad de los descubrimientos acreditados a estas especies de horquillas de madera de avellano, o de sauce o de otro árbol, no se infiere que sea falso el movimiento de la vara, “pues bien podría ser verdadero el fenómeno”, pero el Padre Maestro condena la invención como fabulosa

¹¹ Ídem, ídem, t. II, p. 21.

¹² Ídem, ídem, t. II, p. 27.

porque “no está apoyada por alguna bien justificada experiencia; antes bien, si existe alguna experiencia “da testimonios en contra” de esos poderes.

En el discurso “Amor de la patria y pasión nacional”¹³, en casi su totalidad se refiere en el fondo a la verdad y el patriotismo. Condena las “fingidas excelencias” que a sabiendas y por vanidad cantan los hijos de una nación, propagadores de mentiras que corrompen la fe que debe tenerse a la historia, ya que en tren de ensalzar las glorias nacionales apenas hay historiadores sinceros. Cita así a Plutarco, que siendo uno de los más veraces, en más de una oportunidad inclinó la balanza a favor de Grecia y en cuanto a Tito Livio, a quien admira, “no sólo por su eminente discreción, método y juicio, más también por su veracidad”, en tren de mencionar triunfos guerreros de los romanos, alteró las cifras, y lo mismo sucede con los historiadores modernos. Quizá por política pueda aceptarse que en las “gacetas” para no desalentar al pueblo en los reveses de fortuna, se inserten noticias que muestren lo favorable y oculten los hechos adversos, lo que en el fondo no es falsear la verdad, pero en los libros de historia que se escriben mucho después de los sucesos, ¿cuál es el fin de no decir la verdad? Un falso concepto del patriotismo, y aquel que dice la verdad es acusado de antipatriota, como el padre Mariana, que veraz sobre todo, dicen que no tiene “el corazón español”. Lo mismo que en España sucede en todas las demás naciones y unos historiadores acusan a otros de falsedades en los escritos, todo lo que Feijoo resume diciendo: “en orden a la justicia de las guerras y ventaja en el manejo de las armas es donde más riñen las plumas”. Toda esta exacerbación es lo que denomina “*pasión nacional*” que opone al “sereno, justo, noble y virtuoso amor de la patria”, que no se encuentra. De éste obtendríamos la verdad de los acontecimientos del pasado y la justa valoración de los actuales; del otro obtenemos sólo incertidumbre sobre todos los hechos históricos de tal manera que, a la nación “ni el humo del incienso deja ver la luz de la verdad ni la armonía de la lisonja escuchar las voces de la razón”.

El discurso mencionado “Amor a la patria y pasión nacional” conforma con el de “Glorias de España”, dos magníficas páginas del sabio benedictino, donde su tono suave y reposado adquiere por momentos resonancias desusadas cuando, en defensa de principios y de hombres se eleva sobre la tónica común, como para que traspasando las paredes de su celda atravesase las gargantas montañosas y se extienda por el mundo reivindicando nombres e ideas. En estos casos, se justifica lo que dijo de él Marcelino Menéndez y Pelayo: que era español por los cuatro costados; y un poquitín de esa “pasión nacional” se asoma a

¹³ Ídem, ídem, t. II, p. 45.

sus palabras, como jugándole una mala pasada. Pero debemos reconocer que con el mismo entusiasmo se erige en juez implacable de defectos y faltas que reconoce entre sus compatriotas.

En la segunda parte de "Glorias de España", junto a la pasión con que defiende a su patria de las diatribas extranjeras, hasta el punto de citar como verídicas las narraciones que en su *Crónica del Perú* estampó Pedro Cieza de León, pecado perdonable a la luz de una cita propia, "hombre sin algún defecto será un milagro", reconoce que la crítica foránea dice la verdad en lo que respecta a algunas lagunas en las ciencias españolas. Confiesa que la física y las matemáticas son casi extranjeras en España, pues se han conformado con lo que sobre estos temas dijo Aristóteles. Lo mismo sucede con la química y la botánica. La anatomía le requiere un capítulo aparte y no puede conformarse con la idea del atraso científico de su patria, pues al mencionar la obra del doctor Martínez, *Anatomía completa*, declara que con ese libro sólo "se excusa en España cuanto de anatomía se ha escrito fuera de España".

El problema de la veracidad surge nuevamente en la parte dedicada a la historia e insiste en él cuando analiza los principales autores y a sus críticos. Achaca a los franceses que los ataquen en lo más esencial que es la veracidad, porque les molestan algunas verdades españolas y "nadie está mal con alguna verdad que no la llame mentira". La razón de estas polémicas está en la emulación y en los intereses comunes, cuestiones que son lógicas en razón de las situaciones confinantes y en tales casos "suele lo que es gloria de una ser oprobio de otra".

En lo que respecta a las tradiciones, que utiliza a veces la historia, se debe tener en cuenta que no apoyándose en instrumentos antiguos, "son generalmente muy falibles". Y si esa tradición popular halaga, no hay quien se atreva a impugnarlos, siendo además empresa peligrosa el hacerlo. Sin embargo, sostiene que habiendo argumentos eficaces, "considero obligados los escritores a batallar por la verdad y purgar al pueblo de su error".

De las graves consecuencias que se derivan de la mala administración de justicia y de la necesidad imperiosa de que la verdad presida todos sus actos habla en el discurso "Balanza de Astrea o recta administración de la justicia". No es del caso comentar todo el minucioso análisis de las condiciones que debe reunir un juez y que deja como saldo la figura más pura y perfecta, lo más acabado, en punto a cómo debe ser moralmente aquel que administre justicia. Un consejo sobre todo interesa a nuestro tema: "contempla que te pusieron en la silla, no en las aras; que no eres ídolo destinado a recibir cultos y ofrendas, sino oráculo formado para articular verdades". Pero para articular estas verdades es necesario que no falle ninguno de los múltiples mecanismos del tribunal, que constituye un todo armónico. ¿De qué va-

len los magistrados rectos, si le llegan los elementos con que debe juzgar falseados? El “modo de dar paso seguro a la justicia es desembarazar el camino a la verdad y para esto no hay otro arbitrio que el castigar con gran severidad la mentira”. “Es menester aunque sea a hierro y fuego allanar el camino por donde debe venir al tribunal la verdad para que pueda salir de él la justicia”. No hay ninguna duda que no involucra en este “hierro y fuego” a las torturas tan en boga en esa época todavía, pues en la décima de las *Paradojas políticas y morales*, al mencionar estos métodos para obligar a confesar a los acusados de hechicerías y apoyándose en el testimonio del jesuita alemán Federico Spe, dice: “es increíble cuántas mentiras dicen de sí y de otros, obligados por el rigor de los tormentos”; pero donde se puede apreciar el carácter de Feijoo es en la transcripción de un pasaje del padre Spe, en que dirigiéndose a los jueces dice: “¿Para qué es fatigarse en buscar con tanta solicitud los hechiceros? Yo, jueces, os mostraré al punto dónde están. Ea, prended los capuchinos, los jesuitas, todos los religiosos, ponedlos en tortura, y veréis cómo confiesan, que han incurrido en crimen de hechicería.” Luego agrega: “si aun deseáis más, venid acá, yo os pondré a vosotros mismos en la tortura, y confesaréis lo mismo que aquéllos; atormentadme luego vosotros a mí y haré sin duda lo propio. De este modo todos somos hechiceros y magos”. Cita audaz aún para aquella época pero Feijoo no se detiene ante esta clase de peligros y trata ciertos temas cuya consecuencia pudo ser grave de acuerdo con lo que hemos visto sobre la evolución de España.

No sólo en lo tocante a aspectos de la religión Feijoo muestra su entereza que en aquel entonces rayaba en temeridad. También supo fustigar los defectos de la corte sobre todo la hipocresía a la que llama moneda falsa que en la corte circula sin cesar; usa un tono de indignación que no siempre fue posible emplear impunemente. Hace de las antecámaras de palacio un retrato sombrío que el trascurso de los años no ha hecho variar con respecto de estos lugares próximos a los poderosos; hoy, como ayer, como antes, el panorama es el mismo. Luchas de engaños, de controles y espionajes entre pretendientes y privados; perpetuo fingir amistad, estilo de estos lugares; “estilo del dolo, la simulación, y el embuste”, “donde hierven las pasiones, hierven ciertas especies de vicios, con quien tengo especial ojeriza. La hipocresía, la trampa, el embuste, la adulación, la alevosía, la perfidia”. Tales son los motivos por los que explica el haber preferido la bucólica paz de un pueblo a los oropeles de Madrid, para no ser esclavo, ya que siguiendo a Ulpiano, esclavitud es muerte y él deseaba vivir. Recuerda aquel epitafio que refiere Xifilino se colocó en la tumba de un prefecto del Pretorio, en tiempos del emperador Adriano, que había renunciado voluntariamente a su magistratura para retirarse al campo, donde vi-

vió siete años: AQUÍ YACE SIMITIS, QUE MURIÓ DE UNA EDAD MUY LARGA, PERO SÓLO VIVIÓ SIETE AÑOS. No hay duda que Feijoo prefería que la cifra final fuera mayor y vivir en paz lejos de su fama y de los importunos, cantando como otro fray Luis y haciendo propios los versos de la *Epístola moral a Fabio*.

A través de los pocos discursos y cartas comentadas, de aquellos en que es más visible su amor por la verdad, podemos apreciar que ésta es la norma rectora, la que guía su labor permanente de búsqueda, la que lo incitó a obra tan monumental. Escribir sobre Feijoo y la verdad, implica la labor de recorrerla toda, sin dejar discurso o carta; toda ella se sustenta sobre tres columnas; la verdad, la rectitud y la generosidad. Su voz, que suele tener la tonalidad suave que da la paz interior, adquiere registros insospechados cuando sale en defensa del bien y la verdad. Fustiga sin temor, con valentía digna de otras épocas y siguiendo los consejos de Salomón, que cita en un discurso¹⁴, su voz deja de ser sumisa y grita públicamente lo que es condición de la sabiduría. Sabiduría que derramó a lo largo de su vida, con el único fin de sacar al pueblo de la ignorancia; “yo escribo a desterrar errores envejecidos, y nunca lograré el intento, si no salgo una y otra vez a rebatir a los que procuran mantenerlos en la posesión del ignorante vulgo”.

Fermín Canella Secades señala que: “como Bacon en Inglaterra y Descartes en Francia, el célebre benedictino fue en España el iniciador de la gran revolución de las ideas”...; “se lanzó a luchar contra la irrupción de malos escritores, que amenazaban dejar completamente yermos los campos del saber”.¹⁵ Ya vimos las causas que llevaron a España a esta situación contra la que declama Feijoo. Malos profesores, anquilosados métodos, falaces aduladores, guerras que sumen a los pueblos en el dolor y la desesperación y que le hacen decir con reminiscencias bíblicas, como un nuevo Jeremías: “¡Ay de la tierra donde los labradores se extraen de los campos para las campañas! ¡Feliz el reino donde los soldados dejan las espadas por los azadones!”

Pocos eran los espíritus fuertes que se atrevían a enfrentar la realidad con la valentía con que Feijoo encaró cada problema; no le arredraron posibles venganzas o castigos; lo fundamental era predicar la verdad y fustigar a quienes olvidaban a los desgraciados; por eso, con sonoridades proféticas dice: “¡Ay de vosotros los que estáis hartos y no os acordéis de los otros, de los que padecen hambre!” Para aquellos que tenían hambre de saber, de verdad y de esperanza abrió el cauce torrentoso de su sabiduría.

¿Que él mismo padeció error? Sí. Pero no creemos, salvo para es-

¹⁴ *Teatro crítico universal*, t. VII, discurso VIII. Madrid. Edic. de Ibarra. 1769.

¹⁵ FERMÍN CANELLA SECADES: *La ilustración gallego-asturiana*, t. I, año 1879.

píritus muy mezquinos, que estos errores nublen su fama y su obra. No es menester entrar en ellos, porque es preferible valorar lo positivo de su labor, que fue mucho, y porque pretender que no incurriera en ninguno, sería desconocer los poderosos elementos que gravitaban en la época y de los cuales, como es lógico, no pudo desprenderse totalmente. Además, los medios de información eran muy escasos. Y como dice Marañón, la verdad “está siempre lejos de nosotros y para servirla, lo esencial no es conocerla, sino desearla”.¹⁶ Por otra parte se le pueden aplicar sus propias palabras: “el que más sabe, sabe que es mucho menos lo que sabe, que lo que ignora; y así como su discreción se lo da a conocer su sinceridad se lo hace confesar”. En este sentido, como los sabios verdaderos era modesto y cándido. Sus errores eran de todos. ¿Acaso mucho de lo que hoy tenemos por verdades absolutas, no serán mañana tristes errores?

El mejor homenaje a su memoria ilustre es repetir las palabras que figuran a la entrada de la universidad de Oviedo y que, nimbadas en su sencillez de una grandeza digna, resumen su extraordinaria personalidad:

BENEDICTO FEIJOO
ERRORUM UNDECUMQUE GRASSATIUM DEPULSORI
ALMAE VERITATIS CULTORI INTEGERRIMO
BENEQUE DE SACRIS LITTERIS MERITO MAGISTRO.¹⁷

ONOFRE FRANCISCO CARAMÉS

Buenos Aires, mayo de 1964.

¹⁶ GREGORIO MARAÑÓN: *Las ideas biológicas del padre Feijoo.*

¹⁷ Benito Feijoo. *Enemigo de los errores que provengan de cualquier parte. Integérrimo cultor de la verdad vivificadora y maestro benemérito de las sagradas letras.*

EL PADRE FEIJOO EN LA REALIDAD ESPAÑOLA

MALOS años le cayeron a fray Benito Feijoo: entre 1676 y 1764 se había consumido la primacía de España, provocando así la aparición de una literatura, crítica antes que elegíaca, motivada por los desaciertos políticos y por una economía ruinoso. Mucho antes del advenimiento al trono de Felipe V, en 1700, los prejuicios seculares prefirieron cubrirse con las raídas capas de la ignorancia patriótica y de la fe milagrera. Un Dios hecho a las medidas de las necesidades más directas preside la conversión de las creencias en supersticiones. El balance de las conciencias más inquietas parecía situarse en el año cero de la vida nacional, en una nada que habría de llenarse de cualquier manera. Surgió entonces el ansia de recuperación, abierta en dos direcciones: el reconocimiento del pasado mejor y la posible incorporación a la Europa moderna, centralizada por Francia.

Entre apreturas y urgencias cumplieron su obra los literatos del setecientos; a las dificultades, reconocibles en su producción, se sumaron las interpretaciones esquinadas de los críticos contemporáneos, como el peso condenatorio de muchos historiadores del siglo siguiente. Gran culpa cabe al ardor polémico de Menéndez y Pelayo de *Historia de los heterodoxos españoles*, que muy pocos estudiosos han revisado atentos a la evolución del historiador. Ultramontano y tradicionalista, Menéndez y Pelayo vio el siglo XVIII dominado por el fantasmón del Voltaire, cabeza de un movimiento impío que habría contagiado a cuantos lectores lo frecuentaron. Sobre ese patético temor surgió la distinción entre los condenados por las novedades ateas y los que supieron resguardar su ortodoxia; a tal distinguo se agrega la defensa apasionada del patriotismo estrecho.¹

¹ La primera edición de *Historia de los heterodoxos españoles*, en tres tomos, fue publicada en Madrid entre 1880 y 1882; Menéndez y Pelayo volvió a ocuparse por extenso del siglo XVIII en *Historia de las ideas estéticas en España*, cuyos últimos volúmenes se publicaron entre 1888 y 1891.

Como rechazo de Menéndez y Pelayo, apareció una modalidad interpretativa que se afana por recobrar a los condenados y postergar a los absueltos por el maestro. Los intereses polémicos se han movido casi siempre dentro de los principios franceses de la Ilustración; pocos han buscado con lealtad una versión española del siglo xviii.² Hace ya cuatro décadas Américo Castro indicó las bases mejores para el estudio del trajinado siglo, procurando desterrar los resabios que afean las interpretaciones de una centuria difícil, por crítica y polémica.³ A esa limitación se suma la prisa de quienes defienden la originalidad barroca y dejan en la penumbra a los escritores del setecientos, malos herederos de culteranos y conceptistas. Góngora, Quevedo, Calderón y Gracián facilitan la comprensión del siglo xvii; los pocos enemigos que todavía le quedan al barroco no se atreven a desconocer la intensidad de sus creadores y el deslumbrante nivel de los estilos personales.

Ninguno de los representantes del siglo xviii apasiona a los estudiosos con el fervor que suscitan los barrocos, hombres de letras antes que conciencias comprometidas con su tiempo. La modalidad docente de los escritores del siglo xviii redujo las búsquedas literarias y reforzó machaconamente la pasión crítica. Sólo algunos, de resonancia viva para los lectores actuales —Jovellanos, Feijoo, Cadalso—, adelantan aspectos de la prosa moderna, en anhelo de ser claros antes que originales o ingeniosos. Desde la visión desolada del presente, recuperaron del pasado los elementos que les permitían comprender la crisis contemporánea y acogerse a proyectos que posibilitaban un futuro acorde con el ritmo europeo. Los aspectos críticos urgidos por la época se convirtieron en motivos inexcusables de una actividad que casi siempre limitó los justificativos estéticos.⁴

La indigencia política de España, reconocible ya en el reinado de Felipe II, se había acentuado con intensidad tal que llegó a crear una forma de psicosis en los regeneradores del siglo xviii. En menos de cien años, los españoles se sentían desterrados de la Europa moderna, y pagaron con sacrificios creadores la idea de la postergación, que en muchas páginas vibra con calor de programa nuevo, no desligado de

² Véanse los renovadores y lúcidos ensayos de ÁNGEL J. BATTISTESSA: "Menéndez y Pelayo y el siglo xviii español" y "Una época y su trayectoria estilística (en: *Poetas y prosistas españoles*, Buenos Aires. Institución Cultural Española, 1943).

³ Es una definitoria conferencia de 1921: "Algunos aspectos del siglo xviii" (en: *Lengua, enseñanza y literatura*. Madrid. Victoriano Suárez, 1924).

⁴ "Ardua tarea, inopinada e ingrata, la que tocó en suerte a los claros varones españoles del siglo xviii. Como el mismo Cadalso —para aludir tan sólo a los ensayistas—, ni Feijoo ni Jovellanos gustaron llamarse a engaño; era preciso empezar casi todo. Aunque la producción literaria había podido prolongarse espléndidamente, la buena, la severa tradición española —la cristiano-humanista de los siglos xv y xvi— se hallaba interrumpida. Lo estaba, por desgracia, desde los tiempos iniciales del Imperio. Mucho importaba retomarla. Importaban, por lo menos, las tentativas renovadoras." (A. J. BATTISTESSA, obra citada, p. 149).

la tradición recuperable, pero que en otras concluye en puerilidades agresivas contra compatriotas y extraños. Los literatos se convirtieron en adelantados de una cruzada progresista, que resulta sorprendente si se la sitúa en la Europa de la *Enciclopedia*, de las nuevas teorías físicas y matemáticas, de Rousseau.⁵

Una tensión de fuerzas opuestas tironeó a los españoles del setecientos, imponiendo decisiones que buscan resolver la lucha entre nacionalismo y europeísmo. Estos dos términos simplifican los valores en pugna: ortodoxia y ateísmo, tradicionalismo y cosmopolitismo, popularismo y aristocracia, humanismo y realismo pragmático, casticismo y galicismo. Estos ideales, enfrentados antes que conciliados, sólo alcanzaron a ordenarse en pocos espíritus; un mismo literato aporta motivos para defender una posición, o la contraria, a pesar de las constancias que los aproximan en la lucha contra el atraso intelectual. La complejidad de las lecturas y las crisis políticas impusieron un programa guía: la recepción del pensamiento moderno que no traicionara lo que España había logrado en su brillante siglo xvi. El padre Feijoo deja oír una de las respuestas más válidas a las incitaciones de su tiempo, y su obra rubrica así una solidaridad concebida luego de una larga y bien pesada información.⁶

En Casdemiro, aldea del obispado de Orense, el 8 de octubre de 1676 nació Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro, heredero de una familia de antigua prosapia. Ya maduro, el padre Feijoo insistía en que cada hombre es hijo de sus méritos, aunque no olvidase los antecesores ilustres de amigos y valedores, como los suyos propios. De su hogar, recordará al padre, de generosa memoria y muy dado a la lectura de poemas; los demás datos del ambiente familiar se desvanecen en la discreción del expositor. Los biógrafos poco agregan a la vida cotidiana de Feijoo, inclusive de la etapa en que acumuló conocimientos y experiencias; los datos corresponden a la actuación en la orden benedictina y en la universidad ovetense. En 1690 ingresó como estudiante en el Monasterio de San Julián de Samos; concluida allí su formación, pasó al Monasterio de San Vicente, en Oviedo, ciudad en la que transcurrió su existencia. En 1709 obtuvo la Licenciatura en Teología por la

⁵ Véase JEAN SARRAILH: *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, traducción de Antonio Alatorre. México. Fondo de Cultura Económica. 1957.

⁶ Véanse: el prólogo de Vicente de la Fuente a *Obras escogidas* del padre fray Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro, en la Biblioteca de Autores Españoles (t. LVI), Madrid, Ediciones Atlas, 1952; el prólogo de A. Millares Carlo en: Feijoo, *Teatro crítico universal*, t. I, Madrid, Espasa-Calpe, 1941; GREGORIO MARAÑÓN: *Las ideas biológicas del padre Feijoo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1941. El notable estudio de Marañón se reproduce en: *Obras escogidas* de Feijoo, edición preparada por A. Millares Carlo, Biblioteca de Autores Españoles, t. CXLI, Madrid. Editorial Atlas, 1961.

universidad, donde desempeñó, desde 1710, la cátedra de Santo Tomás por once años; pasó después a la de Sagrada Escritura y a la de Vísperas de Teología, en la que se jubiló en 1725; desde 1737 a 1739 regentó la cátedra de Prima, hasta que debió retirarse por motivos de salud. En la jerarquía de la Orden llegó a ser Abad de su colegio; rechazó honores como las prelacías del Monasterio de San Julián de Samos, y de San Martín de Madrid, y uno de los primeros Obispos de América, ofrecido en 1725 por Felipe V.

En la dedicatoria al "*Muy Rdo. P. Abad y Santo Convento*", del tomo III del *Teatro crítico*, señala su agradecimiento a la enseñanza benedictina y a la norma conventual⁷:

Lo que yo debo a ese ilustrísimo monasterio cabe en mi conocimiento, no en mi voz ni en mi pluma. Desde la edad de catorce años, no del todo cumplidos, en que me introdujo superior llamamiento por sus sagrados umbrales, hasta la hora presente, me ha estado siempre lloviendo beneficio; mas siempre contaré por el mayor de todos la enseñanza que debí a esa ilustre escuela de virtud, teatro donde se desengaña de los errores del mundo, harto mejor que el mundo puede desengañarse de sus errores en mi *Teatro*.

Para reforzar el sentido de la comunidad monacal elogia como la mayor de sus glorias "la continuada sucesión de la más austera observancia regular por tantos siglos". No cabe la interpretación de estos homenajes como prevenida cautela frente a posibles roces con la autoridad eclesiástica; así lo pretenden comentaristas que sólo reconocen los rasgos rebeldes del expositor, tantas veces en polémica con clérigos y doctores.

Con natural espontaneidad, el padre Feijoo elogió la superioridad educativa del paisaje que rodeaba al convento, celebrando un contorno que magnifica las disposiciones de su celda y "retrata la religión de sus habitantes":

La retrata, y aún la influye; porque cerrado por todas partes el horizonte, faltan objetos donde se disipe el espíritu. Sólo hacia el cielo tiene la vista desahogo, y así se lleva todas las atenciones el cielo.⁸

Sin tachar de prudente el reconocimiento de sus maestros, deben recordarse los cernidos pasajes en que ostenta sus curiosidades de autodidacto, abiertas a rutas negadas por la ignorancia española. Dentro de la Orden contó además con amigos y protectores, entre los cua-

⁷ Las citas corresponden a los cuatro volúmenes de obras escogidas de Feijoo publicadas por la Biblioteca de Autores Españoles, (t. LVI, CXLI, CXLII y CXLIII). Ediciones Atlas, 1952 (el que pasa a designarse I) y 1961 (los restantes). Vol. III, p. 259.

⁸ Vol. III, p. 260.

les se destaca especialmente el arremetedor padre Martín Sarmiento, uno de los españoles mejor informados en su momento, y tan enemigo del vulgo como Feijoo.

En 1725 las primeras páginas públicas de Feijoo se presentan como consecuencia de la imposición amistosa de quienes gozaban con su trato de conversador. De acuerdo con esta declaración, los discursos del benedictino manifestarían un criterio selectivo que supera lo personal. El prólogo al tomo II del *Teatro crítico* señala⁹:

Años ha que muchos sujetos de mi sagrada religión, algunos de la primera magnitud, han estado lidiando con mi pereza o con mi cobardía, sobre que trabajase para el público. Vencido al fin de sus instancias, y determinado a escribir para imprimir, les comuniqué diferentes proyectos que tenía ideados, entre los cuales escogieron por más útil y por más honroso el que sigo.

Desde la primera salida literaria, y sobre polemistas no bien intencionados, se fue asentando la fama del tratadista; ganado el prestigio en Portugal y en España, el nombre del padre Feijoo se difundió por otras naciones, preferentemente entre gente de Iglesia. En los ocho tomos del *Teatro crítico universal o Discursos varios en todo género de materias para desengaño de errores comunes*, aparecidos entre 1727 y 1739, y en las fogosas *Cartas eruditas y curiosas en que por la mayor parte se continúa el designio del "Teatro crítico universal", impugnando o reduciendo a dudosas varias opiniones comunes*, publicadas entre 1746 y 1760, se resume la biografía intelectual del autor. Un total de trece volúmenes, con cerca de trescientas disertaciones, señala la continuidad del esfuerzo heroico.¹⁰

Juan López Marichal ha destacado "el impulso personalizante" del fraile en toda su obra: "Como Guevara, como Montaigne, como *Azorín*, Feijoo crea un personaje literario único, se crea a sí mismo, fray Benito, el Desengañador de las Españas."¹¹ La comprensiva caracterización afirma una idea latente en las páginas rehabilitadoras con que Emilia Pardo Bazán había contestado a Menéndez y Pelayo.

La trascendencia del personaje forjado por Feijoo fue relacionada

⁹ Vol. II, p. 108.

¹⁰ Los tomos del *Teatro crítico* fueron publicados en 1726, 1728, 1729, 1730, 1733, 1736 y 1739; la conclusión de esta serie coincidió con el retiro profesoral del autor. Las *Cartas* se reunieron en cinco volúmenes, impresos en 1742, 1745, 1750, 1753 y 1760. A estas dos colecciones se suman las piezas polémicas y varias obras menores, todavía inéditas. Véase el citado prólogo de Millares Carlo y la citada obra de Marañón.

¹¹ JUAN LÓPEZ MARICHAL: "Feijoo y su papel de Desengañador de las Españas" (en: *Nueva Revista de Filología Hispánica*, año V, Nº 3, julio-septiembre, pp. 313-323). México, 1951.

por él mismo con la de los grandes descubridores portugueses del siglo xvi. Al incluirse en una forma arriesgada de existencia, se presenta como intérprete de una nación que reclama nuevos ámbitos mentales; tales intenciones se ahondan cuando el escritor ensombrece la visión contemporánea de España y la enfrenta al brío mental que sostuvo el siglo xvi. López Marichal ha ejemplificado esa posición con la dedicatoria del tomo IV de las *Cartas*, dirigida a doña María de Portugal, reina de España. Al relacionar ambos países, el padre Feijoo se arraiga en la unidad peninsular, tan comprensible para un gallego, hombre de fronteras geográficas y espirituales. En la dedicatoria dice de sí mismo¹²:

Acaso (¿qué sé yo?) me ganó el afecto de aquella animosa nación [Portugal] haber reconocido en mi rumbo literario cierta imitación de genio; de aquel genio, digo, cuyo elástico impulso naturalmente rompe hacia empresas altas y peligrosas; de aquel orgullo arrogante, que, no cabiendo dentro de todo el mundo conocido, se ensanchó por millares de leguas al Oriente y al Poniente, a una y otra India: de aquel noble aliento, que dio a una Provincia la conquista de tantas Provincias por medio de tantos héroes, que divididos pudieran ilustrar muchos Reinos, cuales fueron los Gamas, los Almeydas, los Albuquerque, los Castros, los Pachecos, los Sylveiras, los Magallanes, y otros, cuya fama durará cuanto dure el mundo.

El soberbio reconocimiento de su personalidad eleva la imagen de un literato que ve glorioso su nombre en todas las naciones de Europa; el prestigio, ampliado a medida que se multiplicaban los libros del benedictino, contó con la protección de dignatarios eclesiásticos y de la autoridad real. La difícil campaña del escritor pudo cumplirse gracias a tales protecciones.¹³

Hasta su revelación literaria, Feijoo había vivido una existencia de estudioso, volcado a la enseñanza teológica.¹⁴ Nacido en una provincia vuelta al pasado ilustre, su condición de gallego vibra tanto en elogios heroicos, como en subjetivas visiones de la naturaleza; condición esta última que Marañón ha relacionado sagazmente con la de *Azorín*.¹⁵

¹² López Marichal comenta agudamente el texto (estudio, citado, pp. 315-317). Las ideas de Emilia Pardo Bazán sobre Feijoo se encuentran en un discurso de 1887 y en un ensayo sobre "La mascarilla de Feijoo (en: *De mi tierra*, La Coruña, 1888).

¹³ Véase el citado libro de Marañón, donde se analizan algunas polémicas provocadas por los libros del benedictino y las disposiciones que aseguraron su libertad de escritor.

¹⁴ No debe olvidarse la probada dedicación del catedrático, que fundamenta de manera clara las ideas modernas aceptadas por Feijoo. Véase ARTURO ARDAO: *La filosofía polémica de Feijoo*. Buenos Aires. Editorial Losada. 1962.

¹⁵ "Hay párrafos de Feijoo que parecen azorinianos, como algunos del ensayo "El no sé qué" (*Teatro*, VI-III), de donde son, por ejemplo, estas líneas: "Ven una graciosa aldeana, que acaba de entrar en la corte, y no bien fijan en ella los ojos, cuando la imagen que de ellos trasladan a la imaginación, les representa un objeto amabilísimo. Los mismos que miraban con indiferencia o con una inclinación tibia las más celebradas hermosuras del pueblo, apenas pueden apartar la vista de la rústica

Junto al lirismo, pronto recogido, Feijoo se tonifica con buen humor recordando rebeldías infantiles que adelantan su vocación experimental, no siempre comprendida por los supuestos intelectuales contemporáneos, agresivos a fuerza de ignorancia. Temprano se puso en marcha la decisión que culminaría con la publicación de los discursos, empeñados en “introducir doctrinas nuevas en algunas materias y desterrar de otras errores y preocupaciones comunes”. Una sonrisa no volteriana ilumina la intención del monje, naturalmente inclinado a la verdad y conciliador de la fe con la razón y el método, ya que analizó y discutió inclusive a los autores que estudió con más viva atención de discípulo. Una de sus presentaciones lo autodefine con lucidez: “Naturalmente, aborrezco todo engaño, de modo que en mí el ser sincero más es temperamento que virtud.”¹⁶

La elección de la *Regla* benedictina como cauce de su vocación quizá resulte sorprendente si se la sitúa en el nivel intelectual de España. Tal vez esa elección reconocía ya una cierta desconfianza de los métodos educativos jesuíticos, ligados a la reverencia de envejecidas autoridades, ya que el aspecto novedoso del pensamiento maduro de Feijoo se detuvo con preferencia en la independencia crítica. La Orden de San Benito no era en el siglo XVIII una comunidad dedicada en especial al estudio; inclusive en la centuria anterior se habían producido reformas internas encaminadas a limitar la tarea intelectual en ciertos monasterios, para volverlos a las formas primeras del monacato occidental.¹⁷ Conforme con su elección, el fraile se llevó bien con el ámbito de Oviedo, donde encontró clima propicio para sus observaciones de la naturaleza, y sus desvelos de lector, ya que careció de paciencia de investigador minucioso como lo prueba cuando llegó a su celda un deseado microscopio.¹⁸

De lo que fue la biblioteca del benedictino, los críticos se han detenido en los autores que habrían influido en la formación de su criterio polémico: entre los antiguos, Aristóteles fue el filósofo más leído; las interpretaciones de Santo Tomás lo ayudaron a distinguir el contenido de los tratados aristotélicos; el español Juan Luis Vives y el inglés Francis Bacon le enseñaron las posibilidades de una metodología, ya adoptada por Europa. Sobre tales bases estudió los sistemas de Descartes, Gassendi, Maignan y Newton, en aquello que no chocaba a un cató-

belleza. ¿Qué encuentran en ella de singular? La tez no es tan blanca como otras muchas que ven todos los días, ni las facciones son más ajustadas ni más rasgados los ojos, ni más encarnados los labios, ni tan espaciosa la frente, ni tan delicado el talle. No importa. Tiene un *no sé qué* la aldeanita que vale más que todas las perfecciones de las otras. No hay que pedir más, que no dirán más. Este *no sé qué* es el encanto de su entendimiento.” (Marañón, obra citada, p. 82).

¹⁶ Vol. III, p. 261.

¹⁷ Véase DOM CLAUDE J. NESMY: *San Benito y la vida monástica*, traducción de Luis Hernández Alfonso. Madrid. Aguilar. 1963.

¹⁸ Véase la citada obra de Marañón.

lico ortodoxo, profundamente asistemático en los temas laicos. Los reparos filosóficos y teológicos se reiteran a propósito de todos estos autores, aprovechados sin embargo para polemizar contra las estrecheces fundadas en la autoridad magistral. La Ilustración y la Enciclopedia apenas rozaron la formación del tratadista, y a través de divulgadores mesurados.

El discurso “Mérito y fortuna de Aristóteles y de sus escritos”, en el tomo IV del *Teatro crítico*, documenta la manera con que Feijoo consideraba sus estímulos. Reconoce al filósofo griego como “hombre de rarísimos talentos, de ingenio sublime, de comprensión vasta, de erudición prodigiosa”, pero sin injuriar los méritos de Aristóteles señala que su autoridad en la Europa moderna se debió en gran parte a su fortuna. Los “accidentes favorables” que lo apoyaron fueron tres: “introducirse su filosofía en Europa a tiempo que en ella no había otra alguna”, “haberse aplicado a ilustrarle el angélico doctor Santo Tomás”, y “las invectivas y declamaciones que contra él hicieron algunos herejes, especialmente Lutero, al introducir su infeliz y perniciosa reforma”.¹⁹ Motivos históricos y reparos teológicos prestigian a Aristóteles, cuyo valor en el estudio científico era para Feijoo un ejemplo del método adecuado antes que un límite de autoridad indiscutible. La misma posición reaparece cuando juzga al tantas veces citado lord Verulam: “No fundó Bacon nuevo sistema físico, conociendo sus fuerzas insuficientes para tanto asunto: sólo señaló el terreno donde se había de trabajar y el modo de cultivarle para producir una filosofía fructuosa.” Y una nota a pie de página reafirma el distinguo: “Adviértese que los elogios que aquí se dan a Bacon son relativos precisamente a sus especulaciones físicas, confesando que para otros objetos más importantes fue hombre de cortísimas luces.”²⁰

La filosofía del *Novum Organum* decidió la elección del procedimiento ideal: el que corresponde a la lógica y la metodología de la ciencia natural. Observación y entendimiento eran los medios eficaces para confrontar experiencias, en lucha contra los ídolos del género humano, de la sociedad, de la tradición y del lenguaje. Feijoo, al situarse en la línea de Bacon, pudo considerarse a sí mismo como investigador “abeja”, el que elabora el néctar luego de tomar el polen de las flores; desdeñoso por tanto de los metafísicos, llamados “arañas” por Bacon a causa de extraer de sí mismos las telas de sus especulaciones, y de los empiristas puros, los investigadores “hormigas” del ensayista inglés.

Los autores frecuentados por Feijoo eran de muy moderada audacia en la Europa de principios del siglo XVIII; para quien leía latín,

¹⁹ Vol. III, pp. 57, 58 y 59.

²⁰ Vol. III, p. 69.

italiano, portugués y francés, no estaban cerrados otros sistemas más audaces, especialmente los brindados por Francia. Frente a tales novedades vale la repetida declaración de que estará siempre con la mejor filosofía, la que más claramente se acomode a la religión. El discurso “Consectario a la materia del discurso antecedente, contra los filósofos modernos”, del tomo I del *Teatro crítico*, resume su posición con respecto a las cosmologías de Descartes y de Gassendi, de quienes se sirve en no pocas ocasiones para luchar contra la tradición.²¹ Espíritu libre, el benedictino supo mostrarse celoso custodio de su independencia frente a textos que se señalaron como modelos de sus ensayos, en particular las *Mémoires pour servir a l'histoire des Sciences et des Beaux Arts* y el *Journal des Savants*; lo aclara por extenso el prólogo apologético al tomo III del *Teatro crítico*.²² Con la misma individualidad mental se define en pasajes de las *Cartas*.

El padre Feijoo distinguía el valor de los libros, y acorde con su clasificación graduó la intensidad de sus lecturas y el aprovechamiento de las mismas. Tanto como novedades metodológicas, tomó ejemplos de sus autores más leídos, siempre que tales casos pudiesen confrontarse con el sentido común y al amor a la verdad. El discurso “Nuevo caso de conciencia”, que califica a los libros de “alhajas, precios estimables”, distingue entre “libros excelentes”, “medianos” y “ruines”; entre libros muy útiles, algo útiles y totalmente inútiles.²³ La misma gradación aplica a sus impugnadores; los argumentos que emplea en sus polémicas contestan sólo a los reparos que podían dañar su autoridad moral de desengañador, limpio de herejías. La ignorancia fue la gran enemiga de Feijoo, tanto más peligrosa cuanto más poder ostentaba el contendente de cabeza a cal y canto.²⁴

La falta de advertencia o sobra de ignorancia, aun en lo que más importa, es en el mundo mucho mayor de lo que comúnmente se piensa. No sólo los bárbaros, los estúpidos, la gente del campo, los que no han tenido estudio alguno ignoran o dejan de advertir verdades pertenecientes a la seguridad de su conciencia, que muestra la luz de la razón a la primera ojeada, mas aún muchos que tratan con gente docta, muchos que son tenidos por discretos, muchos que revuelven libros, muchos (digámoslo de una vez) que no sólo los leen, mas también los escriben.

La intrepidez feijooniana unifica así los temas de sus volúmenes. Lectores ingenuos, despistados por las antologías, creen que el padre escribió exclusivamente contra falsos milagros y supersticiones vulga-

²¹ Véase la citada obra de Ardao.

²² Vol. III, p. 261 y ss.

²³ Vol. III, p. 103.

²⁴ Vol. III, p. 103.

res, olvidando el importante material de discusión sobre la filosofía de la naturaleza, las sabias páginas dedicadas a planteos morales y las observaciones políticas y estéticas. En los discursos y cartas que discuten estos temas se encuentra el aporte más personal como solución española del pleito entre antiguos y modernos. La modernidad feijooniana se decide en aquello que no toca a los principios de la fe ni al patriotismo auténtico; así deseaba fertilizar las mentes de los españoles para que se situaran en un mundo oreado por novedades que favorecían a la religión. Las razones de su modernidad parecen ingenuas frente al avance filosófico de la Francia contemporánea, desde cuyas ideas se han medido casi siempre las perspectivas españolas. Los modernos no son más veraces que los antiguos; si el padre Feijoo los prefiere es porque²⁵:

escriben sobre más seguros informes. Antiguamente era poco o ninguno el comercio entre naciones muy distantes;
entre dos relaciones hechas por testigos de vista, una que asegura alguna cosa prodigiosa, otra que la niega, *caeteres paribus*, se debe dar más fe a la segunda. La razón es porque el que afirma el prodigio, se interesa en la admiración y gusto con que es leído u oído. Pero el que niega, prescindiendo de particulares circunstancias, no es movido de interés alguno;
entre los mismos modernos se prefieren las relaciones posteriores a la primera que hicieron los descubridores de alguna región o provincia. La razón es porque la admiración, que es compañera de la novedad, alucina en alguna manera la vista y la hace representar los objetos algo distintos de lo que son;
en orden a las cosas naturales no se debe hacer juicio por las noticias que se hallan en libros expositivos o morales, aunque sean de los más excelentes y acreditados autores. La razón es porque para traer las cosas naturales para símbolo, explicación o símil de las morales (que es el uso que tienen en semejantes libros) no se examina en la noticia la verdad, sino la proporción.

Los motivos que justifican la elección se parecen a los invocados por los cronistas de Indias, sobre todo cuando se inició el pleito con los historiadores que no habían sufrido las realidades del Nuevo Mundo. Había algo de descubridor de tierras incógnitas en el fervor feijooniano, aunque este impulso apareciera refrendado por la razón. Para aclarar la posición mental valen las respuestas del *Teatro crítico* a quienes reprocharon la ausencia de temas teológicos en los discursos y acusaron de supuesta frivolidad al sacerdote. El resquemor se demoró en tales reproches, invocando el falso compromiso de una dedicación que el padre Feijoo creía inútil; lo aclara el prólogo al tomo IV del *Teatro*, dirigido “no al lector discreto y pío, sino al ignorante y malicioso”. Frente a quienes entendían por única materia grave la teología dogmática, o escolástica, o moral, o expositiva, el padre contesta con

²⁵ Vol. II, pp. 130, 131 y 132.

uno de los recursos eliminitorios más frecuentados por su prosa, la pregunta y la respuesta ligadas por trabazón ineludible²⁶:

Dieme ahora: ¿qué necesidad tiene el público de que yo escriba sobre algunas de estas facultades? De teología dogmática y expositiva tiene lo que basta; de escolástica y moral lo que sobra.

Este argumento no golpea únicamente al escolasticismo peninsular: Feijoo, asesorado por amigos y consejeros, eligió el material más necesario en España, “donde no hay herejías” sino ignorancia. Partiendo del distingo, no olvida su estudio de la Escritura y su experiencia de catedrático: “aunque yo pudiera hacer los más bellos comentarios del mundo, no escribiría palabras, porque en España hay poquísimo consumo de este género”. La novedad de su obra inaugura una discusión con urgencias inmediatas; el sentido ejemplar de los textos se fortificó con la conciencia de ser útil a la fe y a la patria.

El movimiento renovador surgió en España entre próceres curiosos y hombres de estudio; las ideas avanzadas prosperaron decididamente en las provincias vascongadas y las islas Canarias, como reacción contra el fanatismo de la mayoría; el diálogo con viajeros y comerciantes extranjeros y las distancias con respecto a Madrid, facilitaron la audacia mental. La modernidad fue menos decidida en Oviedo, cerrada geográficamente y al margen de las vías frecuentadas por los extranjeros; las células progresistas fueron escasas en número y reducidas en adherentes; el padre Feijoo no podía desentenderse de su contorno, donde tuvo eficaces colaboradores y fieles amigos, capaces de ganar pleitos en las esferas matritenses. Los temas de las primeras publicaciones feijoonianas se mueven con soltura en el panorama ovetense, donde la imaginación del vulgo, supersticioso sin malicia, prolongaba la presión del pasado y coincidía con la siestera de eclesiásticos comodones.

En una época en que los nobles, tanto en la vida como en la literatura, se complicaban con un popularismo no detenido ante las manifestaciones de vulgaridad, la aristocracia espiritual a que perteneció Feijoo trató de iluminar, sin violentarlos, a lectores discretos de distintos sectores sociales.²⁷ Menos avanzado que otros renovadores, Feijoo sostuvo sus funciones de desengañador en su condición religiosa y en la confianza de sus valedores. Todo aquello que no pudo aceptar su ortodoxia y su espíritu experimental, lo detiene en un *criticismo que puede parecer ingenuo a los estudiosos europeos. Las credulidades bio-

²⁶ Vol. III, p. 5.

²⁷ Véase RAMÓN PÉREZ DE AYALA: *Política y toros*, pp. 35 y ss. Madrid. Editorial Calleja. 1918.

lógicas y médicas que Marañón ha analizado con certeza, en un libro ya clásico, no son sino una parte de ese costado cándido del expositor, mucho más firme cuando entra a planteos morales, en las lecciones de un predicador nunca ausente de sus textos.

Discretos aunque no desapasionados, los primeros discursos de Feijoo atrajeron la atención a fuerza de destruir errores y supersticiones fáciles de derribar entre lectores con sentido común. La clave de su popularidad debe buscarse en esa temática, que despertaba a la razón sin complicar los misterios de la fe y la adhesión a la monarquía. La conciencia sin hipocresía de esta posición, surge en el primer volumen del *Teatro crítico* como resultado atribuible al consentimiento de quienes escucharon al benedictino, expositor necesitado del diálogo discreto. La noción del “error” funciona así como estímulo literario²⁸:

Culparásme acaso porque doy el nombre de *errores* a todas las opiniones que contradigo. Sería justa la queja si yo no previniese quitar desde ahora a la voz el odio con la explicación. Digo, pues, que *error*, como aquí le tomo, no significa otra cosa que una opinión que tengo por falsa, prescindiendo de si lo juzgo o no probable.

Ni debajo de *errores comunes* quiero significar que los que impugno sean trascendentes a todos los hombres. Bástame para darles ese nombre que estén admitidos en el común del vulgo, o tengan entre los literatos más que ordinario séquito.

Campeón de lides contra supuestos “gigantes”, Feijoo acentúa la semejanza de su conducta con la quijotesca, empeñado en otorgar dimensiones enormes a torpezas e ignorancias difundidas por España. Ampliando la justificación de su conducta con las valentías posibles en la realidad del setecientos, defendió su elección de la lengua vulgar no sin asentar una advertencia perogrullesca contra el prestigio del latín entre maestros a los cuales no deseaba parecerse. Los argumentos afirman su docencia, no los nacionalismos estéticos planteados y discutidos en los siglos xv y xvi²⁹:

Harásme también cargo porque, habiendo de tocar muchas cosas facultativas, escribo en el idioma castellano. Bastaríame por respuesta el que para escribir en el idioma nativo no se ha menester más razón que no tener alguna para hacer lo contrario. No niego que hay verdades que deben ocultarse al vulgo, cuya flaqueza más peligra tal vez en la noticia que en la ignorancia; pero éstas ni en latín deben salir al público, pues harto vulgo hay entre los que entienden ese idioma; fácilmente pasan de éstos a los que no saben más que el castellano.

La explicación alude a la empecinada estrechez de ciertos dómines escolásticos, fundamentando así un criterio nuevo de la educación, que

²⁸ Vol. I, p. I.

²⁹ Vol. I, p. 2.

habría de culminar años después con fecundas fundaciones. Con miras al provecho universal, ya el prólogo al tomo I del *Teatro crítico* enumera los compromisos que Feijoo ajustó a su personalidad y a la posible recepción de los lectores³⁰:

nada escribo que no sea conforme a lo que siento;
proponer y probar opiniones singulares, sólo por ostentar ingenio, téngolo por prurito pueril y falsedad indigna de todo hombre de bien;
estoy esperando muchas impugnaciones, especialmente sobre dos o tres discursos de este libro; y aun algunos me previenen que cargarán sobre mí injurias y dicerios. En ese caso me aseguraré más de la verdad de lo que escribo, pues es cierto que desconfía de sus fuerzas quien contra mí se aprovecha de armas vedadas.

El padre Feijoo, de espíritu azoriniano según Marañón, provocaba a sus críticos con puazos que parece prevenir las modalidades del Unamuno de mayor tensión. Consciente de que la clasificación de “vulgo” corresponde a pobrezas del espíritu, Feijoo fue perdiendo ecuanimidad polémica a medida que se sintió comprendido y protegido, hasta llegar a una etapa en que su vocabulario rehuye las medias tintas, para anular al contrario por medio del insulto. Ésta es una de las diferencias esenciales entre el *Teatro* y las *Cartas*, que puede completarse con muestras del epistolario privado, según lo ha hecho Marañón.

La conciencia posterior del tiempo perdido entre amigos y consultantes epistolares, y la fiebre publicitaria que le subió gradualmente, explicarían la posición agresiva de sus últimos años. De esta manera fue sumando riesgos a su función de esclarecimiento, afirmada tesonera-mente sobre una de las formas del personalismo español; semejanza con Domingo Faustino Sarmiento, ilustre representante de una forma de vida hispánica condicionada y reforzada por la condición de desterrado en que el argentino escribió sus mejores páginas.³¹

Sobre el final del discurso “Voz del pueblo” se apuntan dos correcciones que resumen la conducta de Feijoo en religión y filosofía. La primera considera como voz del pueblo “el unánime consentimiento de todo el pueblo de Dios, esto es, de la Iglesia universal”; la segunda reputa como tal a “la voz de todo el género humano”. La Iglesia no puede equivocarse ya que se sostiene en “la promesa que Cristo la hizo de su continua asistencia y de la del Espíritu Santo en ella”, “no

³⁰ Vol. I, pp. 1 y 2.

³¹ Sarmiento se supera como escritor al recrear su figura en oposición polémica a la de Rosas, y por tanto como el hombre que puede encaminar a la Argentina en el progreso civilizador: Véase DOMINGO FAUSTINO SARMIENTO: *Recuerdos de provincia*, prólogo de Juan Carlos Ghiano. Buenos Aires. Editorial Sur. 1962.

por imposibilidad antecedente que se siga a la naturaleza de las cosas". A la zaga de esta promesa inmutable, se señala que "es por lo menos moralmente imposible que todas las naciones del mundo convengan en algún error". Una verdad dogmática y una razón ética concuerdan en el argumento final: "el consentimiento de toda la Tierra en creer la existencia de Dios se tiene entre los doctos por una de las pruebas concluyentes de este artículo".³²

Alertando el estado mental de una nación indecisa con respecto a sus tradiciones, el discurso "Desagravio de la profesión literaria" defiende un método relacionado con Bacon y con Vives. Experiencia y razón sostienen los distinguos del expositor: "el fundamento grande de mi sentir es la experiencia, sobre la cual, si se hubiera hecho la reflexión debida, no hubiera ganado tanta tierra la opinión contraria"; "a la experiencia sufraga la razón", continúa Feijoo, para explicar el andante de sus ensayos, concebidos sobre la misión de quien aprende para enseñar.³³ Si tuvo la suerte de conocer hombres discretos y de singulares noticias, sobre este trato elevó la importancia de las bibliotecas; la pregunta, retórica en el viejo sentido, compendia la anuencia universal que tantos afanes motivó en el siglo XVIII: "¿Qué cosa más dulce hay que estar tratando todos los días con los hombres más racionales y sabios que tuviesen los siglos todos, como se logra en el manejo de los libros?"³⁴

Conciliada así la querrela entre antiguos y modernos propuesta en otro discurso, su tarea apunta los precisos distinguos entre la ciencia de la naturaleza, la filosofía y la teología; las diferencias explican la elección de sus fuentes y la revisión de los autores que más hondamente lo tocaron: "El filósofo se complace en ir dando alcance a la fugitiva naturaleza; el teólogo, en contemplar con el telescopio de la revelación los misterios de la gracia."³⁵ Hasta la imagen, tan de sus años y temperamento —ese inusitado "telescopio de la revelación"—, vale dentro de la modernidad que alcanzó en contenido y en expresión.

Su arsenal defensivo no se tranquiliza con la experiencia, la razón y la autoridad; las objeciones menudas, revisadas y contestadas en el final del "Desagravio" citado, muestran un sentido atento a lo particular, pero ansioso del reconocimiento universal. Para ilustrar su ambición, resulta concluyente el discurso "Amor de la Patria y pasión nacional", en que muy españolamente desdeña la irracionalidad patriótica de su nación para situarse en dos planos generales: el filosófico y el cristiano. Habiendo buscado, sin encontrarlo, el "amor justo, debido, noble y virtuoso" de la patria, ha tropezado en cambio con la falta de afecto pa-

³² Vol. I, p. 8.

³³ Vol. I, pp. 18 y 19.

³⁴ Vol. I, p. 19.

³⁵ Vol. I, p. 20.

triótico, o con un afecto delincuente, llamado vulgarmente pasión nacional. Enemigo de la cerrazón mental, comenta³⁶:

Es apotegma de muchos sabios gentiles que para el varón fuerte todo el mundo es patria; y es sentencia común de doctores católicos que para el religioso todo el mundo es destierro. Lo primero es propio de un ánimo excelso; lo segundo, de un espíritu celestial. El que liga su corazón a aquel rincón de tierra en que ha nacido, ni mira a todo el mundo como patria, ni como destierro. Así el mundo le debe despreciar como espíritu bajo, el cielo despreciarle como forastero.

La negación del mundo desde el realismo cristiano actualiza la universalidad del monacato fundado por San Benito, “el Hombre de Dios” como lo llamó el papa San Gregorio. San Benito enseñó una forma de vida santa, practicada primero por él y ordenada después en casas puestas al servicio del Señor; sin despreciar las obligaciones del pan, el fundador las situó desde la trascendencia extraterrena de su renunciamiento.³⁷ La *Regla* benedictina, según la síntesis de San Gregorio, realiza y difunde la fortaleza de quien se reconoce hijo de su Creador y por tanto obligado a servirlo.

Un discurso de la primera serie del *Teatro crítico*, “Virtud y vicio”, recuerda principios evangélicos que iluminan la vocación del padre Feijoo y su misión monacal. Al margen de novedades y sin dejarse llevar por el prurito crítico, con perfecta humildad, comenta³⁸:

Tentaré en este discurso su desengaño [de la ceguera del mundo], mostrando que aun en esta vida, prescindiendo del premio y castigo de la otra, es mucho más molesto y trabajoso el abandono a los deleites que a la práctica de las virtudes morales y cristianas. Para esto me serviré de aquellos argumentos que ofrecen la razón natural y la experiencia, tomando poco o nada de las sentencias de padres y dichos de filósofos, de que se pudiera amontonar infinito; porque a quien no persuadiesen la experiencia y la razón, no ha de convencer la autoridad.

Feijoo recuerda la lección que resume su propia vida, cumplida como encarnación del orden sagrado³⁹:

Esta puerta es tan angosta, que se estruja el recién convertido entre sus quicios, hasta exprimir tantos embebidos efectos. No sólo se rasga el cutis en la estrechura, mas aún se deja en ella despedazada la propia carne. Pero pasando este trance difícil, se va ensanchando poco a poco el camino, hasta dilatarse en florido y espacioso valle.

³⁶ Vol. I, p. 147.

³⁷ Véase la citada síntesis de Dom Claude J. Nesmy.

³⁸ Vol. I, p. 4.

³⁹ Vol. I, p. 13.

Intérprete de su *Regla*, Feijoo reconoce la carga dolorosa que son los días de los pecadores, y amonesta con espontáneo sermón moral⁴⁰:

Y pues no podéis menos de conocerlo, oíd ahora para vuestro consuelo y utilidad la más dulce y sonora voz, que por órgano divino se esparció a todo el ámbito del mundo. Oíd, que con vosotros habla; oíd y aprovechaos: *Venite ad me omnes, qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos* (Venid a Mí los que trabajáis y estáis cargados de afanes, que yo os aliviaré). Estas palabras es cierto que llaman a los pecadores, que son los que están distantes de Cristo. Luego éstos son los que pasan una vida trabajosa. Convídalos a que se acerquen a Él; esto es, que abracen la virtud luego los virtuosos son los que gozan de descanso y alivio. Veis aquí que es sentencia evangélica una y otra parte del asunto que voy probando.

El padre Feijoo, de probada ortodoxia a pesar de alguna prevención inquisitorial, insistió en separar lo que corresponde a la religión y lo que pertenece al plano de la ciencia. Entre tantos hechos que ilustran el distingo, puede recordarse la aclaración del falso milagro de las florecitas que aparecían para ciertas solemnidades en la ermita de Cangas de Tineo; el triunfo de Feijoo, apoyado por el obispo de Oviedo, es comentado por el desenmascarador de supercherías sin que se empañe para nada su fe.

La conciencia leal del católico resplandece en batallas al servicio de la fe⁴¹:

Los milagros verdaderos son la más fuerte comprobación de la verdad de nuestra santa fe; pero los milagros fingidos sirven de pretexto a los infieles para no creer en los verdaderos.

El amigo de la verdad se reafirma al declarar: “Confieso que no puedo tolerar que, a expensas de la piedad, se haga capa del embuste.” Si es cierto que en la Europa contemporánea mucha gente de Iglesia atacó la credulidad favorecida por prelados ignorantes, no puede negarse que esos analistas entraban con frecuencia en los terrenos resbaladizos de la heterodoxia. Tufillos heréticos surgen de páginas cuyo contenido se aproxima al de algunos ensayos de Feijoo; las semejanzas concluyen en la anécdota: el español procede sin vacilaciones y sin remilgos para que la fe se limpie en el vulgo, afirmando así su religión.

Un ilustre teólogo de nuestros días, Matthias Josef Scheeben, dilucida en su tratado más difundido una ordenación de los misterios del cristianismo, válida para los más persistentes caracteres de la actividad feijooniana. Scheeben insiste en que “el conocimiento teológico se toca

⁴⁰ Vol. I, p. 9.

⁴¹ Vol. I, p. 112.

estrechamente con el filosófico, sin confundirse empero con él". Rubricando el reparo, concluye⁴²:

En este punto, como en todos los demás, sigue siendo sustancialmente distinto [el conocimiento teológico], porque su objeto y el punto del cual ha de partir, se dan por la revelación, y no existen en la perspectiva de la razón. Ciertamente por el *intellectus* natural, por la razón natural, llegamos a intuir las verdades reveladas, y las conseguimos; pero solamente podemos conseguirlas si la razón, guiada por la revelación, sale de su campo propio, si sublimando sus propios conceptos abarca objetos más elevados y luego los examina y desarrolla desde todos los lados. En el *intellectus* de lo sobrenatural la teología ha de considerar siempre la revelación como fuente y medida del contenido que se ha de concebir, así como en el juicio respecto de la existencia de lo sobrenatural debe considerarla como fundamento de certeza, mientras que la filosofía como tal, en ambos aspectos se atiene solamente a la luz natural de la razón.

El conocimiento teológico unifica *intellectus* y fe, mientras que el *intellectus* es la única guía filosófica. El padre Feijoo dirige las luces del razonamiento a lo experimental, pero sus observaciones no se organizaron en un sistema polémico sino que se movieron con flexibilidad alrededor de los temas que consideraba de inmediata importancia: "las discretas razones" que Américo Castro celebró en Feijoo, atemperan y ponen en su lugar "la embriaguez de saber" que le pondera Jean Sarrailh.

La labor del benedictino, católico antes que filósofo moderno, se destaca en uno de los rumbos que caracterizan al siglo xviii español. Sin reabrir el pleito de la antimodernidad de España, cabe celebrar la conciliación ideológica que cumplió el monje. Para quienes piensan con ingenuidad que el catolocismo es un rechazo del mundo que permite alcanzar cómodamente la propia salvación, se han dado en España infinitas respuestas, encadenadas en los siglos xvi y xvii. La autenticidad hizo difícil la conducta del creyente en una sociedad como la del iluminismo; hasta el refugio conventual resultaba insuficiente si la capacidad personal de elección no resguardaba contra los embates y tentaciones intelectuales, mucho más graves que los de la carne.

Desde su celda, Feijoo se asomó intelectualmente al mundo moderno; maduro por experiencias y lecturas, el beneplácito de amigos discretos lo hizo aceptar una misión pública no menos difícil que la de los descubridores geográficos. Admirador del siglo xvi, volvió sus ojos a las expresiones de ascetas y teólogos, humanistas y juristas, escritores y cronistas, que desde distintos ángulos integraron el renacimiento español: fray Luis de León, fray Luis de Granada, Juan Luis Vives, Francisco Suárez, Melchor Cano, Francisco de Vitoria, Benito Arias Montano, Hernán Pérez de Oliva, los cronistas e historiadores de Indias.

La comprensión del pasado español apoya el asentamiento de Feijoo en su época y sus discursos y cartas luchan sin cansancio contra la de-

⁴² M. J. SCHEEBEN: *Los misterios del cristianismo*, traducción de Antonio Sancho, t. II, p. 823. Barcelona. Editorial Herder.

cadencia intelectual. El Nuevo Mundo se había desvelado ya, pero allí cerca se multiplicaban los monstruos y fantasmas de supersticiones y errores que solicitaban la acción heroica; con denuedo emprendió entonces la limpieza que busca restaurar a la mejor España. Con resabios ingenuos en muchas páginas, definió y afirmó al personaje que se multiplica en sus obras, presentándose con la nitidez que asegura, sobre el prestigio de la veracidad, el carácter misional. Humilde ante la fe, su discreción crítica se hizo impaciencia vocacional; ambas tensiones explican las notas mejores de su pensamiento y los rasgos de un estilo que aún hoy sorprende.

El no siempre desdeñable Vicente de la Fuente, en su juicio crítico de los escritos del padre Feijoo, parte de la multiplicación de puntos de vista que pueden aplicarse a las obras del benedictino: “como crítico, como filósofo y como erudito y escritor polígrafo. Puede considerársele también como gramático y filólogo, y además como tipo del periodista en el siglo pasado [el XVIII], en la época en que el periodismo se inauguraba entre nosotros”.⁴³ Luego del elogio de los temas, pasa al problema estilístico, partiendo de la negación de Feijoo como clásico (en el sentido escolar) y hasta como “mediano hablista”: “su estilo es sencillo y llano, como correspondía a la índole de sus escritos y a la clase de lectores a quienes los destinaba, que no todos eran de instrucción y carrera”.⁴⁴ Esta conciencia de escribir para el pueblo, negativa según De la Fuente, importa un resultado apreciable en la formación de la prosa moderna. Sin arriesgar el juicio de Marañón, para quien Feijoo “es el creador, en castellano, del lenguaje científico”, conviene recordar qué corrientes literarias distintas confluyen en el estilo de sus páginas valederas.⁴⁵

Comentando la poca feliz invención de voces nuevas, De la Fuente señala la expresión “fanfarronadas del cielo” aplicada a los cometas, y recuerda que no en balde se había cumplido sólo medio siglo desde la muerte de Góngora. A esta condenación del culteranismo, se agrega la de todo el vocabulario feijooniano, “plagado de galicismos, latinismos y de idiotismos peculiares de las dos provincias donde pasó su vida, Asturias y Galicia”.⁴⁶ Para disculpar la inclusión de las *Obras* de Feijoo en una biblioteca de autores españoles, los motivos son exclusivamente históricos: la presentación de una época que inicia el renacimiento de las letras en España; primera etapa, de transición, que

⁴³ Prólogo al tomo LVI de la Biblioteca de Autores Españoles, p. XXXIII.

⁴⁴ Prólogo citado, p. XXXXVII.

⁴⁵ Obra citada, p. 89.

⁴⁶ Prólogo citado, p. XXVII. Véase FERNANDO LÁZARO CARRETER: “Las ideas lingüísticas en España durante el siglo XVIII” (en: *Revista de Filología Española*. Madrid, 1949); ANTONIO RUBIO: *La crítica del galicismo en España (1726-1832)*. México. Universidad Nacional. 1937.

abriría la segunda —correspondiente al padre Isla—, de desarrollo y restauración, hasta culminar en la tercera, de “apogeo y esplendor”, encarnada por Jovellanos y los Moratines.

Tal es la aceptación de un crítico del siglo XIX, que repite sin sagacidad opiniones de la centuria precedente. En *Exequias de la lengua castellana*, la sátira menipea elogiada por Menéndez y Pelayo, Juan Pablo Forner discutió el estilo de Feijoo, para explicar la supuesta “elocuencia” de un escritor desdeñoso de las reglas del arte. Tomando como elemento de análisis el *Teatro crítico*, los rasgos observados por Forner son: “haber caído frecuentísimamente en versos octosílabos, que llevan su oración como cojeando sobre las muletas de la mensuración poética”; las disonancias armónicas, afeadas por “la hinchazón y verbosidad retumbante que estaba en uso en los tiempos de la juventud de su autor”; el afrancesamiento de sus locuciones. Argumentos resecaos por el criticismo de De la Fuente, que también repite la idea de que el destino de los volúmenes de Feijoo reclamaba sus lectores en el vulgo, no entre los hombres ingeniosos.⁴⁷

Sin complicar los argumentos de Forner, ni intentar una apología estilística de Feijoo, los defectos señalados por el autor de las *Exequias* favorecen el punto de partida apropiado para la comprensión literaria del *Teatro crítico* y las *Cartas eruditas*. La mal considerada vulgaridad feijooniana era la forma con que el escritor quiso comunicar, sin deslices ni pedantería, el programa educativo que alienta su producción: escribiendo con llaneza reanudó, después del intervalo barroco, la nitidez de los expositores del siglo XVI. Tal es la base indiscutible de su prosa, apoyada por la tradición que fundamentó Juan de Valdés en el *Diálogo de la lengua* y que tantos creadores ilustres del siglo XVI habían impuesto. Sobre este nivel se suman los resabios barrocos, inexcusables en la etapa juvenil de la formación feijooniana, y el avance de galicismos que corresponde a su madurez. Resultado que afirma el estilo del padre Feijoo en estrecha relación con la solidaridad de su pensamiento; respuesta valiosa a la complejidad de motivos ofrecida por el siglo XVIII, que merece por esto la atención de los estudiosos actuales.⁴⁸

JUAN CARLOS GHIANO

Buenos Aires, junio de 1964.

⁴⁷ JUAN PABLO FORNER: *Exequias de la lengua castellana*, edición y notas de Pedro Sáinz Rodríguez, pp. 125-127. Madrid. Espasa-Calpe. 1941.

⁴⁸ “En la tentativa renovadora [del siglo XVIII], parte de la tarea sólo podía efectuarse a manera de empeño libresco y como aplicado menester de gabinete; pero aun así había que emprenderla. Ideas y rebuscas expresivas, todo fue entonces ensayo. También fue ensayo —tímido tanteo o arriesgada experiencia— la trayectoria estilística de aquellos hombres. Lucha por un lado con un lenguaje aminorado; necesidad, por otro, de dotarlo de un repertorio de giros y de voces, así de flexible y pertinente como para familiarizarlo con su nuevo y rudo destino: el de reflejar, y en breve plazo, un pensamiento de perfiles recientes y las mil preocupaciones de orden didáctico, científico y económico que por entonces empezaban a suscitarse” (BATTISTESSA, obra citada, pp. 153-154).

FEIJOO, UN NACIONALISTA ANTINACIONAL

FEIJOO es una figura un tanto extraña y paradójica. Pero quizás lo más extraño y paradójico en él es la sensación de seguridad con que se mantiene toda su vida en el filo de lo que parece una contradicción, o por lo menos una dislocación permanente. Como si un nuevo sentido de equilibrio o de visión hiciera en él natural lo que en otro cualquiera resultaría una posición insosteniblemente violenta.

Y así el monje creyente, ascético y casi místico —(impresiona la descripción de los últimos meses de su vida, ya enfermo y quebrantado, que nos hace un contemporáneo y cofrade suyo que fuera del convento de San Julián de Samos)— nos da una impresión de racionalista: “Hay que creer con prudencia”. “En el que simplemente cree en fábulas obtiene nombre de religión la necedad”, insiste diversas veces en su *Teatro crítico*. “Erasmus —nos dice Castro¹— cavó en la historia eclesiástica para descubrir fábulas...; si Feijoo no se hubiera parado en este punto, habría merecido el nombre de Voltaire español.” “Yo confieso —dice Feijoo²— que es muy difícil determinar a punto fijo la existencia de algún milagro... la ansia de un vil interés es quien impele no pocas veces a la fábrica de milagros, en que de muchos modos pueden hallar su ganancia los artífices.”

El afán milagrero del ambiente desde el siglo xvi —la *Crónica Moralizada de la Calancha*, por ejemplo, es más que una crónica un tupido trenzado de milagros— debió de llenarse de desconcierto. Pero este afán milagrero del ambiente venía de muy atrás. Desde fines de la Edad Media se había urdido un cuerpo entero y complejo de prodigios y cuentecillos sacados, bien de las partes más criticables de la

¹ *Lengua, enseñanza y literatura*, p. 310. Madrid, 1924.

² Feijoo repite muchas veces estas afirmaciones, sobre todo en su Carta sobre la “Multitud de milagros”. Cf. Clásicos Castellanos: *Cartas*, de las *Obras* de Feijoo, prólogo y ed. de Millares Carlo: en 4 tomos, t. IV, p. 34 —*etsaepe*. Véase *Obras Completas*, t. I de *Cartas*, Carta 43.

historia eclesiástica, bien de ciertos libros de devoción más o menos ingenuos y baratos, como de las obras del padre Ricardo Moreno, de fray Bernardino de Sahagún, de las atribuidas a Pedro Damiano, de las de Juan Raulín, etc. etc., y este mazacote de increíbles maravillas y espeluznantes historias se añadía en ilustración al catecismo de Belarmino y se utilizaba para el adoctrinamiento especialmente del vulgo y de las almas sencillas, y luego se agregó a la mayoría de los sermonarios y cuerpo de doctrinas de los misioneros, de modo tal que la doctrina propiamente dicha, pasando a un segundo plano, bien pronto era relegada al olvido, pero lo que quedaba marcado a sangre y fuego era toda aquella maraña de horrores y patrañas autorizadas que en seguida servían de modelo para nuevos cuentos y prodigios en boca del vulgo; y en estas historietas se desvanecían los artículos de la fe, los mandamientos, los pecados capitales, los novísimos, etc., etc.

Ejemplo de este tipo en América era el famoso catecismo de Jurado Palomino³ que traducido al quechua sirvió como instrumento de enseñanza de la religión para la conversión de los indios.

No es extraño, pues, que religión y prodigio formaran un cuerpo único en la mente popular y se modelara un ambiente de estúpido milagrerismo y de irrealidad entontecedora que desplazó el verdadero afán religioso de mejores épocas y ambientes hacia fútiles bagatelas, y que convertía las masas de creyentes en rebaños de boquiabiertos papanatas.

Comparado con aquella fantástica serie de grandiosas necedades, todos los logros y sorpresas de la ciencia y del arte resultaban ingenuas niñerías de aprendices sin imaginación ni iniciativa, y todo el esfuerzo había de volcarse en implorar el favor de una divinidad siempre pronta y dispuesta a contradecirse a sí misma. “Pensar que todos los que convalecen de sus dolencias, después de implorar en su favor la intercesión de Nuestra Señora o de cualquier otro santo, sanan milagrosamente, es discurrir la omnipotencia muy pródiga y la naturaleza muy inepta”, advertía Feijoo a este propósito.⁴

Y así se vuelve a la medicina con un afán concreto de eficiencia científica y de contacto con el progreso universal.⁵ Por eso Marañón, tras discutir las ideas biológicas de Feijoo⁶, ha podido decir que “ningún otro español hizo tanto como Feijoo para incorporar nuestra alma a la del mundo”. Quizás, como dice Castro, sean de valor nulo las aportaciones concretas científicas escritas por Feijoo, pero él enseñó

³ *Catechismus Quichuensis*, Madrid, edic. Hipólito Galante, 1943. Obra por lo demás excelentemente editada y muy útil para el estudio del quechua más antiguo.

⁴ *Ibíd.* p. 28.

⁵ Véase su ensayo acerca de “Lo que sobra y falta en la enseñanza de la medicina”, *Obras completas, Teatro*, t. VII, p. 14.

⁶ GREGORIO MARAÑÓN: *Las ideas biológicas de Feijoo*. Madrid, 1934.

ante todo “a raciocinar y examinar..., a dudar penetrando en un mundo nuevo de libertad y de análisis”.

Típico es en ese aspecto su estudio sobre la naturaleza del amor⁷, lo que él llama *amor patético*, y no el *apetito puro* ni el *puro amor intelectual*. Tras admitir como probable que las sensaciones amorosas, al igual que las sensaciones todas de los sentidos —ni el ojo ve ni el oído oye, etcétera—, hayan de situarse en el cerebro, concluye que el amor es una resultancia o impresión natural procedente de la conmoción de las fibras del cerebro, distinta según el objeto que la produce de los órganos de los distintos individuos, al igual que los manjares según las distintas sales que los componen, y cierra el capítulo con una conclusión sobre la inherencia intrínseca del amor tan pobre como inesperada: “Una determinada especie de sales o determinada combinación de sales diferentes (puesto que hay muchas y diversas en la sangre y discrepantes en los distintos individuos) mordicando suavemente el corazón tiene en su parte la sensación del amor”, y concluye con el verso segundo del canto IV de la *Eneida*: *Vulnus alit venis et caeco carpitur igni* (“fomenta la llaga en sus venas y es presa de un fuego secreto”).

En cambio mucho más agudo y eficaz muéstrase el buen fraile —ducho y hábil guía de almas— en lo que él llama remedio infalible contra las ansias del amor.

Es el propósito y el camino lo que en él cuenta, y no la realización científica en la que sin duda muestra una técnica superior su admirador y correligionario Martín Sarmiento.

Pero en la realidad aquello era lo que importaba. La técnica ha sido largamente superada y en cambio la figura de Feijoo crece en los siglos. *El siglo de Feijoo* se ha llamado al siglo XVIII; la revolución del maestro tiene raíces más hondas y de proyección universal: casi medio millón de volúmenes, traducciones en su gran mayoría, componen las ediciones de Feijoo. Con un esfuerzo que pasma por lo sobrehumano, une la conciencia de su patria a la conciencia de la Europa en fermentación. Y seguro de la urgencia y eficacia de sus propósitos, dispónese a afrontar a una turba de dioses, un tanto ajados y desnutridos quizás, pero aún seguros de sí mismos, como de quien concentra toda su fuerza en el expediente psicológico de una fe ciega y en una inquebrantable confianza en su “soy como soy” y en su brillante próximo pasado, no importan los reveses de un presente obstinadamente adverso ni el agotamiento patente de todos los recursos económicos humanos.

Esta consunción de las fuerzas de cuerpo y alma de su pueblo, unido a un sentimiento de adhesión irreductible a la verdad y a la ciencia

⁷ “Causas del amor”: Clásicos Castellanos, t. III, p. 137.

como fuente de la verdad y del progreso, son las que acicatean el ánimo de Feijoo y lo mantienen sin desaliento en las alternativas de una lucha furiosa y encarnizada; tan furiosa y encarnizada que llega a escandalizar al nada pacato Torres Villarroel, quien nos habla de “las tareas de un religioso desocupado que, reñido con las estrecheces del silencio, tiene en gritos al orbe literario, en cuestión los ingenios, en borrascas los discursos y en pependencias y pleitos, los ánimos”.⁸

Del patriotismo ponderado de Feijoo, poco podríamos añadir a lo dicho por Pérez de Ayala en *Política y toros*.⁹ Su patriotismo es calculadamente moderado y con derrumbe de fronteras. Su exaltado ensayo *Glorias de España*¹⁰ forma una excepción y casi una contradicción en la estrategia patriótica de Feijoo.

Al plantear como teoría la cuestión del amor de la patria y pasión nacional¹¹ modera de tal manera sus conceptos y su sentimiento, que ha parecido frío a un extranjerizante tan apasionado de España como Américo Castro.

Y es que el nacionalismo de Feijoo ha iniciado un sendero nuevo: el de los sellos al sepulcro del Cid, el de los apasionados de España como Joaquín Costa y Domingo Faustino Sarmiento, que sueñan, que urgen su resurgimiento y creen encontrarlo en la poda del anquilosamiento, de perpetuación de los errores y del éxtasis en el pasado.

Por eso las *Laudes Hispaniae* de Feijoo son un error, la denuncia de una debilidad en la que no volverá a caer Feijoo. Por eso sobre el asunto acerca de si en la prenda del ingenio exceden unas naciones a otras¹² ensaya los alegatos en pro de diversas nacionalidades. Empieza desechando como vulgar e injustificada la tacha de pesadez de ingenio de los holandeses, alemanes y suizos; destaca sus hombres prominentes y por fin se detiene, con larga acumulación de argumentos, en pro precisamente de los enemigos confesos de España¹³: los franceses y sobre todo los heréticos anglicanos...; pero nada de España ni de los españoles, alegando que ya en otra ocasión se había expresado sobre esto: “si acaso vuestra merced me hiciese el reparo de que no hago particular mención de la nación española sobre el asunto de ésta, a que parece debía conducirme el afecto debido a la nación, le satisfago remitiéndole el discurso XIV del IV tomo del *Teatro crítico*”...; ni el título quiere agregar, y adviértase que esta nota va como en apéndice y la cuestión se había cerrado anteriormente, y aunque por

⁸ TORRES VILLARROEL: *Entierro del Juicio final y vivificación de la astrología*, Madrid, 1927.

⁹ Madrid, Callejas, 1918.

¹⁰ Clásicos Castellanos, t. II, p. 103.

¹¹ Clásicos Castellanos, t. II, p. 43.

¹² Clásicos Castellanos, t. IV, p. 172.

¹³ “Antipatía de franceses y españoles”. Clásicos Castellanos, t. I, p. 265.

nadie se pronuncia abiertamente, la verdad es que la exposición de la causa parece favorecer (curiosamente) a los ingleses.

Y es que Feijoo tenía el propósito de contribuir a romper el aislamiento causante de la precipitada decadencia de España, y así no podía exaltar más los sentimientos de una reclusión dañosa para su patria, la cual seguía obstinadamente encaprichada “en que sólo en nuestra nación se sabe; que los extranjeros sólo imprimen puerilidades y bagatelas, especialmente si escriben en su idioma nativo...; más en esta parte bastante vengados quedan los extranjeros, pues si nosotros los tenemos a ellos por de poca literatura, ellos nos tienen a nosotros por de mucha barbarie.’.; éste es efecto de la que llamamos pasión nacional, afecto delincuente, hija legítima de la vanidad y la emulación”.¹⁴

Que este nacionalismo feijooniano tenía sin duda algo de nacionalismo antinacional, como se lo designaba, nos lo prueba esta constante referencia al veredicto de los extranjeros.

En realidad Feijoo se mantiene en posición intermedia entre tales nacionalistas extranjeroizantes (patriotas se llamaron más tarde) y los aislacionistas, pero estaba más próximo a los primeros que a los últimos, y lamenta el exclusivismo de unos y otros porque, como dice don Ramón¹⁵ en su sereno y luminoso prólogo a su *Historia de España*, “por exigencia de los tiempos, Feijoo ve mucho más necesario el inclinarse hacia el lado de los innovadores combatiendo incansablemente los prejuicios, supersticiones y atraso de los aislacionistas”.¹⁶

Mas su nacionalismo es abierto, generoso y leal, y así recordando el refrán español de que para el buen varón tierras extrañas patria le son, concluye que es natural que España sea el objeto del amor del español, Francia del francés, Polonia del polaco, etcétera, “pero esto se entiende —dice— cuando la trasmigración a otro país no los haga miembros de otro Estado, en cuyo caso éste debe prevalecer al país donde nacieron”.¹⁷

Todavía y a continuación previene cuerda y sabiamente contra la

¹⁴ “Amor de la patria y pasión nacional”. Clásicos Castellanos, t. II, p. 45 y ss.

¹⁵ *Historia de España*, t. I. Madrid.

Nota Bene. Para el autor de este trabajo al menos, don Ramón es Menéndez Pidal, como es natural. Quizás por una extraña conjunción de los astros, perdónenos Feijoo el enemigo de los horóscopos, parece indudable que nuestra lengua pasa por la etapa de la aristía de los Ramones: Ramón Menéndez Pidal, Ramón del Valle Inclán, Ramón Pérez de Ayala, Ramón Gómez de la Serna (y todavía podríamos agregar S. Ramón y Cajal). Con razón una plaza de Madrid lleva el nombre de la Plaza de los Cuatro Ramones. Ya parece extraño que Unamuno no se llamara también Ramón.

¹⁶ Para éstos, “sólo en su nación hay hombres sabios, los demás son punto menos que bestias; sólo en sus costumbres son racionales, sólo su lenguaje es dulce y tratable; oír hablar a un extranjero les mueve tan eficazmente la risa como ver en el teatro a Juan Rana; sólo su región abunda de riquezas”.

¹⁷ “Amor de la patria”: Clásicos Castellanos, t. II, p. 63 y 70.

injusticia y la parcialidad en perjuicio del extraño, “el que por estar colocado en puesto eminente tiene varias provisiones a su arbitrio, apenas halla sujetos que le cuadren para los empleos, sino los de su país, despreciando la máxima de la famosa reina de Cartago: *Tros Tyriusque mihi nullo discrimine agetur* (“Trataré sin diferencia alguna a tirios y troyanos”)

Y todavía agrega inocentemente unas notas sobre los gravísimos daños del paisanismo, o las preferencias e injusticias a que muchos se mueven con la excusa de la *patria chica* o *particular*, como la llama: “hablo de aquellos que con el fin de formarse partido donde estribe su autoridad, sin atender al mérito, levantan en el mayor número que pueden sujetos de su país...; a cara descubierta —añade— se entra esta peste que llaman paisanismo a corromper intenciones”.¹⁸

No es extraño que el grupo multitudinario de aislacionistas y paisanistas atacaran en bando al héroe y campeón de tan sano nacionalismo *antinacional*.

Solamente en América, a lo que sabemos, no encontró el maestro más que elogios y apoyo en su ardua campaña; baste como ejemplo el curioso folleto del general don Ignacio de Escandón “que hace un corto panegyrico, mínimo tributo de sus afectos al inmortal Blasón de las Glorias de España, y aún de todo el Mundo, y al querido Adonis de la América, a su adorado maestro: el ilustrísimo señor don Benito Gerónimo Feijóo...”, Lima, 1765. Pruébalo también la ditirámica *Congratulación del padre maestro don Benito Feijoo y nuevas pruebas que apoyan su mapa intelectual o discurso 15 del tomo II*, Madrid, 1730¹⁹ de José Antonio Legaria.

Ya estamos informados por Torres Villarroel —el cual terminó por colocarse a su lado, pese al ataque a los calendarios de horóscopos que afectaba a su famosísimo *Piscator*²⁰ como era de esperar de su honradez e ingenio, aunque un tanto retorcido y atrabiliario— de la violenta reacción despertada contra Feijoo.

Todo se intentó: cartas anónimas amenazantes, ataques virulentos, presentaciones al Rey, procesos inquisitoriales, denuncias al Vaticano. De las 115 obras en pro o en contra del *Teatro* y de las *Cartas* que se publicaron en vida del autor y que están citadas por Millares Carlo

¹⁸ “Amor de la patria”: Clásicos Castellanos, t. II, p. 64.

¹⁹ Cf. J. TORIBIO MEDINA, Santiago de Chile, Biblioteca Hispano-Americana, t. IV, p. 223, N^o 2775. 1901.

²⁰ “Aquí tengo muchos de los escritos que se publicaron contra el *Teatro crítico universal* y es cierto que en muy pocos encontré que sus autores se manifestasen a los menos instruidos en las reglas de la gramática castellana. Dejo aparte los reparos injustos y debilísimos argumentos con que intentaron desacreditar la crítica del monje impugnando sus sentencias y paradojas... algunos médicos enristraron la pluma para defender su profesión y salieron sus obras ayunas, flacas y macilentas. El monje respondió con la carcajada y fue bastante.” “Diálogo entre el ermitaño y Torres”, *Obras completas*, t. VI, pp. 36 y ss. Madrid, 1795.

en el sabio prólogo de la edición de Clásicos Castellanos, la mayoría son censuras amargas, a veces llenas de improperios e injurias.

No sé si obra alguna ha convulsionado jamás tan profundamente a la península. El revulsivo había sido eficaz, pero los vientos soplaban huracanados en demasía. El *Quos ego...* del decreto real de Fernando VI de 1750, cortando los ataques al venerable anciano, calmó no sin rezongos y refunfuñeos el ciclón de las furias desatadas.

Nunca el manto de un rey abrigó mejor causa.

CLEMENTE HERNANDO BALMORI

La Plata, marzo de 1964.

SEGUNDA PARTE

FEIJOO Y GALICIA

LA "GALLEGUIDAD" DEL PADRE FEIJOO

LA elección de un tema dedicado al esclarecimiento de la emoción gallega del padre Feijoo, no nace en nosotros de mero prurito patriótico, sino más bien por un incentivo preferentemente vindicatorio. Desgraciadamente son escasos los trabajos serios y eruditos sobre una personalidad tan enciclopédica y ecuménica como la del sabio benedictino gallego. Son muchos los ensayos, numerosos los artículos y no menos abundantes las conferencias dictadas en torno a esta impar figura. Una referencia documental y pormenorizada de esta clase de trabajos llenaría muchas páginas. Mas lo cierto es que un estudio exhaustivo que abarque en tono mayor su vida y su obra todavía no ha aparecido. Esperamos que, con motivo del concurso literario convocado en su patria para conmemorar el bicentenario de la muerte de uno de sus hijos más excelsos, se ofrezca tan digna como necesaria reparación intelectual. Hoy por hoy, de todos los trabajos dedicados a estudiar al padre Feijoo, ninguno ha superado el que el doctor Marañón publicó estudiando su aportación a las ciencias biológicas, tocando con verdadero tino otras muchas facetas de su personaje.¹

Entre los aspectos del padre Feijoo que merecen ser documentados honestamente, el de su galleguidad por los motivos que señalamos, es el que más nos atrae en este momento. Incluso los autores gallegos han reparado con evidente superficialidad o desconocimiento sobre este tema. Sabemos que existe un trabajo que estudia al padre Feijoo con relación a Galicia, debido a nuestro querido y viejo amigo, doctor Santiago Montero Díaz, catedrático de la universidad Central de Madrid,

¹ GREGORIO MARAÑÓN: *Las ideas biológicas del padre Feijoo*, 2ª ed. Madrid, 1941. En esta obra puede verse una importante bibliografía feijooniana. Otros trabajos sobre Feijoo se publicaron después de la obra de Marañón, no todos estimables, ya que son pocos los que aportan algo nuevo. Entre estos últimos merece especial mención el del ilustre publicista francés DELPY: *L'Espagne et l'esprit européen L'Oeuvre de Feijoo (1725-1760)*.

que desgraciadamente jamás hemos podido consultar, y cuya falla deploramos sinceramente porque sin duda hubiera reforzado valiosamente nuestro trabajo. Algo escribió también en este sentido el paúl Benito Paradela, pero tan insuficiente que deja en simple insinuación lo que exige más amplio esclarecimiento. Aquí en la Argentina, donde al igual que en el resto del continente, se guarda en los medios culturales tanto respeto y devoción al padre Feijoo, hemos asistido a dos conferencias en que se aludió al polígrafo gallego; en la primera, dictada además en el Centro Gallego de Buenos Aires por un eminente profesor, escuchamos con estupor que “el padre Feijoo sólo se había preocupado de Galicia al hablar de las brujas”; en la segunda el conferenciante afirmó alegremente que el padre Feijoo “era gallego por su nacimiento, pero que era asturiano por su formación”. Con el limpio propósito de desvanecer tan nefandas inexactitudes y a la vez presentar con revestimientos objetivos la estampa galleguista del padre Feijoo, escribimos las páginas que siguen.²

El siglo del Padre Feijoo

Así entendía que debía designarse el siglo XVIII, el eminente polígrafo Menéndez Pelayo, “puesto que heredó todas sus cualidades y todos sus defectos”³, reiterando frecuentemente la identificación del benedictino gallego con este siglo, que concretaba finalmente en esta frase: “es el hombre a quien debió más la cultura española en el siglo XVIII”.

La historia de este siglo —ha escrito Marañón—, ha estado dominada por la idea de la decadencia y por la idea del espíritu subversivo y antirreligioso; y se pasa por ella de prisa, como por una callejuela oscura y un tanto pecaminosa. Así ha podido decir Ortega y Gasset que España ha suprimido este siglo con todas las consecuencias de la omisión del espíritu educador que tuvo en Europa y de la plenitud social que estuvo a punto de alcanzar.

Pero esto es sólo pura apariencia. En realidad el siglo XVIII ha representado el máximo esfuerzo hecho en España para incorporarse al pensamiento y a la cultura universales. Es cierto que este esfuerzo se localizó en una minoría que representaba íntegramente a la humanidad española. Con todas mis excusas para el sufragio universal, creo que los pueblos se caracterizan por sus minorías actuantes, sobre todo, claro es, cuando la masa está sumida en la indiferencia espiritual que padecían entonces los españoles.

² El doctor Montero Díaz es autor de “Galicia en el padre Feijoo (Madrid, 1929) y de “Las ideas estéticas del padre Feijoo”, publicados en el *Boletín de la Universidad de Santiago*, t. IV (1932). En este mismo *Boletín* publicó una reseña del citado libro del doctor Marañón. El padre Benito Paradela publicó sus artículos dedicados al padre Feijoo en la revista *Vida Gallega* de Vigo (set.-oct. de 1921 y 10-IV-1927).

³ MENÉNDEZ PELAYO: *Historia de las ideas estéticas en España*, t. II, cap. V.

Termina Marañón personalizando el movimiento de universalización de España en el siglo XVIII en “Feijoo y Jovellanos porque fueron en épocas sucesivas, los dos *titanes* que con su energía hicieron lo que la nación no quería hacer” Quede bien claro que la primacía en este tipo de *titanismo* cultural corresponde al benedictino, más próximo en el tiempo a otro asturiano singular: Pedro Campomanes, su primer biógrafo después.

De lo que no cabe duda, es que cuando el padre Feijoo asume la acción de “ciudadano libre de la república de las letras”, el escenario científico de España no puede ser más penoso, y a fuer de sinceros tenemos que declarar que los demás ambientes culturales padecen del mismo y deficiente desarrollo. El propio Menéndez Pelayo en su tierna obra *La ciencia española* se esfuerza por exhumar algunos nombres de cultivadores de diversas disciplinas culturales, sin lograr media docena de valores egregios dignos de mención. El profesor de la universidad ginebrina, Emilio Guyénot, en su libro *Las ciencias de la vida en los siglos XVII y XVIII*, no cita un solo nombre español, omitiendo a su vez el del padre Feijoo. Indudablemente en un siglo en que se registran personalidades científicas como A. Q. Rivinus, Vallisneri, R. Camerarius, H. Boerhaave, E. F. Geoffroy, Stephan Halles, F. de Reaumur, Maupertuis, Linneo y Haller, entre otras luminarias del saber, resulta para el padre Feijoo un tanto difícil competir con quienes, alejados de la omnilateralidad de la cultura, dedicaron en general y de un modo muy especial su quehacer a una rama exclusiva de la especialización. Pero en una España en donde las ciencias vivían en un atraso lamentable, es más que meritorio el esfuerzo de este *titán* conventual por romper con prejuicios, supersticiones y mitos, que tenían verdaderamente enfeudado el pensamiento, imposibilitado así para más abiertas proyecciones mentales.

El siglo feijooniano en Galicia

Siendo este siglo tan calamitoso en España, es fácil suponer cuál sería el estado cultural de Galicia sometida, como se sabe, al mismo sistema de gobierno y de instrucción en que estaba inmersa la mentalidad peninsular. La cultura en nuestro país estaba en su casi totalidad monopolizada por los eclesiásticos. Nos referimos, claro está a los sesenta y cuatro años primeros de este siglo, correspondientes a los de nuestro monje. Baste decir, que de los ciento veinte gallegos distinguidos por su cultura en este período, solamente eran seculares unos doce. De ahí que casi todas las actividades intelectuales fuesen en gran parte religiosas, predominando, como es natural, los estudios teológicos, a los que siempre fueron muy sensibles y destacados los eclesiás-

ticos gallegos. Algunos de ellos alcanzaron fama y merecimientos, por lo que no nos explicamos la ligereza de Menéndez Pelayo, cuando al referirse a este siglo en su obra ya citada, incurre en el error de sostener que: "Son tan raros en él los teólogos como numerosos los cano-nistas".⁴ He aquí una abreviada relación de los más sobresalientes teólogos de entonces: fray Francisco Díaz de San Buenaventura, franciscano, filósofo y teólogo, se le tiene "como una de las mayores glorias de la orden franciscana en su tiempo". En Roma, donde murió, escribió muchas de sus obras, que alcanzan un total de veinte. Luis Losada y Quiroga, ilustre jesuita, elogiado por el padre Feijoo, famoso por su *Cursus Philosophici*, del que el padre Larramendi dijo que era "el oráculo de la provincia jesuítica de Castilla, venerado de todos los eruditos y sabios de España, consultado en todas partes...".⁵ Fray Antonio Barros, franciscano, que revisó y publicó las obras de Duns Scoto. Fue muy estimado por Benedicto XIV, "quien le encomendó negocios de grande importancia". Otro franciscano, Ignacio Gómez Losada, publicó en Madrid y en 1743, el libro *Cultivo racional*, de carácter filosófico. De la misma orden, fray Buenaventura Tellado, es autor de varios prontuarios religiosos, así como de trabajos sobre filosofía y teología. Fray Diego de Loya, agustino notable, que mereció por su talento y erudición que en España se le conociese por "el Cicerón gallego", y por "el Tertuliano español" en Nápoles. Aquí ocupó una cátedra de latinidad y otra de ética aristotélica. Publicó dos libros estudiando la vida y obra de San Agustín. Fueron también notables teólogos, los dominicos fray Jerónimo Romay y fray Francisco Suárez, el jesuita padre José Carral, el Magistral de Mondoñedo, Antonio Córdido de la Vega, el obispo de la misma diócesis Carlos A. Riomol y Quiroga, todos ellos fueron catedráticos de teología en la universidad compostelana y autores de trabajos en dicha materia. También honraron la universidad salmantina, dictando cátedra, los ilustres franciscanos padres Manuel Fernández y José Carantoña. Y para finalizar esta lista de teólogos gallegos contemporáneos, mencionemos al "lectoral de Sevilla", doctor Lorenzo Santiso y Moscoso, catedrático de artes y súmulas en la universidad vallisoletana. A todo este importante núcleo de eclesiásticos se podía añadir otra no menos ilustre de prelados y misioneros, dispersos estos últimos por América y Filipinas, entre los que no faltan también cultísimos escritores y pedagogos.⁶

⁴ MENÉNDEZ PELAYO: *La ciencia española*, t. III.

⁵ El padre Losada fue amigo, maestro e inspirador del padre Isla, y fue elogiado por personalidades tan diferentes como Campomanes y Menéndez Pelayo. También influyó en el pensamiento filosófico de América en el período colonial, como lo demostramos en nuestra obra *Galicia en América*, inédita.

⁶ Entre los prelados gallegos que entonces se destacaban, se cuentan al obispo de Astorga, José F. Bermúdez Mandiá; al obispo de Tarazona, García Pardiñas; a los arzobispos de Santiago, Cayetano Gil Tobaada y Bartolomé Rajoy; el obispo de

Solamente en este período conseguimos registrar un nombre que merezca en el orden científico los honores de celebridad. Nos referimos al albéitar Fernando Sande y Lago, autor entre otros fundamentales trabajos, de un famoso *Tratado de albeitería*, de cuyo libro V, dice Llorente en su *Compendio de bibliografía de la veterinaria española*, que es “un verdadero tratado de mineralogía, con su clasificación en tierras, piedras, metales y jugos, exactamente la misma que años después estableció el inmortal Werner”. Su estudio de las aguas minerales quizá sea el primero que se hizo en el país. Francisco Rodríguez Marín ha hecho hace poco honor a su memoria.⁷

Pero en un trabajo de la índole del nuestro, es más justo que dejemos constancia de quienes emplearon su cultura al servicio y exaltación de Galicia, y aunque sea de un modo somero, enumeraremos las producciones correspondientes a este preclaro grupo. Citemos, en primer lugar, a los jesuitas padres Juan Álvarez Sotelo y Pascasio Fernández Seguí; el primero escribió una *Historia general del reino de Galicia...*, y el segundo, autor de *Galicia, reino de Cristo Sacramentado y primogénito de la Iglesia entre las gentes*, obras ambas que adolecen de graves defectos, pero que revelan una loable preocupación por la tierra natal. Es curioso destacar que la segunda obra de las señaladas, fue editada en México en 1750 y reeditada en La Habana en 1847. Trabajó también en una *Historia de este reino*, el dominico fray Juan Pacheco y Troncoso, cronista general de Galicia. El franciscano fray Jacobo de Castro, publicó el famoso *Árbol cronológico de la Santa Provincia de Santiago*, de la que era su cronista, obra muy interesante para la historia gallega, y que continuó el también cronista, fray Juan Antonio Domínguez. Es digno de mención especial, Diego Antonio Cernadas de Castro, más conocido por “el Cura de Fruime”. Debe su celebridad sin duda, a “la oportunidad, tenacidad y enfervorizamiento con que supo defender a Galicia de las calumnias, burlas y menosprecio de que entonces comenzó a hacerse objeto. Un arraigado y encendido galleguismo palpita en toda su obra. Por eso Galicia, cuyos sentimientos había interpretado tan fielmente, se sintió dolorida en lo

Orense, fray Andrés Cid y el obispo de Calahorra, Andrés Porras y Temes, fallecidos los dos en 1764, como el padre Feijoo, y el segundo de ellos vecino de Feijoo, ya que nació como éste en Santa María de Melias. En Filipinas se encontraban entonces algunos dominicos y agustinos gallegos, entre los primeros se destacaban fray Pedro Fontanes, fray Sebastián Valverde, fray Juan Álvarez, fray José Prego; los agustinos fray Bernardo Suárez, fray Jacinto Ribera y fray Antonio Valdés. Los primeros ocuparon cátedras en la universidad de Santo Tomás de Manila; los segundos, dedicados a la propagación de la fe, escribieron a este objeto algunos libros en las lenguas indígenas.

⁷ Pertenecen también a este momento, los galenos y catedráticos de medicina en la universidad compostelana, doctores Gómez de Bedoya y Fernando de Ojea, autores de unos opúsculos, reeditados en 1961 en Santiago, con otros trabajos también del siglo XVIII, con un “Estudio preliminar sobre la época y los autores”, por el prestigioso cirujano gallego doctor Ramón Baltar Domínguez.

más íntimo al saber la muerte de su nobilísimo defensor y panegirista, y sus contemporáneos no creyeron cumplir con menos que con la publicación de la casi totalidad de sus escritos” que salieron a la luz en siete volúmenes en Madrid, empezándose su impresión un año después de la muerte de su autor. Su estilo y contenido sencillo, a veces ripioso y vulgar, se puede perdonar si se tienen en cuenta los nobles ideales que inspiraron su obra. El canónigo de Santiago y miembro honorario de la Real Academia de la Historia, Antonio Rioboo y Seixas, es autor de varios trabajos referentes al pasado de Galicia, muchos de ellos todavía manuscritos. Pedro González de Ulloa, cura rural en la provincia de Orense, escribió una interesante *Descripción de la Casa de Monterrey en Galicia*. También es digno de ser incluido muy distinguidamente el erudito secretario perpetuo de la Real Academia de la Historia, José Cornide y Saavedra, autor de numerosos trabajos estudiando temas geográficos, históricos y económicos de Galicia. Cerramos esta enumeración con el rector de la universidad de Santiago y lectoral de aquella catedral, José Varela Vasadre y con el poeta Carlos Barreiro. El primero compuso el *Cancionero* de su nombre, en que se contiene el certamen olímpico en honor de D. Alonso de Fonseca, *el Grande*, importante obra para conocer la literatura gallega en el siglo xvii. El segundo, según referencias de Vicetto, ocupaba la secretaría de la academia compostelana.⁸ Como se ve la actividad cultural de Galicia y la labor de sus hijos esclarecidos en esta etapa del siglo xviii, ofrece algunos ejemplos de alta estimación, dignos de ser registrados en un trabajo dedicado al más eminente de sus valores representativos.

El Padre Feijoo. Su estirpe y su niñez

El padre Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro y de Puga Sandoval, nació en la aldea de Casdemiro, correspondiente a la parroquia de Santa María de Melias, ayuntamiento de Pereiro de Aguiar, perteneciente a la provincia gallega de Orense, el 8 de octubre de 1676. Sus padres, de nobilísimo linaje, al que pertenecieron otros ilustres

⁸ Pertenece a esta época Andrés González de Barcia y Carballido, “cuyo nombre —dice Rey Soto— figura entre los mayores de la erudición hispánica de todos los tiempos, a quien debe la historia universal la conservación casi íntegra (aparte sus largos, serenos y sustanciosísimos comentarios) de la suma portentosa de crónicas y relaciones que tratan del descubrimiento, conquista y civilización de América; hombre de suprema y rara modestia, que figuró entre los ocho iniciales fundadores de la Real Academia Española...”. Aunque no gallegos, por radicarse en Galicia y haber escrito trabajos referentes a su historia, debemos citar al obispo de Orense, Juan Muñoz de la Cueva, autor de unas *Memorias históricas de la Santa Iglesia Catedral de Orense*, y a Francisco J. Huerta y Vega, que escribió y publicó unos *Anales del Reino de Galicia*, plagado de fabulosas informaciones, por lo que el padre Sarmiento decía de él, con fino donaire galaico, que escribía la historia desde California.

varones que dieron prez al glorioso nombre de Galicia.⁹ El padre del perínclito benedictino gallego, D. Antonio Feijoo Montenegro y Sanjurjo, “hidalgo con ribetes de literato”, compartía su vivir entre sus casonas de Casdemiro y Granja del Mato, no habiendo nacido en esta última el padre Feijoo, por una circunstancia muy eventual¹⁰, no descuidando en ningún momento su formación humanista y haciendo gala muchas veces de su *facilidad maravillosa* para ejercitar su claro entendimiento en muy ágiles y diversas funciones intelectuales. Aun ya pasados muchos años, el padre Feijoo rememoraba con intensa emoción las magníficas cualidades de su progenitor:

La ternura de filial afecto no me permite dejar de hacer aquí alguna memoria de mi padre y señor don Antonio Feijoo Montenegro, a quien celebraré no por lo que fue en materia de literatura, sino por lo que pudiera ser, por destino hubiese aplicado a ella los extraordinarios talentos con que le había adornado la naturaleza; bien que tuvo lo que sobraba para su estado. Era dotado de una memoria felicísima en aprender y firme igualmente en retener. Oí decir a un condiscípulo suyo que, siendo niño, estudiada trescientos versos de Virgilio en una hora. La claridad y prontitud del discurso no eran inferiores a la tenacidad de la memoria. No gastó más tiempo en estudiar la gramática que un año, y puedo asegurar que no vi gramático más perfecto. Sucedió alguna vez, por apuesta, dictar cuatro cartas a un tiempo. Ya sé que quedaba muy inferior a Julio César, el cual dictaba siete. Era facilísimo en la poesía. Vile varias veces dictar dos y tres hojas de muy hermosos versos sin que el amanuense suspendiese la pluma ni un instante. Tenía sazonadísimos dichos. Podría, de los que me acuerdo, hacer una tercera parte de la floresta española; pero esta gracia sólo se gozaba en el trato con los de afuera, porque con los domésticos mantenía siempre una seriedad rígida. Gozaba una facilidad maravillosa en la conversación, ora fuese grave, ora festiva. Ya por ella, ya por la abundantísima copia de noticias en todo género de asuntos, lograba siempre una superioridad como despótica en cualesquiera concurrencia; de suerte que aun los sujetos de superior carácter al suyo le escuchaban con aquel género de respeto con que mira el humilde al poderoso. Duélome que no me dejó herencia, sino la envidia de sus talentos; pero mucho más la de sus cristianas virtudes, que en nada fueron desiguales a sus intelectuales dotes.¹¹

⁹ Traía la línea Feijoo su lejano abolengo de la casa de S. Rosendo, por lo que tenían “el privilegio de llevar largos los mantos, calzadas las espuelas y el acero desenvainado”. A ella pertenecieron entre otros el almirante Francisco Feijoo, el médico y poeta Vicente M^º Feijoo, los generales Rufino y Eugenio Pérez Feijoo. A la rama de los Pugas, debemos citar a Francisco Puga y Feijoo, catedrático de la universidad de Compostela y padre de Juan de Puga Feijoo, catedrático de la universidad de Salamanca y presidente del Consejo Real de Nápoles, y de quien dijo su pariente: “La fama de este insigne varón, oráculo de la jurisprudencia, durará cuanto dure la universidad de Salamanca. Ni es menester hacer aquí su elogio, porque las voces de cuantos doctores salmantinos le alcanzaron y le sucedieron gritaron a toda España, y hoy gritan sus escritos a toda Europa, su singularísimo ingenio.” Finaliza diciendo el padre Feijoo: “Tanto los Pugas como los Feijoos tienen su antiquísimo origen en la provincia de Orense, parte del reino de Galicia.”

¹⁰ Según el erudito investigador gallego doctor Jesús Ferro Couselo, el hecho de trasladarse a Casdemiro los padres de Feijoo, con objeto de asistir a la vendimia, fue la causa de que el alumbramiento se produjera en Casdemiro y no en Allariz, donde habían nacido casi todos sus hermanos.

¹¹ Discurso sobre las “Glorias de España”, en el t. IV del *Teatro*.

En lo que se refiere a su madre, doña María de Puga Sandoval Novoa y Feijoo, se supone procedía de la comarca alaricana de Aguas Santas, cuyo apellido (Puga), llevaban los señores de aquel pazo y otras distinguidas familias gallegas. Observemos que doña María llevaba también el apellido Feijoo, por lo que no es extraño que el beneditino gallego en carta que le dirigía a su hermano Plácido le hablase de la cantidad de personas de este apellido que a él se dirigían alegando parentesco: "De otras varias partes tuve cartas de otros sujetos de uno y otro sexo que me daban por parientes, sin que ellos me expresasen ni yo supiera dónde venía el parentesco." No deja de ser curioso este afán de sentirse ligado al padre Feijoo por lazos familiares, ya que aun en nuestros días conocimos y conocemos a muchas personas que afirman idéntica vinculación, sin que para ello tengan más razón que la tan simple de poseer igual apellido.¹²

La niñez de Benito Jerónimo debió transcurrir entre Casdemiro y Allariz, aunque Cid Rumbao, en reciente monografía, defiende con ardor su predilección por la segunda comarca, llegando a afirmar que "estudió gramática y filosofía, antes de hacerlo en Rivas de Sil, en el colegio de estas disciplinas que en la villa de Allariz había fundado Gaspar López en 1634".¹³ Marañón y *Azorín*, ignorando esta última circunstancia, se inclinan decididamente en favor de Casdemiro como lugar en que trascurrió la infancia de nuestro monje. Marañón, haciendo referencia a la visita que hizo al pazo casdemirenses en mayo de 1936, exclama: "Tengo aún viva en mis ojos la dulzura del paisaje que se ve desde el mismo balcón donde tantas veces se asomara Feijoo de niño: lleno de términos verdes o dorados y, al final, un tope de cándida neblina para impedir a la imaginación la locura de desear algo más." *Azorín*, en un artículo titulado "Una anécdota académica", escribe:

En la casa nativa de Feijoo existen también solanas que dan a un huerto. Y existen cámaras en que se ven algunos aperos de labranza y que exhalan un fuerte olor a hierbas montaraces, tales como tomillo, romero y alhuceñas. Si somos artistas, si sentimos las cosas del mundo, si amamos lo concreto, ¿qué duda cabe que aquello que siendo niños hemos visto y gustado en la casa nativa, nos ha de acompañar durante toda nuestra vida? Feijoo se asomaría también a esta galería que tiene la casa, con barandal de madera, con postes a trechos, con, acaso, algún barrote carcomido. Y en la paz del huerto, en estos días grises de Galicia, en que el silencio y la soledad parecen más densos, meditaría acerca de la naturaleza y el hombre.

Acaso en este huerto, con un ciprés, tuviera Feijoo su primera intuición del misterio humano. El ciprés que ahora se yergue en el huerto, es el mismo ciprés del tiempo de Feijoo; Emilia Pardo Bazán desgajó del rígido árbol una ramita

¹² Son interesantes los trabajos sobre la casa y propiedades de los Feijoo y Montenegro, que poseían en Allariz, escribe Puga Brau.

¹³ ALFREDO CID RUMBAO: *La verdadera patria del padre Feijoo*, Orense, 1949.

y la guardó con veneración y cariño. Hagamos nosotros lo mismo y sentémonos un instante en el huerto. Como el dueño es cordial y cortés, nos ofrecerá ahora, como antes ofreciera a la escritora, un racimo de dulces y frescas uvas.

Su profesión religiosa y su formación en Galicia

El propio padre Feijoo hace esta declaración, que publicamos seguidamente para mejor enfoque de su inicial proceso formativo:

Recibí el santo hábito en el mes de octubre del año 1690 —tuvo lugar este acto en el Real Monasterio de San Julián de Samos—, al tiempo que cumplí catorce años de edad; estuve dos en el noviciado, por no poder profesar hasta los dieciséis; al instante que profesé me enviaron a estudiar artes al colegio de San Salvador de Lérez, dentro del mismo reino de Galicia y del Arzobispado de Santiago. Cumplidos los tres cursos, pasé a tener otros tres de teología a nuestro colegio de San Vicente de Salamanca; de allí a otros tres en la pasantía de San Pedro de Eslonza, junto a León, en cuyo tiempo me nombró el general para tener un acto pro religioso en las escuelas de Salamanca, y tenido, me dieron la pasantía de artes en el mismo colegio donde las había estudiado; duró tres años esta ocupación, a que siguió la de lector de ellas otros tres años en el mismo colegio. Un año después de concluida esta tarea fue nombrado maestro de estudiantes del colegio de teología de Poyo, en el mismo Arzobispado de Santiago. Luego me trasladaron a este de Oviedo, también por maestro de estudiantes, nombrándome juntamente nuestra congregación opositor a las cátedras de artes y teología de esta universidad. Luego que llegué aquí me gradué en licenciado y doctor teólogo en ella. Estaba a la sazón vacante la cátedra de Santo Tomás, que es la ínfima de las cuatro que hay en teología; opúseme a ella y la logré, aunque había opositores más antiguos y que habían tenido cátedras de artes; esto fue a los treinta y tres años de edad, que cayeron en el de 1709...

Lleva este escrito la fecha de 8 de enero de 1733, dirigido por su autor desde Oviedo al erudito escritor Gregorio Mayáns y Siscar, su fervoroso admirador.

En 1690, pues, ingresó en Samos el padre Feijoo. Su ilustre comprovinciano, fray Anselmo de la Peña, abad del monasterio a la sazón, fue quien le vistió la cogulla benedictina.¹⁴ El hecho de ser este cenobio la primera residencia conventual que tuvo, dejó impronta indeleble en su memoria, siendo posiblemente de todos ellos al que le profesó más cariño como veremos muy pronto. A través de la citada declaración feijooniana, es fácil percibir cómo nuestro fraile pasó su

¹⁴ Fray Anselmo de la Peña (1634-1729), nació en la aldeíta de S. Juan de Cabanelas, en la parroquia de Santa Eulalia de Banga (Orense). Fue obispo de Crotona y Agrigento (Sicilia), y según un cronista de su tiempo, "fue uno de los primeros hombres que tuvo la religión en erudición y letras, y aun está reputado por uno de los más ilustrados de España, siendo consultado por los hombres más eminentes de ella".

mocedad en conventos galaicos. Samos, Lérez, Poyo, fueron los centros de enseñanza y de formación religiosa que más influyeron sin duda en su espíritu, influencia que es fácil también inquirir en una detenida lectura de su obra, y que iremos espigando según vayamos entresacando la emoción gallega que late en muchas de sus páginas. Cuando el padre Feijoo se traslada definitivamente a Asturias, tiene "33 años de edad", lo suficiente para tener desplegadas y bien firmes sus disposiciones intelectivas y discursivas para forjarse su poderosa personalidad cultural. Ni siquiera fue alumno de la universidad ovetense, pues *cuando llegó, triunfó*, y desde el primer momento aquel estudio le tuvo ya como uno de sus más, sino el más ilustre de sus profesores. Quede con ello bien claro, que su nacimiento fue gallego y gallega fue también su formación y su obra, como gallegos eran su temperamento y su destino.

Como dijimos al principio, la predilección que por el monasterio de Samos tuvo su ilustre hijo espiritual, es incontenible en la pluma de éste. La mejor expresión de este fervor está en la preciosa *Dedicatoria* de su tomo II del *Teatro crítico* al abad de aquel convento:

Mi amor a ese sagrado monasterio se mide por mi obligación, y la obligación es tan grande, que sólo puede satisfacer con el amor. No hay cariño más noble que aquel que nace del agradecimiento, ni agradecimiento más infeliz que aquel que sólo puede pagarse con el cariño.

Lo que yo debo a ese ilustrísimo monasterio cabe en mi conocimiento, no en mi voz, ni en mi pluma.

Desde la edad de catorce años, no del todo cumplidos, en que me introdujo Superior llanamiento por sus sagrados umbrales, hasta la hora presente, me ha estado siempre lloviendo beneficios, más siempre contaré por el mayor de todos la enseñanza que debí a esa ilustre escuela de virtud, teatro donde se desengaña de los errores del mundo, harto mejor, que el mundo puede desengañarse de sus errores en mi *Teatro*.

Al recordar los orígenes de la comunidad de Samos, hijos del celeberrimo y antiquísimo monasterio agaliense, exclama: "El impulso que regía el movimiento de aquellos fundadores se conoce en el sitio que eligieron para su fundación. Tan ansiosos iban de retirarse del bullicio del mundo, que poco les faltó para esconderse aún del cielo. Tan recogido, tan estrecho, tan sepultado está ese monasterio entre cuatro elevados montes, que por todas partes no sólo le cierran, más le oprimen, que sólo es visto de las estrellas cuando las logra verticales... La disposición del paraje retrata la religión de sus habitantes. La retrata, y aun la influye: porque cerrado por todas partes el horizonte, faltan objetos donde se disipe el espíritu. Solo hacia el cielo... Pero en vano nuestros antiguos monjes buscaron aquel triste retiro, que la naturaleza había formado para fieras, y la gracia destinado para ángeles. En vano, digo, en orden al efecto de ser ignorados de los

hombres; pues los hombres fueron a buscar a los ángeles entre las fieras. Presto llegó a noticia de papas y reyes la preciosa mina que ocultaban aquellos riscos...

La lectura de los tres primeros párrafos de esta *Dedicatoria*, dice más en favor de nuestra tesis que cualquier otro argumento, que podría parecer al zoilo de turno, mero desahogo patriotero o demagógico.

Todavía hay más. El cariño de Feijoo a su primera residencia¹⁵, tuvo una manifestación más práctica, dejando para aquélla ciertos beneficios pecuniarios. Se ha dicho por unos escritores que había donado a dicho templo los ingresos que le habían producido sus libros, por otros se negó tal donación. El padre Eladio Novoa en la oración fúnebre que pronunció en las exequias que por el padre Feijoo celebró este monasterio, nos da la clave de esta cuestión: Nuestro monje había excitado a los prelados de Samos (sabido es que los superiores de Samos son abades mitrados), para que pusieran todo su empeño en reconstruir el templo, todavía inconcluso a la muerte de aquél. "Para la conclusión del templo (*imposible sin este socorro*), para su adorno, para el culto de Dios en el sitio en que logró ser admitido religioso, para obsequio de los santos, que invocó testigos de su profesión, cedió los privilegios que tenía para reimpresión de sus obras hace treinta años; sin que su producto pueda tener otro destino, dirigido por este monasterio."¹⁶

Los amigos y colaboradores gallegos del Padre Feijoo

Podrá aceptarse o no la opinión asentada ya de que el siglo XVIII es el siglo de Feijoo. Pero de lo que no cabe duda alguna, es que el siglo XVIII es el siglo de oro de la orden benedictina en Galicia. No deja de ser impresionante esta feliz coincidencia. Jamás los hijos de aquella comunidad tuvieron en las residencias del país gallego una representación tan numerosa por la cantidad como tan selecta por su calidad. Baste decir que en este siglo, cuatro de los insignes ge-

¹⁵ Se supone que antes de ingresar en Samos, el padre Feijoo hizo algunos estudios en el convento también gallego, de Ribas de Sil.

¹⁶ El monasterio samense está fuertemente prendido en la vida de su ilustre hijo, Feijoo, para que sean abundantes las anécdotas que relacionan al uno y al otro. Cuando Murguía visitó este cenobio allá por el año 1860, o sea después de la exclaustación, se indignó del abandono en que se encontraba y de las pocas noticias que pudo obtener de quien había sido su ilustre claustral. Pasados los años, volvieron los benedictinos a ocuparlo y merced a la tesonera labor de su abad mitrado doctor Mauro Gómez Pereira, distinguido hijo de Galicia, volvió a recobrar prestigio y brillo. Volvieron, o mejor dicho se llevaron allí, documentos preciosos, especialmente muchas de las cartas de Feijoo a Sarmiento. También se alzó una estatua a Feijoo, obra del escultor cambadés Asorey. Un infausto día, 24 de setiembre de 1951, un voraz incendio consumió la biblioteca del monasterio y con ella los ricos autógrafos de Feijoo allí guardados.

nerales de la orden nacieron en Galicia: fray Anselmo de la Peña, elegido en 1693; fray Antonio Alejandro Sarmiento de Sotomayor (1721); fray Anselmo Mariño (1741) y fray José Balboa (1757).

De estos cuatro generales, tres conocieron y estimaron mucho al padre Feijoo. Como dijimos, fray Anselmo de la Peña, abad de Samos en aquella solemne ocasión, fue quien vistió la cogulla a su ilustre comprovinciano. En cuanto a fray Antonio Alejandro Sarmiento de Sotomayor es el fray Antonio Sarmiento, de quien el doctor Marañón sólo sabe que es diferente al padre Martín Sarmiento, ignorando la biografía de tan preclara personalidad. Vistió el hábito benedictino también en Samos, en donde fue compañero del padre Feijoo, como se deduce de este párrafo en la censura que extendió del tomo I del *Teatro*, cuando dice: “Desde mi tierna edad fue objeto de mi admiración el autor, y fue creciendo la admiración, al paso con que fue creciendo la edad.” En otro comentario afirma: “En esta obra muestra que la teología dogmática y escolástica, la filosofía antigua y moderna, la historia sagrada y profana, la medicina, la astronomía, la música, le son tan familiares como si solitariamente se hubiese dedicado a cada una de estas profesiones, porque aunque no en todo habla de intento, en los rasgos que suelta con seguro magisterio, se ve que goza sobre todas un absoluto dominio...” Sin frases altisonantes y haciendo honor a su cultura y a su sensibilidad, el padre José Balboa, una de las figuras más ilustres de la orden benedictina, en la “Aprobación” al tomo IV de las *Cartas*, escribe estos ponderados conceptos: “Ésta es, a mi ver, la razón por qué, siendo tan diferentes los gustos, a todos agradan los escritos del señor Feijoo. Doctos y rudos, apasionados, imparciales y aun desafectos, convienen en que tiene en el modo de explicarse *un no sé qué* que hace leer con deleite cuanto dice.”¹⁷

Otro gran amigo y colaborador del padre Feijoo, fue el benedictino lucense fray José Pérez y como su hermano de religión, catedrático de la universidad ovetense, maestro general de la orden, “era

¹⁷ Fray Antonio Alejandro Sarmiento fue obispo de Jaca y de Mondoñedo, en cuya sede se hizo famoso por su obra; fray Anselmo Mariño desempeñó los más altos cargos en la orden benedictina, “adquirió crédito de muy docto y de muy celoso de la observancia”; fray José Balboa residió muchos años en San Martín, de Madrid, y a poco de ascender al generalato, dirigió una vehemente circular exhortando a los monjes al estudio y en particular al de la *diplomática*, y a cuya redacción puede que no sea ajeno su probable pariente Pedro José García Balboa (fray Martín Sarmiento), ya que entre las propuestas de éste figuraba la formación de un cuerpo diplomático, “base segura de toda erudición monacal sólida y verdadera, en lo cual insistió durante cuarenta años, pidiendo más de una vez que el padre Feijoo viniera a Madrid para encargarse de la dirección...” (L. PELÁEZ: *Los escritos de Sarmiento*). Además de los citados, otros benedictos gallegos vivieron en este siglo: fray Antonio B. de Ribera, prior y archivero de Samos; los arquitectos fray Juan Vázquez de Samos y fray Plácido Camiña, y los eruditos orensanos fray Juan Sobreira y Salgado, autor de importantes trabajos sobre Galicia, y fray Fulgencio del Campo, definidor de la orden y autor de varios estudios cronológicos sobre la comunidad benedictina.

sujeto de mucha literatura”, que al referirse al tomo VI del *Teatro* hace el siguiente panegírico de su autor: “Por ello juzgo se le debe de justicia el epíteto y sublime renombre de Gran Maestro de Eloqüenza que Isaac Casamero dio a Quintiliano: Magnus ille Magister Eloquentiae Benedictus Feijoo. A los que tratamos al padre maestro Feijoo nos parece que cuando habla oímos declamar a un Cicerón”, elogios que vuelve a ratificar en su nota de censura al tomo II de las *Cartas eruditas*, al aludir a los roedores resentidos que tratan de rebajar la obra feijooniana: “después de preconizar el *Clarín de la fama* con las más sonoras voces de la excelencia de sus escritos en todas las regiones europeas, siendo en todas las naciones los más sabios los que más se han distinguido en sus alabanzas, ¿qué puede añadir a este magnífico grito el sufragio de uno u otro particular? Esto debiera confundir a unos pocos semieruditos de baja ley a quienes la envidia indispone de tal modo los ojos hacia el Sol, que no pueden sufrir los rayos de este luminar”.

Otro compañero del padre Feijoo fue fray Gregorio Moreyras, que en la “Aprobación” que precede a la *Justa repulsa de inicuas acusaciones del padre Feijoo* (Madrid, 1947), después de llamarle a su compañero y comprovinciano “Sol de España” y “Marco Tulio español”, dice que “a todo el mundo testifico, después del continuo trato que por espacio de quince años he tenido con el reverendísimo Feijoo, que hasta ahora no he visto, ni dentro ni fuera de mi religión, hombre más sincero, más abierto, más cándido, ni más declarado enemigo de todo fraude, dolo, ficción o embuste”.

Pero nadie aventajó en la amistad y en la colaboración al padre Martín Sarmiento, vida tan homóloga y obra tan pareja e inmensa como la de su compatriota Feijoo. Fueron también buenos y leales amigos de Feijoo los inteligentes médicos Martín Martínez y Gaspar Casal, pero como el padre Sarmiento es difícil encontrar en el mundo social muchos ejemplares, mas en el mundo intelectual, ninguno. Es fácil encontrar filantropía en la beneficencia o en la cultura, mientras lo único que se aporte sea el dinero, pero la filantropía en la vida intelectual, poniendo desinteresadamente en manos de otros aquel caudal de erudición o de talento que poseemos los demás mortales, es un tipo de altruismo que no suele darse, más que como un fenómeno de generosidad que raya en lo inverosímil. Pues bien, eso es lo que hizo el padre Sarmiento poniendo a disposición del padre Feijoo todo cuanto sabía y poseía, y realizando además todo tipo de esfuerzos o gestiones para conseguir todos los elementos que su hermano religioso le solicitaba.

Se le llamó el *alter ego* de Feijoo, y nada más exacto. A través de la copiosa correspondencia mantenida entre ambos, se muestra en todo momento cuán fiel era la comunión de sentimientos y la plena iden-

tificación amical existente en estas relaciones, sin que nada la amen- guase o desviase en ningún instante. Con los libros de López Peláez y el tan citado de Marañón es fácil reconstruir el alcance y perfil de esta amistad. De Feijoo decía con hidalguía: “Me precio de ser su discípulo, amigo y corresponsal.” López Peláez escribía: “Cuando se admira un soberbio edificio, sólo inspira curiosidad el nombre del ar- quitecto que lo dirigió, y no hay ninguna por saber el de los operarios y maestros de obra, que acoplaron y dispusieron los materiales. El pa- lacio bellissimo del *Teatro crítico* edificólo el genio inmortal de Feijoo; pero muchas de sus piedras fueron colocadas allí por la mano fuerte y segura de Sarmiento, obrero oscuro de la ciencia, que pasó la vida en lo profundo de las minas del saber, extrayendo sin provecho de la fama propia el mineral riquísimo con que aún en día se han labrado tantas reputaciones. Feijoo lamentábase frecuentemente de lo corto de su memoria, y la de Sarmiento era tan grande, que sus adversarios la atribuían a virtud de cierta yerba gustada cuando niño... Feijoo declaraba en público que la erudición de Sarmiento era tan prodigiosa que no había punto sobre que, preguntado, no hiciese multitud de citas con la misma individualidad y exactitud que si tuviese delante de los ojos los libros. Sarmiento era tan humilde que rara vez dejaba tras- lucir el caudal de saber con que había contribuido a la magna empresa del *Teatro*.”¹⁸ Como dice Vesteiro Torres: “Sarmiento era el alma- cén y Feijoo la fábrica.”¹⁹

El concepto que el padre Sarmiento le merecía al padre Feijoo, está grabado en estos encomiásticos párrafos del polígrafo casdemiren- se: “Mi religión tiene un sujeto, que en la edad de treinta y cinco años es un milagro de erudición en todo género de letras divinas y humanas. En cualquiera materia que se toque, da tan prontas, tan individuadas las noticias, que no parecen se oyen de su boca, sino que se leen en los mismos autores de donde las bebió. Es de tan feliz me- moria como de ágil y penetrante discurso, por lo que las muchas es- pecies que vierte a todos asuntos, salen apuradas con una sutil y jui- ciosa crítica. En sujeto tan admirable sólo se reconoce un defecto, y es: que peca de nimia o muy delicada su modestia. Es tan enemigo de que le aplaudan, que huye de que le conozcan. De aquí y de su grande amor al retiro de su estudio pende que, asistiendo en un gran teatro, es tan ignorado como si viviese en un desierto. Bien veo que el lector querría conocer a un sujeto de tan peregrinas prendas; pero no me atrevo a nombrarle porque sé que es ofenderle.”²⁰

¹⁸ LÓPEZ PELÁEZ: *Los escritos de Sarmiento*. La Coruña, 1901.

¹⁹ TEODOSIO VESTEIRO TORRES: *Galería de gallegos ilustres*, t. VI, Apéndice. Lugo, 1879.

²⁰ Discurso XIV del t. IV del *Teatro*: “Glorias de España”, 2ª parte.

Refiriéndose el doctor Marañón a los servicios de Sarmiento a Feijoo, nos dice que el primero fue

su cónsul en Madrid, su proveedor de libros y de datos y la retaguardia poderosa que defendía sus espaldas cuando de todos lados le acometían los enemigos... Todo grande hombre de verdad —y Feijoo lo fue de primera categoría— tiene en la sombra otro ser que le sirve y desembaraza cuando es menester; que le sostiene cuando decae; que, en muchas ocasiones, le inspira. El grande hombre, como ocurre con los prestidigitadores, no es, en cierto modo, más que la parte visible de un artificio en el que, oculto a la vista del público, se elabora gran parte de lo que aquél anima y hace relucir entre el público asombrado. Unas veces es una mujer; otras, un amigo; un simple secretario quizá, o una organización y oficina secretas. La historia nos descubre unas veces esta parte esencial de la actividad del grande hombre que, sordamente, trabaja detrás del telón; y en otras ocasiones queda para siempre en el misterio. Pero siempre existe. En el gran benedictino gallego su complemento oscuro era otro monje de su misma orden, el padre Sarmiento.²¹

Más adelante dice el mismo autor: “Su correspondencia con Feijoo será, si algún día se conoce totalmente, una prueba indudable de la enorme participación material que tuvo en la elaboración del *Teatro crítico* y de las *Cartas eruditas*. Por desgracia, esta correspondencia, que debió ser muy copiosa, está perdida o ignorada, salvo algunos fragmentos, entre ellos los que nosotros hemos podido leer. En estas cartas, Feijoo le llama siempre *padre nuestro y señor*. Por ellas vemos que, por ejemplo, cuando surgían dificultades en la aprobación y censura de sus libros, el padre Sarmiento era investido por el autor de libertad plena para *borrar, mudar o añadir todo lo que parezca conveniente*, a los manuscritos. Concertaba con él la distribución de los discursos en los distintos tomos y le pedía el envío de los libros que necesitaba. Le encargaba del acopio y pago de su tabaco. Le instruía sobre la compra de lupas y lentes para sus ojos cansados, etcétera. En pago de tantos favores solía enviarle regalos, como lienzos de los admirables de Asturias”, con la advertencia de que eran tan duraderos como los de Galicia.

Por sus cartas se desprende, “que era Sarmiento el que, en ocasiones probablemente muy numerosas, proveía a Feijoo del material bibliográfico para sus disertaciones”. Temiendo el doctor Marañón que todas estas expresiones valuativas de la colaboración sarmientina, sirviese para dar rienda suelta a los furores de los aristarcos de guardarropía, cautelosamente escribe: “Claro es que no cito estas cartas con ánimo de deprimir la fama de erudito de Feijoo por el hecho de esta subterránea ayuda. Antes al contrario no concibo a un hombre superior empleado en una tarea de gran volumen sin una cola-

²¹ GREGORIO MARAÑÓN: *obra citada*.

boración como ésta, que por sí sola implica ya la superioridad del que la aprovecha, porque ningún hombre de los quilates de Sarmiento se prestaría a servir así más que a una mente excelsa; y porque el buscar la colaboración es señal de hondo sentido científico... Nadie hace en esta vida nada eficaz sin su Sarmiento”.

Mas la labor del padre Sarmiento no se detuvo ahí. También se mezcló en la polémica atizada por el padre Feijoo. Del empeño y calor con que se aplicó a la tarea de defender a su maestro da idea la prisa incomprensible con que manejó la pluma. En agosto de 1731 fue llamado al desafío, sigue diciendo López Peláez, y a él acudió en febrero del año siguiente con su *Demostración crítico-apologética del “Teatro crítico universal”*, en la cual, según rezaba el largo título, se hacía presente la evidencia de los discursos, la certeza de las noticias, la probabilidad de las opiniones, la verosimilitud de las conjeturas, la elección de los autores, la exactitud de las citas, la armonía de las expresiones y la propiedad de las palabras, “que los tomos I, II, III, en algunas partes del IV y en la *Ilustración apologética* pretendió contradecir el vulgo con diferentes papelones, por no haber entendido hasta ahora la conexión y obvia significación de las voces”. Esta obra, de que se hicieron en vida del autor cuatro ediciones, constaba de dos tomos... Antes de escribir este libro, Sarmiento, a causa de su defensa de Feijoo, había sido ferozmente maltratado. En una obra que contra él salió a luz, llamada vulgarmente el *Librote*, se le prodigaron los adjetivos más insultantes, en los que dicho sea con verdad, el padre Sarmiento no era manco, pero que dejaron tal huella en el ánimo de éste que no volvió a publicar nada. Y es que, como decía en la *Demostración apologética*, apoyando una idea de Feijoo, siempre las guerras literarias fueron más feroces que las civiles. “Éstas se acaban con la victoria (Sarmiento no conoció la española de 1936, si no no opinaría así), aquéllas se encienden más con ella: como entre literatos no hay otra venganza que la que se puede tomar de pluma o de lengua, cuanto más se ensoberbecen los unos con la victoria, se enfurecen los vencidos con el abatimiento: es verdad que no siempre corre sangre; pero si se consideran las resultas, más daño causan los cañones de pluma que los cañones de batir.” Pero como comenta López Peláez, “de cualquier modo, aunque Sarmiento en aquella lucha para siempre memorable en los anales de nuestra historia literaria, no estuvo en achaques de civilidad a mucha mayor altura que sus conmlitones, es en elogio suyo el haber puesto particular empeño, a diferencia de sus contrarios, en no sacar a plaza hechos personales de los mismos”, ya que, como él notaba, “es prueba que faltan razones cuando se solicita buscar qué decir contra las personas”.²²

²² LÓPEZ PELÁEZ: *obra citada*.

El presbítero y culto escritor don Jesús Gómez Martínez (*Zenitram*), escribió este alegre parágrafo, que Couceiro Freijomil no titubea en calificar de justo y que es como sigue: “La gloria de Feijoo restó fama y brillo a la de Sarmiento. No porque la cultura de éste fuese inferior a la de aquél, ni porque la envergadura espiritual del segundo fuera menos recia que la del primero, sino por razones extrínsecas que están al alcance de las personas ilustradas, siendo de ellas la principal el haberse voluntariamente constituido nuestro monje en satélite del autor del *Teatro crítico*, escribiendo dos tomos en defensa de las tesis del maestro, bajo el rótulo de *Demostraciones del Teatro crítico*” y prestando siempre, en una u otra forma, aportación preciosa a los triunfos del esclarecido autor de *Cartas eruditas*. Fray Martín Sarmiento amó con exaltación a Galicia, rompiendo por ella no pocas lanzas, defendiéndola doquiera la veía agraviada y consagrándole muchas de sus producciones, mientras el padre Feijoo, con su enciclopédica labor, de subidos quilates en buena parte, aparece como un autor enteramente extraño a su tierra.”²³

Como advertimos al principio de este trabajo, abundan entre los escritores gallegos los que ignoran la galleguidad de la obra feijooniana, como acabamos de ver en el período transcrito de *Zenitram*. A esclarecer estos aspectos tan deformados, ignorados o debatidos, van los presupuestos de los predicados que a continuación se enuncian.²⁴

El Padre Feijoo y la lengua gallega

Una de las más hermosas y exactas afirmaciones del padre Feijoo es aquella en que declara: “Primero se quita a un reino la libertad que el idioma. Aun cuando se cede a la fuerza de las armas, lo último que se conquista son lenguas y corazones.”²⁵ Para quienes luchamos por los sagrados derechos idiomáticos del gallego, la concluyente expresión feijooniana constituye una de las grandes esperanzas, confortantes y alentadoras, para perseverar en nuestra labor.

En su estudio el “Paralelo de las lenguas castellana y francesa”, el padre Feijoo sostiene la identidad de las lenguas gallega y portuguesa, y hace un sucinto relato de la cuestión histórica de sus orígenes, dejando bien claro que la lengua galaico-lusitana tiene personalidad pro-

²³ “Arquivos” del Seminario de Estudios Gallegos, V.

²⁴ Uno de los grandes amigos del padre Feijoo en Oviedo era, según Canella, el regente de aquella Audiencia, don Antonio Varela Bermúdez, de quien sospechamos por sus apellidos oriundez gallega, que luego comprobamos plenamente. En sus trabajos sobre los “Colegiales de Fonseca”, el erudito investigador Pérez Constanti señala que Varela nació en junio de 1694 en San Juan de Golán, jurisdicción de Mellid (Coruña), de noble linaje (*Boletín de la Real Academia Gallega*, t. XI).

²⁵ T. I del *Teatro crítico*.

pia independiente del castellano, sin ninguna clase de subordinación morfológica a ésta. He aquí los principales conceptos feijoonianos:

He dicho *por comprehender todos los dialectos de la latina*, porque aunque éstos vulgarmente se reputan ser no más que tres, el español, el italiano y el francés, el padre Kircher, autor desapasionado, añade el lusitano, en que advierto se debe incluir la lengua gallega, como en realidad indistinta de la portuguesa, por ser poquísimas las voces en que discrepan, y la pronunciación de las letras en todo semejante; y así se entienden perfectamente los individuos de ambas naciones, sin alguna instrucción antecedente.

Que la lengua lusitana o gallega se debe considerar dialecto separado de la latina, y no subdialecto o corrupción de la castellana, se prueba, a mi parecer, con evidencia del mayor parentesco que tiene aquélla que ésta con la latina. Para quien tiene conocimiento de estas lenguas no puede haber duda de que por lo común las voces latinas han degenerado menos en la portuguesa. Esto no pudiera ser si la lengua portuguesa fuese corrupción o subdialecto de la castellana; siendo cierto que con cuantas más mutaciones se aparta una lengua de la fuente, tanto se aleja más de la pureza de su origen.

Más adelante sostiene el siguiente *Corolario*:

Habiendo dicho arriba por incidencia que el idioma lusitano y el gallego son uno mismo, para confirmación de nuestra proposición, y para satisfacer la curiosidad de los que se interesaren en la verdad de ella, exponremos aquí brevemente la causa más verosímil de esta identidad.

Es constante en las historias que el año cuatrocientos y poco más de nuestra redención fue España inundada de la violenta irrupción de godos, vándalos, suevos, alanos y selingos, naciones septentrionales; que de éstos, los suevos, debajo de la conducta de su rey Hermenerico, se apoderaron de Galicia, donde reinaron gloriosamente por más de ciento y setenta años, hasta que los despojó de aquel florentísimo reino Leovigildo, rey de los godos. Es asimismo cierto que, no sólo dominaron los suevos la Galicia, más también la mayor parte de Portugal. Manuel de Faria, en el *Epítome de las historias portuguesas*, con fray Bernardo de Brito y otros autores de su nación, quiere, que no sólo fuesen los suevos dueños de la mayor parte de Portugal, más también de cuando el nombre de Lusitania, en tanto grado, que, perdida esta denominación, tomó aquel reino el nombre de Suevia. En fin, tampoco hay duda en que al tiempo que entraron los suevos en Galicia y Portugal, se hablaba en los dos reinos, como en todos los demás de España, la lengua romana, extinguida del todo o casi del todo la antigua española, por más, contra las pruebas concluyentes, deducidas de muchos autores antiguos, que alegan Aldrete y otros escritores españoles, pretenda lo contrario el maestro fray Francisco de Vivar, en su *Comentario a Marco Máximo*, en el año de Cristo 516.

Hechos estos supuestos, ya se halla a la mano la causa que buscamos de la identidad del idioma portugués y gallego; y es que habiendo estado las dos naciones separadas de todas las demás provincias, debajo de la dominación de unos mismos reyes, en aquel tiempo precisamente en que, corrompiéndose poco a poco la lengua romana en España, por la mezcla de las naciones septentrionales, fue degenerando en particulares dialectos, consiguientemente al continuo y recíproco comercio de portugueses y gallegos (secuela necesaria de estar las dos naciones debajo de una misma dominación), era preciso que en ambas se formase un mismo dialecto.

Añádase a esto que el reino de Galicia comprendía en aquellos tiempos buena porción de Portugal, pues se incluía en él la ciudad de Braga, como consta del *Cronicón de Idacio*, que florecía a la sazón. Así dice en el año de Cristo 447: *Theodorico rege cum exercitu ad Bracaram, extremam civitatem Galiciae, pertendente*, etcétera.

En fin, en honor de nuestra patria, diremos, que si el idioma de Galicia y Portugal no se formó promiscuamente a un tiempo en los dos reinos, sino que del uno pasó al otro, se debe discurrir que de Galicia se comunicó a Portugal, no de Portugal a Galicia. La razón es, porque durante la unión de los dos reinos en el gobierno suevo, Galicia era la nación dominante, respecto de tener en ella su asiento y corte aquellos reyes. Por lo cual, así los escritores españoles como los extranjeros llaman a los suevos absolutamente *reyes de Galicia*, atribuyendo la denominación a la corona por la provincia dominante, como antes de la unión con Aragón se llamaban absolutamente *reyes de Castilla*, los que, juntamente con Castilla, regían otras muchas provincias de España. Y lo mismo diremos de los reyes de Aragón respecto de las demás provincias unidas a aquella corona. Siendo, pues, durante aquella unión el reino de Galicia asiento de la corona, es claro que no pudo tomar el idioma de Portugal, porque nunca la provincia dominante le toma de la dominada, sino al contrario.²⁶

En estos párrafos trascritos está expresa y contundente la primacía generatriz del idioma gallego sobre un supuesto portugués; recaba para la *Gallaecia* romana el núcleo germinal de aquella lengua; al referirse a la llegada de los suevos a Galicia, señala que *reinaron gloriosamente* el reino hasta que fueron expulsados por Leovigildo. No es difícil entrever en estas líneas un nostálgico fervor por la Galicia que otrora gozó de personalidad independiente, desarrollando libremente su vida nacional. No deja de ser también interesante que en este último párrafo llame a Galicia *nuestra patria*, expresión que se repite más de una vez en su obra y que oportunamente señalaremos. No está afortunado, o al menos claro, al hablar del uso del idioma gallego, pues pareciera que surge con los suevos, no siendo así, ya que hasta el siglo ix no puede hablarse de un gallego incipiente.

Es afortunada sin embargo, su reiterada referencia a la concepción unitaria del gallego-portugués, coincidiendo con él algunos autores. La erudita escritora doña Carolina Michaëlis de Vasconcellos en su comentario al *Cancioneiro da Ajuda*, lo dice con igual contundencia:

A semelhança existente entre galegos e portugueses nos modos de viver, pensar e poetar, junto á uniformidade da lingua desde o extremo de Galiza até ao extremo do Algarve, apenas com algumas variantes provinciais, dentro de un tipo comum falan eloquentemente a favor de afinidade primitiva de lusitanos e galaicos.

En términos parecidos se expresan J. J. Nunes, Menéndez Pelayo, Lang, etcétera, siempre propensos a afianzar las coincidencias fonéticas, en contraposición a otros autores como F. Adolfo Coelho, Fidei-

²⁶ Ídem, ídem.

no de Figueiredo, el padre Arlindo y otros, predispuestos siempre a especificar “la diferenciación del idioma atlántico en gallego y portugués”.

Hablando de la armonía o grato sonido del idioma, el padre Feijoo se expresa así:

A todos suena bien el idioma nativo, y mal el forastero, hasta que el largo uso le hace propio. Tenemos hecho concepto de que el alemán es áspero, pero el padre Kircher, en su *Descripción de la torre de Babel*, asegura que no cede en elegancia a otro alguno del mundo. Dentro de España parece a castellanos y andaluces humilde y plebeya la articulación de la *jota* y la *g* de portugueses y gallegos. Pero los franceses que pronuncian del mismo modo, no sólo las dos letras dichas, mas también la *ch*, escuchan con horror la articulación castellana que resultó en estos reinos del hospedaje de los africanos. No hay nación que pueda sufrir hoy el lenguaje que en ella misma se hablaba doscientos años ha.²⁷

Al padre Feijoo también se le han atribuido dos poesías, por lo menos, escritas en su lengua vernácula. Nada improbable es la paternidad feijooniana de esos poemas exhumados por Justo E. Areal Cuesta, ya que en su poesía titulada “Llanto de la Flota por una ninfa gallega”, exhala con sencillez pero con unción estos versos:

Pois que sempre algún Massín
tacha a miña boa ley
déixenme chorar sin fin
desgracias en que nacín
na lingua en que me criei.

El labrador gallego y el Padre Feijoo

Tocóle vivir al padre Feijoo una de las épocas más desventuradas del campesinado gallego. Fue el siglo XVIII escenario y testigo de enormes calamidades sociales en nuestra tierra. La abundante documentación de esta centuria, los estudios de los padres benedictinos gallegos Feijoo y Sarmiento, la creación de la Academia de Agricultura del Reino de Galicia y las subsiguientes disposiciones o iniciativas, casi siempre malogradas que se exponían entonces, dan la tónica o el pronóstico de aquella ruina económica y humana.

El padre Feijoo afrontó el problema con el coraje en él característico, y con una audacia que en un monje de entonces asombra por su energía, por su carácter verdaderamente revolucionario y por la valentía que supone *desfacer entuertos* de tan poderosas y arraigadas influencias. Sólo un padre Feijoo era capaz de tan titánica empresa. Las quejas y las condenaciones que le arrancan el estado de aquellos

²⁷ Ídem, ídem.

desgraciados labriegos, que él tan bien conocía, son impresionantes por su valiente sinceridad:

Yo, a la verdad sólo puedo hablar con perfecto conocimiento de lo que pasa en Galicia, Asturias y montañas de León. En estas tierras no hay gente más hambrienta, ni más desabrigada que los labradores. Cuatro trapos cubren sus carnes; o mejor diré que, por las muchas roturas que tienen, las descubren. La habitación está igualmente rota que el vestido, de modo que el viento y la lluvia se entran por ella como por su casa. Su alimento es un poco de pan negro, acompañado de algún laticinio o alguna legumbre vil; pero todo en tan escasa cantidad, que hay quienes apenas una vez en la vida se levantan saciados de la mesa. Agregado a estas miserias un continuo rudísimo trabajo corporal, desde que raya el alba hasta que viene la noche, contemple cualquiera si no es vida más penosa la de los míseros labradores que la de los delincuentes que la justicia pone en las galeras. Lamentaba el gran poeta la infausta suerte de los bueyes que rompen la tierra con el arado sólo para beneficio ajeno: *Sic vos non vobis fertis aratra boves*. Con igual propiedad podemos hoy lamentar la suerte de los hombres, que para romper la tierra usan de los bueyes, pues apenas gozan más que ellos de los frutos de la tierra que cultivan. Ellos siembran, ellos aran, ellos siegan, ellos trillan; y después de hechas todas las labores, les viene otra fatiga nueva, y la más sensible de todas, que es conducir los frutos o el valor de ellos a las casas de los poderosos, dejando en las propias la consorte y los hijos llenos de tristeza y bañados de lágrimas, *a facie tempestatum famis*.

Sigue el padre Feijoo hablando de la situación de estos “pobres que trabajan y hambread”, para dejar caer sobre los ricos sin caridad y sin justicia las amenazas de una condenación eterna, el castigo bíblico para los potentados sin entrañas. Propone una serie de medidas para remediar los males del campo. En primer lugar debe constituirse un “consejo en la corte, compuesto de algunos labradores acomodados e inteligentes, extraídos de todas las provincias de España, dos o tres de cada una, según su mayor o menor extensión, los cuales tengan sus conferencias regladas para determinar lo que hallen más conveniente, así en lo que mira a providencias generales, como en lo respectivo a cada provincia, a cada territorio, a cada fruto, a cada particular acaecimiento de escasez, de abundancia, etcétera. Se extiende en consideraciones sobre la necesidad de que cada terreno sea destinado a aquellos frutos para que es más proporcionado, así como el aprovechamiento que debe hacerse del agua de los ríos españoles, que se pierde lastimosamente.

El padre Sarmiento enfrentaba el problema económico gallego desde otros ángulos y arbitrando por lo tanto otro tipo de soluciones. Tratando de los foros seculares que daban a una misma propiedad diversos dueños, decía que mientras no se acabase con ellos en Galicia, “jamás saldrá de miserias y pobreterías, repartido entre polainas y sombreros de tres picos, la que pudiera ser la provincia más opulenta de España”. Censura el que nadie hubiese pensado en Galicia para

establecer fábricas de paños y sedas, ya que “no hay provincia de España más proporcionada para fabricar manufacturas y para el comercio por mar y tierra. La infinidad de gentes, la abundancia de aguas, la copia de árboles, lo barato de los alimentos y de los salarios, la industria e ingeniosidad de los gallegos, sobre ser tan laboriosos y constantes para toda ciencia o arte o manufactura a que los ponen o a que ellos se dedican, todo conspira a que deban esperarse grandes ventajas de que en Galicia se establezcan algunas fábricas o manufacturas en metales, lino, lana y seda”. Con objeto de facilitar la transformación, cambio y exportación de los productos, exigía que se construyese una red completa de caminos reales, sobre lo cual redactó, además, importante ponencia. No le concedía importancia a la emigración a América, como factor de despoblación peninsular ya que en los pueblos de Galicia y los demás de donde el éxodo era mayor eran las zonas mejor pobladas, y muchos de los que antes iban a las Indias eran gente holgazana, inútil o de mal vivir “y hoy van pocos y con cuenta y razón”.²⁸

Mientras el padre Sarmiento le concedía escasa influencia a la emigración a América, el padre Feijoo vivía preocupado por la emigración intrapeninsular. Escribe:

Paréceme que la trasmigración de los labradores de unas provincias a otras para el cultivo de los campos o cosecha de frutos, es cosa que necesita de reforma. Salen muchos millares de gallegos a cavar las viñas y segar las mieses a varias provincias de España. Es justo que cada uno trabaje en su patria hasta donde lleguen sus fuerzas. O los gallegos, que se esparcen por las Castillas, Navarra y Andalucía, tienen que trabajar en su tierra, o no. Si lo primero, trabájenla y no malbaraten el tiempo que consumen en vagar de una parte a otra. Si lo segundo, hágase una extracción reglada de la gente pobre de Galicia, que sobra para el cultivo de sus campos, y fórmense de ella algunas colonias en varias partes de España, donde hay grandes pedazos de tierra inculta por falta de labradores. Esto traería juntamente la conveniencia de impedir en muchos montes y páramos la infestación de los ladrones. Buen ejemplo de una y otra utilidad tenemos a la vista en el lugar de la Mudarra, sito entre Rioseco y Valladolid, que no sé por qué se formó a la entrada del monte de Torozos de un puño de gallegos. Opondrámeme lo primero que en algunos países no hay bastantes colonos para cultivar la tierra que poseen, y esto hace preciso traer jornaleros de afuera. Lo segundo, que aunque en otros hay jornaleros naturales de la provincia, éstos son más costosos que los gallegos, y cada particular tiene derecho para servirse del que lleva menos estipendio.

A lo primero respondo que el príncipe —sigue escribiendo el padre Feijoo—, usando del dominio alto que tiene, y que justamente ejerce cuando lo pide el bien público, puede ocurrir al inconveniente estrechando las posesiones de tierra, de modo que nadie goce más que la que por sí mismo, o por sus colonos, pueda trabajar; y para el resto de cada territorio se traigan colonos pobres que no tengan que trabajar en su patria. Esta disgregación de posesiones se puede hacer con tal equidad, que siempre queden mejorados los naturales. Como, aun dentro de un partido, no todas las porciones de terreno son igualmente feraces,

²⁸ LÓPEZ PELÁEZ: *obra citada*.

pueden escoger para sí los naturales las más fructíferas, dejando las otras a los advenedizos; de modo que aquéllos, sin mayor trabajo, logren mejor y más copioso triunfo. Ésta no es una mera idea platónica, pues vemos que los romanos, prudentísimos en todas las partes de su gobierno, tenían el cuidado de estrechar las posesiones de los particulares por obviar el daño de quedar incultas las tierras. Así dice Columela que era delito en un senador poseer más de cincuenta medidas de tierra, correspondiente cada una a lo que un par de bueyes puede labrar cada día: *Criminossum tamen senatori fuit supra quinquaginta jugera possedissee*. Es verdad que esta disciplina, ya en tiempo del autor, estaba relajada, porque en otra parte se lamenta lo mismo de que hoy podemos lamentarnos en España; esto es de que había quienes gozaban tan amplias posesiones, que no podían girarlas a caballo, y así quedaban gran parte a ser pisada de fieras: *Praepotentium qui possident fines gentium, quos nec circumire equis quidem valent, sed proculcandos pecudibus et vastandos, ac populandos feris derelinquunt*. Plinio dice que las anchurosas posesiones arruinaron a Italia: *Verumque confitentibus latifundia perdiere italiam*. Con más razón podemos asegurar lo mismo de España. A lo segundo digo que es fácil el remedio. La justicia puede en cada partido reglar el jornal y obligar a los paisanos al trabajo. Puede resultar de aquí que se trabajen menos de lo que alcanzan sus fuerzas. Mas tampoco hallo difícil velar sobre los holgazanes y castigarlos, ya con la sustracción de parte del salario, ya con otra pena.²⁹

El Padre Feijoo y las glorias de Galicia

En dos partes divide el padre Feijoo sus dos discursos sobre las “Glorias de España”, dedicando la primera parte a los hechos de armas y la segunda a los valores intelectuales y morales. El objetivo que persigue con este estudio es didáctico y patriótico: “mostrar a la España moderna la España antigua; a los españoles que viven hoy, las glorias de sus progenitores; a los hijos, el mérito de los padres; porque, estimulados a la imitación, no desdigan las ramas del tronco y la raíz. Dé lección un siglo a otro siglo. En el mismo clima vivimos, de las mismas influencias gozamos que nuestros antepasados. Luego cuanto es de parte de la naturaleza, la misma índole, igual habilidad, iguales fuerzas hay en nosotros que en ellos, y acaso superiores a las de otras naciones. Lástima será que cedamos a éstas en el uso, haciendo excesos en la facultad”.

²⁹ “Honra y provecho de la agricultura”. Discurso XII del t. VIII del *Teatro*. En lo que se refiere a los segadores gallegos en este siglo XVIII, es interesante citar la Real Cédula de Carlos III, de 6 de junio de 1773, dada en Aranjuez, en que ordena que “los cavadores y segadores gallegos —y como ellos toda suerte de trabajadores eventuales desplazados por temporada de su habitual residencia— habían de ser considerados como transéuntes y, por lo tanto, sólo podrían ser sorteados en el lugar de su domicilio y no en aquel en que estuvieren trabajando. Y añadía enérgicas conminaciones a las autoridades para que de ningún modo faltasen a lo que se les prevenía”, destacando aquel rey, el más progresista de los monarcas españoles, que están “bajo de mi real protección esta honrada porción de vasallos útiles e industriosos”. Art. del escritor gallego Carlos Martínez Barbeito en *Vida Gallega*, núm. 59-60. Lugo, 1960.

Son pequeñas las referencias que hace el padre Feijoo a los hechos de armas de los gallegos. En una de ellas, al hablar de la ignorancia que las naciones extranjeras tienen de España y de las constantes alusiones por los autores clásicos a su gloria militar, escribe: "Diodoro Siculo, tanto a la caballería como a la infantería española concede ventajas, así en la fuerza para el combate como en la tolerancia para las incomodidades de la guerra. Justino celebra los ánimos españoles por intrépidos para la muerte y amantes de las fatigas militares; lo que Silio Itálico con más fuerte encarecimiento aplica a los gallegos, afirmando que éstos tenían por ocupación indigna de hombres todo lo que no era manejar las armas en la campaña:

Segne viris quidquid sine duro Marte gerendum est.

Cito a este autor, aunque español, según la opinión más probable, que le hace natural de Sevilla, porque respecto de Galicia, para cuyo elogio le alego, bien indiferente es un andaluz. Estrabón, que es harto extranjero, pues fue oriundo de Creta y nació en Capadocia, confirma el dicho de Silio Itálico, llamando a los gallegos gente sumamente guerrera y dificultosísima de conquistar: *Bellacissimi et subjugata difficillimi.*"³⁰

De todas las brillantes figuras guerreras de Galicia, muchas de las cuales no podían ser ignoradas por el benedictino gallego, solamente tiene alabanzas rendidas para Teodosio *el Grande*, ya que como se sabe son muchos los historiadores que hacen a este glorioso emperador hijo de la Galicia de entonces. Lo mismo sucede cuando habla en "Defensa de las mujeres", en que la parquedad es más notoria e incomprensible, ya que en su tiempo sobresalían en Galicia ilustres representantes del sexo femenino, alguna de las cuales, como Ana María Moscoso de Prado dedicara a Feijoo un romance, y otras como Teresa Caamaño, María Antonia Pereira do Campo, María Ángela Romay Romera y Josefa Zúñiga y Castro.³¹ Solamente salva el padre

³⁰ Discurso XIII del t. IV del *Teatro*.

³¹ Teresa Caamaño, de excepcional cultura, que mereció los elogios del cura de Fruime y del padre Isla. María Antonia Pereira do Campo, fundadora del convento de Carmelitas Descalzas de Santiago, notable escritora mística, a quien el padre Crisógono en su obra *Escuela mística carmelitana*, compara con Santa Teresa y San Juan de la Cruz. María Ángela Romay Romera, de vida y obra muy semejante a la de la anterior. Josefa Zúñiga y Castro, condesa de Lemos y marquesa de Sarria, que estableció la célebre sociedad literaria "Academia del Buen Gusto" (1749-51). Tuvo por domicilio la señorial mansión de su fundadora, en la que se daban cita los mejores literatos de la época. De ella hizo este retrato el ilustre crítico Leopoldo A. de Cueto: "Joven, hermosa, ilustre, rica, discreta e instruida, cautivaba fácilmente la voluntad, y atraía a su sociedad a las personas más distinguidas de la corte en nacimiento y en letras. Era aquí como un reflejo de la seductora *Julie d'Angennes* del Hotel de Rambouillet" (t. 61 de la Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneira).

Feijoo del olvido a la heroica dama coruñesa doña Mayor Fernández de Cámara Pita (*María Pita*):

Una María Pita, heroína gallega, que en el sitio puesto por los ingleses a La Coruña, el año de 1589, estando ya los enemigos alojados en la brecha y la guarnición dispuesta a capitular, después que, con ardiente, aunque vulgar facundia, exprobió a los nuestros su cobardía, arrancando espada y rodela de las manos de un soldado, y clamando que quien tuviese honra la siguiese, encendida en coraje, se arrojó a la brecha, de cuyo fuego marcial, saltando chispas a los corazones de los soldados y vecinos, que prendieron en la pólvora del honor, con tanto ímpetu cerraron todos sobre los enemigos, que con la muerte de mil y quinientos (entre ellos un hermano del general de tierra, Enrique Noris), los obligaron a levantar el sitio. Felipe II premió el valor de la Pita, dándole por los días de su vida grado y sueldo de alférez vivo; y Felipe III perpetuó en sus descendientes el grado y sueldo de alférez reformado.³²

En la segunda parte de “Glorias de España”, comienza su sustancioso preámbulo con estas palabras: “En el discurso pasado hemos celebrado los españoles por la parte del corazón; ahora subiremos a la cabeza. Todas las virtudes que ennoblecen al hombre se dividen en intelectuales y morales. Aquéllas ilustran el entendimiento, éstas rectifican la voluntad. En orden a las segundas, hemos comprobado arriba con dichos y hechos no todo lo que se pudiera decir; pero lo que basta para considerar a nuestra nación o superior a todas las demás, o por lo menos no inferior a otra alguna, ya en el valor y manejo de las armas, ya en el amor de la patria, ya en el celo por la religión, ya en humanidad, ya en lealtad, ya en nobleza de ánimo y otras partidas de que constan los hombres ilustres. Resta que ahora calificuemos la habilidad intelectual de los españoles con extensión a todo género de materias: en que creo necesitan más de desengaño los extranjeros, que en el asunto que hasta aquí hemos tratado, siendo no pocos los que tienen hecho el concepto de que somos los más inhábiles y rudos entre las naciones principales de Europa, concediéndonos sólo algún talento especial para las ciencias abstractas como lógica, metafísica y teología escolástica, y mediano o razonable para la jurisprudencia y teología moral.”

Pues bien, el padre Feijoo no cita a los filósofos gallegos que le precedieron y únicamente al referirse a los “sabios en el derecho”, dedica sabroso comentario a los dos eminentes juristas galaicos, Francisco Salgado de Somoza y Diego Sarmiento de Valladares³³, y que insertamos a continuación por su singular importancia:

No obstante, ya el amor de la patria, ya la singularidad de los sujetos, me induce a hacer particular memoria de dos, que debieron origen y cuna al no-

³² T. I del *Teatro*.

³³ Francisco Salgado de Somoza fue uno de los más eminentes juristas de todos los tiempos, muerto en 1664, por lo tanto se cumple ahora en agosto el tercer cente-

bilísimo reino de Galicia. El primero es el señor don Francisco Salgado, espíritu sublime, que, entre escollos y sobre sirtes, supo navegar el mar de la jurisprudencia por donde hasta su tiempo se había juzgado impracticable, descubriendo rumbo para acordar las dos supremas potestades, pontificia y regia, por un estrecho tan delicado, que a poco que se ladee el bajel del discurso, o se ha de romper contra el derecho natural o contra el divino. ¡Grande ingenio! El cual, si en las obras que escribió sobre este asunto dio a conocer que sabía navegar entre escollos, en otra, no menos útil que difícil, mostró que también sabía caminar por laberintos.

El segundo es el señor don Diego Sarmiento y Valladares, inquisidor general que fue de estos reinos y honor grande del insigne colegio de Santa Cruz, de Valladolid, quien, por no haber dado algunas obras a la estampa, se hace más acreedor a que en este escrito se dé noticia al mundo de su rarísima comprensión de uno y de otro derecho. El testimonio auténtico que de ella dio siendo colegial de dicho colegio en la universidad de Valladolid, fue tan extraordinario y peregrino, que no se vio hasta ahora otro igual, ni probablemente se verá jamás. El día 31 de mayo del año 1654 se expuso en conclusiones públicas a responder a todos los juristas y canonistas de aquella universidad sobre casi todas las partes de uno y otro derecho (comprendiendo todas las leyes de las Partidas, las de Toro y Nueva Recopilación) en la forma siguiente: Que siendo preguntado por el contenido de cualquiera capítulo o número de cualquiera título de ambos derechos, respondería dando literalmente el principio de dicho capítulo o número, y refiriendo la especie contenida en él; asimismo, siendo preguntado inversamente por cualquiera especie contenida en uno u otro derecho, daría puntualmente la cita del capítulo o número donde se halla dicha especie, añadiendo la prueba *a razione* de la decisión; pero mejor se entenderá esto poniendo aquí específicamente el asunto de dichas conclusiones en la forma misma que entonces salió al público, y hoy, para eterna memoria de un hecho tan singular, se conserva estampado en raso liso encarnado, como lo he visto, y de donde saqué el trasunto, en la excelente biblioteca del colegio de Santa Cruz.

A continuación el padre Feijoo enumera las cuestiones debatidas en aquel acto académico por Sarmiento de Valladares, y termina expresando:

Los que saben cuántos y cuán gruesos volúmenes comprende la materia de este desafío, y en cuán menudas divisiones se desmenuza, no podrán menos de asombrarse; pero crecerá a raptó extático su admiración si consideran que el señor Valladares no tenía más que treinta y cuatro años de edad cuando presidió dichas conclusiones, ¿qué sería con diez, con veinte, con treinta años más de estudio? Sé que muchos reputan únicamente por efecto de una portentosa

nario de su muerte. Fue presidente del Consejo Supremo de Castilla. Es fama que no pudo alcanzar un obispado "a haber mirado la corte romana sus dictámenes como odiosos y perjudiciales a los pingües intereses que en ella entraban de España". Es autor de muy importantes obras, comentadas sobre todo en el extranjero con gran elogio, tal ocurre en Alemania desde Stauber (1677) a Kisch (1929), como dio a conocer en su hermoso trabajo dedicado a este jurista gallego, Niceto Alcalá Zamora y Castillo (Madrid, 1932).

Diego Sarmiento de Valladares ocupó elevados cargos judiciales y eclesiásticos. Catedrático de la universidad vallisoletana; fiscal del Consejo de S. M.; inquisidor apostólico de varias provincias y después de la Suprema; obispo de Oviedo y de Plasencia y presidente, igual que Salgado, del Real Consejo de Castilla.

memoria el triunfo que este héroe de la jurisprudencia logró en empresa tan ardua; pero éstos, o ignoran o no advierten que fue condición expresada en el cartel y ejecutada en el acto el dar razón de cuantas decisiones se propusiesen de uno y otro Derecho: lo que sería imposible ejecutar sin una profundísima sabiduría y sin un ingenio supremamente pronto y perspicaz. Hombres de este calibre son unos monstruos, al parecer compuestos de las dos naturalezas, angélica y humana:

*Queis meliore luto finxit praecordia Titan.*³⁴

Consta documentalmente, gracias a la admirable labor del ilustre investigador gallego Pérez Constanti, que el padre Feijoo pretendía incluir en su *Teatro crítico* un discurso apologético sobre las glorias de Galicia. Con este objeto acudió el sabio monje a las siete provincias gallegas solicitando los datos necesarios para llevar a cabo tal obra, en carta que llevaba la fecha de 1º de junio de 1732.

A juzgar por los términos con que se expresaba el padre Feijoo, se proponía llevar a cabo una obra que pudiera sustituir con ventaja erudita y veracidad histórica suficiente las disparatadas producciones del padre Gándara³⁵, sobre todo él, enemigo de introducir fábulas y falsear la Historia y que afirmaba que “El método en ningún escrito es tan difícil como en el histórico”.

La carta exhumada por P. Constanti³⁶, es como sigue:

El deseo de servir en algo a mi patria, me ha determinado a vindicarla del injurioso concepto que el vulgo de las demás provincias de España tiene formado de los naturales de ese reino, introduciendo a ese intento un discurso en el V tomo de mi *Teatro crítico* que llevo bastante adelantado. Pero por carecer de las noticias necesarias, me es preciso recurrir a V.S.Y. como lo hago a las demás ciudades del reino, suplicándole se sirva de hacer recoger las que pudieren hallarse en los sujetos de ese distrito, más versados en la lectura de las cosas de Galicia, que sean gloriosas a nuestra Patria, y ordenar que se me remitan con la mayor brevedad posible, porque no se retarde la edición del V tomo, de que tengo manuscrita ya la mayor parte, con la advertencia de que vengan citados con la mayor puntualidad y legalidad los autores de quienes se extrajeron o instrumentos de donde constaren. Las noticias que solicito, se reducen a las clases siguientes:

1. Los hombres ilustres en las armas o ya sea por el valor o por la conducta que se hayan señalado por algún hecho muy glorioso o muy útil a la monarquía.

³⁴ T. I del *Teatro*.

³⁵ El padre Felipe de la Gándara fue un agustino gallego que deseando vindicar el nombre de Galicia, escribió preferentemente trabajos destinados a exaltar a los hijos de esta nación. Fruto de este fervor fueron, entre otros, *Nobiliario, armas y triunfos de Galicia...* (Madrid, 1662) y *El cisne occidental canta las palmas y triunfos eclesiásticos de Galicia...* (Madrid, 1677). Desgraciadamente estos libros no lograron alcanzar decorosamente los fines de su autor, ya que se trata de dos libros fabulosos, cargados de apócrifas fuentes, y de patrañas de todas clases, procedentes en su mayoría de los nefastos cronicones de la época.

³⁶ PABLO PÉREZ CONSTANTI: *Notas viejas galicianas*, t. I. Vigo, 1925.

2. Los escritores insignes en cualquiera facultad.
3. Los de sobresaliente primor en cualquier arte mecánico o liberal.
4. Los que hayan dado prueba de ingenio o habilidad eminente, aunque no fuesen escritores.
5. Los de singular industria en el manejo político.
6. Los de ventajosísimas fuerzas corporales.
7. Los de muy singular bizarría y generosidad de ánimo, con casos que lo comprueben.
8. Los inventores de cualquiera cosa útil o ingeniosa a cualquier arte que pertenezca.
9. Los grandes de España y otras casas ilustres que descienden de Galicia y están hoy radicadas en otros reinos.
10. Las conquistas que hayan hecho los gallegos o sobre portugueses o sobre cualquiera nación.
11. Los descubrimientos que hayan hecho en la América. Singularmente se desea noticia individual de el descubrimiento de un estrecho más allá de el de Magallanes, que en algunos mapas extranjeros se apunta haber sido hecho por los "Hermanos Nogales" (*sic*) de Pontevedra y en ningún autor he hallado esta noticia.³⁷
12. En fin, cualquiera especie que se considere muy gloriosa al reino, de cualquiera línea que sea.

Adviértese que el testimonio de los autores extraños será mucho más estimable que el de los domésticos.

Otra vez suplico a V.S.Y. que en la administración de dichas noticias procure la mayor brevedad porque a faltar ésta, me será forzoso reservar este discurso apologético para el VI tomo de el *Teatro*, y quedo a la obediencia de V.S.Y. suplicando a Nro. Sr. guarde a V.S.Y. muchos años en su mayor prosperidad y grandeza. De este de V.S.Y. Oviedo y junio 1º de 1732. Ilmo. Señor B.L.M. de V.S.Y. su más rendido servidor y capellán, fray Benito Feijoo. Pídesse también memoria de los santos canonizados de la provincia.³⁸

Esta información que solicitaba con urgencia el padre Feijoo, y dado además el cuidado que exigía su obtención como asimismo la probidad de las fuentes de origen, debieron dejar al beneditino gallico sin respuesta, quedándonos así privados de un trabajo entonces muy necesario, y hoy, sea dicho de paso, mucho más perentorio.

Otras referencias gallegas del Padre Feijoo

Hemos procurado extraer de la obra feijooniana lo más esencial respecto a su indubitable galleguidad, de la que está salpicada toda

³⁷ Como supondrán los lectores, el padre Feijoo se refiere a los hermanos Bartolomé y Gonzalo García de Nodal (*los Nodales*) nacidos en Pontevedra, y el estrecho a que se refiere no puede ser otro que el de San Vicente, con que le bautizaron sus descubridores. Todo hace sospechar que el padre Feijoo ignoraba el diario de navegación que los hermanos Nodales publicaron en 1621.

³⁸ El padre Paradela nos dice que vio una copia de esta carta en un manuscrito del monasterio de Celanova y que se guardaba en la biblioteca provincial de Orense, ignorando si sería del propio Feijoo o de la ciudad de Orense, dirigiéndose a aquel monasterio en solicitud de información. La biblioteca provincial de Orense, que era una de las más ricas de España y probablemente la mejor de Galicia, fue también, al igual que la de Samos, pasto de un pavoroso incendio.

su copiosa producción. Otros contactos o relaciones tangenciales con el existir histórico gallego, aunque sean de grado menor, merecen ser registradas aquí, aunque no guarde la uniformidad que nosotros quisiéramos, pero que se debe al exclusivo sentido de esos pequeños roces temáticos.

Ya dentro de la miscelánea de esas alusiones, nos encontramos con otra en la que una vez más denomina claramente a *Galicia como patria*: “En Galicia, mi patria, hay muchos que aun sabiendo con perfección la lengua castellana, la pronuncian algo arrastradamente, faltando en esta o aquella letra la exactitud de articulación que les es debida. Atribuyen los más este defecto a la imperfecta organización de la lengua, procedida de el influjo de el clima. No hay tal cosa. Ese vicio viene de el mal hábito tomado en la niñez; lo que se evidencia de que los gallegos que de muy niños son conducidos a Castilla, y se crían entre castellanos, como yo he visto algunos, pronuncian con tanta limpieza y expedición este idioma, como los naturales de Castilla. Sé, que pocos años ha era celebrada por el hermoso desembarazo de la pronunciación y aire de el movimiento, una comedianta nacida en una mísera aldea de Galicia, que de cuatro o cinco años llevó un tío suyo a la corte.” Y añade esta sagaz observación, que por lo ilustrativa que puede ser, nos explica algunos fenómenos prosódicos u ortológicos, del que es una ya típica manifestación la *geada*, que por un hábito casi biológico se impone en muchos gallegos al expresarse en castellano: “La segunda limitación es —sigue escribiendo el padre Feijoo—, que aun en edad adulta se puede corregir la torpeza de el movimiento, ya en la lengua, ya en otros miembros, cuando ésta procede precisamente de el mal hábito contraído en la niñez. Pero es necesario para lograrlo aplicar mucha reflexión y estudio. Un hábito, aunque sea inveterado, puede desarraigarse, aplicando el último esfuerzo. Cuando la resistencia viene del fondo de la naturaleza, todos los conatos son vanos.”³⁹

Tratando el mismo tema, nos regala esta curiosa nota autobiográfica: “Nací y me crié en una corta aldea, entré después en una religión, cuyo principal cuidado es retirar a sus hijos, especialmente durante la juventud, de todo comercio del siglo. Mi genio aborrece el bullicio y huye de los concursos. Exceptuando tres años de oyente en Salamanca, que equivalieron a tres años de soledad, porque no se permite a los de nuestro colegio el menor trato con los seculares, todo el resto de mi vida pasé en Galicia y Asturias, provincias muy distantes de la corte. Sobre todo lo dicho, estoy poseído de una natural displicencia hacia

³⁹ “Verdadera y falsa urbanidad”, en el t. VII del *Teatro*. La comedianta a que alude en este capítulo, sospechamos que se refiere a Manuela Escamilla, nacida en Monforte y fallecida en 1695, o sea en vida de Feijoo. Era famosa como artista teatral y cantante, obteniendo muy ruidosos triunfos escénicos.

el estudio de ceremonias”, declaración que repite alguna vez más: “Yo no examiné, ni pude examinar, con los ojos sino una pequeña porción de España, esto es, Galicia, Asturias y tal cual corto retazo de una y otra Castilla.”⁴⁰

Al comentar algunos fenómenos biológicos, patológicos o físicos, tan pronto como puede encontrar en Galicia un caso para abonar su tesis, lo cita; así en una carta que escribe al médico Casal el 2 de diciembre de 1740, le manifiesta que “el mal de la rosa existía también en Galicia, donde lo había visto”; refiere el caso de un muchacho *gigante*, del valle de Lemos⁴¹; comenta con horror y dolor un supuesto enterramiento en vivo, ocurrido en Pontevedra⁴²; combate una curación efectuada en la Coruña y exaltada como sobrenatural por algunos predicadores, demostrando el valiente benedictino gallego que no se trata de prodigio divino, sino “de un modo natural y muy fácil”, gracias a la intervención de un médico que trajo el cónsul inglés, “calvinista empedernido”⁴³; finalmente escribió una *Carta* sobre la “Campana y crucifijo de Lugo”, rebatiendo la infundada persuasión de que la reja del altar mayor se mueve al tocar la campana, y para reforzar su tesis el padre Feijoo hizo un estudio sobre la propagación del sonido.

Algo más podría complementar la galleguidad del padre Feijoo: su carácter. Ya Emilia Pardo Bazán aludió a los elementos gallegos predominantes en el temperamento feijooniano.⁴⁴ El doctor Marañón, acreditado como experto buceador en la intimidad de los hombres, según lo demostró en sus estudios sobre Amiel, conde-duque de Olivares, Enrique IV *el Impotente*, Tiberio, Antonio Pérez, verdadero radiólogo de almas, ha captado perfectamente los jugos mentales y temperamentales del padre Feijoo, de recia prosapia racial gallega. La “socarronería gallega” y el “humorismo céltico” del benedictino egregio, son perfilados constantemente por la aguda observación del eminente médico y psicólogo español.

⁴⁰ Carta X del t. V de *Cartas eruditas*.

⁴¹ T. I del *Teatro*.

⁴² *Cartas*, I, VIII.

⁴³ *Cartas*, III, V.

⁴⁴ E. PARDO BAZÁN: *De mi tierra* (Coruña, 1888). El extraordinario ingenio de Vicente Risco, el más ilustre gallego desaparecido en estos últimos años, en un primoroso artículo, como casi todos los suyos, afirmaba que “el padre Feijoo encarna de un modo insigne matices muy acusados del alma gallega”, asegurando seguidamente que “esa desconfianza siempre escamada y a la defensiva, propia del paisano gallego, ese invencible temor a ser engañado, ese no fiarse de la primera impresión, que hace que el gallego haya de palparlo todo para convencerse. Los experimentos, tantas veces ingenuos, del sabio benedictino, recuerdan ineludiblemente esta contextura psicológica” (*El Español* de Madrid, 30-IX-944).

Repercusión de la obra feijooniana en Galicia

La influencia del padre Feijoo en España e Hispanoamérica⁴⁵, es verdaderamente portentosa, que rebasa las ilusiones más optimistas de los más entusiasta secuaces del maestro. En Galicia alcanzó proporciones de verdadero acontecimiento intelectual, y lo que es más curioso, es que no se limitó el conocimiento de su obra a las clases ilustradas, sino que llegó a zonas modestas del ámbito rural. Dejemos la palabra al doctor Marañón:

Está muy bien que el edificio del Centro Gallego de Buenos Aires se alce sobre una piedra de la casa solariega de Feijoo en Casdemiro, según leo en el *Boletín de la Comisión de Monumentos de Orense* (1932-9-321): pues nada representa a Galicia como este hombre generoso, trabajador, lleno de ingenio y un tanto socarrón. En realidad, el olvido de Feijoo, que comentamos, no alcanza a Galicia, donde, más aún que en los medios intelectuales, en la tradición popular se ha mantenido vivo el culto de su insigne paisano. No hay biblioteca, por modesta que sea, de Galicia, en la que no figure, como un tesoro, la colección de las obras del benedictino. En Samos, me refirió su abad, don Mauro Gómez, que aun existen ancianos del pueblo que saben de memoria párrafos enteros de sus libros, y, sobre todo, la dedicatoria al abad y convento de Samos (tomo III del *Teatro*), en la que se expresa con noble ternura su gratitud al monasterio donde pasó parte de su juventud y donde, ciertamente, se forjó en gran medida el plan de sus futuras empresas: en aquel admirable lugar donde "sólo hacia el cielo tiene la vista desahogo, y así se lleva todas las atenciones: el cielo."⁴⁶

Pero en donde se percibe más la trascendencia cultural de la obra feijooniana, es en las generaciones que nacen a la vida científica y literaria, cuando ya los trabajos elaborados, publicados y divulgados a los cuatro vientos, obtienen el logro ubérrimo de su fecunda siembra intelectual.

Indudablemente que en la segunda mitad del siglo XVIII y en la primera del siglo XIX en Galicia, se pueden recolectar hombres e ideas renovadoras cuya filiación puede atribuirse al enciclopedismo; pero muchas otras son de rotunda e irreversible acuñación feijooniana, y aun decimos más, que todas ellas, si no son totalmente inspiradas por el perínclito monje gallego, son la inequívoca resultante de la fusión de ambas corrientes. Es decir, que con el padre Feijoo, posiblemente contra el deseo de muchos de sus parciales, Galicia sintió sacudidos muchos de sus sentidos y de sus resortes espirituales por una fuerte ráfaga liberal y creadora insospechadas, y de cuyos efectos nacerían

⁴⁵ Es asombrosa la influencia que el padre Feijoo ha ejercido en el pensamiento americano, aspecto que tratamos, en lo referente al Plata, en nuestro libro de próxima aparición, *La obra de los gallegos en la Argentina*.

⁴⁶ MARAÑÓN: *obra citada*.

seguidamente otras aspiraciones y emociones, tareas y disciplinas, hasta ahora simplemente empíricas o embrionarias.

En esos cien años el mundo mental de los gallegos estudiosos aparece pletórico de generosidad y de aspiraciones. Se acometen enfoques y se adoptan actitudes que asombran por su audacia y por su magnanimidad. Curtius ha dicho que lo que caracteriza al pensamiento enciclopedista es su abandono de la abstracción pura y el designio de ordenar un conjunto de conocimientos sobre la vida humana y el mundo como palanca favorable a la libertad política, como aurora de formas sociales nuevas. “Por eso —escribe Picón-Salas— al vano verbalismo opone el tratadista del *Teatro crítico* el nuevo y más concreto análisis de los hechos; al respeto de las “autoridades”, el libre arbitraje de la razón crítica; al conocimiento puramente verbal y silogístico, las olvidadas ciencias de la naturaleza; a la superstición, el sentimiento religioso podado de su nimbo milagrero, de su vano terror y disparatadas fábulas...”⁴⁷

¿No hay acaso coincidencia alguna entre el pensamiento feijooniano y el enciclopedista? A nuestro juicio lo que los separa es el distinto camino que en nuestra patria tuvieron ambas proyecciones, pues no se ignora que el enciclopedismo aparece refrendado y escoltado por las legiones napoleónicas, lo que daría nacimiento al tal discutido *afrancesamiento* de muchos hombres preclaros.

En su estudio *El padre Feijoo juzgado en su tiempo*, por el juriconsulto y escritor gallego don Manuel Casás, encontramos estas líneas que ratifican en parte nuestra tesis:

En las aulas compostelanas sostuvieron briosa contienda el tradicionalismo, allí tan profundamente arraigado, y los discípulos de los avances enciclopedistas, y aun tales movimientos intelectuales llegaron a perturbar la santa paz de los centros eclesiásticos.

En los archivos de nuestra universidad compostelana deben existir interesantes antecedentes de esta agitada lucha, y allí se distinguieron algunos profesores por su identificación con las ideas en su tiempo, calificadas de audaces y heréticas. Don José Vega (catedrático de física experimental), González Varela, Sánchez Boado, Fraguío, Bazán de Mendoza y otros no tuvieron reparo en afiliarse a las fórmulas de los principios en debate, sufriendo por ello grave persecución “privándoles de sus cátedras y viéndose en la necesidad de huir de la ciudad”. Bazán de Mendoza se refugió en Francia, donde falleció, y en Alais, en 1816, se imprimió una traducción suya de *La Henriada*, de Voltaire. Los “afrancesados” promovieron ruidoso alboroto en la vieja y gloriosa Compostela y en otras ciudades, como La Coruña y Orense.

¿Cómo extrañar que en el agitado siglo XVIII —que extendió por Europa las

⁴⁷ MARIANO PICÓN-SALAS: “Vísperas de la revolución”, en el núm. 1 de *Cuadernos Americanos*. México, 1944.

semillas de sus doctrinas— Feijoo y Sarmiento, preclaros entendimientos de la Iglesia gallega, no pudieran evitar que por las ventanas entreabiertas de sus celdas penetrase la proyección de aquella filosofía?⁴⁸

De lo que no cabe duda es que el padre Feijoo no llegó a sentir su fe religiosa perturbada en ningún momento por aquellas corrientes rígidamente racionalistas que empezaban a imponerse, aunque Morayta y Pi y Margall tengan sus dudas a este respecto, ya que una cosa son las ideas y otra cosa son las derivaciones que ellas puedan tener en el trascurso histórico de generaciones y ambientes. Ahí está el caso de la repercusión de la obra feijooniana en América, que sin proponérselo influyó enormemente en el espíritu de los próceres de la Independencia. Como dice el ilustre escritor venezolano contemporáneo Mariano Picón-Salas: “Enciclopedistas americanos como Baquíjano, Salas, Espejo, Miguel José Sanz, Francisco José de Caldas, lo han debatido en ese final del siglo XVIII, y sus argumentos proceden en gran parte de la crítica de Feijoo.”⁴⁹

Volviendo a considerar las repercusiones de la obra feijooniana en Galicia, aquéllas están, a nuestro juicio, más vivas y patentes en otras manifestaciones que no están enclavadas precisamente en el grupo afrancesado. La influencia feijooniana la vemos nosotros en cierta preocupación por los estudios económicos, por el fervor por la verdad y la justicia, y finalmente por la emoción liberal que alboreaba con vigoroso desmerezo. Los trabajos sobre agricultura, industria y demás ramas económicas de tan distinguidos escritores gallegos como José Alonso y López, José Lucas Labrada, Pedro Antonio Sánchez, Vicente del Seixo, Francisco Somoza Monsoriu, José Vereá y Aguiar, etcétera; presbíteros de tan acendrado sentimiento liberal como Manuel Pardo de Andrade, Manuel Acuña Malvar y J. Caamaño, la aparición de la Academia de Agricultura del Reino de Galicia, así como otro tipo de publicaciones que con aires renovadores surgieron entonces, están mostrando de manera tácita o expresa la huella feijooniana. Ejemplo de estas últimas fue el primer periódico gallego *El Catón Compostelano*, saliendo en Santiago el 1º de mayo de 1800, y dirigido por don Francisco del Valle Inclán, abuelo del célebre novelista D. Ramón. El programa o *Discurso preliminar*, redactado por Valle Inclán, no puede ser más feijooniano:

“Mi ocupación, pues, ha de ser desde este día escribir para reprehender los errores introducidos bajo el nombre de costumbres e instruir en todas materias políticas y literarias... Se me ofrece, pues, decir a mis compatriotas: *Voy a exponer la verdad sin velo alguno*

⁴⁸ MANUEL CASÁS FERNÁNDEZ: “El padre Feijoo juzgado en su tiempo”, n.ºs. 289-93 del *Boletín de la Academia Gallega*.

⁴⁹ PICÓN-SALAS, *obra citada*.

y en todo su esplendor, y ¿podréis sufrir sus brillos? ¿La oiréis y aceptaréis sin disgusto? ¿Aboliréis en consecuencia los abusos que yo corrija, y os demuestre por tales?"

Lo notable de la influencia feijooniana en Galicia, es que como ocurre con todas las ideas de limpia universalidad, de noble sentido humano y de gran jerarquía intelectual, ha llegado a nuestros días, de tal manera que no hay gallego de alguna cultura y dedicado al estudio de los valores y de la vida de Galicia, que no tenga al padre Feijoo en la hornacina de sus mejores devociones espirituales. La enumeración de todos los gallegos que han sentido alguna preocupación por el pensamiento feijooniano constituyen legión.

Pongamos ya punto final a este trabajo, no sin antes de dejar bien sentado el móvil que lo hizo posible. En este bicentenario de la muerte del padre Feijoo, muchos actos tendrán lugar y muchas solemnidades académicas pondrán un tinte más o menos ceremonioso en la conmemoración de tan señalada efemérides. Nosotros quisiéramos que tuviesen mayores y más dilatadas perspectivas de futuro estos acontecimientos, pero como las cosas no dependen de nuestra persona, y por otra parte insuficiente voluntad, nos contentaremos con aportar nuestra entusiástica colaboración al homenaje que una universidad argentina o iberoamericana rinde a un gallego universal, que sin dejar de ser gallego, o posiblemente por serlo, tuvo aún energías y comprensión para compartir el amor a su patria con el amor a los pueblos de América, que rinden hoy con la misma amplitud de espíritu de aquel genio impar, el homenaje a su vida y a su obra, cargada de enseñanzas y de servicios para un mundo mejor, tal como lo soñaron los próceres de las dos orillas atlánticas.

ALBERTO VILANOVA

Bahía Blanca, mayo 1964.

FEIJÓO, SARMIENTO Y EL IDIOMA GALLEGO

La generación de Feijóo

EL concepto de generación literaria, ya bien determinado —Peyré, Petersen, Pinder— va extendiendo el criterio de estudiar las literaturas por grupos generacionales. En España, después del bautismo de *Azorín* (1913) —*Generación del 98*— y los trabajos esclarecedores de Ortega, Salinas, Monner Sans, Guillermo de Torre, Jeschke, Lain Entralgo, etcétera, los intentos de sistematizar la historia de la literatura, al menos la contemporánea, por generaciones se va haciendo frecuente.

Quizás puede ser hiperbólico el tropo, puesto en circulación por doña Emilia Pardo Bazán y por don Marcelino Menéndez y Pelayo, que nombra al XVIII español “el siglo de Feijóo”; pero no lo es en modo alguno considerar al beneditino gallego como el adelantado, el que ejerce el caudillaje de los “ilustrados”¹ de la primera mitad bien avanzada del XVIII, a los que juzgo procedente agrupar bajo el rótulo “Generación de Feijóo”, y entre quienes quizá el más importante y menos conocido sea otro beneditino gallego, el padre Sarmiento, a quien Marañón llama acertadamente el *alter ego* de Feijóo.² Por su iniciación tardía como publicista, a Feijóo se le puede considerar como el más famoso de la primera y segunda de las “cuatro promociones de aquellos beneméritos caballeros de la Ilustración que, desde dentro, tratarían de rescatar las energías dormidas del país; de rehacer su historia, su economía, su cultura científica y literaria”.³

¹ PEDRO SALINAS: “Concepto de generación literaria aplicada a la del 98” (conferencia), incluida como cap. en *Literatura española. Siglo XX*. México, 1949. Traduce el término alemán del factor generacional, *Füherertum*, por *caudillaje*. Los gallegos podríamos decir, en lugar de caudillo, nada grato, *cabezaleiro*, el que está a la cabeza.

² *Las ideas biológicas del padre Feijóo*. Madrid, 1934.

³ GASPAR GÓMEZ DE LA SERNA: “Jovellanos entre cuatro fuegos”, en *Rev. de Est. Políticos* N^o 133. Madrid, 1964.

Ese grupo generacional, innovador, insurrecto, revulsiónó el quietismo hispánico. Era la minoría. Frente a él estaba, mayoritario, el de los tradicionalistas. Aquél era dinámico, abierto; éste, cerrado, estático. El de Feijóo y Sarmiento es reducido; pero “está animado de una firme confianza y de un ardor generoso en su misión de apostolado y de educación, el otro inmenso, petrificado en su indiferencia hacia las cosas del espíritu”.⁴ En el grupo conservador no estaba sólo gente anónima, masa iletrada; estaban y argumentaban en nombre de la España inmutable hombres de letras, catedráticos, magistrados, frailes y, salvo las excepciones que confirman la regla, los aristócratas, ignaros y superticiosos, para quienes ser español y castizo era ser plebeyo y soez, como señala Ortega y Gasset.⁵

Sin ser un iconoclasta del respetable pasado a lo Malebranche, o un detractor sistemático de lo antiguo como el erudito Perrault, Feijóo es decidido partidario de lo nuevo y enemigo de lo viejo caduco y de los tradicionalistas empecinados, “pobres incapaces, cabezas de cal y canto, cerebros amasados con el error, calloso por todas parte el discurso, para quien toda novedad es mentira, toda vejez axioma... que tocan a novedad como a fuego”. (*Teatro Crítico*, t. II: “Guerras filosóficas”). “Su cepa tomista-española está siempre presente en su argumentación, en su técnica —dice Montero Díaz—; “pero su tolerancia, su inquietud... sus opiniones sobre determinados problemas, son innovaciones radicales, de estirpe cartesiana, de corte baconiano o de cualquiera otra tendencia moderna”.⁶

No hay duda que los ilustrados, con Feijóo a la cabeza, eran afrancesados. No obstante el secular cierre de la aduana intelectual, el influjo de las ideas foráneas, especialmente francesas, no dejó de gravitar durante los Austrias en una minoría intelectual española; pero con los Borbones, la vida social, particularmente en la cultura y en la política, se afrancesa. La frase del Rey Sol se hace realidad: los Pirineos dejan de ser un muro de contención para las ideas. En cuanto a éstas, como dice Menéndez y Pelayo, fue Feijóo “quien más contribuyó a romper la barrera que la intolerancia escolástica petrificada había levantado”.⁷ Se ha puntualizado la influencia en él de Bayle de Fontanelle, de Buffier, de Legendre (marqués de St. Autbin, quien, a pesar del marquesado, como dice con su desenfadada ironía el Padre Maestro, es erudito) e incluso una mínima de Voltaire, a quien llega a calificar como “autor de gran peso”. Pero a pesar de los galicismos y ser asiduo y aprovechado lector del *Journal des Savants* y de autores

⁴ JEAN SARRAILL: *La España ilustrada en la segunda mitad del Siglo XVIII*. México, F.C.E. 1957.

⁵ *Papeles sobre Velázquez y Goya*. Madrid, 1950.

⁶ “Las ideas estéticas del padre Feijóo”, en *Bol. de la Univ. de Santiago*. 1932.

⁷ *Historia de las ideas estéticas en España*, t. VII, Buenos Aires, Ed. Glem O. 1943.

franceses, muchos de ellos enciclopedistas⁸, Feijóo no reniega de la tradición española con capacidad germinal y no es un militante enciclopedista. “¡Qué espíritu tan moderno y al mismo tiempo tan español!”, exclama el nada sospechoso don Marcelino.

Montesquieu, Rousseau y la Enciclopedia —cuya publicación va de 1751 a 1780— influyeron decididamente en la generación posterior a la de Feijóo. Una de las fuentes más utilizadas por éste son las *Memorias* de Trévoux, las que, como correspondía a su catolicismo, eran opuestas a la Enciclopedia que, para la Iglesia, está llena de “proposiciones falsas, perniciosas y escandalosas que conducen a la incredulidad y al desprecio de la religión”.⁹ Santiago Montero Díaz, en un vibrante ensayo juvenil, argumenta con su agudeza peculiar, aquí discutible, cómo “Feijóo es un espíritu enciclopédico, lo cual quiere decir exactamente un espíritu antienciclopedista”.¹⁰ Salinas dice que al “intento liberador de Feijóo le faltaba nada menos que el latido esencial de la Enciclopedia y la *Aufklärung*: la libertad de espíritu frente a lo religioso; adonde acaso pudo arribar el Feijóo que el fraile llevaba por dentro, no se atrevió nunca a acercarse el fraile que Feijóo llevaba por fuera”.¹¹ Se atrevió contra toda autoridad intelectual, incluso la de los padres de la Iglesia, cuando la tuvo por errónea; pero su verdad íntima no se rebeló contra el Dogma y la Revelación. Reiterada y expresamente, en no pocos pasajes, hace protestas de su inquebrantable “firme adhesión a todas las doctrinas de la Iglesia Católica Romana, por las cuales estoy pronto a derramar la sangre de mis venas”. *Teatro crítico*, t. VIII.

La influencia francesa, que en el siglo XVIII fue general en toda Europa, no se tradujo en España en una imitación servil, ni siquiera en la *Poética* de Luzán, como demuestra Menéndez y Pelayo. Hay, sí, entre los ilustrados de España y sus coetáneos europeos coincidencia de ideas, sincronismo ideológico y formal; hay un común anhelo de liberarse de la tutela escolástica. Es indiscutible que muchos de los rumbos están señalados por los pilotos del pensamiento francés, de una manera bien definida desde Descartes. Lo verdadero intrínseco del XVIII español, de los feijoonianos concretamente, es el europeísmo —ahora se diría universalismo—: el anhelo de meter en España lo nuevo que se consideraba bueno en otros países —de Francia primero, por ser lo más fácil—

⁸ G. DELPY, en *Bibliographie des sources françaises de Feijoo*, París, 1936, señala puntualmente hasta 200. En el apéndice IV de *L'Espagne et l'esprit européen. L'œuvre de Feijóo*, París, 1936, enumera las fuentes de los demás países europeos que, en total, alcanzan a 64.

⁹ PAUL HAZARD: *La pensée européenne au XVIIIème siècle*. París, 1963.

¹⁰ *Galicia en el padre Feijóo*. Madrid, 1928 Montero Díaz, a falta de un ejemplar, tuvo la gentileza de enviarme recientemente fotocopias de las 48 páginas de ese ensayo, tomadas del ejemplar dedicado por él a Fermín Bouza Brey. Consigno aquí mi agradecimiento a la afectuosa atención de los dos amigos.

¹¹ “Feijóo en cuatro tiempos”. Artículo de la *Rev. Occidente*, 1924, recogido en el libro *Ensayos de literatura hispánica*. Madrid, 1958.

y el criticismo: la pretensión de someter lo español a la crítica de la razón sin apoyarse en Aristóteles, ni tampoco en Santo Tomás. Contra éste no se desacató Feijóo, sí, contra aquél, no obstante su formación y su respeto por lo fundamental de su doctrina.¹² Zafarse del tradicional *magister dixit* fue aspiración y práctica general de los ilustrados, como lo fue la comparación valorativa con lo de afuera. Novedad y crítica presidieron la múltiple y dilatada tarea intelectual del gran bionomio gallego: Feijóo-Sarmiento.

El gallego Feijóo

En este mismo volumen figura un trabajo sobre la manifiesta galleguidad del padre Feijóo, trabajo que, aunque no conozco, por su autor, el erudito profesor Alberto Vilanova, tengo la seguridad de que agotará, en lo fundamental, el tema. Aun exponiéndome a incidir con desventaja sobre alguno de los puntos que él trata, glosaré aquí la referencia del Padre Maestro sobre un tema de su tierra, de su patria, como él reiteradamente dice: el idioma gallego, poniéndolo en conexión con la abundancia extensa y cordial —*ex abundantia cordis loquitur os*— con que trata el mismo asunto su hermano de hábito e invariable amigo fray Martín Sarmiento.

Aunque pueda parecer que fuerzo un poco la ocasión, quiero referirme, antes de abordar el tema propuesto, a un punto relacionado con él: el del origen bien gallego del apellido Feijóo. Más de una persona me preguntó, o preguntó ante mí, el origen del mismo, y aún si Feijóo era gallego o asturiano. Una de ellas, profesional de la enseñanza y de la pluma, le asignaba oriundez vasca, incurriendo en el frecuente achaque argentino de darle esa procedencia a todo apellido peninsular de no vulgar conocencia. Incluso a algunos de sus portadores argentinos les escuché tener por vascos gentilicios tan gallegos como Gamboa, Aguiar, Airoa, Videla, Castromán, Soaces...

El padre Feijóo era gallego no sólo por origen y muy antigua ascendencia. Por herencia y contacto personal con lo gallego durante su niñez y mocedad¹³, gallega era su psicología. Además de Montero Díaz en el ensayo citado (¹⁰), de pasada lo señalan Marañón¹⁴, Américo Castro¹⁵, mi maestro Vicente Risco¹⁶ e inicialmente doña Emilia Pardo Bazán en *Estudio crítico de las obras del padre Feijóo*; pero todavía está sin escribir un estudio caracterológico del benedictino, que

¹² RICARDO CARBALLO GALERO: "Aristóteles e o Pae Feixóo", en *Arquivos V*, del Seminario de Estudos Galegos, 1930.

¹³ ARMANDO COTARELO VALLEDOR: "A mocidade do P. Feixóo", en rev. *Nos*, N^o 81.

¹⁴ Véase nota N^o 2.

¹⁵ *España en su historia*, cap. IV. Buenos Aires, 1948.

¹⁶ "El padre maestro fray Benito Jerónimo Feijóo", en *Ha. gral. de las lit. hispánicas*, t. IV. Barcelona, 1956.

acusa su solera galaica en la esgrima dialéctica, en el escepticismo a lo Francisco Sánchez, en un conceptual humorismo, en su *retranca* cauta, en la que era maestro el Padre Maestro; en fin, en su manera habitual de argumentación polémica, unas veces con recodos, otras tan directa y casi tan agresiva como la de su aparcerero de contiendas, el padre Sarmiento. También en sus silencios y en saber retomar el hilo del discurso.

Ya los romanos tomaban para apellidos nombres de vegetales: Pison de *pisum*, guisante; Cicerón de *cicer*, garbanzo; Florus de *flor*... De *phaseolus*, alubia, por pérdida de la *l* intervocálica, que se da en gallego (*insula, insua*), diptongación de la *a* (*maga, meiga*) y “silbando la *s* a la gallega”, resulta *Feixeo* y finalmente *Feixóo* o *Feixó*. “Así con *x* se debe escribir, —dice el P. Sarmiento— y no con *jota*, como vulgarmente se escribe”.

Alubia o judía —en Galicia *feixón* o *feixó* en Portugal *feijao*, en Castilla *frejol* y *frijol*— es lo que significa el ilustre apellido, que según los genealogistas procede del conde Tibaldo Giráldez (siglo x), el primero que lo usó. También proceden de él sus armas heráldicas, “ganadas” por dar muerte él solo a seis moros de Almanzor: una espada y seis roeles de sangre en campo de oro, a los que orla —según lectura de don Marcelo Macías en el escudo del sepulcro de don Juan Feijóo de Prado, en Celanova, esta quintilla:

Esta espada ensangrentada
que vosotros aquí veis,
que de Feixóos es llamada
y de ellos está cercada,
denota sangre de reis.

A tenor de lo que reza el cuarto verso, es de suponer, según el mismo sabio arqueólogo, que “los seis roeles de los Feijóo, tan abundantes en los blasones de la nobleza, fueron en un principio seis *feixóns*, es decir habas”. El padre Sarmiento, al discurrir sobre el natural significado del apellido, aprovecha la ocasión para, con su abierta manera, burlarse de las zarandajas genealógicas y se despacha contra los inventores de blasones que “*ponen y quitan* armas a su gusto en viendo garabatos” “¿Qué diría un genealogista castellano si se estrechase a idear unas armas parlantes del apellido Feixóo, si fuese una mata de aquella planta *phaseolus*? ¿Cuántos desatinos no diría para explicarla?”

El erudito Domínguez Fontenla, fundado en la necesidad de conservar la acentuación grave de la palabra para evitar confusiones de pronunciación, aún contrariando la regla ortográfica castellana de no acentuar gráficamente la sílaba tónica de las voces graves terminadas en vocal, dice que debe escribirse Feijóo y no Feijoo, por más que así lo escribiesen los ascendientes del Padre Maestro, y aún él mismo fir-

mase con esa acentuación o sin acento alguno. Y seguimos acentuándola, aunque la Real Academia Española, en la N^o 19 de las *Nuevas normas de Prosodia y Ortografía*, haya ordenado que a partir del 1^o de enero de 1959 “se suprimirá la tilde en *Feijoo*, *Campoo* y demás paroxítonas en *oo*”.

Los Feijóo, hijosdalgo, eran señores de la torre de ese nombre en Vilanova, cerca de Allariz (Orense). En Casdemiro, sobre la portada de la casa en que nació el padre Feijóo, campean las armas antes descritas con las de los Montenegro: dos candados cerrados, una espuela y una *M*. El Feijóo y el Montenegro son los nobles y rancios apellidos gallegos de su padre, hombre docto, a quien el ilustre hijo dedica en el discurso “Glorias de España” (*Teatro crítico*, tomo IV) una sentida página laudatoria. También eran hidalgos y gallegos los de su madre, Da. María de Puga Sandoval Novoa. Del matrimonio nacieron siete hijos, del que Benito, nuestro benedictino, era el primogénito. Su padre tuvo, además, antes del matrimonio, tres hijos, que reconoció, “de María López, moza soltera —declara en su testamento del 10 de diciembre de 1690— y como tales los crié y alimenté y me han servido y atendido con mucha puntualidad”. Siendo a su muerte menores sus hijos legítimos, el mayor de los naturales, Gerónimo Feijóo, fue tutor y administrador testamentario de sus “personas y bienes, relevado de todas fianzas y de todas cuentas en lo que hubiere lugar de derecho”, caso éste no insólito entre los hidalgos rurales de Galicia, aunque eran también frecuentes las contiendas, trágicas algunas, entre hijos legítimos y bastardos de los nobles, de las que no se libraron los Feijóo. La lírica fantasía de don Ramón del Valle Inclán noveló las rudas peleas entre los hijos legítimos de don Juan Manuel de Montenegro y algunos de sus naturales, como aquel Oliveros de *Romance de lobos*.¹⁷

Escritores gallegos de la generación de Feijóo

Empleamos aquí el término generación sin rigor técnico. Simplemente referido a coincidencia temporal. José Luis Varela¹⁸ es el iniciador de las determinaciones generacionales gallegas del siglo pasado. Con criterio

¹⁷ Lo que digo en el texto sobre el apellido Feijóo es resumen de lo que exponen don Marcelo Macías (*De Galicia*), Juan Domínguez Fontela (“El apellido Feijóo”, *Bol. de la Comisión de Monumentos de Orense*, 1925, N^o 207), Narciso Alonso Cortés (“Datos genealógicos del padre Feijóo”, ídem) y el padre Sarmiento, *Onomástico etimológico de la lengua gallega*. Este precioso libro, tomado de una copia que poseía el padre Beade, paul orensano, fue publicado en folletón por el diario tudense *La Integridad* (año 1923), precedido de un prólogo del poeta Lago González, entonces obispo de Tuy, luego arzobispo de Compostela. Poseo una cuidada copia mecanografiada, obsequio del escritor gallego José R. Fernández-Oxea. La editorial Galaxia, de Vigo, anunció la publicación de esa obra con un estudio del filólogo alemán Piel y notas del gallego Millán González-Pardo.

¹⁸ *Poesía y restauración cultural de Galicia en el siglo XIX*. Gredos, 1958.

generacional está también sistematizada la magnífica *Historia* de Carballo Calero. Claro está que, como expresa este ilustre autor, la determinación de una generación es necesariamente subjetiva y, por ello, está expuesta a error. “No cabe una prisión celular perfecta en la que puedan recluirse, en departamentos hechos a medida, los poetas que vivieron en este mundo nuestro de contingencias y contradicciones y no en un mundo ideal de arquetipos ideológicos.”¹⁹

En la historia de la cultura gallega, el XVIII solía tenerse por una época sin interés, carente de hombres importantes, salvo la excepción de Feijóo, y éste no por su incidencia en la cultura gallega; pero ahora se va conociendo que no fue aquélla para Galicia una época vacía, sino un “tiempo caluroso y fecundo”.²⁰ El espíritu del siglo, la Ilustración, estuvo allí presente, y en sus hombres de letras alentó la preocupación por lo gallego, incluido el idioma. En el siglo XVIII “entre el pazo, el claustro, la universidad compostelana, se forma una generación de historiadores, de eruditos, de jurisconsultos, de poetas, que dan realidad a la cultura gallega” y “aporte a la española una nota armoniosa, rica, plena de originalidad”.²¹

De pasada citaré algunos de los más ilustres contemporáneos gallegos del padre Feijóo. Entre los arquitectos: Domingo de Andrade, autor de la torre de Reloj (*La Berenguela*) de la catedral compostelana; Fernando de Casas y Novoa, autor de la maravillosa fachada del *Obradoiro*; los hermanos Sarela, Lucas y Miguel Ferro Caaveiro... Todos ellos maestros del glorioso barroco gallego. En la escultura lograron gran reputación los noyeses Felipe de Castro y José Antonio Ferreiro. Discípulo de Mengs fue el pintor de cámara Gregorio Ferro, ilustrador de la edición del *Quijote* hecha por la Real Academia Española. En la investigación de las ciencias naturales y de la geografía gallegas, figura eminente es el enciclopédico don José Cornide Saavedra; geógrafo y también poeta, como Cornide, es Fernando Rioboo y Seijas. En filosofía, el padre Luis Losada, de quien dice el padre Feijóo (*Teatro crítico*, t. VII, 13) que abrió las puertas de las aulas españolas a la filosofía experimental, merece alabanzas de Menéndez y Pelayo —*Ha. de las ideas estéticas*— como único autor de teología y filosofía “que en el XVIII no cayó en la repetición servil de dos centurias anteriores”. El doctor Juan Francisco de Castro, por su erudición enciclopédica, se semeja al padre Feijóo, cuya influencia en él parece evidente: *Discursos críticos sobre las leyes y sus intérpretes* y *Dios y la naturaleza*, también escrito en forma de discursos.

Pertenecen casi todos al primer cuarto del XVIII los poetas autores

¹⁹ *Historia da Literatura galega contemporánea*, t. I, 1808-1936. Galaxia, 1963.

²⁰ RAMÓN OTERO PEDRAYO: *Historia de la cultura gallega*. Buenos Aires, 1939.

²¹ BENITO VARELA JÁCOME: “La literatura del siglo XVIII en Galicia”, *Ha. gral. de las lit. hispánicas*, t. IV.

de los nueve romances gallegos presentados en las Fiestas Minervales del año 1697, composiciones de interés más filológico que poético.²² El poeta gallego más celebrado y fecundo del siglo es don Diego Cernadas de Castro, primer Cura de Fruime, del que se publicaron siete abundantes tomos de versos y prosa. Dedicó una bastante disparatada ofrenda funeral y jeroglífica al padre Feijóo. Escribió algunas poesías en gallego y fustigó a los poetas que, como Góngora, Quevedo, Lobo y Torres de Villarroel, dedicaron versos insultantes a Galicia y a los gallegos.²³ El segundo cura de Fruime, don Antonio Francisco de Castro, ganó la estimación crítica actual gracias al estudio de don Francisco Javier Sánchez Cantón²⁴, que lo considera un prerromántico, y señala ciertas afinidades melancólicas y coincidencias paisajísticas con Rosalía. Del siglo XVIII es una mujer compostelana "ilustrada", de gran cultura, doña María Francisca de Isla, a la que su hermano, el famoso autor de *Fray Gerundio*, dirige sus *Cartas familiares*. Un romance gallego de esta dama, llamada "Musa Compostelana" y "Filis" por el primer cura de Fruime, fue descubierto entre los papeles de Cornide por un cuidadoso investigador del siglo XVIII, el escritor Carlos Martínez Barbeito, según noticia de José Ma. Álvarez Blázquez, que lo publicó en su magnífica antología de poetas gallegos.²⁵

Podría prolongarse la nómina; pero con los citados abunda para cerciorarse de que es inexacto el tan repetido tópico de la absoluta mudéz del gallego escrito después de los Cancioneros y hasta la generación de mediados del siglo XIX, bautizada por uno de sus integrantes, Murguía, *Los Precursores*. La "larga noche de la literatura gallega escrita" nunca fue total. Cada día, gracias a los estudiosos, aumenta el número de los pretéritos ignorados cultivadores del gallego anteriores

²² Las Fiestas Minervales se celebraban en Compostela desde 1536 en honor de don Alosno de Fonseca, arzobispo de Santiago (1506-1524) y luego de Toledo hasta su muerte (1534). Hasta mediados del siglo pasado, un servidor de la catedral recorría al anochecer la ciudad con un farol encendido, salmodiando: "Hermanos, un padre-nuestro y un avemaría por el alma de don Alonso de Fonseca, bienhechor de la ciudad." Las Minervales de 1697 fueron muy importantes por el certamen literario con siete temas, uno de los cuales sería un romance gallego en el que debía poetizarse este lema: "Si Santiago vive más obligado al señor don Alonso Fonseca, que el señor don Alonso a su Patria." Los premios fueron tres: 1º, una medalla de oro con la efigie del apóstol; 2º, tres tenedores y tres cucharas de plata; 3º, ocho libras de chocolate. El 1º fue otorgado a Juan del Río y Otero, el 2º a Francisco Antonio del Valle, el 3º a Juan Carrera Mendoza y Sotomayor. El raro e interesante libro que reseña el certamen y que contiene todas las composiciones presentadas se titula *Fiestas Minervales y aclamación perpetua de las Musas, a la inmortal memoria de D. Alonso de Fonseca El Grande, Arzobispo de Toledo y de Santiago*. 1697. De las Minervales trata el historiador y poeta Fermín Bouza Brey en los estudios que dedica al poeta don Fabián Pardiñas y Villardefrancos en "Cuadernos de Estudios Gallegos" Fasc. III y IX, 1945 y 1948.

²³ EMILIO PITA: "Feixóo e o Cura de Fruime", en *Galicia*, rev. del C. Gallego de Buenos Aires. Julio, 1964.

²⁴ "Don Antonio Francisco de Castro, poeta prerromántico", discurso de ingreso en la Real Academia Española, 1949.

²⁵ *Escolma de poesía galega T. II. A poesía dos séculos XIV a XIX*. Galaxia, 1959.

al pontevedrés Juan Manuel Pintos, que “es realmente el gran precursor” (Carballo Calero), y cuyo libro, *A gaita gallega*, publicado en 1853, es —dice Ramón Cabanillas, el último de los grandes poetas de Galicia— “la piedra fundamental de nuestro renacimiento”.²⁶

El padre Feijóo escribió bastantes versos; pero no pasó de poeta mediocre. Su encendido y elocuente panegirista, mi recordado profesor don Marcelo Macías, dice que “sólo fue poeta de ocasión y por entretenimiento” y que “los asuntos que trató no se prestaban a los encumbramientos de la inspiración y a los vuelos de la poesía”.²⁷ La verdad es que en la generación de Feijóo no hubo ningún gran poeta. Él mismo dice que de sus contemporáneos poetas: “*el que menos mal lo hace parece que estudia como lo ha de hacer mal... Todo el cuidado se pone en hinchar el verso, con que sale una poesía hidrópica que da asco y lástima verla*” (*Cartas eruditas*, t. II, Carta VIII) No de pomposo e hiperbólico, sí de prosaico lo califica su devoto Murguía.²⁸

Justo Areal publicó²⁹, entre las poesías de Feijóo, unas quintillas en gallego con título castellano: *Llanto de la Flota por una ninfa gallega*. Son elegíacas, dedicadas a la batalla naval de Rande (Vigo), en la que los ingleses derrotaron a los españoles (23-24 de octubre de 1702). Por investigaciones de Cid Rumbao³⁰ vino a saberse que el autor de esa composición no fue el fraile, sino su hermano segundo, Anselmo Feijóo Montenegro. Después de bien razonado, como de éste la publica en su citada antología Álvarez Blázquez. Otro hermano del benedictino, Plácido, era poeta fácil y de él también se inserta en esa obra una *glosa* en gallego a un acto de devoción eucarística de Felipe V.

El Padre Sarmiento: siempre en Galicia

Cuando se realice el estudio cabal de su obra, que urgía hace quince años Lázaro Carreter, el padre Sarmiento ha de ser considerado, como lo anticipó *Azorín*, “la personalidad más recia del siglo”, como es ya tenido por el primer escritor que con ahínco constante, con renovado entusiasmo y con saber cordial se preocupó por el estudio de hechos culturales y de cosas referentes a Galicia. Con ser tantos y tan diversos los temas que abordó en su intenso quehacer, lo central de su afán intelectual fue Galicia. “No se ha dado hasta ahora —dice Fernández del Riego— un gallego de su estatura crítica, capaz, a la vez, de un

²⁶ “A laboura de avantora”, en *Galicia*, rev. del C. Gallego de Buenos Aires, Nº 466. Julio, 1952.

²⁷ “Feijóo poeta”, en *Bol. de la Comisión de Monumentos de Orense*, Nº 170, 1926.

²⁸ *Diccionario de escritores gallegos*. Vigo, 1862.

²⁹ *Poesías inéditas del padre Feijóo*. Tuy, 1901.

³⁰ “La verdadera patria del padre Feijóo y otras notas inéditas sobre su apellido y familia”, *Bol. del M. Arqueológico Prov. de Orense*, t. IV, 1948.

cariño total hacia su país y de un juicio implacable... Pocos escritores gallegos como éste amaron tanto la carne atormentada de su pueblo.”³¹

Contra lo que se lee en la generalidad de los manuales de historia de la literatura española que lo citan, bastante de lo muchísimo que a su muerte dejó inédito ya se ha publicado esporádicamente en diversos lugares; pero todavía sigue siendo uno de los escritores españoles menos conocido. Apoyo en ello el ocuparme aquí de él un tanto por extenso. Creo que es éste lugar apropiado para informar, aunque sea muy sumariamente, sobre la persona y la obra del principal colaborador del famoso padre maestro: puntual informante, fiel amigo, desinteresado y erudito asesor.

Después de la obra de López Peláez³² cesaron las conjeturas sobre el lugar de nacimiento del padre Sarmiento. De haberse publicado antes su autobiografía no hubiesen existido dudas, ya que él mismo dice: “1695. La noche del 9 de marzo nací en Villafranca del Bierzo”.³³ Los padres eran gallegos y por un tiempo fueron vecinos de Villafranca del Bierzo. A los cuatro meses fue llevado a Pontevedra y allí estuvo hasta que a los 14 años se marchó a Madrid, profesando (1711) en el convento benedictino de San Martín, en el que pasó la mayor parte de su vida. Sarmiento escribe siempre: “Galicia, mi patria”, “nosotros los gallegos”. La verdad es que no sólo por su ascendencia, crianza y afición es gallego. El Bierzo, comarca natural de 2700 km. cuadrados, “es una zona de transición en todo, comenzando por la geografía y siguiendo por la lengua... La parte montañosa es gallega, y en la llana el predominio es leonés”.³⁴ La división administrativa de España es en muchos casos absurda, como en éste de Villafranca, que por su geografía, por su historia, por su lengua, es gallega, aunque en la copla con tonada gallega salte la pulla tan frecuente entre pueblos vecinos: “No me llames gallega/que soy berciana/cuatro leguas p’arriba/de Ponferrada.” Hay allí una corriente político-cultural que aspira a incorporar el Bierzo a Galicia, de la que es exponente el poeta, en castellano y en gallego, Ramón González-Alegre.

Era bastante frecuente que los profesos cambiasen su nombre. Así el caso de Sarmiento, cuyos nombres y apellidos eran Pedro José García Balboa. Tomó el de Martín por el santo patrono del convento en que profesó y el Sarmiento de su abuelo materno, don Gómez Balboa Sarmiento. Pudo haber en ello su pizca de vanidad juvenil (aunque luego dirá, tras describir las armas del blasón que le correspon-

³¹ SALVADOR DE LORENZANA (F. Fernández del Riego): “El padre Sarmiento y Galicia”, en *Papeles de Son Armadans*, Nº X, 1957.

³² *El gran gallego*. La Coruña, 1895.

³³ “Vida y viajes literarios”, en *Bol. de la Comis. de Monumentos de Orense*, Nº 155, 1924.

³⁴ JULIÁN ÁLVAREZ VILLAR: *El Bierzo*. Pontevedra, 1952.

dían por la línea materna: “bien conozco que todo esto es patarata”), pues los Sarmiento eran gente muy principal en Galicia y en Castilla.

El tratar del padre Sarmiento, y sobre todo al considerar que fue el *otro yo* de Feijóo —quien no obstante su tardía iniciación como escritor fue prolífico publicista— surge en todos los escritores que se ocupan de él, el afán de esclarecer por qué, durante su dilatada actividad intelectual, sólo publicó, en dos tomos, una de sus numerosísimas obras, la *Demostración crítico-apologética de “El Teatro crítico universal”* (1732). Muchas razones se dan, algunas derivadas de palabras del propio fraile: modestia, misantropía, timidez, temor a la crítica mordaz, repugnancia a entrar en tertulias literarias, mal carácter, sicopatía depresiva... A mi parecer —dado su temperamento irritable y su carácter independiente y libre, en lo que no fuese obediencia propia de su regla monástica— lo que no toleraba, él mismo lo dice en carta a Mauro Martínez, era someter la publicación de un libro suyo a la censura previa y esperar la aprobación de la autoridad civil y aún de la eclesiástica.

La casi totalidad de su existencia la pasó el padre Sarmiento en Madrid (1710-1772), poco menos que como recluso en su modesta celda-biblioteca, leyendo y escribiendo, no para publicar, sino para su propia satisfacción y la de unos pocos amigos, quienes, mediante copias, divulgaron algunos de sus escritos. Dentro y fuera de su orden se le concedieron honores, que sólo alguna vez, por obediencia debida, aceptó, como el de General *ad honorem* de la Orden Benedictina. Aceptó el cargo de abad mitrado del monasterio de Rípoll; pero, antes de ser consagrado, logró que le fuese admitida la renuncia y, feliz, pudo volver a su celda matritense y a sus libros en 1756, participando a su amigo el marqués de Aranda la satisfacción que le proporcionaba haber terminado con “el sarabullo de la Abadía” y poder reírse “de las vanidades frailengas”.

Durante su vida, después de su profesión, sólo pudo pasar en Galicia, “divirtiéndose”, veintiocho meses, en tres diferentes y distanciadas temporadas (1725, 1745-46 y 1754-55). A diferencia de su vida en Madrid, absolutamente sedentaria, en Galicia peregrinó todos los caminos. Visitó conventos, santuarios, ferias, archivos; y navegó con su hermano Javier, marino, todas las quince rías gallegas. Recogía plantas, piedras, bichos; copiaba documentos e inscripciones; anotaba palabras y cantares. Así, decía, podré hablar algo respecto a Galicia; pero “muy poco para lo que yo quisiera saber”.

En la antes citada *Demostración apologética*, abundante almacén de puntual erudición, Sarmiento apoya a Feijóo y le defiende con denuedo contra los ataques de don Salvador José Mañer, no siempre con la debida compostura, pues no faltan en ella gruesos calificativos para él y demás detractores: “cínicos melancólicos”, “críticos de aforro”, “chin-

ches de la república” Claro está que los adversarios no se quedaban atrás en los improperios.

Para mi caso, de esa obra de Sarmiento me interesa señalar ahora la defensa que hace de los argumentos de Feijóo contra los que “por ignorancia” atacan a los gallegos. Mañer, en el *Antiteatro crítico*, padece, dice Sarmiento, “la demasiadamente crasa y errónea vulgaridad” de decir con “alucinante estupidez que entre las provincias de España son reputados los gallegos por la gente más insipiente y ruda”. “Sólo entre gente de alpargata y varapalo se conserva tan baxa vulgaridad.” Mañer se apoya, torciendo la cita, en un juicio del francés Bayllet —*Jugement des Savants*— quien afirmaba que los españoles del norte *sont plus grossiers* que los meridionales. De ahí deducía que, siendo Feijóo gallego y catedrático en Oviedo, su obra no podría ser buena. Sarmiento replica que tal argumento por lo idiota exige “tratarlo con otra pluma y más papel”. “¿Qué ha sido esta extravagancia, sino abusar los idiotas de la licencia que se han tomado para serlo?” Y le contradice con citas del poeta Silo Itálico, de Strabon y de San Isidoro. De éste toma lo que dice en el libro 9, capítulo 2, de las *Etimologías* sobre la agudeza y gran ingenio de los gallegos. Sarmiento termina calificando de bárbara y de vulgaridad ínfima la creencia de que los gallegos son rudos.

Los cinco millares de pliegos que, con apretada letra, escribió el padre Sarmiento, formando tratados completos, ensayos o breves notas sobre numerosos temas, pertenecen a casi todas las ciencias. Él es, como Feijóo, un polígrafo. Con lo que, a su muerte, pudo reunir, entre originales o copias, el duque de Medina Sidonia hizo formar una colección de manuscritos en 17 volúmenes en folio. Otra colección de 23 volúmenes se formó para don Pedro Fernández Dávila. En el *Diccionario bio-bibliográfico de escritores gallegos*, t. III, de Antonio Couceiro Freijomil, los títulos de las obras de Sarmiento —y no están todos— ocupan cinco páginas; de ellas, 44 se han publicado, la mayoría en revistas de diversa índole. Gran parte de la obra del padre Sarmiento se refiere exclusivamente a Galicia (historia natural, filología, geografía, paleografía, economía...); pero aun no tratando tema gallego, “apenas habrá un trabajo en el que, *opportune vel importune*, no hable del país objeto de sus amores y de su más perseverante estudio” (López Peláez). Como el otro gran gallego de nuestro tiempo, Castelao, su pensamiento estuvo siempre activo sobre Galicia: *Sempre en Galiza*.³⁵

El idioma gallego

Diferente fue la intensidad y extensión con que los dos benedictinos consideraron asuntos de su tierra; pero en ambos la preocupación por

³⁵ *Sempre en Galiza*. Obra magistral de Castelao —exposición del idearium político-cultural gallego— publicada en Buenos Aires, 1944. 2da. edición, 1961.

lo gallego fue constante, si bien la de Feijóo, por la índole de su obra, —ensayos de vulgarización sobre temas de interés general— anda dispersa, como salpicada a través de discursos y cartas. Sarmiento, por el contrario, dedica obras enteras, algunas de cientos de páginas, a cuestiones gallegas. Ligeramente y no como lingüista, que no lo soy, me limitaré a informar y a glosar opiniones de los dos benedictinos acerca del más trascendente hecho cultural de Galicia: su idioma.

En el tomo I del *Teatro crítico: Paralelo de las lenguas castellana y francesa*, Feijóo afirma que el *lusitano* o gallego es uno de los dialectos del latín. En el corolario del discurso, explica cómo, inicialmente, gallego y portugués fueron un solo dialecto del latín, “secuela necesaria de estar ambas naciones (Galicia y Portugal) debajo de la misma dominación”. En caso de que de una pasase a la otra “*se debe discurrir que de Galicia se comunicó a Portugal... porque durante la unión de los dos reinos, Galicia era la nación dominante, respecto a tener en ella su asiento y corte los reyes*”.

La opinión del Padre Maestro fue atacada por Mañer y justificada por Sarmiento en el tomo I de la *Demostración*. En el breve espacio que dedica al asunto, está la iniciación de su encendida, erudita y constante defensa del idioma gallego, principal quehacer de aquel “milagro de erudición en todo género de letras divinas y humanas” (*Teatro crítico*, t. V. Prólogo). Después de afirmar la prioridad histórica del gallego respecto del castellano, anota Sarmiento sus diferencias fonéticas: pronunciación de las letras *g*, *j*, y *x*; los diptongos *ou*, *ei*, *eu* “comunísimos en gallego, forasteros en castellano”; las vocales *e* y *o*, abiertas y cerradas del gallego que “no las percibe el oído castellano”; en la conjugación verbal, la primera persona de singular del pretérito el gallego añade una *n* (*andúven*, *truxen*).

A la opinión entonces vulgar de que el gallego no se puede considerar idioma porque no se escribe, además de los muchos documentos escritos en gallego durante la Edad Media, opone el caso de las lenguas americanas que carecían de escrituras. Y profetiza: “en poco tiempo se podrá poner en idioma gallego, no sólo cuanto se ha escrito en castellano, sino en griego y en latín”. Un siglo después, en efecto, comienza el renacimiento literario de Galicia, y hoy casi no existe una rama del saber en que no se haya producido algún trabajo redactado en gallego.

Con las opiniones de Feijóo y Sarmiento sobre la prioridad histórica del gallego respecto al portugués coinciden eminentes filólogos modernos, incluso lusitanos. Theóphilo Braga³⁶ dice que “antes de la in-

³⁶ *Historia da literatura portuguesa*. Lisboa, 1885.

dependencia política detentada por el conde don Enrique, Portugal era parte de Galicia... cuyo territorio llegaba hasta Lisboa y Cintra... y la lengua gallega se generalizó en todos estos territorios". Después de la independencia de Portugal, el gallego allí evolucionó por ser el idioma de una nación independiente y se transformó en el portugués; el gallego, dominada Galicia por León y Castilla, siguió siendo lengua literaria, pero se estacionó. T. Braga cita —como Sarmiento— a Duarte Nunes, quien dice que el gallego y el portugués se hicieron dos lenguas diferentes por un hecho artificial: haber en Portugal rey y corte, "*que é a officina onde os vocábulos se forjam e pulem*".

José Joaquín Nunes³⁷ explica que del gallego que se usaba en ambas márgenes del Miño, merced a las diferencias que vinieron a alterar su homogeneidad, se originaron luego las dos lenguas habladas en toda la faja occidental de la península: el gallego y el portugués. Esa misma opinión es la de García de Diego, el ilustre dialectólogo español, autor de la única *Gramática histórica gallega* (1909).

Don Ramón Menéndez Pidal enseña cómo el gallego y el castellano estuvieron en pugna por conseguir su hegemonía en su zona de contacto: León. El castellano, entregado a influencias externas, admitió en su evolución muchas alteraciones lingüísticas; el gallego, arcaizante y conservador, mantuvo los diptongos decrecientes latinos, *au* y *ai*, (*ouro*, *cantei*); resistió los diptongos romances: *ie*, conservando la *e* latina, (*terra*) *ue* y *oi*, conservando la *o* (*corpo*, *ollo*). Hasta el siglo XII, merced a la influencia de Compostela, la hegemonía fue del gallego; pero con la superioridad política de Castilla, su lengua fue también imponiéndose en toda la región leonesa.³⁸ El gallego se retrajo a Galicia y, al perder la cortesanía, dejó de escribirse y se quedó por siglos en ser sólo lengua parlante del campesino, del marinero y del menestral; del clérigo aldeano en su trato con los feligreses y del señor rural con sus criados y colonos; pero, como he anotado antes, en la pluma *casi* estuvo mudo durante más de tres largas centurias.

Extracto lo que dice Valentín Paz-Andrade, en un medular capítulo de su libro *Galicia como tarea* (1959):

"Tres son los romances de las Españas —escribió hace tiempo Valle Inclán—: catalán de navegantes, galaico de labradores, castellano de sojuzgadores"... Tras el apogeo lírico que conoció hasta el fin de la Edad Media (el gallego) hubo de replegarse a la entraña insobornable del pueblo en que surgiera. Alojado en ella, vivió durante cuatro siglos como desterrado en su propia casa... Así fue resistida la hegemonía del castellano, favorecido por el absentismo de los nobles gallegos... La adhesión de Galicia a su *romance de labradores* le aseguró la supervivencia. Tan plena que aún lo hablan cinco sextos de la población regional... La lengua sojuzgadora no desterró a la sojuzgada... La ejemplar resistencia del pueblo iletrado... vino a demostrar que el esfuerzo anónimo no se perdía en conservar

³⁷ *Compêndio de gramática histórica portuguesa*. Lisboa, 1930.

³⁸ *El idioma español en sus primeros tiempos*. Buenos Aires, 1943.

una reliquia etnográfica. El idioma de los gallegos no es, en verdad, un cuerpo caduco de signos orales y escritos, amenazado de definitiva claudicación, como tantos se apresuraron a suponer. Por el contrario, se halla aún en el cuarto creciente de su ciclo vital.

De manera directa y extensa trata el padre Sarmiento del idioma de Galicia en tres obras: *Memorias para la historia de la poesía y de los poetas españoles*,³⁹ *Estudio sobre el origen y la formación del idioma gallego*⁴⁰ y *Onomástico etimológico de la lengua gallega*.⁴¹

En las *Memorias*, libro considerado como la primera historia de la literatura española, hay, se dijo muchas veces, adivinaciones históricas sorprendentes. Con respecto a Galicia —al transcribir y comentar por primera vez en la historia literaria, la después tantas veces bien traída a cuento *Carta o Prohemio* del marqués de Santillana al condestable de Portugal don Pedro— formula la sospecha de la existencia de códices conteniendo “cantares e dezires” de los trovadores gallegos y portugueses, como aquellos que el marqués había visto en un códice antiguo “siendo asaz pequeño mozo”. Su hipótesis (fundamentada largamente en lo que dicen don Íñigo, el antes citado Duarte Nunes y otros historiadores portugueses, además de la propia observación de una copia parcial del cancionero gallego de Alfonso X) se hace realidad un siglo después, al ser descubiertos los tres *cancioneiros*: *Ajuda*, *Vaticana* y *Colocci-Brancutti*.

Menéndez y Pelayo considera exagerado el sentido con que el padre Sarmiento interpretó las palabras de Santillana, extendiéndolo a toda clase de poesía de los siglos XIII y XIV; pero concede que acertó al pensar que “el primitivo instrumento del lirismo peninsular no fue la lengua castellana ni la catalana tampoco, sino la lengua que *indiferentemente*, para el caso, podemos llamar gallega o portuguesa”.⁴² Esta opinión de don Marcelino, emitida así como quien no quiere la cosa, sobre la identidad de los idiomas, es un lugar común —el galaico-portugués de los libros de historia de la literatura— que no coincide con la verdad histórica, como el mismo sabio maestro enseña, al fijar que el origen del portugués fue la lengua que pasó de Galicia a Portugal, con todos los demás elementos primitivos de la nacionalidad, “condecorada luego con el pomposo nombre de lusitana para *desimular* sus verdaderos orígenes”.

Fundándose en lo que dice Duarte Nunes Leão en *Origem da*

³⁹ Publicada en 1775 por la Orden Benedictina. En 1942 la publicó en Buenos Aires la Editorial Emecé, “Colec. Hórreo”, dirigida por Luis Seoane.

⁴⁰ Publicada por Murguía en *Ilustración Gallega y Asturiana* (1880). En Buenos Aires la publicó Edit. Nova, “Colec. Camino de Santiago”, dirigida por Cuadrado y Seoane. Lleva una Noticia de Otero Espasandín y prólogo y notas de Murguía, 1943.

⁴¹ Ver nota N^o 17.

⁴² *Antología de poetas castellanos*, t. III. Prólogo. Madrid, 1923.

lingua portuguesa, opina el padre Sarmiento que los trovadores antiguos de que habla Santillana componían sus poesías en lengua gallega, no en lengua portuguesa, “*as quaes ambas eran antigamente quasi húa mesma*” (D. Nunes). Este *casi* ser una misma lengua es, quizás, el causante de lo que dieron en llamar los críticos lengua galaico-portuguesa. El padre Sarmiento hace esta observación que aún tiene vigencia: “Esta semejanza [la del gallego y su derivado el portugués] ha sido origen de muchas confusiones.” Cita al respecto palabras como *saudades*, *mágoa*, *mixiriqueiro*, que Duarte da como portuguesas derivadas del latín cuando son y fueron siempre gallegas. Tanto no perdió vigencia esa observación sarmientina, que, todavía a estas alturas —editados ya varios diccionarios y gramáticas gallegas— personas ilustradas achacan a los escritores gallegos en general el uso de palabras portuguesas, sin sospechar los que tal piensan que esas palabras son portuguesas por ser gallegas, no viceversa. Y me parece que viene al hilo una referencia, ilustrativa de las confusiones a que aludía el padre Sarmiento. En el diario *La Prensa*, de Buenos Aires, publicó en 1961 unos artículos el ilustre escritor argentino y correspondiente de la Academia gallega D. Arturo Capdevila (por cierto muy estimado de los gallegos que saben de sus bellos poemas dedicados a Galicia) en los que considera brasileñismos términos del habla popular argentina. Luis Seoane, universitario compostelano, pintor y escritor gallego que nació y mora, desde 1937, en la Argentina, publicó en *Lugo*, periódico de Buenos Aires, unos artículos esclarecedores, contradiciendo los supuestos brasileñismos de Capdevila, casi todos puras palabras gallegas introducidas por inmigrantes gallegos.

En cuanto a los llamados poetas galaico-portugueses, el padre José Mouriño, agustino gallego que vivió y murió en Colombia, hace esta cuenta: en el *Cancioneiro da Vaticana* el número de trovadores es 116; de ellos 75 son gallegos, 11 del resto de España y de los 30 restantes, se sabe de algunos que son portugueses, otros se ignora de dónde son. “¿Y a esto se reduce toda la bambolla de los portugueses?”⁴³

Los críticos crearon las denominaciones lengua y poesía galaico-portuguesa. Los portugueses porque, claro, laboran *pro domo sua*; los castellanos por fastidio heredado hacia Galicia a partir de los Reyes Católicos, iniciadores de “la doma” de aquella región rebelde, como dice Zurita, cronista de Aragón; los gallegos, por *capitis diminutio* de su personalidad cultural... Pero ahora no. Ya hay bastantes gallegos “no amamantados a biberón en la ciencia agostada de los libros de texto” (Castelao), gallegos que saben gustar los frutos de la cultura de su tierra, sobre todo lo más vivo y fecundo de la tradición galaica: la lengua vernácula.

⁴³ *La literatura medioeval en Galicia*. Madrid, 1929.

Precursores en el estudio y el magisterio amoroso del idioma de Galicia fueron Feijóo y Sarmiento. Éste señaló el rumbo para que, con certeza, los gallegos de hoy puedan proclamar lo que él adivinó hace más de dos siglos: que la solera lírica de las Españas está en Galicia. Y no por “orgullo de aristócratas arruinados”, que dijo Castelao, sino porque saben que el idioma de los poetas gallegos medioevales es el mismo que vive jugoso y fecundo en el labio de los campesinos y marineros, que con él labran y reman, cantan y reniegan. Y porque fue suficiente “para que en él pudiese cantar Rosalía, que es el *Corpo Santo da Saudade*”.⁴⁴

El poeta argentino Francisco Luis Bernárdez, en un discurso pronunciado en 1952 y publicado en el libro *La lengua gallega en voces argentinas* —edición del Centro Gallego de Buenos Aires— expresa bellamente en el *enxebre* gallego que cultiva desde su mocedad, cómo nació el idioma de Galicia:

No bico das águias de Roma chegou certo día â Galiza dos druidas unha língoa que tiña a beleza e a forza da lus. Mais ô contaito da i-alma céltiga, aquela nidia fala foi mergullándose nas brétemas d-un sentimento que parecía tan antigo coma o mundo e tan misterioso coma aquel infindo mar onde o sol se asolagaba cada día... E pouco a pouco nasceu o portentoso. O idioma da lei fíxose verbo de canción. E o instrumento da enerxía do Lacio trocouse en ferramenta do ensono de Galiza. Do milenario seio da terra onde findaba o mundo coñecido escomenzou a xurdir e a crecer unha fala na que os mediterráneos ecos de Virxilio e d-Horacio ian sendo afogados por unha música aínda máis pura que o zoar dos piñeiros da veiramar atlántica.

Don Manuel Murguía, en el prólogo que escribió para *Estudio sobre el origen y formación de la lengua gallega* dice que si, gracias a los extraordinarios conocimientos actuales de la lingüística (escribía en 1880) se le pueden hacer algunos reparos, “no cabe duda que el padre Sarmiento, con su acostumbrado tino, echó las seguras bases sobre la formación e índole del gallego”. Uno de los reparos que hizo Murguía fue el no darle importancia a los elementos prelatinos del gallego. En efecto, el beneditino sostiene que, aun hablándose en Galicia al tiempo de ser conquistada por Roma diversos idiomas, éstos fueron sustituidos por el latín porque “la unidad de dominio llevó aparejada la unidad de lengua”. Parece tener presente el apotegma de Nebrija: “Siempre la lengua fue compañera del imperio”, que, por cierto, no casa con este de Feijóo, digno del cincel sobre imperecedero granito: “Primero se quita a un reino la libertad que el idioma”, escrito en el *Paralelo*. Históricamente, Sarmiento está en lo cierto, pues que, no obstante la tardía romanización del N.O. peninsular y de ser Galicia la

⁴⁴ CASTELAO: obra citada.

región más occidental de la Romania, el *finis terrae*, el latín de las legiones vencedoras y luego, más todavía, el latín eclesiástico desplazaron las hablas indígenas. Recogió Sarmiento en el *Onomástico* muchas toponimias celtas y godas; pero apreció acertadamente que en cuanto al léxico y a la sintaxis el gallego es un idioma originariamente latino. Con respecto a la fonética, habían de pasar más de cien años para que se empezase a considerar lo que el fundador de la dialectología, el italiano Ascoli, (1829-1907) denominó *sustrato lingüístico*, cuya aplicación técnica en España es nueva (M. Pidal, Tovar, Caro Baroja...) En Galicia, como en toda el área dominada por Roma, el latín en el labio del pueblo se romancea, conformándose a la fonética autóctona. Se perpetúan así en el dialecto del latín que se va formando en Galicia ciertos *rasgos de sustrato* peculiares del idioma vernáculo y que persisten a través de los tiempos. Esos rasgos sustrativos van siendo ahora bien determinados. Excelente trabajo informativo sobre el asunto es el publicado por el profesor Rabanal.⁴⁵ Con rigor técnico, fija los sustratos prerrománicos del idioma gallego: la nasalidad vocálica (m a n u > *man* y *mau*); la palatalización de los grupos latinos pl, fl, kl (p l u v i a > *chuvia*, f l a m a > *chama*, c l a v e > *chave*); la simplificación de nn y ll (a n n u s > *ano*, g a l l u s > *galo*); pérdida de la n y la l intervocálicas (m i n u t u s > *miudo*, p a l u s > *pau*); el grupo ct pasa a *it* (l e c t u s > *leito*). (La resistencia gallega al grupo ct subsiste. Incluso gallegos cultivados tienden a suprimir la c del grupo, pronunciando más o menos claramente *dotor, direto, reto* por *doctor, directo, recto*). Complejidad vocálica del gallego frente a la simplicidad vocálica castellana.

Verdaderamente notable y digna de estudio es la hipótesis sustrativa del profesor Zamora Vicente⁴⁶ sobre el fenómeno prosódico denominado *geada*, pronunciación de la velar sonora g como velar sorda fricativa *gh*, equivalente al sonido de la *j* castellana (*jato* por *gato*). Éste es un sustrato preindoeuropeo, según la fundada interpretación del ilustre profesor. No debemos picarnos los gallegos, como lo hacen Feijóo y Sarmiento, ante la mofas suscitadas por la especie de rusticidad que implica ese rasgo fonético de ciertas comarcas gallegas. Ni debemos enorgullecernos de su antigüedad quizás prehistórica. Lo que conviene es que, siguiendo o no la interpretación a que hago referencia, los gallegos estudien ese fenómeno lingüístico "operante todavía". He ahí un buen trabajo de investigación para ser realizado por la creada y aun nonata cátedra de idioma gallego de la universidad compostelana.

⁴⁵ MANUEL RABANAL ÁLVAREZ: "Rasgos del sustrato de la lengua gallega", en *Homaxe a Ramón Otero Pedrayo*. Calaxia, 1958.

⁴⁶ "La frontera de la geada", en *Homenaje a Fritz Krüger*", t. I, Univ. de Cuyo, Mendoza, 1952.

Entre los asuntos tratados en el *Estudio* del padre Sarmiento, quiero destacar uno que acusa la futuridad de los enfoques del autor. He aquí cómo en sus ideaciones se adelanta a su tiempo. Trata de la necesidad de formar un diccionario gallego que podrá ser tanto o más abundante que el portugués de Bluteau, trabajo al que, si pudiese vivir en Galicia y no en Madrid, (¡con qué saudade expresa siempre el deseo de retornar a su patria!) gustoso le dedicaría quince años. Véase lo que propone para llevar a cabo la gran obra: 1. Recoger términos singulares en los instrumentos latinos medievales; 2. Tomar voces gallegas en documentos redactados en gallego hasta 1500 (Carlos I); 3. “*Que una docena de gallegos curiosos y eruditos esparcidos y de asiento en distintos puntos de Galicia recogiese todas las voces gallegas que se hablan hoy. Hablo de una docena y aun me parece corto número, pues como el gallego vulgar se habla y no se escribe, cada jurisdicción y territorio parece que habla idioma distinto*”. Se refiere, claro, a variantes comarcales.

Conviene parar mientes en lo subrayado. El trabajo de recolección filológica por comarcas y en equipo que propone es una aspiración auroral de la dialectología y de la geografía lingüística, formulada precisamente cien años antes de que naciese en Suiza Jules Gilliéron, el fundador de la llamada geografía lingüística, y siglo y medio antes de que ese gran filólogo comenzase a publicar el *Atlas Linguistique de la France*. En España, el trabajo de la recolección de voces vivas realizadas por parejas de exploradores filológicos comenzó, bajo la dirección de Menéndez Pidal y Navarro Tomás, en 1930 para formar el *Atlas lingüístico de la Península Ibérica*, todavía en publicación. En Galicia comenzó la tarea de recolección, mediante corresponsales, la revista *Nos* (1920-35), dirigida por Risco y Castelao, y la seguía con método que se iba perfeccionando el Seminario de Estudios Galegos, de Santiago de Compostela, centro que, presididos por el erudito catedrático y luego académico de la Española don Armando Catarelo Valledor —otro gran gallego nacido fuera de la Galicia administrativa— fundaron en 1923 unos pocos estudiantes, algunos ahora ilustres escritores e investigadores (Filgueira Valverde, Bouza Brey, Carballo Calero, Martínez López, Fernández Lorenzo, Luis Tobío...). En agosto de 1936, por decreto, ese glorioso centro de investigación fue clausurado, siguiendo después parcialmente y en castellano sus objetivos, pero sin su pulo juvenil, el Instituto Padre Sarmiento, del que es animador espiritual el historiador don Jesús Carro, sacerdote virtuoso y gallego integral.

El arzobispo Lago González, en el prólogo que, sin firma, escribió para el *Onomástico*, anota que es justo considerar al padre Sarmiento

como el verdadero precursor de la filología científica, antecesor en muchos años del jesuita Hervás y Panduro, de quien hiperbólicamente dice Menéndez y Pelayo en *La ciencia española* que “de su cabeza, como Minerva de la de Júpiter, brotó armada y pujante la filología comparada”. Cuando Sarmiento, “con una enorme modernidad” se “eleva a gran altura sobre los filólogos de su siglo” —dice uno de los filólogos españoles de más renombre⁴⁷— Hervás y Panduro, nacido en 1735, ni siquiera había iniciado su labor, pues su célebre *Catálogo de las lenguas* se publicó, en italiano, el año 1784, y luego, ya en el siglo XIX, en castellano. Otros ilustres filólogos actuales coinciden en considerar a Sarmiento como el iniciador de la ciencia filológica. Así, el profesor portugués Rodríguez Lapa dice de él que “pela sua vasta erudição, pelo seu discernimento pessoalissimo o pela genialidade dalgumas intuições, sobranceia verdadeiramente a todos”.⁴⁸ El profesor Balmori⁴⁹ dice que Sarmiento intuye y formula leyes lingüísticas y llega a la formulación del método histórico cien años antes que Friedrich Diez, el fundador de la lingüística románica. “Con Sarmiento la filología iba encontrando su camino.” Y el profesor del Romanisches Seminar de Köln, Joseph M. Piel, según cita de Fernández del Riego⁵⁰, sitúa a Sarmiento en el primer plano entre los precursores de la filología románica: “Sus páginas [del *Onomástico*] revelan agudeza y frescor de espíritu; intuición muchas veces genial en la solución de un problema etimológico.”

El *Onomástico etimológico* es una obra muy vasta, de casi un millar de apretados párrafos referidos a numerosos asuntos, que van desde la geografía y botánica de Galicia hasta la Biblia. Veamos algunos:

Etimologías. En sus tres viajes a Galicia, recogió el padre Sarmiento muchísimos nombres gallegos de plantas, de animales y de algunos minerales, pues, como Feijóo, considera que el estudio de la historia natural es imprescindible porque sin él “no se sabrá jamás fundamento de facultad alguna”. Lo mismo hizo con los nombres geográficos: ríos, montes y lugares. De todos los que le fue posible busca en esa obra, a veces por caminos larguísimos, la etimología. Se le achacó una afición etimológica excesiva, casi maniática. El mismo López Peláez, su inteligente y entusiasta biógrafo, dice⁵¹ que no pocas veces, por ponerse a perseguir un étimo, “quiebra la unidad del discurso”. Pero la verdad es que, afirma Balmori, “a la vuelta de digresiones y aún de errores sus etimologías contienen aciertos estupendos”.

⁴⁷ FERNANDO LÁZARO CARRETER: *Las ideas lingüísticas en España durante el Siglo XVIII*. Madrid, 1949.

⁴⁸ *Fray M. Sarmiento e o vocábulo “Caritel”*. Citado por Lázaro Carreter en obra citada.

⁴⁹ “Fray Martín Sarmiento: un filólogo a la deriva”, en *Galicia Emigrante*, Nº 27. Buenos Aires, 1957.

⁵⁰ Obra citada en nota Nº 30.

⁵¹ *Los escritos de Sarmiento y el Siglo de Feijóo*. La Coruña, 1902.

Genealogías. Por extenso, trata del origen de bastantes apellidos gallegos, algunos de los cuales —Camoens, por ejemplo— pasaron luego a Portugal, no sólo por dominio primitivo, sino por la emigración posterior de trabajadores gallegos. Hombre de entraña gallega, aprovecha la ocasión —como también hizo Feijóo (*Teatro crítico*, t. 8: “Honra y provecho de la agricultura”)— para expresar su indignación porque los hijos de Galicia tengan que ir a trabajar fuera de su patria: “*Sabe todo el mundo cuánto trabajo y sudor cuesta volver a su país con cuatro reales morriñosos*”.

Con su desembarazada ironía, se burla de los genealogistas e inventores de armas parlantes y blasones, que “a título de estafar... echan mano de toda ficción”, y más se burla aún de los que se dejan engañar. Fundado en la infalible progresión geométrica que se da en la ascendencia *avoloria*, se mofa de los que cifran su nobleza en la rama de uno de sus bisabuelos, sin pensar que tuvo otros siete, entre los cuales uno pudo ser un *palafrustán*, que, casado por alto con una de las cuatro bisabuelas, “vino a emporcar la familia”.

Con sólo publicar la lista de gentilicios gallegos *etimologizados* por nuestro fraile, incluso el suyo, Sarmiento, muchos argentinos vendrían a saber que llevan un apellido que se deriva de un nombre gallego de planta, de animal, de mineral, de lugar, de oficio, de condición física o psíquica, etcétera: Rivadavia, Figueroa, Falcón, Golpe, Cerviño, Villalonga, Quiroga, Seara, Crego, Abalos... No se daría el caso reciente de que, supongo que con sorpresa de la inteligente escritora Carmen Gándara, un diplomático japonés, en bien publicitada disertación, hiciese derivar el muy antiguo y gallego apellido Gándara de no sé qué vocablo hindú... Ni de que un Videla Dorna, apellidos genuinamente gallegos muy arraigados en la Argentina, diese en mi presencia, al primero —diminutivo gallego de *vid*— procedencia vasca y al segundo —nombre gallego de una embarcación pesquera— origen andaluz. Y se aprendería que Alén, no Alem a la turca, es gallego (*allende: del otro lado*), como gallego fue el inmigrante don Francisco Alén, abuelo de don Leandro N. Alén.

Pedagogía. Tanto a Feijóo como a Sarmiento les preocupó profundamente el problema de la educación y de la enseñanza. A las ideas pedagógicas de Feijóo dedicó un buen libro Concepción S. Amor —*Ideas pedagógicas del padre Feijóo*, Madrid 1950— y a las de Feijóo, Sarmiento y Jovellanos uno excelente María Ángeles Galino —*Tres hombres y un problema*, Madrid 1953—. Feijóo, más que en la cátedra —su tarea cotidiana durante muchos años— ejerció el magisterio en el libro, *gritando*, como él dice (*Cartas eruditas*, III-31) la necesidad de abandonar una enseñanza ergotista y rutinaria por una enseñanza práctica; menos lógica y teología y más historia natural, física y matemáti-

cas: utilidad y realismo pedagógicos. Las ideas pedagógicas del padre maestro están dispersas en sus discursos y cartas. Las de Sarmiento, también constantes en sus escritos, aparecen concentradas especialmente en dos: *Discurso sobre el método en la primera educación de la juventud*, que publicó el *Semanario Erudito* de Valladares en 1789; y en la obra, todavía inédita, conocida por *Obra de 660 pliegos* (Ms. N.º 20390-96 de la Biblioteca Nac. de Madrid) en la que trata sobre muchos temas, no sólo pedagógicos. Sarmiento es un rusioniano *avant la lettre*. Quizás no hubiese leído *El Emilio* (1763); pero, aun habiéndolo conocido, veinte años antes que el ginebrino proclama él la necesidad de *volver a la naturaleza*. También mucho antes que Pestalozzi (la primera obra de éste se publicó en 1780) considera la intuición como base de toda enseñanza. Conocería seguramente la obra de Comenio, *Janua linguarum reserata —La puerta abierta de las lenguas—* que inicia el método pedagógico intuitivo. En el *Onomástico* sostiene que toda enseñanza debe entrar por los sentidos, fundado en el viejo aforismo aristotélico: *nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*. Tomando como base la Naturaleza, la realidad y los sentidos del educando, el *Onomástico* es una verdadera obra de pedagogía gallega que, no obstante sus abundantes digresiones de todo tipo y el tiempo trascurrido, puede todavía servir de base para crear sobre sus ideas una escuela genuinamente gallega, una escuela para el niño gallego.

Punto básico. La enseñanza al niño de Galicia ha de dársele en su idioma natural, el gallego. Nada de libros de gramática; lo que hay que enseñarle es el idioma vivo, “señalándole con el dedo las más de las cosas visibles e inculcándole el nombre correspondiente”. Cuando sepa expresarse bien en gallego, por éste se le podrá enseñar el castellano y también el latín. Pretender que un niño gallego aprenda el latín por el castellano, que no sabe, es querer ir de lo ignoto a lo ignoto, es decir, es una monstruosidad que contra natura sigue practicando la pedagogía española, a pesar de que es un principio pedagógico universal, ya de viejo proclamado y, últimamente, de manera solemne en la reunión mundial de especialistas organizada por la Unesco y celebrada en París en 1951⁵²: “en los países en donde hay una lengua vernácula diferente de la oficial, en ella debe darse la enseñanza primaria porque el niño aprende más rápidamente empleando esa lengua que mediante otra con la que no está familiarizado”. Exactamente lo que decía Sarmiento dos siglos antes.

¡Cuánto hubiesen ganado culturalmente, e incluso económicamente, los gallegos de haberse seguido en Galicia lo que hace dos siglos pos-

⁵² *Empleo de las lenguas vernáculas en la enseñanza*, cap. II. Edición de la Unesco. Lucerna, 1954.

tulaba racional y científicamente aquel frailecito pequeño de cuerpo y de tan grande espíritu, de un idear tan lleno de futuridad!

Los maestros gallegos. Proclama, y no sólo en el *Onomástico*, la necesidad psicológica y moral de que los niños gallegos sean enseñados por maestros gallegos. De una manera sucinta expresa la idea en *Vida y viajes literarios*:

Es bárbara crueldad y necedad acusada que unos forasteros enseñen a los niños gallegos mediante la lengua castellana, castigándolos si se les escapa alguna voz o frase gallega de las que han mamado. Todo maestro de gramática que no fuese gallego y erudito en lengua patria se debe excluir de ser maestro de niños gallegos, aunque sea un Cicerón, un Quintiliano. Después que el galleguito sabe hablar bien, escribir y contar, lo primero que se le debe enseñar es la lengua gallega con la extensión posible. Entrando de prevención con saber ya la lengua gallega con amplitud, entrará como por su casa en la lengua castellana y latina. Sin esa previa y tan fácil enseñanza es hablar al aire todo género de enseñanza.

Miles y miles de gallegos padecieron y padecen la antinatural didáctica de la escuela española, en la que el maestro inculca el despego de la lengua gallega y pretende enseñar “a hablar y a escribir correctamente el castellano” con tecniquerías gramaticales y siguiendo el anti-pático, el horrible *Epítome* de la Real Academia Española.

La cuidadosa labor antipedagógica de la escuela española en Galicia logra que muchos gallegos renieguen *en un mal castellano* de su propia lengua. No son ya tantos como en los días del padre Sarmiento; pero no perdieron todavía actualidad las palabras de éste en el párrafo 121 del *Onomástico*:

¿Qué diré de algunos gallegos que hablan como papagayos y que como tales se ríen de sí mismos? Digo que esos apóstatas de su lengua han sido los que principalmente han ocasionado que yo tomase la pluma para increparlos y para instruirlos. No digo que puestos en Castilla hablen gallego. Digo que estén donde estuvieren y aunque sepan diez o doce lenguas, no deben olvidar la que han mamado... Y con razón, por ser ella la que, bien entendida y penetrada, abre un inmenso camino para entender el latín, el castellano y otros dialectos de la lengua latina, con facilidad.

Ancho camino abrirá para el aprendizaje amoroso del idioma gallego la publicación del *Onomástico etimológico de la lengua gallega* del padre Sarmiento anotado por el profesor Millán González-Pardo, filólogo de rigurosa formación científica. Será un servicio más que la Editorial Galaxia prestará a la cultura gallega, abierta a todos los rumbos del mundo.

Cierro este ensayo con la reproducción de palabras que un día

—19-9-1952— pronunció con su sosegada voz velada por auténtica emoción el escritor argentino González Carbalho, cuya desaparición padecen Argentina y Galicia:

Desde su renacimiento a nuestros días mucho ha dado la cantera del idioma gallego para la creación literaria en sus diversos géneros. Ya están en él los cantos, las claras voces del porvenir; es el río que corre sonoro de anunciaciones entre orillas verdes. Este río viene de lejos. Fray Martín Sarmiento, nombre luminoso por sus aportes al estudio de la lengua patria, refiere que el poeta Silio Itálico, que floreció en el siglo I, suponía ya que entonces los gallegos tenían idioma propio. Río que, rutilando a la luz de los presentes días, nos trae el eco de las primeras edades. Se nos llena el entendimiento de infinitos rumores con sólo pensarlo. Y damos en razonar, cuán poderosa y original es una raza que, asimilando varias civilizaciones, irrumpe después con su naturaleza inconfundible y levanta, cuando se la creía en letargo, la flameante bandera de su idioma.

Así como los antecedentes de su magnífico ayer asoman en la visión milenaria del castro, en el pétreo dolmen, en la ermita románica, el idioma posee similares presencias, originales en su forma de ser asimiladas, renovadas por el poderoso genio nacional. No erraríamos al asegurar que Galicia es lo que existe en el espíritu de cada uno de sus hijos y que su idioma es Galicia desde sus orígenes a la actualidad.

JOSÉ NÚÑEZ BÚA

La Plata, agosto de 1964.

TERCERA PARTE

CONSIDERACIONES GENERALES
SOBRE LA OBRA DE FEIJOO

EL "TEATRO CRÍTICO UNIVERSAL" DEL PADRE FEIJOO

A partir del título de la obra

EL título invita a una amplia ojeada abarcadora. Tienta para el análisis de cada una de sus connotaciones. Teatro... ¿por qué?; crítico... ¿con qué criterios?; universal... ¿en qué medida? Las respuestas serán dadas a lo largo de nutridos tomos, en una prosa fluida, continente que ciñe su contenido dentro del acuñado molde clásico.

Acaso requiera la figura de fray Benito Jerónimo Feijoo una ubicación previa en el marco espacio-temporal y en la atmósfera esencial de las ideas del XVIII. Por lo pronto, destacamos las primeras notas relevantes de su personalidad: catedrático de teología, polemista, consuetudinaria residencia en Oviedo. Llevó el padre Feijoo una vida recoleta dentro de las dimensiones físicas, pero su fama de docto trascendió de la geografía conventual. El reposo y decantación de las ideas, el ánimo por naturaleza reflexivo, el estudio y el diálogo con los espíritus más selectos de todos los tiempos que, desde las nutridas estanterías, lo invitaban a departir e integrarse en la gran corriente del pensamiento renovador, dieron a su mente un cariz de modernidad y a su visión intelectual, la apertura hacia horizontes avizores. La palabra *ingenio*, tan gustosa para el uso hispánico de valoración crítica durante el siglo XVII, parece cortada al patrón de su personalidad.

Este hombre está sentado a su mesa de trabajo. O lee unas cartas que le han llegado de lejos. Permanece quieto, pero su mente anda, camina. No está dentro del círculo mundanal que no rehúye frecuentar, si cuadra; pero en su inevitable contacto con clérigos seculares, cortesanos, hombres de espada o pluma, arroja él, al pasar, la mirada sagaz del psicólogo, del filósofo, del moralista.

Aparecen así los personajes de su *Teatro*. Pero... ¿son en realidad personajes? Pues fray Jerónimo Feijoo generaliza. ¿Por qué generaliza? Para elevar el tono de la admonición y desprenderla, sin duda, de

la minoridad del detalle. También por hábito de prudencia y conciliación cristiana. Y porque su inteligencia se mueve en planos esenciales. El comercio con las ideas le ha comunicado el hábito y la delectación del razonamiento puro. Lo que él nos dice, en capítulo de la medicina, es aplicable a su condición de escritor: “El hacer observaciones fructuosas pide gran sabiduría, gran perspicacia y gran sinceridad y estas prendas juntas no se hallan a cada paso.”¹

Tiene el padre Feijoo la facundia de los hijos del siglo; un hablar caudaloso “a la española” que va mensurando la propia corriente del habla sobre cauces de comedimiento, sensatez y discreción. Razona con equilibrio. En forma simétrica ubica los pilares de los razonamientos parciales que sostienen, en cada caso, su tesis general. Usa no más palabras que las que requiere la expresión completa de la argumentación, pero tampoco menos. Cada movimiento dialéctico encuentra su correlativo en la cláusula. Su mente es clara y ordenada, y muestra un acusado sentido de las proporciones para el tratamiento de los temas. En el entramado de las citas, las menciones y apotegmas, un hilo lógico va anudando conceptualmente la monstruosa cantidad de referencias, con tal hábil naturalidad y dominio de la lengua que no parece pecar nunca por exceso.

El término *crítico* —titular de la obra magna— encuentra un ajuste especial en el padre Feijoo. Uno piensa en otros momentos de la crítica, literaria o de costumbres, hispánica o universal; en el forcejeo, en las dentelladas mortíferas de la sátira, en el epigrama sibilino, corrosivo o cáustico, y encuentra que la faz crítica es un propósito ulterior en la obra del padre Feijoo: el segundo movimiento.

Instrumental, procedimientos

Pues lo que en él cobra vuelo de inmediato es la intención de aleccionamiento constructivo, para la cual la crítica le ofrece ejemplos de contraste. Por eso no necesita personalizar, dotar de acentuada figura, acción y voz a sus enemigos: los errores, mentiras y supersticiones comunes y públicos. Los ve a todos como móviles faces del Error, la Superstición y la Mentira. Como él se mantiene marginal al teatro del mundo y no participa en su juego de intereses, conveniencias y equívocos le es más fácil guardar la equidistancia doctrinal que lo que pudiera serle a un Quevedo, a un Molière, a un Teofrasto, a un La Rochefoucauld, que no podían ni soñar siquiera con quitar a sus predicaciones la sangre, la carne y los huesos de las criaturas humanas vivamente encarnadas.

Además de que Feijoo ve y juzga con serenidad, no le ha gustado

¹ *Teatro crítico universal*. Clásicos Castellanos, t. I, cap. 10, p. 147.

nunca la corajina de su raza, ese soflamarse en el vacío. “Confieso —dice— que es ridiculez hablar inflando las mejillas como si se inspirase aliento a una trompeta y en una conversación de paz entonar la solfa de la ira.”²

Cuando sus contendores esgrimían sañudas plumas para desahogar sus fueros, presuntamente dañados, él podía dar fe, con la conducta, de cuanto estampara en el prólogo: “Si eres discreto no tendré contigo querrela alguna... reprobarás el dictamen sin maltratar al autor... Pero si fueres necio no puede faltarte la calidad de inexorable.” Y luego... “Si me opusieren razones responderé a ellas, si chocarrieras y dicterios, desde luego me doy por concluido, porque en ese género de disputa jamás me he ejercitado.”³

Pero si no drástico y conminatorio, por su temperamento moderado y en el fondo escéptico, no dejamos de hallarlo bastante zumbón, como cuando dice, por ejemplo: “por culpa de tales médicos (aquellos extremos que levantan un gran aparato de aprensiones en torno a la menor dolencia) no se morirán los enfermos sin sacramentos, pero lo que sucede a veces es morirse sin tener enfermedad para tanto”. Y hablando de los astrólogos: “Qué más pueden hacer los pobres astrólogos si todos los astros que examinan no le dan luz para más.”

Nos quedó más arriba suelta la afirmación de que el padre Feijoo era en el fondo escéptico. Desde el prólogo nos anticipa: “Lector mío, seas quien fueres, no te espero muy propicio... no confío ni en mi persuasiva ni en tu docilidad.” Y en su complemento del prólogo anota: “El mundo será siempre el mismo que fue, ni hay ingeniero capaz de torcer el curso a los impetuosos ríos de preocupaciones y costumbres universales.”⁴ Y en otra oportunidad dirá: “Muchos de los aciertos de los hombres en el cambio se deben al tedio o la incertidumbre.”

Tampoco, a fuer de pasar por necio, podía afrontar la calidad de inexorable que había vituperado en otros. Aparte de que él considera a la verdad en dos puntos fijos dentro de la esfera del entendimiento: la revelación y la demostración. Aquellos dos puntos, según el hemisferio por donde se navega —el de la gracia o el de la naturaleza— sirven de guía “para llegar al puerto de la verdad”. El resto... “las opiniones que van volteándose y sucediéndose unas a otras”, y aclara que llama error “a una opinión que tengo por falsa”.⁵

Mas él bien sabe que sus opiniones no son de esas que van “volteándose y sucediéndose”. No querría que lo confundiera con un so-

² “Paralelo de las lenguas castellana y francesa”, *Teatro crítico universal*. Clásicos Castellanos, t. I, cap. 4, p. 220.

³ “Prólogo al lector”, *Teatro crítico universal*. Clásicos Castellanos, t. I, p. 83.

⁴ “Complemento del Prólogo”. *Teatro crítico universal*. Clásicos Castellanos, t. I, p. 148.

⁵ “Voz del pueblo”, *Teatro crítico universal*. Clásicos Castellanos, t. I, cap. II, p. 88.

fista o un ergotista. “Proponer y probar opiniones singulares —dice— sólo por detentar ingenio téngolo por prurito necio y falsedad indigna de todo hombre de bien.”

También sabía distinguir entre los errores necios y maliciosos, hijos de la tozudez y el prejuicio, y aquellos encantadores, que suelen ser el desvío apenas de una verdad encubierta; hijos éstos de la fantasía y el espíritu investigador.

Es un escritor entero. A conciencia ha abordado su misión. A conciencia de que “los que en materias más áridas estudian para instruir a otros con producciones propias, tienen a veces la fatiga de llevar cuesta arriba el discurso por sendas espinosas. Pero en ese mismo campo desabrido, al riego de su sudor, le nacen hermosas flores”.⁵

La visión teatral

Pero volvamos a lo que de “teatro” tiene el *Teatro crítico universal*. Allí figura el autor en primera línea, aunque no se nombre, y luego viene el sinnúmero de temas donde las ideas, preocupaciones y yerros de la época aparecen. No tan despersonalizados que no asomen, por ejemplo, tras la medicina los médicos. Unos, capaces de confesar con modestia su perplejidad y dudas; los más —hipocráticos, galénicos, experimentales puros y de la escuela química o segunda secta hermética— a zancos de las famosas “dos piernas de la medicina”: la sangría y la purga.

Uno recuerda con espanto los tremendos doctores de Molière —el picudo sombrero y la walona al cuello— y con mayor espanto las tranquilas menciones sobre tratamiento médico en la correspondencia de madame de Sevigné y parécenos ver a ese hipocrático o sistemático doctor de turno, empujando con cadavéricas manos a su víctima hacia la fosa.

Son figurantes los enfermos imaginarios, los aprensivos —señoras melindrosas, niñas decaídas y varones pusilánimes— lunáticos inquietos que más estiman a quien más los purga, lancetea o estraga con toda clase de pócimas o preparados.

Luego aparecen otros partiquinos: los astrólogos, a quienes enjuicia con agudeza, por ser sus predicciones tan verdaderas como vulgares e inevitables: enfermedad, casamientos logrados o malbaratados, el feliz arribo de cartas y navíos, las buenas y malas nuevas, y hombres o féminas, entrando o saliendo con pie derecho o pie izquierdo de nuestras vidas... (nos estamos permitiendo ampliar el repertorio que el padre Feijoo presenta de hechos inevitables por lo vulgares. “¿Quién hay —trascríbe él una cita de Tulio— que flechando aun sin arte alguno todo el día, no dé tal vez en el blanco?”

En seguida, la juiciosa acotación: “El temperamento de los padres,

el régimen de la madre y afectos que padece mientras conserva el feto en las entrañas, los alimentos con que después lo cría, el clima en que nace y vive son principios que concurren, con incomparablemente mayor fuerza que todas las estrellas a variar el temperamento y cualidades del niño.”

No le van en zaga a los astrólogos como urdidores de patrañas, los rbdomantes y zahoríes. Los primeros, usan su báculo ahorquillado de buen saúce o avellano para descubrir agua y metales subterráneos, por pacto diabólico o en mérito a las afinidades preconizadas por “la rancia filosofía de las simpatías y antipatías”.

Los segundos, los zahoríes —mal endémico de España— son hombres que por haber nacido en Viernes Santo, mientras se canta la Pasión, nacen con el don natural de atravesar los cuerpos opacos con la mirada.

Unos y otros, tunantes que se envuelven en gran misterio y con reserva de modales y habla lenta y afectada andan siempre detrás de algún crédulo codicioso.

Sobre los oráculos escribe las palabras de Eurípides que el mejor era el que entre infinitas mentiras decía algo verdadero. Y por su cuenta, que “la mentira nunca es lícita aunque ocasionalmente pudiera ser saludable” y que “la mentira que siempre es torpe, en materias sagradas es torpísima”.

Con lo dicho está en condiciones de denunciar y proscribir como fea mancha, como baldón de la religión cristiana y de la civilización europea las quimeras y extravagantes supersticiones, las costumbres bárbaras y disparates históricos.

Reprueba vivamente la creencia en ánimas, duendes y demonios familiares, la adoración idolátrica de dientes, huesos y otros presuntos despojos de santos de la Iglesia, así como de campanas fatídicas —“perros ladradores”— que suenan para anunciar presagios siniestros. Abomina de los conjuradores de exorcismos que tratan como a poseída por el diablo “a la víctima de un accidente histórico”.

Los fabuladores gustan dulce satisfacción en pasmar con sus relatos maravillosos; los espíritus tímidos se perturban con el miedo y empañan su entendimiento. Los espíritus rectores enderezan el juicio popular por las vías de la razón, la prueba y la ironía. “Hay muchas damas que son duendes —reflexiona el monje con su habitual buen humor— como también hay muchos que se hacen los duendes con las damas.”

Con su tratamiento uniforme para todos los yerros de los tiempos pasados y presentes —acaso futuros— fray Benito Jerónimo Feijoo está dando la pauta de lo universal que es su *Teatro crítico*.

En las demás materias se verá confirmada la aserción, ya se trate de criterios sobre “el gusto” o paralelos entre las lenguas o nacionali-

dades donde el obtuso empecinamiento busca un antagonismo natural, siendo que este antagonismo es fruto de condiciones externas de política o religión, a veces circunstanciales y muy posible de ser obviadas.

“Apenas hay pueblo a quien no toque algo de barbarie si la tradición lisonjea su vanidad o apoya su religión” “Todo país es África para engendrar monstruos... Toda provincia es Iliria para producir venenos” “No hay pueblo alguno que no tenga mucho de bárbaro.”

Pero, ¿acaso no van a comparecer ante su estrado los escritores, en cuya orden milita Feijoo? Por cierto que sí. Él liba como ambrosía las obras de los autores elegantes, armónicos y entonados. Y no es exageración, que hasta tres veces contamos la palabra “golosina” aplicada a la literatura por Feijoo.

Volverá al parangón de las flores, hablando de la mayor naturalidad de la lengua francesa de la época: “Son sus escritos como jardines donde las flores espontáneamente nacen, no como lienzos donde estudiadamente se pintan”... “gala nativa, única hermosura con que el estilo hechiza el entendimiento”.⁶

Ese estilo que hechiza el entendimiento, para él radica “en locuciones más naturales y más inmediatamente representativas de los objetos”... “el arte amigablemente unido con la naturaleza”.

Como reverso de la medalla crítica la elocución española de la época —no al idioma sino a la corrupción del gusto— por la acumulación de epítetos y la distorsión violenta del párrafo.

¿Feijoo, ύποκριτής?

Confesemos —pasando a otro punto— que si la persuasiva del padre Feijoo, de la que él dudara al dirigírsenos en el prólogo, es capaz de todos los milagros, no lo es de convencernos de que él no sea también un poco rabdomante o zahorí, un poco *hipócrita*, en el sentido prístino del término. Porque, ¿cómo es posible que este juicioso varón que vive entregado al estudio y las prácticas piadosas, conozca tanto los vaivenes del sentimiento humano, según lo prueba en sus “Causas del amor”? ¿Cómo puede revelarse tan sutil en los matices cual si los movimientos más fugitivos de un espíritu enamorado no le fueran ajenos? Quizá posee una varita de avellano y cuando roza un pecho que encubre calladamente su tribulación o su encono, él lo adivina. Quizá esa vista penetrante con que cataloga a sus congéneres le permite atravesar cuerpos opacos, la frente hermética, la sonrisa indiferente. Quizás posea la ductilidad del comediante, capaz de asumir todos los papeles.

Pero tal vez Feijoo sea de esos hombres a quienes se refería Sar-

⁶ “Desagravio de la profesión literaria”, *Teatro crítico universal*. Clásicos Castellanos, t. I, p. 170.

miento en *Facundo*, diciendo que: “sin cuidarse de lo que tienen a sus pies intentan realizar los últimos resultados de la civilización europea”. Quizá, aunque el secreto de los libros y de las ideas nutra su experiencia, no sabe del todo dónde asienta los pies.

Sí que lo sabe. Asienta los pies en una tierra empobrecida por el abandono de los campos y el general descrédito de la agricultura. Cuando dice “lloro” y transcribe versos de Lucano, llora la pluma porque su amor a la tierra es grande.

Ha visto en Oviedo caer de hambre a las puertas mismas del convento enjambres de pobrecitos miserables. Ha visto en Galicia, en Asturias, en León, a los labradores exhaustos y desnudos que arrastran una vida “más penosa que la de los delincuentes que la justicia pone en las galeras”.

¿Por qué se ven reducidos a tan triste condición? ¿Acaso vienen más enjutos que antes los ríos, menos propicias las lluvias, el viento socarra más la entraña de la tierra, y, dispersando la capa húmifera, descarna su huesa yerma? ¿O el laurel bélico esteriliza la tierra donde crecía el olivo de la paz?

Esto sí. Y también que echan sobre ella su mala sombra “unos nobles fantasmones que nada hacen toda la vida sino pasear las calles, abultar corrillos y comer la hacienda que le dejaron sus mayores”⁷ ... simulacro de aquellos ascendientes que con su virtud y acciones gloriosas adquirieron nobleza para sí y su posteridad”. Y... “España que está gotosa... y cuando el estómago e intestinos de este cuerpo político —los administradores— tragan o engullen mucho, se siguen incurables e innumerables enfermedades que ponen en riesgo de su última ruina a todo el cuerpo”.⁸

Y el mundo desfila...

Sigue pasando el mundo por el *Teatro* de Feijoo. Lo jerarquiza una mente crítica que sólo transige con las salvedades del dogma ante el cual inclina en silencio la frente pensativa.

Hace el inventario de las ideas del siglo. Ofrece el resumen del momento histórico, contemplado desde los escaños universitarios de Oviedo. Ha leído cuanto puede de selecto leer el más docto de los hombres. No tiene pelillos en la lengua y si quiere decir que Virgilio halaga en demasía la vanidad romana y miente, dice tranquilamente que Virgilio miente, y si un estilo literario lo empalaga, escribe tranquilamente que es un estilo “asquerosamente entumecido”.

Sin duda comete errores —no los setecientos y tantos que alguien

⁷ *Teatro crítico universal*. Clásicos Castellanos, t. I, p. 217.

⁸ “Sobre la agricultura”, *Teatro crítico universal*. Clásicos Castellanos, t. III, cap. I, p. 278.

le reprochara— pero son de esos errores fecundos, hijos de la inteligencia creadora, que encierran la simiente del mañana, esos que marcan el norte del progreso y de la perfectibilidad del hombre.

Está sentado a su mesa de trabajo. O lee unas cartas que le han llegado de lejos. Tiene siempre a su vera montones de sesudos librotos, antiguos, modernos, castellanos, franceses, latinos... Se enfrasca en su lectura deleitosa. De pronto dobla una orejilla de un pliego, marca una muesca en una página, traza una raya en un párrafo. ¿Qué hay allí? Un dato para comprobar. Una afirmación que desmentir. Un problema por resolver.

El siglo crece en su apetencia de formas, de rumbos, de destinos. Este hombre está en la cresta de la corriente del siglo, aunque ninguna fuerza de honores ni mercedes prometidas logre arrancarlo jamás del rincón solariego donde los suyos —los Feijoo y los Puga Feijoo, gallegos a mucha honra— han vivido durante generaciones enteras.

REYNA SUÁREZ WILSON

La Plata, marzo de 1964.

ACERCA DE RECURSOS DIALÉCTICOS, FUENTES Y PROCEDIMIENTOS ESTILÍSTICOS DEL PADRE FEIJOO

La fama de Feijoo

“VEO volar glorioso mi nombre (dicha no merecida, yo lo confieso), no sólo por toda España, mas por casi todas las naciones de Europa”, decía el padre Benito Jerónimo de Feijoo y Montenegro en el prólogo del tomo V del *Teatro crítico universal*, que publicaba respondiendo a insistentes pedidos.

Su obra había despertado gran interés desde la aparición de los primeros discursos, con los que había nacido también su fama. En 1728, cuando sólo llevaba publicados dos de los ocho tomos de su *Teatro*, Feijoo gozaba ya de tal nombre que muchos le atribuían conocimientos superiores a los que realmente poseía, y lo consideraban el más sabio de su tiempo. Ese año debió permanecer durante un mes en Madrid y allí se vio constantemente asediado por quienes, deseosos de saciar su curiosidad, le preguntaban desde ciertos detalles de la guerra de Troya que nadie escribió, hasta el significado de los sueños y de las líneas de la mano o las clases de ratoneras usadas por los antiguos.¹

El éxito del docto benedictino crece con la aparición de los nuevos tomos de su obra. Los lectores no ocultan su admiración y le dirigen continuamente cartas “gratulatorias o laudatorias” que él podía haber reunido no en uno, sino en tres o cuatro volúmenes.² Pero con la fama aumentan también las críticas contra Feijoo³, y se desatan apasionadas polémicas que sólo habrían de cesar en 1750, cuando el rey Fernando VI las prohibiera expresamente para evitar, quizá, que la favo-

¹ *Cartas*: III, XXV.

² *Cartas*: IV, XXII.

³ Así, en el prólogo del tomo V, antes citado, manifiesta: “Ya sabes que muchos días ha hicieron liga contra mis escritos unos (no sé cómo los llamaré) unos pobres de la república literaria...”

rable influencia de la obra se viera afectada por impugnaciones que se referían generalmente sólo a una pequeña parte de ella, y que no nacían siempre del amor a la verdad, sino muchas veces de la envidia o del propósito de lograr fama a expensas del gran escritor.⁴

Éste —dice en el Discurso XI del tomo VI— es el anzuelo literario de esta era. El que no puede escribir otra cosa o aunque estuviese escribiendo toda la vida no ganaría un cuarto, con hacer que suene que su obra es contra el *Teatro crítico* vende a buen precio cualesquiera fruslerías.⁵

También algunos libreros se sirvieron del prestigio de Feijoo para acrecentar sus ganancias; y se sabe que uno de Sevilla favoreció indirecta e injustamente a los enemigos del ilustre benedictino, al negar la venta de las obras de éste, a quienes no le solicitaran al mismo tiempo las de los detractores, que muy pocas veces lograban comprador.⁶

Feijoo llegó, pues, a ser uno de los hombres más grandes de su tiempo⁷, “un oráculo —dice Menéndez y Pelayo— en aquellos últimos días del siglo XVIII y primeros de éste, en que pareció que íbamos a olvidar hasta la lengua”.⁸ El nombre del escritor gallego trascendió las fronteras de España. Fue admirado en París por cuantos lo leyeron. Sus aplausos resonaron en toda Francia.⁹ Recorrió los países de

⁴ Diversas son las opiniones sobre la prohibición del 23 de junio de 1750. Joaquín de Entrambasaguas, por ejemplo, dice: “En respecto a esta real orden —única en la historia universal de las letras— ha de advertirse que la solicitó el propio Feijoo —¡qué revelación de toda una psicología!—, y no porque estuviera harto de luchar, como quiere Marañón —ya que nunca perdió su energía—, sino porque no saliera la más fuerte controversia de Soto y Marne, que indudablemente acertaba cada vez más en el blanco y era muy leído.” (Prólogo de *Padre Jerónimo Feijoo* (Antología), t. I, pp. 16 y 17. Madrid. Ediciones Fe. 1942.

⁵ Se refiere aquí a una impugnación *contra el “Teatro crítico universal”*, que no llevaba originariamente ese título. Feijoo continúa con estas palabras: “Pero aquel aditamento también era muy doloso, porque la expresión general de ser aquel impreso *contra el “Teatro crítico”* significaba una impugnación común contra el contenido de los dos libros que ya habían salido a luz, siendo así que todo lo que se impugna en aquel escrito no ocupa media plana en el segundo tomo.”

⁶ *Teatro*: VI, “Prólogo”.

⁷ En la “Aprobación”, del tomo VII del *Teatro*, el padre Aguirre declara: “Los sabios apellidaban a Feijoo: “Fénix de los ingenios de su siglo”, “El máximo de los eruditos de su tiempo”, “Astro de primera magnitud en el hermoso dilatado cielo benedictino”, “Maestro universal o maestro de maestros”, “Nuevo Colón de las ciencias”, “Reparador entre naciones extrañas de la fama española”, “Sol que destierra sombras de errores comunes”, “El héroe de la república literaria”, “El honor de las letras más cultas”, “El Demóstenes español”, “El Cicerón en castellano”, “El gran Feijoo por antonomasia”, con otros más renombres bien merecidos”.

⁸ MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO: *Historia de los heterodoxos españoles*, Libro VI, cap. I, p. 83, t. V, de *Obras completas*. Santander. Aldus S.A. de Artes Gráficas. 1947.

⁹ *Teatro*: V, XVII, § IX.

Europa a través de traducciones¹⁰, y llegó a América donde le aguardaba la misma fama que había dejado en el Viejo Mundo.¹¹

Ante un hecho tan excepcional, surge de inmediato esta pregunta: ¿a qué debe su éxito la obra de Feijoo? La respuesta se halla tanto en los nobles fines que la inspiran, como en los acertados recursos empleados por su autor para lograrlos.

Fines y medios

Dos fines principales persiguen el *Teatro* y las *Cartas*: “introducir doctrinas nuevas en algunas materias y desterrar de otras errores y preocupaciones comunes”.¹² Feijoo desea servir a sus contemporáneos y por ello abandona los temas de teología y de sagrada escritura, sobre los cuales existen entonces excelentes tratados, y se decide a transitar por senderos desconocidos y difíciles.

Di lo que quisieres —dice a su “lector enemigo” en el prólogo del tomo IV—; no podrás negarme la novedad de esta obra, la cual me da el carácter de autor original, por más que lo sientas. Tampoco podrás negar que el designio de impugnar errores comunes, sin restricción de materias, no sólo es nuevo, sino grande. Si le quisieres negar lo útil, concederé que para ti no lo será, pues por más que esfuerce mis razones no podré desengañarte de las muchas simplezas que te ha metido en el cerebro el descaminado juicio del vulgo.

No sólo la enseñanza de la verdad, sino también la difusión de conocimientos prácticos y útiles, preocupan a Feijoo. En su obra aparecen, entre otros muchos, consejos para la elección del médico¹³ y para conservar la salud¹⁴; advertencias sobre el modo de estudiar¹⁵, reglas para discernir las curaciones sobrenaturales¹⁶ y hasta una curiosa “receta” para lograr fama de sabio cuando no se posee mucho entendimiento, que se compone de “una feliz memoria en que se puedan almacenar muchas noticias literarias”, “una constante aplicación a recoger multitud de éstas”, “una abundante verbosidad” y por último,

¹⁰ “Su celebridad en el extranjero se patentiza, no sólo con los elogios y distinciones que de diversas personalidades recibió, sino a vista de las traducciones que de algunas de sus *Cartas* y *Discursos* se hicieron en vida del autor y después de su muerte. (AGUSTÍN MILLARES CARLO: “Prólogo” de *Feijoo. Teatro crítico universal*, vol. 48, p. 13. Clásicos Castellanos. Madrid. Espasa-Calpe. 1941).

¹¹ “Durante el siglo XVIII —dice AMÉRICO CASTRO— Feijoo, Cadalso y Jovellanos fueron leídosísimos.” (*La peculiaridad lingüística rioplatense y su sentido histórico*, p. 57. Buenos Aires. Losada. 1941).

¹² A. MILLARES CARLO: obra citada, pp. 35 y 36.

¹³ *Teatro*: I, V, § XI.

¹⁴ *Teatro*: I, VI.

¹⁵ *Teatro*: I, VII, § VII.

¹⁶ *Cartas*: I, XLIII.

“una buena dosis de audacia o satisfacción de sí mismo de modo que, suceda lo que sucediere, no se corte ni acobarde jamás... en actos públicos, ni en conversaciones privadas”.¹⁷

A través de estas enseñanzas prácticas, Feijoo alcanzará fácilmente el favor del lector. Tarea difícil, en cambio, habrá de resultarle que el mismo acepte aquellas que atacan como falsas, convicciones y creencias profundamente arraigadas en el pueblo. Para lograr tal propósito, el docto benedictino, munido de sus mejores recursos dialécticos, penetra en el campo de las grandes verdades. Su actitud es decidida y franca. Está allí no para imponer una verdad, sino para demostrarla. “Yo no pretendo ser creído sobre mi palabra, sino sobre mi prueba”, dice en el prólogo del tomo segundo.

Feijoo acude frecuentemente al sentido común del lector. Ha demostrado, por ejemplo, que las predicciones de los astrólogos son falsas; pero, sin embargo, debe admitir que algunas se han cumplido. Su explicación es simple: entre tantos millares de vaticinios bien puede suceder que veinte o treinta resulten verdaderos por obra de la casualidad y no de razones fundadas en reglas. Esta observación es clara, pero no es suficiente para Feijoo, quien de inmediato busca la imagen que la grave definitivamente en el espíritu del lector.

Es seguro que si algunos hombres, vendados los ojos un año entero, estuviesen sin cesar disparando flechas al viento matarían algunos pájaros. ¿Quién hay —decía Tulio— que flechando aun sin arte alguna todo el día no dé tal vez en el blanco?... Pues esto es lo que sucede a los astrólogos. Echan pronósticos a montones, sin tino, y por casualidad uno u otro entre millares logra el acierto.¹⁸

Oportunamente recuerda luego la agudeza de Séneca:

Necesario es... que los astrólogos acierten con la muerte del emperador Claudio, porque desde que le hicieron emperador todos los años y todos los meses se la pronostican, y como no es inmortal, en algún año y en algún mes ha de morir.¹⁹

¹⁷ *Cartas*: V, VIII.

¹⁸ *Teatro*: I, VIII, § IV.

¹⁹ En el “Prólogo al lector”, del tomo VII, recuerda nuevamente estas palabras de Séneca. No es extraña a la obra de Feijoo, la reiteración de un mismo concepto (Cf. *Teatro*: III, XI, y *Cartas*: IV, XV: Epicuro no niega la existencia de los dioses, sino su providencia; *Cartas*: IV, VII y III, XXVIII: Fray Pedro Ponce, inventor del arte de enseñar hablar a los mudos; *Teatro*: II, II, § VIII y V, XVI, § I: Aparición de Pilatos en la montaña de Fraemont; etc.). Feijoo señala, a veces, esta repetición. Así, después de relatar el cuento del hombre que quería separarse de su esposa, como lo hace d'Ouville en su obra, dice: “Este cuento es traslado manifiesto de lo que Plutarco cuenta de un romano, y se puede ver en nuestro tomo IV, Discurso I, número 20” (*Teatro*: VI, X, § 18).

La exposición llega a su fin, pero Feijoo vuelve inesperadamente sobre el tema:

Este método, que es seguro para acertar alguna vez después de errar muchas, no les aprovechó a los astrónomos que quisieron determinar el tiempo en que había de morir el papa Alejandro VI, por no haber sido constantes en él.

El hecho no carece de gracia. Para 1495 los astrólogos predijeron la muerte del pontífice. Como ese año no se produjo, la anunciaron para el siguiente; pero el papa tampoco falleció en el 1496. Obstinados en su dictamen, los astrólogos continuaron formulando tan aciago vaticinio casi todos los años hasta 1503, en el que, viéndose nuevamente burlados, decidieron cambiar de rumbo y declarar solemnemente que viviría aún mucho tiempo. Sin embargo, y con gran confusión para ellos, ese mismo año murió Alejandro VI. Con la sonrisa del lector concluye la lección del ilustre monje. Su acierto es evidente. “Saber hacer reír —dice Catón— es el éxito del gran orador.”

Cuando la naturaleza del tema lo aconseja, Feijoo emplea otras formas de demostración que no excluyen el procedimiento directo y rápido de volver contra sus impugnadores los propios argumentos de éstos. Un excelente ejemplo de ello lo ofrece la respuesta apologética, titulada: *La verdad vindicada, contra la medicina vindicada*:

Ya algún doctor el año pasado, en una impugnación que me hizo, escribió que cierto enfermo, por haber leído el primer tomo del *Teatro crítico*, no quiso llamar al médico y murió. Objeciones de este jaez son unos meros espantajos para engañar al pobre vulgo. No disputo el hecho. Bien está. No llamó al médico y murió. ¿Por ventura le había dicho yo que no llamase al médico? Entendió el *Teatro crítico* a su modo y cometió ese yerro. Lutero entendió a su modo la Escritura y dijo mil herejías. Más: no llamó al médico y murió. ¿Qué ángel le reveló al doctor que murió porque no llamó al médico? Si esta consecuencia se infiere de aquel antecedente, se seguirá también que el que llamó al médico y murió, murió porque llamó al médico, y de ese modo toman los médicos a su cuenta infinitos homicidios. Más: no llamó al médico y murió. Infinitos conozco yo que estando enfermos no llamaron al médico y vivieron. Si de aquél se infiere que porque no llamó al médico murió, con igual razón de éstos se debe inferir que porque no llamaron al médico vivieron.

Como en los ejemplos anteriores, Feijoo sabe mantener permanentemente la atención del lector. Ésta culmina, a veces, en páginas como las del Discurso I del tomo V, en las cuales un testimonio oportunamente citado parece comprometer toda la demostración. Feijoo, en efecto, ha llegado al final de su exposición después de haber probado que no existen arimaspos, u hombres dotados de un ojo en la frente, ni acéfalos; y en ese preciso instante recuerda que San Agustín

dice haberlos visto durante la predicación del Evangelio en Etiopía. Frente a tan importante objeción, brillará una vez más la habilidad dialéctica del ilustre benedictino.

Por arduo y difícil que sea creer que hay tales monstruos en el mundo, ¿quién negará que la autoridad de un San Agustín es de un peso tan portentoso que presentándose él como testigo de vista es acreedor del ascenso? Permitamos (dirán los que creen la existencia de acéfalos y arimaspos), que es inverosímil el que existan tales gentes; pero mucho más inverosímil es que mintiese San Agustín. Yo lo concedo; pero falta justificar que lo dijese San Agustín. Pues, ¿no se lee en sus obras? Distingo: escrito por el Santo, niego; intruso por un embustero, concedo.

Éste es el sentir de doctísimos críticos, los cuales afirman que todos o casi todos los sermones que con el título de *Ad frates in eremo* andan entre las obras de San Agustín no son parto del Santo, sino de algún perverso impostor, por hallarse en muchos de ellos, sobre la baja del estilo, varias ineptias, errores y fábulas.

Una dificultad semejante aparecerá luego en el Discurso VII del tomo VI, al citarse la afirmación de San Atanasio y de San Jerónimo sobre la existencia de sátiros; pero el testimonio precederá en este caso a la demostración, por lo cual su efecto no alcanzará la magnitud del anterior.

Recursos estilísticos

Con la exposición y defensa de la verdad se vincula estrechamente el empleo de la lengua. En varios discursos y cartas, Feijoo se refiere a la propiedad y pureza —o “pobreza”— del lenguaje²⁰, a la introducción de galicismos como “remarcable”, que él censura²¹, a las dificultades de la traducción, en general, y de algunos vocablos, como “desenvoltura”, en especial²², y a otros problemas que revelan la im-

²⁰ *Cartas*: I, XXXIII.

²¹ *Teatro*: I, XV, § V. Dice J. M. ALDA TESAN: “Feijoo no se libra de este vicio, y muchas veces deja escapar galicismos como *tirar*, por *sacar*; *revenir*, por *volver*; *exprimir*, por *expresar*; *armada*, por *ejército*; *paisano*, por *campesino*; *suceso*, por *éxito*; *notar*, por *tachar*, etc. Con todo, no es nuestro escritor un caso exagerado en este punto. Su opinión se decide por la ampliación del vocabulario en cuanto sea preciso, pero no deja de distinguir por eso entre la influencia de las ideas y el calco en el lenguaje.” (“El padre Feijoo y su obra”, en *P. B. J. Feijoo. Discursos y Cartas*, p. 19 Zaragoza. Editorial Ebro, S.L., 1953). En la introducción del tomo LVI de la Biblioteca de Autores Españoles, Vicente de la Fuente, después de transcribir las críticas que Feijoo dirige a Soto Marne por su empleo de voces poco castizas, ofrece una larga lista de los latinismos, galicismos e idiotismos usados por el autor del *Teatro crítico* (pp. XXXVIII y XXXIX).

²² “El canciller Bacon —dice Feijoo en el mismo párrafo del Discurso citado— ofreciéndose hablar de aquella versatilidad política que constituye a los hombres capaces de manejar en cualquiera ocurrencia su fortuna, confiesa que no halla en alguna

portancia que asigna a la palabra. Ésta es más evidente aún, cuando el distinguido polígrafo analiza sus propias expresiones.

Alguien había alabado la sentencia: “Es el cometa una fanfarronada del cielo contra los poderosos del mundo”, con que comienza el Discurso X del tomo I, y Feijoo, en su Carta sobre “Introducción de nuevas voces”, dice:

Convendré en que haya sido efecto de su liberalidad el elogio; pero si en la sentencia hay algún mérito para él, todo consiste en el oportuno uso de la voz *fanfarronada*, la cual por sí es de la clase de aquellas que pertenecen al estilo bajo; con todo tendría mucho menos gracia y energía si dijese: “Es el cometa una vana amenaza del cielo.”

Quintiliano, a quien cita luego, confirma su opinión: “La vulgaridad misma de los vocablos añade algunas veces vigor a la expresión.”

Feijoo esgrime como un arma la palabra rústica o humilde. “Escribientes” —en vez de escritores— llama a quienes copian libros ajenos para componer los propios²³; “gavilla” o “tropa tertuliana”, a aquellos que se han unido para atacarlo²⁴, y “vulgacho” a la plebe inculta.²⁵ Pero su verdadero talento se revela en las frases precisas, y de modo especial en aquellas que encierran una acertada comparación.

El nombre de anciana que en el siglo se oye como injuria, en el claustro se escucha como lisonja.²⁶

...el vulgo es de cera para admitir las impresiones de las fábulas y de bronce para retenerlas.²⁷

El valor de las opiniones se ha de computar por el peso, no por el número de las almas. Los ignorantes, por ser muchos, no dejan de ser ignorantes... Siempre alcanzará más un discreto solo que una turba de necios; como verá mejor al Sol una águila sola, que un ejército de lechuzas.²⁸

de las cuatro lenguas, inglesa, latina, italiana y francesa, voz que signifique lo que la castellana *desenvoltura*. Y acá estamos tan de sobra, que para significar lo mismo tenemos otras dos voces equivalentes: *despejo* y *desembarazo*.” Es oportuno recordar que en su estudio sobre *El lenguaje del siglo XVI*, MENÉNDEZ PIDAL señala que el hispanismo *disinvoltura* empleado por Castiglione “para designar las elegantes maneras en que se combina el descuido de la familiaridad con el cuidado de la cortesía, se hizo vocablo tan italiano que los lexicógrafos de allá no vacilan en decir que es una formación italiana sacada del verbo *disinvolgere*” (*La lengua de Cristóbal Colón*, p. 63. Colección Austral N^o 280. Buenos Aires. Espasa-Calpe Argentina S. A. 1942).

²³ *Teatro*: VII, XV, § I.

²⁴ *Teatro*: V. XVII, § IX: VI, “Prólogo”, etc.

²⁵ *Teatro*: IV, XII, § XVII.

²⁶ *Teatro*: I, II, “Carta de un religioso a una hermana suya exhortándola a que prefiriese el estado de religiosa al de casada”.

²⁷ *Teatro*: II, II, § I.

²⁸ *Teatro*: I, I, § I.

En los ministros es mayor el riesgo de caer en este vicio [de la codicia], porque es más frecuente la tentación. Isabela de Inglaterra decía de los suyos que se parecían a los vestidos, que al principio son estrechos y con el tiempo se van ensanchando. Lo mismo pudiera decir de los de todos los demás reinos. ¡Cuántos que al principio escrupulizan en admitir una manzana, pasados algunos años quisieran tragar todo el jardín de las Hespérides! Ya sabes que eran de oro las manzanas de aquel huerto. Así les sucede lo que a las fuentes, que muy rara llega a morir en el mar con aquel corto caudal que tenía en los primeros pasos de su curso.²⁹

El mismo talento se manifiesta también en la respuesta breve y exacta, a la que Feijoo concede gran importancia retórica.

Harásme también cargo porque, habiendo de tocar muchas cosas facultativas, escribo en el idioma castellano. Bastaría por respuesta el que para escribir en el idioma nativo no se ha menester más razón que no tener alguna para hacer lo contrario.³⁰

El breve análisis precedente permite comprender los encomiados juicios que ha merecido el estilo de Feijoo, al cual el anónimo autor del prólogo del primer tomo del *Teatro*, publicado en 1784, califica de “fluido y armonioso” y doña Emilia Pardo Bazán llama “estilo cautivador que se adueña prontamente del lector”.³¹

Joaquín de Entrambasaguas afirma: “Lo que es más de admirar en Feijoo, dejando aparte su valor científico... y su ideología... es su creación meramente literaria, su arte de escritor. Él imprime “un carácter definitivo al ensayo” y lo crea, puede decirse, con una concepción moderna que ha perdurado casi hasta nuestros días, en los cuales *Azorín*, principalmente, lo libera “de la cargazón erudita que lo abruma en el monje benedictino”. Pero, agrega Entrambasaguas, “aun mayor elogio —quizá el máximo elogio que pueda hacerse hoy de Feijoo— merece su estilo, magnífico casi siempre por su naturalidad”, elegante, claro y flexible.³²

Unidad y variedad

A pesar de los recursos dialécticos y estilísticos empleados por Feijoo, su obra no habría alcanzado pleno éxito, si al propio tiempo no

²⁹ *Teatro*: III, XI, § 7.

³⁰ *Teatro*: I, “Prólogo al lector”. En la obra de Feijoo figuran varios relatos como el de la labradora de Ville Juif a la que pretendió besar un caballero (*Teatro*: VI, X, § XIX), el de la dama entrada en años de quien intentó burlarse el rey Francisco I (*Teatro*: III, X, § IV), el de Sócrates y sus zapatos comidos por los ratones (*Teatro*: II, III § IV) y otros, que concluyen también con una oportuna respuesta.

³¹ Citado por CONCEPCIÓN S. AMOR: *Ideas pedagógicas del padre Feijoo*, p. 69. Madrid. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. 1950.

³² J. DE ENTRAMBASAGUAS: obra citada, pp. 18 y 19.

hubiera logrado variedad y amenidad en los temas. Así lo entendió el ilustre escritor y por ello se propuso utilizar materiales diversos, como lo manifiesta en el prólogo del tomo I del *Teatro*, y también en el II, donde reitera el propósito de emplear el mismo método que en el anterior “a fin de evitar el fastidio con la variedad”.

Las consideraciones que sobre este último tema formula en el Discurso titulado “Razón del gusto”, son realmente importantes. Dice allí:

Llegaron los israelitas en el desierto a aborrecer el alimento del maná, que al principio comían con deleite. ¿Nació esta mudanza de que, por algún accidente, hiciese en la continuación alguna impresión ingrata en el órgano del gusto? Consta evidentemente que no; porque era propiedad milagrosa de aquel manjar que sabía a lo que quería cada uno... ¿Pues qué? El texto lo expresa: Nada ven nuestros ojos sino maná. El tener siempre, todos los días y por tanto tiempo, una misma especie de manjar delante de los ojos, sin variar ni añadir otro alguno, excitó la aprehensión fastidiosa...

Pero el ilustre polígrafo no procuró solamente diversificar los asuntos, sino también unir lo útil y lo ameno para asegurar mayor perfección y éxito a su obra, como lo señala la conocida sentencia de Horacio: *Omne tulit punctum qui miscuit utile dulci*.³³

En varios lugares del *Teatro crítico* está claramente expresada esta intención. Al final de su “Oración a favor de Pompeyo”, por ejemplo, dice: “Esta oración me pareció introducir aquí, atendiendo no sólo al deleite del lector, mas bien a su utilidad.” Antes, en el Discurso X del tomo IV, ha manifestado que busca la amenidad del mismo al hablar de los países imaginarios, y más adelante, en el que titula “Nueva propiedad de la luz”, habrá de advertir que “para instrucción y deleite del lector” expondrá lo más delicado, curioso y exquisito que conoce sobre la materia. Este propósito, tantas veces reiterado, se funda en su certidumbre de que:

La doctrina que mejor se insinúa es la que se sugiere debajo del velo de la diversión. Como lo que se come con gusto nutre mejor el cuerpo, lo que se escucha con deleite aprovecha más el alma.³⁴

Feijoo no olvida estas reflexiones ni aquellos propósitos y matiza frecuentemente su exposición con anécdotas y leyendas, que crean un clima de ficción dentro de la obra y que constituyen, al mismo tiempo,

³³ *Epístola a los Pisones*, 343. HORACIO agrega: *Lectorem delectando pariterque monendo*. (“Todos los votos obtuvo quien mezcló lo útil con lo agradable, deleitando y al mismo tiempo aconsejando al lector.”)

³⁴ *Teatro*: III, XII, § VI.

un excelente medio didáctico, como lo señala al hablar de la educación de los príncipes niños.

Reglas de justicia y prudencia civil, dulcemente mezcladas con narraciones armoniosas y apacibles de algunos hechos de príncipes justos, que obrando bien consiguieron cuanto intentaban, logrando al mismo tiempo la adoración de los suyos y la admiración de los extraños, todo ingerido por sujeto cuya conversación les agrada, no como que los dirige, sino como que los divierte, le resulta en el espíritu una semilla de buena casta, de quien se puede esperar a su tiempo excelente fruto.³⁵

Poco antes ha advertido que la palabra enseñanza es desapacible a la niñez y ha recomendado, en consecuencia, “quitarle el nombre, dejando la sustancia”, es decir, lo mismo que él procura realizar en el *Teatro* y en las *Cartas*.

De este modo los diferentes temas que para variedad y amenidad de la exposición desarrolla Feijoo, convierten su obra en un agradable caleidoscopio. Extensa sería la enumeración de los mismos; pero bastaría analizar algunos de aquellos que abarcan los conceptos más opuestos, para mostrar su amplia variedad. Estos temas, que tienen a veces puntos de contacto, son, entre otros: *Lo clásico y lo popular*, *Lo trágico y lo cómico*, *Fantasías populares y verdades científicas* y *Lo antiguo y lo moderno*.

Lo clásico y lo popular

Feijoo acude con frecuencia a las citas clásicas. Éstas tienen en su obra un valor análogo al de las ilustraciones en la prensa moderna, pues al mismo tiempo que completan una noticia descansan y recrean la atención.

Los principales escritores griegos y latinos son consultados por Feijoo. De ellos recoge, algunas veces, una observación o una breve sentencia; otras, un relato convenientemente elegido. Pero su información no se limita al mundo pagano. La Biblia y los padres de la Iglesia le ilustran con sus grandes verdades.

A pesar de su admiración por lo clásico, Feijoo no se aparta de lo contemporáneo y alterna las citas de grandes hechos bíblicos, griegos o romanos, con noticias recientes de la Península o de Europa. De ese mundo relata no solamente algunos sucesos verdaderos, sino también otros que el vulgo considera tales y que sirven para los fines del discurso y la recreación del lector, como el supuesto milagro de la mujer de Oviedo que tenía su esposo en las Indias.³⁶

³⁵ *Ibidem*.

³⁶ *Teatro*: V, I, § XIV.

Feijoo se aleja por momentos de Europa y contempla la vida de Oriente. Aparecen entonces en sus páginas los pequeños navíos de Nueva Zembla, las casas de Madagascar, tan ligeras de peso que sólo cuatro hombres bastan para trasportarlas³⁷, los elefantes atrapados en los hoyos abiertos en el terreno³⁸, las extrañas comidas africanas compuestas de carne de cocodrilos, serpientes o monos³⁹ y la no menos sorprendente costumbre “de las mujeres moscovitas, que no viven contentas si sus maridos no las están apaleando cada día, aun sin darles motivo alguno”.⁴⁰

Los mundos de Oriente y Occidente se aproximan y hasta se encuentran, a veces. Así ocurre, por ejemplo, cuando Feijoo señala que la cura precautoria, denominada “comprar las viruelas”, no procede de Turquía, pues desde tiempos muy remotos se conocía ya en Gales.⁴¹

Otras veces, como en las consideraciones sobre el afecto de ciertos hombres por animales o plantas, Feijoo se trasporta de su época a la antigüedad, y el relato clásico de Andrómaca, entregada más al cuidado de los caballos que de Héctor; o el de Craso, que llora la muerte de una murena; o el de Jerjes, “locamente enamorado de un hermoso plátano”, cobra entonces un sabor tan popular como aquellos de la España o de la Europa de sus días.⁴²

Lo trágico y lo cómico

Narraciones dramáticas y aún macabras ocupan las páginas de Feijoo. El sultán Mahometo II, encolerizado por el robo de una fruta de su huerta, ordena abrir el cuerpo de catorce pajes.⁴³ Un soldado se convierte en verdugo de otro que para expiar sus delitos ha querido que le cercenara sucesivamente manos, brazos y piernas⁴⁴; y un caballero enamorado cae bañado en sangre al recibir, de la dama que lo desdeña, la herida de espada que él mismo le ha suplicado para acabar con su vida.⁴⁵

Víctimas inocentes junto a hombres atormentados por sus culpas desfilan por el *Teatro* y las *Cartas*, y el lector las contempla sorprendido como el mismo abad Rancé ante el cuerpo decapitado de la bella du-

³⁷ *Teatro*: I, III, § VIII.

³⁸ *Cartas*: IV, VII.

³⁹ *Teatro*: VI, XI, § I.

⁴⁰ *Teatro*: III, X, § II.

⁴¹ *Teatro*: V, XI, § XIV. “Esta práctica... se hacía de dos maneras: o refregando una parte del cutis contra las postillas de un virulento o haciéndose en él algunas picaduras con una aguja mojada en la materia purulenta de las postillas.”

⁴² *Teatro*: VII, XV, § III.

⁴³ *Teatro*: I, III, § IX.

⁴⁴ *Teatro*: VII, XVI, § X.

⁴⁵ *Teatro*: VII, XVI, § III.

quesa de Mombazón.⁴⁶ Pero Feijoo no busca sólo lo dramático. El buen humor le acompaña también, y esto ocurre frecuentemente.

La gracia anima sus frases y relatos. Al hablar, por ejemplo, de Jacobo Aimar, el adivino que pudo engañar a los habitantes de su pueblo, pero no a los de París, observa:

Así este hombre, que, contra la regla común, era profeta en su tierra, no pudo serlo en la ajena.⁴⁷

Al referirse a la pitonisa de Delfos, dice:

Al principio sólo ejercían aquel ministerio tiernas doncellas consagradas a Diana, hasta que un tal Equecrates, natural de Tesalia, que fue a visitar el templo de Delfos por devoción a Apolo y después repitió muchas visitas por devoción a la profetisa, logró enamorarla y robarla. Desde entonces se estableció que no se sentase en el trípode mujer alguna de menos edad que cincuenta años...⁴⁸

Pero estos toques de fina gracia no le bastan a Feijoo, puesto que conoce todo el valor del humorismo.

La chanza oportuna es el más bello condimento de la conversación... —dice en la Carta XIX del tomo IV—. Usada con el modo debido produce bellos efectos: alegra a los que habla y a los que oyen; concilia recíprocamente las voluntades; descansa el espíritu fatigado con estudios y ocupaciones serias. Por eso no sólo los éticos gentiles, más aún los cristianos, colocaron la chanza en el número de las virtudes morales. Véase Santo Tomás en la XXII, quaest. 168, art. 2, donde después de graduar a la chanza por virtud, califica la delectación que resulta de ella, no sólo útil, sino necesaria para el descanso del alma.

La expresión: "Para divertir al lector..." se repite muchas veces en la obra del ilustre benedictino, y los relatos humorísticos se suceden matizando las largas exposiciones. Ciertos chistes aparecen también reunidos en capítulos especiales. Esto le permite a Feijoo analizar algunos que con diversas variantes han llegado hasta su tiempo.⁴⁹

⁴⁶ *Teatro*: VII, XVI, § XI.

⁴⁷ *Teatro*: III, V, § III.

⁴⁸ *Teatro*: VII, XVI, § XI.

⁴⁹ *Teatro*: VI, X. También, con variantes, han llegado hasta nosotros algunos como el del francés a quien le sorprendía que hombres del Piamonte no entendiesen su lengua —cuando en París la conocían aun los niños— que nos recuerda el popular epigrama de Moratín: "Admiróse un portugués..." Las Cartas VII y VIII del tomo II reúnen "dichos y hechos graciosos" atribuidos al francés Gilles Menage.

En la misma lengua latina, frecuentada por Feijoo en sus citas, consigna también algunos dichos graciosos, como el del Discurso IV del tomo II:

*Nostra-damus, cum falsa damus, nam fallere nostrum est, et cum falsa damus, nihil nisi Nostra-damus.*⁵⁰

La similitud entre el nombre del supuesto adivino *Nostradamus* y la expresión *nostra damus* (“damos nuestras cosas”), ha permitido el efecto cómico. El juego de palabras de este dístico recuerda el que aparece en la anécdota cuyo protagonista es el usurpador del nombre del cardenal Simoneta, que fue luego condenado a la horca y obligado a llevar, pendiente del cuello, una bolsa vacía, y debajo de ella esta inscripción: *Sine moneta*.⁵¹ En el nuevo relato se confunden, pues, lo trágico y lo cómico, y se superponen a un tiempo, las dos máscaras del teatro griego.

Fantasías populares y verdades científicas

Al examinar diversas creencias muy difundidas entre el pueblo, Feijoo introduce al lector en un mundo de maravillosas fantasías, en el que cree ver a Pilatos vestido de juez, como aparece cada año sobre la montaña de Fraemont, o al buey que ha vencido al diablo junto al

⁵⁰ “Damos algo nuestro cuando algo falso damos, pues engañar es propio de nosotros; y cuando algo falso damos, nada damos, sino Nostradamo”. El dístico alude a los intérpretes antojadizos que trataban de acomodar a sus deseos las confusas y ambiguas predicciones del médico y astrólogo francés Miguel Nostradamo, cuyas “centurias proféticas... discurren desde el año 1557... hasta el de 3797, en el cual señala el fin del mundo”.

Las malas traducciones del latín son también tema de buen humor en Feijoo. En el prólogo del tomo VI, después de censurar los graves defectos de ciertos escritores, advierte que “esta gente no es totalmente inútil en el mundo, porque a muchos sirve de diversión”. Y agrega: “No hay mucho, que uno de tales escritores, alegando un pasaje latino del padre Tosca en su *Filosofía*, donde leyó estas voces: *Grassante vento*, construyó: *el viento craso*, imputando inicuaamente al viento y al padre Tosca la crasitud del propio entendimiento, por haber entendido tan ridículamente el latín. ¿No reventaría de risa el mismo Heráclito si leyese esto? ¿Qué melancolía, por terca que sea, se resistirá a las tentaciones de carcajadas que inspira tan graciosa extravagancia?” Dice luego: “De esto hay infinito en ciertos impresos modernos”, y concluye: “Déjalos, pues, amigo lector, escribir cuanto se quisieren, y huélgate con la fiesta, que los libros son como las comedias, que dan gusto o por buenas o por muy malas. Vale.” (Con el adjetivo *grassus* o *crassus* (“grueso”, “craso”), el mal traductor ha relacionado erróneamente *grassante*, participio de *grassor*, verbo intensivo de *gradior* que significa “marchar”, “adelantarse” y que pertenece al lenguaje familiar, como señala el *Dictionnaire étymologique* de Ernout y Meillet.)

⁵¹ *Teatro*: VI, III, § IX.

arroyo de Tenerenbach, o al Roldán, en el instante en que su caballo, lanzado en gigantesco salto, une las cumbres de Valdeorras.⁵²

El lector contempla también, asombrado, a las brujas que se transforman en gatos, sapos o lobos⁵³, y a Catafilo, el judío de los tiempos de Cristo que permanecerá en el mundo hasta el fin de los siglos⁵⁴; o recorre con su imaginación, mares poblados de nereidas y tritones⁵⁵ y fabulosos países habitados por pigmeos y ojancos⁵⁶; o se siente impulsado a penetrar en la caverna donde los siete hermanos de Éfeso despertaron después de un sueño de ciento cincuenta y cinco años⁵⁷ o al Purgatorio de San Patricio, que libra al alma de sus culpas.⁵⁸

El autor del *Teatro crítico* no ignora el poder de la imaginación como aliada del entendimiento, y por ello se sirve con cierta frecuencia del relato de leyendas o de alusiones semejantes a las mencionadas, e inicia alguna vez su discurso como un hermoso cuento: “Al gran reino de Cosmosia arribaron dos famosas mujeres”⁵⁹

Pero en su obra lo maravilloso no se limita al campo de la fantasía, y el lector a quien Feijoo demuestra la falsedad de ciertas creencias, comprueba también, con admiración, que otros hechos en apariencias tan inverosímiles como los refutados, son, sin embargo, verdaderos. La lectura de los discursos titulados: “Maravillas de la naturaleza” y “Lo máximo en lo mínimo”, le deparan esta sorpresa. Comienza el segundo observando:

El poder y el arte de los hombres se han hecho admirar en dos distantísimos extremos: el poder en lo más grande, el arte en lo más pequeño.

Son ejemplos de aquello, las siete maravillas del mundo; de esto, las diminutas obras en las que el artista ha logrado “introducir en poca materia mucha forma”.

Paréceme que en lugar de éstas —dice después de referirse a las gigantescas maravillas del mundo— o con preferencia a ellas, se debieran aplaudir la carroza con cuatro caballos y el gobernador de ellos, que hizo Mirmecides de marfil, tan pequeña, que todo lo cubría en sus alas una mosca; la nave del mismo Mirmecides, que ocultaba con las suyas una abeja; las hormigas de Calicrates, cuyos miembros no distinguían sino los de perspicacísima vista; la *Iliada* de Homero incluida en la cáscara de una nuez, de que hace memoria Cicerón; éstas son maravillas de la antigüedad.

⁵² *Teatro*: V, XVI, §§ I y II.

⁵³ *Teatro*: IV, IX.

⁵⁴ *Cartas*: II, XXV.

⁵⁵ *Teatro*: VI, VII.

⁵⁶ *Teatro*: IV, X y otros.

⁵⁷ *Teatro*: V, XVI, “Apéndice”.

⁵⁸ *Teatro*: VII, VI.

⁵⁹ *Teatro*: V, XI.

Finalmente, y después de mencionar otras obras análogas de los últimos siglos, advierte:

Elevemos ya esta máxima a más noble asunto.

El criador de todo... ostentó su poder y su arte con obras de una y otra clase en la producción de este universo. En todo hizo brillar su omnipotencia y su sabiduría, pero más sensible su poder en lo más grande, su arte en lo más chico.

El portentoso mundo de los astros confirma lo primero; la íntima constitución de los vivientes, lo segundo. Atentamente Feijoo examinará luego las maravillas que encierran todos los seres, grandes y pequeños.

Los hechos más prodigiosos rodean al hombre, pero éste sólo se sorprende ante lo singular. Se habla con asombro del movimiento del hierro a vista del imán —dice en el discurso titulado “Maravillas de la naturaleza”— pero si todos los minerales, exceptuando ese que llamamos *pedra imán*, tuviesen virtud para mover el hierro hacia sí, nadie admiraría aquella virtud en los demás; antes se admiraría en la piedra imán la falta de ella.

Al escuchar estas y otras reflexiones de Feijoo, el lector, que ha desechado ya de su mente las fantasías populares, queda ahora deslumbrado ante las maravillas de la naturaleza, reveladas por la ciencia, y las cosas de todos los días se vuelven para él nuevas y misteriosas, cuando el docto benedictino le muestra la diminuta simiente en cuyo seno se encierran la raíz y el tallo, que nacerán animados de movimientos tan opuestos⁶⁰; o cuando le pregunta de qué modo el agua, siendo más pesada que el aire, asciende trasformada en vapor⁶¹; o le recuerda que “cada hombre, cada animal, cada planta tiene dentro de sí un influjo y reflujo continuado, no menos admirable que el del océano”.⁶²

Lo antiguo y lo moderno

En otros discursos, que versan sobre diferentes temas, Feijoo expresa también su asombro frente a los prodigios de la naturaleza. Las observaciones son generalmente breves, y aumentan la variedad de cada exposición. A la misma semilla, por ejemplo, se ha referido antes en la “Resurrección de las artes y apología de los antiguos”.

Si se me preguntase —manifiesta en el párrafo XXVI— cuál es lo más grande de cuanto hay en el mundo sublunar y visible, respondería que lo más grande es lo más pequeño. Dígolo por las semillas. Estos átomos de cantidad son monte de virtud.

⁶⁰ *Teatro*: VI, VI, § 9.

⁶¹ *Teatro*: VI, VI, § 10.

⁶² *Teatro*: VI, VI, § 10.

En el nuevo discurso, Feijoo se propone demostrar que el ingenio de los antiguos no fue inferior al de los modernos y que éstos muchas veces se jactan de ser inventores de lo que idearon justamente aquéllos. Para lograr su fin, el distinguido polígrafo examina aspectos de la filosofía antigua y de la moderna, de la medicina, anatomía, química, física, ingeniería, cosmografía, matemáticas y música, y se extiende en consideraciones sobre los principales inventos y aun sobre las artes destinadas a la diversión, como la volatinería y los juegos de mano, que son muy antiguos pues los “griegos y los romanos las practicaron con igual o mayor primor...”

Un propósito similar al expresado en este discurso le guía al escribir el quinto del tomo siguiente, que publica bajo el curioso título de “Maquiavelismo de los antiguos”, y en el que demuestra con oportunos ejemplos que: “Las máximas de la política tirana son tan ancianas entre los hombres como la dominación”, y que por lo mismo: “El maquiavelismo debe su primera existencia a los más antiguos príncipes del mundo y a Maquiavelo sólo el nombre”.

Tan interesante, como el tema mismo de la vinculación de la antigüedad con los tiempos modernos, es la exposición de Feijoo en estos discursos y en otros, y en cartas como la que trata sobre el “Origen de la costumbre de brindar”. Pero la lectura de la obra del ilustre monje, dos siglos después de su aparición, nos permite no sólo admirar los estrechos lazos que unen aquellos dos mundos, sino también relacionar su siglo con el nuestro, por medio de hechos, costumbres, dichos populares y aun simples vocablos consignados en el *Teatro* y en las *Cartas*.

Sorprende, por ejemplo, comprobar la perduración de ciertas expresiones como aquella de que el mejor médico es el “que sin cesar amontona medicamentos sobre medicamentos”, o que el médico “receta mucho, por ser amigo del boticario”⁶³, y suele, además, “encarecer desde los principios, ya con palabras, ya con visajes, la enfermedad como muy grave, aunque sea levísima”⁶⁴, que se repiten aún, si bien generalmente con intención humorística y no de crítica verdadera.

Sus observaciones sobre el engaño que padecen quienes compran libros que no son buenos ni extensos, sino en apariencia, o que confían en que el contenido de la obra ha de corresponder a su título, generalmente curioso y llamativo⁶⁵, recuerdan análogas críticas formuladas hoy, ante hechos semejantes.

La censura del ilustre polígrafo sobre los procedimientos ilegales que se empleaban entonces para obtener la confesión de un acusado, obliga también a pensar en ciertas prácticas, no desconocidas por des-

⁶³ *Teatro*: I, V, § IX.

⁶⁴ *Teatro*: I, V, “Adición”.

⁶⁵ *Teatro*: IV, XI, § VI.

gracia en nuestro tiempo. Feijoo recuerda, a propósito, que el jesuita alemán Federico Spee declaraba “que ninguna de tantas personas como había acompañado al suplicio por crimen de magia lo había cometido realmente”, y que todo el mal de éstas procedía de que, cediendo a la fuerza de los tormentos, se reconocían culpables de un delito no cometido, y “después persistían en la confesión por el terror pánico de ser puestas de nuevo en la tortura”. El padre Spee, continúa Feijoo, “movido de caridad y compasión” compuso un libro “a fin de hacer más cautos y menos crédulos a los jueces en aquella especie de delitos, y librar del suplicio a los que en adelante fuesen injustamente acusados de haber incidido en ellos”.⁶⁶

Entre los grandes inventos de la antigüedad, el autor del *Teatro crítico* admira particularmente la taquigrafía, “la cual se perdió, dice, y no atinó hasta ahora a resucitarla el ingenio de los modernos”.⁶⁷ Al escribir estas palabras Feijoo no imaginaba, quizás, que poco tiempo después toda Europa volvería a conocer la vieja técnica, cuyo empleo se difundiría rápidamente.

Como aquella invención, se ha generalizado también hoy el uso de ciertos términos poco conocidos en su época. En el Discurso III del tomo VI, al mencionar un folleto, cuyo título nos sorprende por su extensión de casi sesenta palabras, considera necesario aclarar el significado del vocablo, y dice:

Poco ha salió a luz uno de estos impresos enanos, a quienes damos el nombre de folletos...⁶⁸

Feijoo no emplea, en cambio, otras palabras, como “microbio”⁶⁹, que aparecerá por primera vez a fines del siglo siguiente, y habla sólo de *minutísimos animales*⁷⁰ o de *gusanos*⁷¹, o simplemente de *insectos*, como se denomina en su época “a todos aquellos animales que carecen de huesos y de sangre”.⁷²

A un lector del siglo xx, tan familiarizado con el término microbio, no dejan de hacer sonreír estas denominaciones de Feijoo. Con una

⁶⁶ *Teatro*: IV, IX, “Adición”.

⁶⁷ *Teatro*: IV, XII, § XXVI.

⁶⁸ Su título es: *Breve relación, en que se refiere la vida del falso Nuncio de Portugal Alonso Pérez de Saavedra, y el modo que tuvo para introducir en aquel reino pío escribió a instancias del Eminentísimo señor don Gaspar de Quiroga, arzobispo de Toledo, cardenal de la Santa Iglesia de Roma, con su mano izquierda, después que le cortaron la derecha.*

⁶⁹ En Feijoo aparece, en cambio, “macrobio”, compuesto similar con el que se designa a los “hombres de larga vida” (*Teatro*: I, VII, § II).

⁷⁰ *Teatro*: VII, I, § 19.

⁷¹ *Teatro*: VII, I, § 32.

⁷² *Teatro*: V, IX, § 33.

sonrisa, asiste también al relato de ciertos hechos que los contemporáneos del distinguido polígrafo consideraban verdaderos, y que él mismo se sentía inclinado a aceptar, como el del gallo que picó a un hombre mientras reñía y le causó hidrofobia⁷³, o el de aquel joven, que “en un exceso de cólera, mordiéndose el dedo segundo de la mano, se envenenó del mismo modo que si se lo hubiese mordido un perro rabioso”.⁷⁴

Esta curiosa documentación de creencias, costumbres y expresiones, que ofrece la obra del docto benedictino y que permite establecer un paralelo entre su época y la actual, como queda brevemente esbozado, confieren hoy a la misma un nuevo valor que se suma a los reconocidos, con justicia, desde los lejanos días de su primera publicación.

ELSO D. DI BERNARDO

Buenos Aires, abril de 1964

⁷³ *Teatro*: II, II, § VIII.

⁷⁴ En su obra *Las ideas biológicas del padre Feijoo*, GREGORIO MARAÑÓN enumera los principales errores referentes a las ciencias naturales en los que incurre el ilustre polígrafo, y advierte que “en su mayoría pasaron inadvertidos a la celosa crítica de sus detractores, lo cual demuestra que eran errores comunes”. Señala Marañón que muchos de ellos se apoyaban en grandes autoridades de la época y que fueron citados por el conde de Laborde en *Itineraire descriptif de l'Espagne*. “Entre los críticos de su patria y de su época, agrega, el que con mayor objetividad le hizo ver algunos de estos errores fue Mañer.” Para el conocimiento de otros errores, Marañón remite a la obra de Foronda titulada: *Necesidad de enmendar los errores físicos, químicos y matemáticos de las obras de Feijoo* (cap. IV, N^o 3).

FEIJOO Y EL ENCICLOPEDISMO

“Maestro de ignorantes”

SERÍA imposible negar a Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro el primer puesto entre los espíritus esclarecidos que quisieron incorporar España al movimiento de las ideas y civilización del resto de Europa en el siglo XVIII.

“Espíritu europeo” en la más universal acepción, prodigiosa capacidad de trabajo, asimilación y comprensión, toda la vida del sabio transcurrió en el estudio y en el quehacer intelectual hasta que esa misma pasión —nunca saciada— debilitó y consumió su excepcional naturaleza venciendo su vida.

Legítimos valores menguarían si, a la zaga de alguna opinión apasionada, afirmáramos con despiada seguridad que, desaparecido hoy todo eso que el padre Feijoo combatió: prejuicios, supersticiones, falsos milagros, corruptelas, “errores comunes”, etcétera, “desaparece también su obra para nuestro interés, aunque no para nuestra curiosidad histórica”¹; y sería despiadada afirmación ésta porque la obra del benedictino —maguer se sepulte en espesa hojarasca no imposible de segar—, relumbra hoy con más brillo a la luz clara de dos siglos de distancia, perspectiva temporal suficiente para que la densidad y envergadura de la misma subrayen sus valores impercederos.

Si no hubo originalidad en lo que dijo, la hubo, sí, en el momento en que lo dijo, porque era entonces original y grande “oponer la cultura a la ignorancia; el estudio, a la pereza intelectual; el libre examen a la rutina y a la superstición; lo que la razón enseña como verdad, a lo que la misma razón condena como error”²; y si no fue metódico, ordenado ni disciplinado, si fue un propagandista, un periodista, un

¹ CÉSAR BARJA: *Libros y autores modernos*, p. 20. Madrid. Sucesores de Rivadeneira S.A. 1923.

² CÉSAR BARJA: obra citada, p. 20.

divulgador de ideas, ¿acaso el afán enciclopedista y universal del siglo no fue, también, un poco todo eso: ansia de abarcar todo, de decirlo todo, de aprender todo y no detenerse rigurosamente en nada con el único fin de sacudir cierta inercia aletargada y subyacente en el espíritu del hombre?

Se dijo de él que fue un “rebelde”. No posee, ciertamente, un sistema de ideas, ni un pensamiento filosófico. Pero fue un demolidor de falsas ideas y de duros sistemas que cerraban y entorpecían la libre expansión de las mismas.

La actitud negativa de sostener que no fue un inventor, ni un filósofo, ni un sabio, no resta mérito a su fecundísima obra porque el benedictino fue, ante todo, un “maestro de ignorantes”.

Cuando Feijoo comenzó su carrera de escritor (ya había cumplido cincuenta años) asumió desde el principio una declarada actitud de hostilidad contra el oscurantismo de la mayor parte del siglo XVIII español. Representa en la cima más alta la inteligencia, la razón, el libre examen, la independencia contra el aletargamiento, la ignorancia y la rutina dominantes.

Tal vez no nos interese saber qué fue lo que combatió, qué sistemas, sino cómo y con qué armas. Su esfuerzo adquiere, entonces, proporciones inusitadas si pensamos que, sobre los umbrales de la futura Ilustración, el padre Feijoo debía sacudir y estremecer todavía la impertérrita mole secular de la escolástica del medioevo.

Feijoo frente a la problemática de la España del siglo XVIII

“La actualidad de Feijoo —ha dicho Arturo Ardao— proviene de su relación con ciertas constantes seculares de España y sus problemas.”³

Intuimos que estas “constantes” entrañan el enigma irrevelable que significó el aislamiento peninsular del resto del mundo europeo. Ignoramos por qué extraño designio la península marchó siempre, o casi siempre, un tanto desnivelada de la marcha del proceso evolutivo continental. La vuelta a grandes momentos histórico-culturales jalonarían etapas de este jaez; una suerte de encasillamiento sólo privativo del espíritu español; el mismo aislamiento que poco más de un siglo después habría de dolerle a Unamuno y a los de su generación cuando hablaran de la urgente y necesaria “europeización” de España.

El desmembramiento que los hombres del 98 señalaron y que, además, constituía una de las causantes de la decadencia española sumada a un largo proceso de descomposición interna, fue el mismo que también le “dolía” —para usar una expresión unamunesca— a Benito Feijoo.

³ ARTURO ARDAO: *La filosofía polémica de Feijoo*. Buenos Aires. Losada S.A. 1962.

Coincidencia y no casualidad. Mirada visionaria de un hombre, primero, y de una generación, después, que reconocería en el benedictino al más alto exponente de la cultura del siglo XVIII; legítimo antecesor de un planteamiento esencial, tópico de su problemática, como lo serían, luego, actitudes menores nunca imitativas ni remedos de modas pasajeras sino convicciones profundas de un espíritu atalayado en los más severos principios de la ciencia.

Si el planteo de la decadencia española lo hiciéramos arrancar de un punto exacto seguramente elegiríamos la figura del padre Feijoo para cerrarla en la filosófica de Ortega y así entender siglo y medio de predecadentismo que no podía escapar a los inquisidores ojos de los hombres de fines del siglo XIX.

No fue originalidad que una mente clara como la de Unamuno se planteara esta problemática y sus posibles causas; ya el benedictino se la había planteado y la había entroncado, precisamente, en ese divorcio inexplicable que España mantuvo siempre con el espíritu de la Europa moderna.

Un mismo hálito de rebeldía y de fiero sacudimiento estremecerían al monje de Oviedo y al catedrático de Salamanca aunados en el común afán por enervar la conciencia española del aplastamiento que la adormecía.

¿Qué combatió el Padre Feijoo?

Entre las muchas cosas una con encarnizado afán: la superchería populachera. Sus armas: la razón y la ciencia experimental. Luchó contra el "error" para entronizar la "verdad".

"Toda la historia del progreso humano —dice Marañón— se puede reducir a la de la lucha de la ciencia contra la superstición."⁴ Y en seguida un nuevo peligro: la caída en la "superstición de la ciencia".

En esta enconada lucha se debatió el padre Feijoo contra el paupérrimo estado espiritual de España en la centuria del XVIII.

Desde el reinado de Carlos II hasta comienzos del de Fernando VI todo hace suponer la lamentable desazón que debió sentir el monje gallego ante una sociedad crédula hasta la necedad e ignorante hasta las más disparatadas fantasías. Mucha tinta ha corrido sobre esto. Mas no faltó pluma poseída de incomprensible fanatismo que considerara exagerada la pintura hecha por Feijoo.

El gran crítico de Santander, don Marcelino Menéndez y Pelayo, en su *Historia de los heterodoxos españoles* combatió con energía la

⁴ GREGORIO MARAÑÓN: *Las ideas biológicas del padre Feijoo*, 4ª ed., p. 11, Madrid, Espasa-Calpe S.A., 1962.

realidad de la decadencia española señalada por el autor del *Teatro crítico universal*.

Ni Feijoo está solo —decía— ni los resultados de su crítica son tan hondos como suele creerse, ni estaba España cuando él apareció en el misérrimo estado de ignorancia, barbarie y fanatismo que tanto se pondera.

Pero unos pocos nombres, como los señalados por el santanderino, no bastan para hacer el coeficiente medio del nivel cultural de un pueblo. De su primitivo juicio se rectificó más tarde en *Historia de las ideas estéticas en España*.

Podía Menéndez y Pelayo hablar así en una época en que no había alcanzado la ecuanimidad y serenidad de sus años medios y últimos. Profundamente católico y con mucho de teología no podía decir sino lo que entonces dijo, aunque luego se rectificara en tributo a la verdad. Más benevolente y justo fue su juicio posterior.

El ánimo —dice— descansa al pasar de estas disquisiciones tan ingeniosas, pero tan baldías a la esfera de luz y de libertad filosófica en que bizarramente se mueve el poderoso y analizador entendimiento del padre Feijoo, varón en quien la Providencia quiso juntar las más variadas aptitudes... y la más inextinguible sed de ciencia y de doctrina, para que fuese luz y oráculo de su siglo y acabara de romper de todo punto la barrera de incomunicación que la intolerancia escolástica había ido levantando entre la ciencia, cada día más petrificada, de nuestras aulas y la ciencia extranjera...⁵

¿Cuál es la verdad de todo esto? Menéndez y Pelayo debió sentir verdadero estremecimiento frente al demoledor embate del padre Feijoo contra el cúmulo de supercherías y milagros; no porque la pulverización cruel de éstos, en tributo al buen entendimiento, moviera el sólido andamiaje conservador y tradicionalista de su espíritu, sino porque debió sentir el enfrentamiento de dos mundos de ideas siempre en pugna en España: el de la España católica, tradicional y escolástica, y el de la España liberal, moderna y un tanto aristotélica.

Y sacudir a España de su peso escolástico no debía ser juego fácil y capaz de realizarse sin gustar el sabor de todos los ataques y de las más encontradas reacciones.

Que el cuadro era desolador en el sentido de las ideas modernas y que ésta permanecía chata e indiferente en relación a la marcha de los otros países de Europa lo demuestra la expresión clamorosa de

⁵ MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO: *Historia de las ideas estéticas en España*, 2ª ed., t. V, cap. I, p. 10. Madrid. Sucesores de Rivadeneyra. 1903.

Feijoo: “Menos teología y más ciencias naturales”, ¡él, que era un religioso y un teólogo..!

Como sucedería un siglo y medio después:

...faltaba en el alma de los españoles la conciencia de un posible destino histórico y la firme voluntad de adquirir un nivel estimable y una fecundidad eficiente entre los pueblos que con su concierto y su desconcierto deciden la historia universal.⁶

Este ambiente de aplastamiento y de inercia, esa “calma zaragatera e inconsistente” fue la misma que —en más elevada potencia— debió agobiar al espíritu del buen benedictino desubicado y visionario en medio de la “abulia” que sentiría Ganivet, del “marasmo” que angustiaría a Unamuno, de la depresión de la vida que intuía *Azorín*, de la tristeza enorme que dolía a Machado, porque el paralelismo no es difícil establecerlo:

...el problema más hondo de la España ochocentista fue la irreductible discrepancia entre unos ardorosos tradicionalistas que no saben ser actuales y unos progresistas fervientes que no aciertan a hacerse españoles...⁷

Nutrido el monje de Oviedo en las lecturas más recientes, en la observación de los últimos adelantos de la ciencia, en la marcha ascendente de los demás países europeos, en el ensayo, el relato histórico, el libro filosófico, debió tomar inmediato contacto con la Europa moderna tan distinta del panorama de chatura y mediocridad que le ofrecía su patria; y descubrir así “la deslumbradora y terrible aventura hacia la total secularización de la vida”, que desde el siglo xvii había emprendido el hombre europeo.

La lectura de aquellos avances de la ciencia, de la filosofía, de la historia, de todos los aspectos abarcables en el ámbito intelectual afinaron y sensibilizaron su espíritu ante la “estremecedora gigantomaquia de la Europa moderna en torno a la autarquía del espíritu humano”, para decirlo con palabras de Laín Entralgo.

¿Qué podían decirle al sabio benedictino aquellos compatriotas suyos, indiferentes y crédulos hasta lo risible, y a quienes primero había que despojar de sus torpes vestiduras para luego iniciarlos en el camino recto de la verdad?

Frente a la dura caparazón que era necesario destruir y a la poderosa mole que había que levantar, la obra de Feijoo toma, por debajo de su conmovedora fe en los principios de la razón y de la ciencia

⁶ PEDRO LAÍN ENTRALGO: *La generación del 98*, 2ª ed., p. 48. Buenos Aires. Espasa-Calpe S.A., 1948.

⁷ PEDRO LAÍN ENTRALGO: obra citada.

experimental, el tono desgarrante y amargo de un clamor angustioso y desesperado.

No importa que luego esa misma razón defraudara para resolver el enigma del hombre; no importa que se desplazara más tarde el centro de su omnipotencia y poderío al centro vital del espíritu, lo que importa es que *racionalistas* a la manera de Feijoo o *vitalistas*, a la manera de los hombres del siglo XIX, todos padecen de una misma aspiración: el hombre puede bastarse a sí mismo en la tarea de hacer su propia vida.

“La pintura de Feijoo sobre el atraso español —dice Marañón— no está deformada por él con intenciones egoístas...”⁸ No era, pues, “exageración antipatriótica” hablar de la “oscuridad de la ciencia en los tiempos feijoonianos”.

En un país donde imperaban todavía la teología y la escolástica, la moral y la expositiva, era difícil que se realizara tal aprendizaje sin sufrir la presión de actitudes hostiles. Las cartas de Feijoo son el mejor testimonio de esta desolada visión española.

Como todo lo que presupone renovación, la figura del padre benedictino (sin mengua de su talla cultural) se la comparó a las de Voltaire o Diderot. Nada más lejos de todo esto. No había en él tal volterianismo, por cuanto aquél “era un rebelde”, según Marañón, ni con este Diderot “errabundo, incrédulo y lleno de pasiones aventureras”, que nada tenían que ver con el espíritu reposado del padre Feijoo.

Hay sólo, sí, paralelismo de época. Ya se ha disipado el mito Voltaire-Feijoo. Pero su fe en el poder de la ciencia experimental y de la razón ¿no haría temblar alguna vez los cimientos de su ortodoxia?

Feijoo libra su batalla

Para entronizar verdades era preciso destruir errores. Y los más hondos e incommovibles son los que se nutren en la fe descartando toda posibilidad de análisis: los milagros.

El padre Feijoo los atacó con denodada fantasía, armado de razón y ciencia experimental. Tarea hartamente dura como para que no saliera muchas veces tullido y maltrecho. No era poca quirotada pretender mover los cimientos de un sistema de milagros perfectamente montado en un pueblo que —por ignorancia o comodidad— creía o simulaba creer en la falacia semioficial de los milagros supuestos.

Pero Feijoo era un clérigo, un religioso y un teólogo. Una estocada al corazón de un milagro significaba resentir el andamiaje de los que le seguían en zaga. Entonces comienza su ambivalente actitud y no vemos claro a la luz de sus razonamientos la “intangibile fe” que se le

⁸ GREGORIO MARAÑÓN: *Las ideas biológicas del padre Feijoo*, obra citada, p. 36.

atribuye; mas, sí, la profunda convicción en sus principios y la duda en muchas creencias.

Los milagros verdaderos —dice el padre Feijoo en “Milagros supuestos”— son la más fuerte comprobación de la verdad de nuestra santa fe; pero los milagros fingidos sirven de pretexto a los infieles para no creer en los verdaderos.⁹

¿Cómo establecer las fronteras que separan el milagro verdadero del fingido?

No creer en milagro alguno —continúa el monje gallego— fuera de los que constan de la Sagrada Escritura es *reprehensible dureza*; creer todos los que le acreditan el rumor del vulgo es liviandad demasiada...¹⁰

Grande debió ser la lucha entre la razón y la fe en el benedictino si no intuyéramos el peso de una sobre otra. Cuando el padre Feijoo, destructor de milagrerías, se queja en el mismo artículo del abad de Comanville, que al escribir un *Martirologio romano*, en cuatro tomos, no hizo constar más milagros que los que traen las Santas Escrituras, estamos de nuevo en la fluctuante oscilación que en este punto controvertido asomara en su obra tan recia y enérgica en otros aspectos.

Deducimos otras razones. Feijoo actúa en una época en que si bien el poder del Santo Oficio no tenía ya la imperiosa fuerza de un siglo antes, estaba, en cambio, todavía, en vigencia y sus aletazos alcanzaban aún como para crear en cualquier religioso situaciones comprometidas y sospechosas. Había que salvar, por lo menos, las creencias aceptadas oficialmente por la Iglesia.

No es laudable —exclamaba el buen monje— ni al cuerpo místico de la iglesia puede ser útil tan severa parsimonia. Dice San Agustín, y debemos creerlo así, que no sólo se hicieron milagros para que creyese el mundo, se hacen también después que cree.¹¹

En seguida el padre Feijoo anota sus reservas ortodoxas: “En todos los tiempos hubo algo de este abuso en la Iglesia.”

¿Creía realmente el teólogo de Oviedo en el milagro verdadero? Nunca nos dijo cómo probarlo. Sus explicaciones son en este punto vagas y ambiguas.

⁹ BENITO FEIJOO: “Milagros supuestos”, en *Obras escogidas del padre Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro*, t. 56, § 1, p. 112. Madrid. Biblioteca de Autores Españoles, 1914.

¹⁰ “Milagros supuestos”, obra citada, § 1, p. 112.

¹¹ “Milagros supuestos”, obra citada, § 2, p. 112.

La progenie de la milagrería es espesa y enreda. Al vulgo le echa el peso de esta responsabilidad. Él es:

...la patria de estas quimeras. No hay monstruo que en el caos confuso de sus ideas no halle semilla para nacer y alimento para durar. El sueño de un individuo fácilmente se hace delirio de toda una región. Sobre el eco de una voz mal entendida se fabrica en breve tiempo una historia portentosa.¹²

Tal debió ser la razón que sobre la poderosa razón de la inteligencia debió moverlo a comprobar por sus medios y por vía experimental el origen de “muchas fantasías” posibles de convertirse en milagros futuros.

Un ejemplo de cómo un hecho ordinario, sin nada de milagroso, puede transformarse por obra del tiempo y de la credulidad en cuento y fábula es la del perro Ganelón contada por el mismo Feijoo en “Milagros supuestos”.

Ardua debió ser la lucha para bajar de sus pedestales muchos “milagros verdaderos”. ¿Hasta dónde el ilustrado clérigo pudo destruir con el arma de la razón y del buen sentido tal cúmulo de leyendas sin comprometer su fe? ¿No habría quedado en el fondo de su espíritu una amable y socarrona sonrisa por otros milagros virtualmente aceptados por la Iglesia y rechazados en el fondo por su conciencia sin hablar más de ellos? ¿Aceptó el “milagro verdadero” de buena fe? ¿No se le habría desvanecido también a la luz de su razón meridiana?

Mucho se ha hablado sobre la ortodoxia del benedictino y sin entrar en polémica lo que importa destacar no es la mayor o menor fe de su convicción religiosa sino la lucha, el embate constante que él, como ningún otro, debió entablar entre los postulados de la razón y de la ciencia experimental, y los que le llegaban por vía teológica y tradicional. Aquí, entonces, sí se ve al inquieto espíritu del padre Feijoo aceptar —no sin un dejo de credulidad socarrona— verdades que, sin duda, se estremecían en el fondo de su clarividente espíritu y de su lúcida inteligencia.

Confieso que no puedo tolerar que a expensas de la piedad se haga capa al embuste —decía—. No tiene bien asentada la fe quien piensa que las verdades divinas necesitan del socorro de invenciones humanas.¹³

Pero no se trata del “socorro de invenciones humanas” sino de demostrar la autenticidad del milagro verdadero. La argumentación es tan magra, entonces, que bien hace sonreír.

Cualquiera fábula portentosa que se derrame en el vulgo halla presto patronos, aún fuera de los vulgares, debajo del pretexto que se debe dejar al pueblo la

¹² BENITO FEIJOO: “Milagros supuestos”, obra citada, § 2.

¹³ BENITO FEIJOO: “Milagros supuestos”, obra citada, § IV, p. 114.

buena fe. Eso sólo debe tener cabimiento cuando no se pueda aclarar la verdad porque *en caso de duda se debe amparar la posesión*; ...siempre *me alistaré de parte de la multitud* cuando se funde sólo en falibles conjeturas la opinión de un particular, pero habiendo pruebas constantes contra el común asenso, *degenera de racional* quien no se rinde, porque contra la verdad no hay prescripción.¹⁴

Arma sutilísima y peligrosa que el padre Feijoo supo emplear con la dialéctica de su hábil y clarificada mente.

En "Duendes y espíritus familiares" leemos una argumentación sobre la posible negación de los juguetones duendes que nos hace sonreír, no sabemos si por el juego inocente y pueril, o porque el buen monje, sagaz y astuto, se nos escapa con la sonrisa burlona de otro duendecillo chispeante y juguetón.

¿Cómo se arregla la Iglesia para pulverizar la creencia en los duendes, patraña de ignorantes y mentecatos? Si la Iglesia usa de "exorcismos contra los duendes" es, entonces, "porque los hay".

Respondo, lo primero (se refiere a los exorcismos del ritual romano) que entre los exorcismos de que usa la Iglesia (lo mismo digo de todos los demás ritos) hay unos meramente aprobados, otros meramente permitidos...¹⁵

Y al final de este sabroso párrafo:

Por conclusión advierto aquí lo mismo que advertí al fin del discurso primero, que *yo no profiero sentencia definitiva y general que sea incapaz de toda excepción*; sólo pretendo hacer más cauteloso el común de los hombres para que no preste con facilidad asenso a rumores vanos. *Lo que puedo asegurar es que todos los cuentos de duendes a que yo me hallé con proporción para averiguar la verdad los hallé falsos...*¹⁶

¡Dos siglos de Santo Oficio debían gravitar sobre el espíritu más incólume!

Racionalismo y fe

La demolición crítica del padre Feijoo "cuya inextinguible sed de ciencia y de doctrina" lo convirtieron en puntal del siglo XVIII, comenzó sobre los "errores comunes"; comunes a letrados e iletrados, cultos e ignorantes. Su "razón" fue preferentemente contra un blanco: aulas, claustros, conventos, academias.

¹⁴ BENITO FEIJOO: "Milagros supuestos", obra citada, § IV, p. 114.

¹⁵ BENITO FEIJOO: *Teatro crítico universal*, t. II, p. 22, "Duendes y espíritus familiares". Madrid. Clásicos Castellanos, 1924.

¹⁶ BENITO FEIJOO: *Teatro crítico universal*, obra citada, t. II, p. 23.

La razón es el “árbitro personal e inapelable” de toda la filosofía feijooniana. Así arremete contra el principio de “autoridad”, sea quien fuere, en tanto la suprema razón o buen entendimiento no nos diga otra cosa.

Pi y Margall, racionalista, intuyó bien la actitud dual de Feijoo. No podían sorprenderle tanto al ilustre Marañón las palabras del crítico. En punto a establecer el justo equilibrio entre la crítica del benedictino y el resbaladizo problema del milagro dice el autor de *El diario íntimo de Amiel*:

...Feijoo pudo abordar el problema con tal lealtad para su fe y tal copia de sabiduría y buen tino, que sólo algunos espíritus mezquinos y envidiosos pudieron sospecharle de heterodoxia... A mí no me parece que en el espíritu de Feijoo cupiera nunca el germen de una duda religiosa.¹⁷

Sin embargo, leyendo y releendo al monje gallego, intuimos de qué manera el análisis racionalista perturbó inquietantemente su fe.

Lo que de mí puedo asegurar —decía— es que después de la gracia divina, el arma más valiente que siempre he tenido para vencer todas aquellas dificultades que la razón natural propone contra los misterios de la fe ha sido *el conocimiento de mi ignorancia de las cosas naturales*...

Estas expresiones de Feijoo están anunciando en España —como bien lo señala Ardao—, “sin serlo todavía la crisis de la fe, como fenómeno típico del siglo XVIII, activa desde principios de éste en Inglaterra y Francia.”

Por debajo de la pesada mole de sus razonamientos adivinamos la tremenda lucha que debió sostener para conciliar —magramente— el Evangelio “piscina probática de los milagros católicos” y la portentosa crítica de su razón.

Su más honda preocupación fue reducir, en lo posible, el campo de lo sobrenatural a lo natural. Monje y teólogo comenzó por delimitar ambos terrenos y aquí sufrió los peores ataques. Feijoo representa en este punto el paso de la conciencia del medioevo a la conciencia moderna por medio de la razón, la experiencia y la naturaleza. La razón seguirá guiando siempre el buen sentido del benedictino:

...ni esclavo de Aristóteles ni aliado de sus enemigos, escucharé siempre con preferencia a toda autoridad privada lo que me dictaren la experiencia y la razón.

Dividió a la filosofía en sistemática y experimental. Consideró ilegítima a la primera y legítima a la segunda. Por el camino de lo expe-

¹⁷ GREGORIO MARAÑÓN: *Las ideas biológicas del padre Feijoo*, obra citada, p. 69.

rimental pudo determinar la causa y la razón de muchos “milagros” con apariencia de sobrenatural, aunque no siempre pudiera destruir totalmente la creencia y la tradición. El mejor ejemplo es el de la campana de Velilla.

Feijoo, antes de definirse como *empirista* se definió como *experimentalista*. Su rechazo de la filosofía sistemática era en el fondo el rechazo del conocimiento apriorístico; por eso soñaba con la instauración de una academia científica en España a semejanza de las que admiraba en Francia e Inglaterra.

El oscilante dualismo que esgrimió en sus relaciones con el cartesianismo cobró por momentos la actitud de una defensa cartesiana (virtualmente excluible por su condición de clérigo) contra el ataque a los escolásticos que, precisamente, vulneraban al filósofo francés.

Sin embargo, el sabio benedictino no perdió de vista su ubicación dentro del pensamiento filosófico como religioso; y si muchas veces no convence su argumentación en la medida exigible, no podríamos negar la sinceridad de sus exposiciones y polémicas porque el monje gallego fue ante todo un espíritu y una mente modernos que no podían conciliar ya ni soportar el pesado andamiaje de un sistema tradicional que se derrumbaba ante el avance de la ciencia experimental.

Con todas sus reservas teológicas apuntó el padre Feijoo los “desvíos heterodoxos” de Descartes, señalando el peligro de su sistema porque el padre de la filosofía moderna comprometía, en este punto, los dogmas cristianos, no tanto por sus declaraciones directas, como por “las consecuencias que envuelve su doctrina”. De esta manera, “cubría el benedictino sin necesidad de disimular nada el flanco de su ortodoxia”.¹⁸

Trascendencia de Feijoo

Feijoo es una figura que proyecta sus rayos en un punto equidistante en el que, hacia atrás y a sus lados, se levanta la Ilustración ochocentista, y, hacia adelante, la visionaria década del noventa y ocho.

Apoyado y respaldado por la orden benedictina contó, además, con la colaboración de los espíritus más esclarecidos de su época.

Feijoo no fue un escritor en el sentido moderno; no es ni medianamente disciplinado. Es un periodista agudo, habilísimo, apasionado, ardiente; el primer fanático de su propia obra y un expositor ameno, muchas veces enredado por la misma profusión de sus ideas, pero siempre sincero y fiel a sus principios.

¹⁸ ARTURO ARDAO: obra citada.

Sin embargo, si no fue un pensador fue un expositor de ideas; si no fue un filósofo (aunque la filosofía asomara en toda su obra) combatió como un apóstol de la fe... en la razón. Su oscuridad y aparente divagación se originan en la misma frondosidad del campo o de los campos que pretendió abarcar: filosofía, matemáticas, ciencias naturales, teología, medicina, arte, literatura, etcétera.

Tal erudición le entronca con el afán enciclopedista de la época; afán peligroso que comprometió, en no pocas ocasiones, la seriedad de los mismos que la practicaron y que, en el caso del padre Feijoo, si no impidió totalmente su caída en terrenos resbaladizos, se salvó por su independencia de carácter y porque nada se le impuso desde afuera sino desde dentro como resultante lógica y natural de su empirismo y de su "ver para creer", de su explicación a todo lo inexplicable por la razón que le emparentaba, sin proponérselo, al cartesianismo del siglo xvii.

Si su actitud filosófica —expresada a través de toda su obra— carece del rigor doctrinario de un sistema filosófico, queda en alto el valor e interés histórico de su obra.

Fue Feijoo "el padre de la Ilustración española ya que no su representante" como suele sostenerse. Tuvo con ella "contactos superficiales" muy al final de su obra y de su larga vida.

Si el sabio benedictino no apareció como un "afrancesado" en el sentido que tomó luego el vocablo fue, en cambio, el punto de arranque del futuro afrancesamiento. De aquí sus constantes con la Ilustración europea, su vinculación con el iluminismo del siglo xvii, su entroncamiento con el racionalismo, en donde, no pocas veces, se estremeció su fe. El poder de su razón le permitió realizar una especie de revisión crítica de su época, un enjuiciamiento censor y acre de su España y un siempre desesperado afán por deshacer el mito histriónico de la populachería y de las creencias vulgares.

Si algún antecedente legítimo hubiera de reconocer el enjuiciamiento histórico más demoledor que conoció España en la actitud criticista de los hombres del noventa y ocho, ése sería, sin duda, el del ilustre benedictino que, a dos siglos de distancia, sigue proyectando todavía sus luces sobre las sombras de una España que clama por su resurgimiento.

RAQUEL SAJÓN de CUELLO

La Plata, mayo de 1964.

SENTIDO DE LA POLÉMICA EN EL QUEHACER INTELLECTUAL DEL PADRE FEIJOO

Espectador de íntima controversia

BENITO JERÓNIMO FEIJOO Y MONTENEGRO cumple catorce años cuando, en 1690, ingresa en el monasterio benedictino de San Julián de Samos. Desde entonces —y durante treinta y cinco años—, se adiestra en todas las sutilezas del orden escolástico por la doble vía de la tradición aristotélica y de la formación teológica, sin dejar de estar alerta a otras voces, que claman más allá de los muros monacales. Porque, en efecto, al margen de aquellos carriles, el siglo xviii despunta vigoroso desbrozando oscurantismos y prejuicios con la luz de la razón; con el ejercicio de la duda cartesiana; con la dialéctica de la ciencia y la demostración frente al principio de autoridad del *magister dixit*, a la creencia supersticiosa o a la revelación.

En distintas instancias docentes —catedrático de teología (1709) y de sagradas escrituras (1721)—, Feijoo aguza natural capacidad razonante en la esgrima de la *disputatio*, ortodoxa y casuística; mientras en el retiro de la celda —rodeado de sesudos infolios, memorias, *journals*, diccionarios de toda especie y contenido, de modernos tratados franceses e ingleses— se compenetra de los nuevos cauces por los que fluye el pensamiento del siglo.

La diversa índole y las antagónicas conclusiones de una y otra fuente tienen a fray Benito en constante hervor; le tironean hacia los lindes de la heterodoxia o le frenan al borde del abismo; le convierten en comprometido espectador de una permanente polémica que se libra en su intelecto. Polémica íntima que le complace, le anima y de la cual recoge la sensación de un constante renacer y afinar sus dotes intelectuales. Este espectáculo subjetivo y recóndito será apreciable para el mundo coetáneo y verificable para la posteridad, a partir del día en que decide concretar por escrito los propósitos esclarecedores e iluministas, rumiados a lo largo de media vida.

El *Teatro crítico universal* y las *Cartas eruditas* constituyen la *Summa*, cuyo carácter renovador en materia científica lleva adheridos —aun al combatirlos— resabios de errores, pintorescas panaceas, disparatados y solemnes principios mantenidos por vía de autoridad o tradición. En la brevedad de esta nota me limitaré a apuntar uno de ellos, que arrastra a Feijoo a conclusiones no menos discutibles que las rebatidas, aunque justificable dentro de su experiencia de monje benedictino, de la doble información —teologal o racionalista— que asedió su mente y, también, dentro de su índole temperamental. Me refiero a la salvaguarda de la dialéctica, la disputa o discusión en lo relativo a la salud física y espiritual de quienes las ejercitan.

Siglo de crítica y polémica

Feijoo inicia en 1726 la publicación del *Teatro crítico universal*. En el trascurso de quince años, edita con regularidad los ocho volúmenes que integran la obra. Pese al variado contenido de la misma, al fragmentarismo propio de su estructura, se verifica a través de ellos ceñida unidad de concepción y objetivos que le permiten, al prologar el primer tomo, anticipar una serie de consideraciones generales y advertencias válidas no sólo para el volumen inicial, sino para el todo de la obra aún en el telar.

En dichos prolegómenos descuenta, por ejemplo, que le saldrán al paso aristarcos, mayúsculos o minúsculos, incapaces de emularle; pero que tratarán, por impotencia intelectual, de echar sombras sobre sus escritos. “Bien sé —anticipa— que no hay más rígido censor de un libro que aquel que no tiene habilidad para dictar una carta. En ese caso, di de mí lo que quisieres. Trata mis opiniones de descaminadas por peregrinas, y convengámonos los dos en que tú me tengas a mí por extravagante; yo a ti por rudo.”

Es innecesario y redundante puntualizar las veces que sobre la obra y persona de Feijoo cayeron previstas críticas de toda especie, calibre e intención. Baste recordar, al respecto, que la estima personal profesada al ilustre gallego, a quien designó consejero real, movió a Fernando VI, en 1750, a dictar una real orden que prohibió impugnar al fraile de la universidad ovetense.

Pero dejando de lado la variada altura intelectual de ocasionales contendores, es preciso anotar dos circunstancias de ineludible consideración. La primera: Feijoo, tanto en las entrelíneas del prólogo antes mencionado, como en muchos otros pasajes, invita a la polémica, según se verá. La segunda: la polémica era el aliento vital del nuevo siglo, quizás una de las contadas formas a través de la cual es dable percibir

vibraciones de lo humano en medio de breves racionales, de mordazas para los desbordes emotivos y fantasiosos.

Es hecho registrado en historias literarias el que —a lo largo del siglo XVIII— en España pasan a segundo plano las creaciones puras de “bella literatura”, según la denominación feijooniana; aquéllas en las cuales privan fantasía y sentimiento sobre la especulación intelectual. Escasas novelas, alguna poesía lírica *sui-generis*, apenas si cuentan frente al caudal de crítica, tratados didácticos, fábulas, sátiras y ensayos, géneros y especies más acordes con el predominio racionalista.

El propio Feijoo, en la Carta XVIII del tomo II de las *Cartas eruditas*, titulada “De la crítica”, testimonia esta abundancia al observar: “Hemos llegado a unos tiempos en que se puede decir: ¡Desdichada la madre que no tiene algún hijo crítico! Notablemente adelantada está España, de poco tiempo a esta parte, en la bella literatura porque todo está hirviendo de críticos.”

La crítica incuba controversia. La polémica se manifiesta paralelamente como forma de natural escape de la presión pasional y también de las vanidades, acritudes, envidias, resentimientos o frustraciones. En pocos momentos —anteriores o posteriores al siglo XVIII— es dable registrar en el campo intelectual español tantas, densas e interminables polémicas y disputas como en éste. Recuérdese, para el caso, sólo la cadena infinita de reyertas en torno del teatro y de las unidades dramáticas, reconstruida por Menéndez y Pelayo en la *Historia de las ideas estéticas en España*.

¡Qué decir de Feijoo, quien por la índole de sus escritos renovadores y por incitar a ellas, se vio permanentemente envuelto en controversias y réplicas, al punto tal de que para más de un escritorzuelo desconocido, atacar a Feijoo resultó pingüe sistema de salir del anonimato. Tanto fue así que se cuenta de algunos librereros, que cuando los clientes pedían tomos de Feijoo, imponían como condición para venderlos que se comprara también el libro del impugnador de turno. Ciento quince piezas de polémica registra Millares Carlo en el prólogo de la selección feijooniana de Clásicos Castellanos.

Entre los tantos que padeció el Padre Consejero del reino, halló censor sagaz y obstinado, por ejemplo, en Salvador José Mañer, quien en 1729 publica un minucioso *Anti-“Teatro crítico”*. Llamado Feijoo a su juego, le responde al año siguiente con la *Ilustración apologética al primero y segundo tomo del “Teatro”*. Insiste Mañer, en 1731, impugnando el tercer tomo feijooniano con una *Réplica satisfactoria a la Ilustración apologética*. Al año siguiente, 1732, interviene en la disputa el padre Martín Sarmiento con una *Demostración crítica apologética en defensa del “Teatro crítico universal”*. Todavía dos años más tarde insistirá Mañer con el *Crisol crítico* y englobará su ataque también al padre Sarmiento. En 1735, un cuarto disputante, Ignacio Armesto

Sirio, lanza dos tomos, que bajo el título *Teatro anticrítico universal* buscan camino de mediación. Como ésta varias otras disputas encadenadas tuvieron simultáneamente a Feijoo por protagonista.

La enfermedad literaria y la salud por la disputa

Dije que por parte del erudito benedictino gallego hay, sin duda, invitación a la controversia. Al margen de disputas con adversarios individualizados sobre temas trascendentes, Feijoo, a través de afirmaciones y posturas perceptibles desde el momento de aparición del *Teatro crítico universal...* (para desengaño de errores comunes), se manifiesta en actitud combativa: “Culparásme, acaso —expresa en el prólogo antedicho—, porque doy el nombre de *errores* a todas las opiniones que contradigo”. Y a continuación de esta definición aclara que da el nombre de *errores comunes* a los que están admitidos “en el común del vulgo” o que tienen “entre los literatos más que ordinario séquito”. Esta alusión requiere, lógicamente, que se analice aquel sentido de la contradicción y el contenido de la palabra literato.

La contradicción, primer eslabón de la polémica, es, como ésta, conatural al siglo, educación y temperamento de Feijoo. Pero, además, en el catedrático de Oviedo se añade una adhesión especial hacia ella, pues cree que la disputa intelectual es excelente ejercicio para la salud de los literatos.

Es interesante rastrear este concepto, sobre todo porque en sí guarda estrecha relación con la idea de literatura que se da en la obra de Feijoo. Desde luego, literato y literatura son términos que aquí han de ser entendidos con el alcance asignado en el siglo XVIII.

La palabra literatura no tenía entonces el sentido restringido que hoy concierne a la creación estética propiamente dicha por medio de la palabra escrita. Tenía, en cambio, un significado amplio, a veces equiparable al de gramática. Para especificar la obra de ficción se aclaraba adjetivamente “bella literatura”, o se especificaba: “poética”, dramática, tragedia, comedia, oda, etcétera. De hecho, bajo la simple denominación de literatura se incluía todo esfuerzo conceptual trasladado a un escrito.

Es curioso, por ejemplo, al recorrer el Discurso de Feijoo “Resurrección de las artes y apología de los antiguos”, incluido en el tomo IV del *Teatro crítico...*, no hallar mención de la literatura como arte bella y sí, en cambio, al “arte poética”, o a la literatura que desde la antigüedad legaron la filosofía, medicina, matemáticas, astronomía, música, física y química, arte esquenebática (o de la volatinería, malabarismo y prestidigitación), estrategia, artesanías, etcétera.

En el Discurso “Desagravio de la profesión literaria”, inserto en el

tomo I del *Teatro crítico*... reafirmando la idea del esfuerzo intelectual concerniente a la literatura, combate un concepto médico antiguo, según el cual, estudio y ejercicio literario acortan la vida y son causas de males diversos.

Aunque aquí la argumentación feijooniana es abundante y relativamente persuasiva, no alcanza, sin embargo, a desterrar aquella ridícula prescripción y terapéutica que como primera medida, cualquiera fuese la dolencia de un paciente intelectual, le prohibía leer, escribir, estudiar... o pensar. Y digo que no alcanza a desterrar la prescripción, porque casi un siglo más tarde todavía se la encontrará en la Argentina en escritos médicos. Precisamente en un ensayo titulado "La difícil meta del Tucumán" (Cf. diario *La Prensa*, suplemento dominical, 23/VII/1961) documenté cómo algunos diputados electos al histórico congreso de la Independencia argentina, en 1816, medrosos ante las molestias y gastos que les ocasionaría el largo viaje desde Buenos Aires a Tucumán, o bien por el abandono en que debían quedar sus negocios particulares, pretextaron enfermedades y las hicieron testimoniar médicamente con certificados donde constaban que dichos pacientes tenían prohibidas las "meditaciones literarias"; prohibición que tanto documenta la sobrevivencia de la prescripción terapéutica como la del amplio contenido asignado al término "literatura". Es claro que el prejuicio médico viene de lejos y corre asentado en obras pseudocientíficas (lo suficientemente famosas como para resistir alguna ironía del padre Feijoo), tales como *De litteratorum morbis*, de Bernardino Ramazzini, o *De studiosorum valetudine menda*, de Marsilio Ficino.

En cambio Feijoo, por el contrario, encarece como terapéutica aseguradora de longevidad, la dulzura moderada proveniente de la frecuentación de los libros. "¿Qué cosa más dulce hay —inquire— que estar tratando todos los días con los hombres más racionales y sabios que tuvieron los siglos todos, como se logra en el manejo de los libros? Si un hombre muy discreto y de algo singulares noticias, nos da tanto placer con su conversación, ¿cuánto mayor le darán tantos como se encuentran en una biblioteca? ¿Qué deleite llega al de registrar en la historia todos los siglos, en la geografía todas las regiones, en la astronomía todos los cielos?" ("Desagravio de la profesión literaria", lugar citado, t. IV).

Aunque lo de "profesión literaria" manifestado en el título del Discurso, hace suponer otro contenido, de ningún modo su desarrollo deja entrever que se refiera a la literatura en sentido estrictamente estético de "bella literatura". Antes bien evidencia que se trata de escritos sobre asuntos no ficticios, sobre nociones de mecanismo conceptualista y valor docente.

Lo significativo estriba, además, en el hecho de que al precisar dolencias y paliativos que podrían afectar a literatos, Feijoo, apoyado

en Plutarco, señala que el ejercicio de la disputa “es uno de los más útiles para la salud y robustez del cuerpo...” Y sentencia: “Gran ventaja es la de la profesión escolástica tener dentro de su esfera un ejercicio tan útil a la salud.”

El padre Feijoo, polemista nato, moviéndose entre el método experimental de la ciencia progresista y el dogma, sin incurrir en contradicción externa ni poner en conflicto razón y fe, constituye en última instancia la contradicción misma —como lo perfiló María Ángeles Galino en *Tres hombres y un problema*—, según se adivina en su entusiasmo por el juego de controversias.

Aparte de la dualidad intrínseca enfrentada permanentemente por su espíritu y ante cuya polarización apeló al “término medio” de la virtud aristotélica, vivió hasta las horas postreras en actitud polémica ante la bifronte perspectiva, pluma en ristre para parar ataques y devolver réplicas justas.

¿Habrán sido éste el secreto elixir de vida que sostuvo su claridad mental, en medio de la sordera y la impotencia motora, hasta los días octogenarios? ¿Habrán sido ésta la fuente de Juvencia que le permitió irrumpir a los cincuenta años en el mundo intelectual español con bríos renovadores y ardor juvenil?

Indudablemente, algún misterioso influjo ha de reconocérsele a este don polémico, sobre todo si se admiten las conjeturas formuladas por el doctor Gregorio Marañón en *Las ideas biológicas del padre Feijoo*, según las cuales el monje de San Vicente debió ser “un tuberculoso desde la niñez, de esos longevos y de buena apariencia que antes pasaban por simples catarrosos, con su fase apurada en la juventud y con su reposición y equilibrio en toda la fase madura” (obra citada, capítulo XXXVII).

RAÚL H. CASTAGNINO

Buenos Aires, julio de 1964.

CUARTA PARTE

GLOSA DE ALGUNOS TEMAS
FEIJOONIANOS

FEIJOO: ENTRE LA URBANIDAD Y LA ESTÉTICA

Cortesía dieciochesca

CUANDO Montesquieu afirma en *El espíritu de las leyes* que “el hombre está hecho para vivir en sociedad” no hace sino expresar el parecer de su siglo. *La Enciclopedia* define al hombre, entre otras cosas, como un ser que vive en sociedad. Para la época, que propicia una moral fundada sobre la obediencia a la ley de la naturaleza, “la sociedad es la obra de la naturaleza, puesto que es la naturaleza la que ha puesto al hombre en la sociedad”.¹

El hombre del XVIII busca y estimula el placer social. Nada ilustraría mejor un aspecto de aquel siglo, dice Paul Hazard,² que una viñeta que representase un salón: el de Mrs. Montagu, en Londres, el de Caterina Doffin Tron en Venecia, el de Mme. N... en Estocolmo, el de Mme. Du Deffand en París. Presididos casi siempre por una mujer —que “en el ocaso de su belleza hace brillar la aurora de su espíritu”, como comenta malignamente Voltaire en carta a M. Lefèbvre, y lo bastante rica “para procurarse en su vejez una agradable sociedad y una existencia honorable”, según Marmontel³— y con la asistencia del hombre de letras, rey de la opinión, la cosmopolita sociedad que en ellos se reúne hace de la conversación un juego y un arte a la vez.

Marmontel evoca en sus *Memorias* los salones presididos por hombres —los martes de Helvétius y los jueves de Holbach—: sociedad de hombres, apta para fortificar, ampliar, elevar y estimular el espíritu; pero exalta la sociedad de las damas, “que no puede dejar de frecuentar quien quiera tener en su estilo flexibilidad, amenidad y ese no sé qué que se llama encanto”. Alaba sin reservas el círculo de Mlle. Lespinasse, “formado por distintas personas tomadas aquí y allá en el mundo”, pero que en su salón se encontraban en armonía, “como

¹ D'HOLBACH: *De la politique naturelle*, 1777. Discurso I: “De la sociabilité”.

² PAUL HAZARD: *La pensée européenne au XVIII^{ème}. siècle*. París. Fayard. 1963.

³ MARMONTEL: *Mémoires d'un père pour servir a l'éducation de ses enfants*, 1804.

las cuerdas de un instrumento montado por hábil mano, y que ella ponía en juego con arte que era casi genio... En ninguna parte la conversación era tan viva, tan brillante, tan bien regulada”.

No sólo las memorias evocan los salones y la urbanidad seguida en ellos. La novela instala a sus personajes en las principales tertulias, con nombres apenas disimulados. Así, mientras Duclos satiriza en *Les confessions du Comte de...*, de 1742, el salón de Mme. Tencin, una de las “mujeres ilustres” de París, Marivaux alaba en *Marianne*, de 1731, a su fiel amiga y a su tertulia.

París da el tono, pero toda Europa lo sigue. En España se encarnizan con las tertulias y la cortesía mundana el teatro y el género costumbrista: Ramón de la Cruz, Torres Villarroel, Clavijo y Fajardo, Cadalso, Juan Antonio Zamácola. Pero así como la cortesía mundana del siglo xvii y sus salones habían tenido en Francia, al lado de la sátira de un Molière, el sereno enjuiciamiento de La Bruyère, así también la España dieciochesca tiene un vigía atento a las costumbres del siglo: el padre Jerónimo Feijoo, quien ilustra al público español en su *Teatro crítico* acerca de la “Verdadera y falsa urbanidad”, discurso que recuerda en sus lineamientos generales el capítulo *De la société et la conversation*, de *Los caracteres*, pero a través de cuyas reflexiones resuenan los principios de la moral del siglo, y la discrepancia o coincidencia de Feijoo con ellos.

Feijoo, hombre de su tiempo, alaba y practica el placer social, goza con la compañía de otros hombres. Sus biógrafos nos informan acerca de las tertulias reunidas en su celda del monasterio de San Vicente, concurridas por los intelectuales de la ciudad y por forasteros. En su discurso “Ventajas del saber” pone entre “las diversiones honestas que esparcen el ánimo, la agradable conversación”. Alaba en “Desagravio de la profesión literaria” al “hombre muy discreto y de algo singulares noticias que tanto placer nos da con su conversación”. En “Impunidad de la mentira” considera a la sociedad humana “la cosa más dulce que hay en la vida”, ya que “el comercio más precioso que hay entre los hombres es el de las almas”, que se hace “por medio de la conversación, en que recíprocamente se comunican los géneros mentales de las tres potencias, los afectos de la voluntad, los dictámenes del entendimiento, las especies de la memoria”. Sus cartas —visitas por escrito— con corresponsales de toda España y del extranjero (“la fatiga de los correos” que le robaba dos días enteros de la semana) podrían llenar varios volúmenes. “Sus contemporáneos dicen de él que tenía en su conversación igual gracia y amabilidad que en sus escritos, la misma agudeza y solidez en los discursos, igual profundidad en las sentencias”.⁴

⁴ JOSÉ MARÍA ANCHORIZ: Discurso inaugural del curso 1859/60 en la universidad de Oviedo. (Citado por VICENTE DE LA FUENTE: *Preliminares de las Obras escogidas*

Urbanidad es virtud

En su discurso sobre la “Verdadera y falsa urbanidad”, surge desde las primeras consideraciones la intención de no limitarse en el desarrollo de su tema a los testimonios españoles, sino a los que puedan proporcionarle otras comunidades cultas. Y así comienza por hacer la equiparación de la voz española *urbanidad* con la francesa *politesse*, la italiana *civiltà* y la latina *comitas*. Prefiere la voz *urbanidad* a la de *cortesanía* porque “hay quienes por cortesano entienden lo mismo que cortés; esto es, un hombre que en el trato con los demás usa del ceremonial que prescribe la buena educación”. Y para Feijoo “la *urbanidad* es una virtud o hábito virtuoso, que dirige al hombre en palabras y acciones, en orden a hacer suave y grato su comercio o trato con los demás hombres”. Vayamos reparando en el sutil distingo: no se trata ya de la moral mundana —la del cortesano, el *honnête homme*, el discreto— cuyas reglas venían del siglo anterior a través de máximas, retratos y tratados. Al hombre cortesano opone el siglo XVIII el hombre virtuoso. La meta última tras la cual corre el siglo es la felicidad, como lo proclama, entre tantos otros, Pope, en su *Ensayo sobre el hombre*: “¡Oh, felicidad! ¡Fin y meta de nuestro ser!” Pero una felicidad que no es el desenfreno egoísta y sin límites; porque el hombre cree, además, como nunca, en la razón, y es ésta la que dictamina sobre los límites de aquélla. Si el amor propio, el amor de sí se ha erigido como principio de moral, es la razón quien establece la jerarquía de los placeres. El *vicio* será el exceso y “la mala aplicación de los apetitos, de los deseos, de las pasiones, que son naturales e inocentes, hasta útiles y necesarias; la *virtud* consistirá “en el uso y aplicación de esos apetitos, de esos deseos, de esas pasiones en conformidad con las reglas de la razón”.⁵ Es el pensamiento, exactamente, de Feijoo. ¿Por qué es la urbanidad una virtud? Porque “es la razón quien dicta que haya complacencia de unos hombres con otros” y “cuanto dicta la razón es virtud”.

Pero el deseo de felicidad que mueve al hombre en sus acciones no sólo está contenido en su exceso por la razón sino también por el interés del grupo social: el bienestar personal no debe dañar el bienestar de los demás, sino extenderse, hacerse colectivo. Para Diderot⁶ el deber del hombre es hacerse feliz, “de donde deriva la necesidad de contribuir a la felicidad de los otros o, en otros términos, de ser virtuosos”. La sociabilidad no será ya sólo una virtud, sino que será

del padre fray Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro. Madrid. Biblioteca de Autores Españoles. 1914.)

⁵ BOLINGBROKE: *Letters on the Study and Use of History*, 1752.

⁶ DIDEROT: *Introduction aux grands principes*. (Citado por PAUL HAZARD, obra citada).

la virtud misma. También para Feijoo, el hombre que naturalmente, “por propensión innata, acompañada del dictamen de la razón”, ejerce el hábito virtuoso de la urbanidad “testifica, según las oportunidades, ya con obras, ya con palabras, estas buenas disposiciones del ánimo *en orden a la sociedad humana*”.

Urbanidad es naturaleza y no arte

Tras un paréntesis en que, con los testimonios de Juvenal y Boileau, examina cómo en las cortes, que deberían ser las grandes escuelas públicas de la urbanidad, se falsea ésta con la hipocresía, comienza a detallar las que, a su criterio, son características de la verdadera urbanidad.

Es propio de la verdadera urbanidad... la afabilidad, dulzura, expresiones de benevolencia, ofrecimiento de buenos oficios; pero todo contenido dentro de los términos de una generosa decencia, todo desnudo de afectadas ponderaciones, todo animado de un aire tan natural, que las articulaciones de la lengua parecen movimientos del ánimo, respiraciones del corazón.

Como puede observarse, las cualidades que alaba en el hombre urbano, en su comportamiento en sociedad, son todas aquellas que huyen de la afectación y tienden a la naturalidad. En la Carta VI del tomo II de *Cartas eruditas*, en la que sostiene la tesis de que “La elocuencia es naturaleza y no arte”, insiste en estas ideas sobre la naturalidad y las aplica, principalmente, al comportamiento del hombre en sociedad:

Es la naturalidad una perfección, una gracia, sin la cual todo es imperfecto y desgraciado, por ser la afectación un defecto que todo lo hace despreciable y fastidioso... A todas las acciones humanas da un baño de ridiculez la afectación. A todas constituye tediosas y molestas. El que anda con un aire o movimiento afectado; el que habla; el que mira; el que ríe; el que razona; el que disputa; el que coloca el cuerpo o compone el rostro con algo de afectación, todos esos son mirados como ridículos y enfadan al resto de los hombres.

Es esa naturalidad la que alaba hacia la misma época —elogiando el trato social en el salón de Mme. Tencin —Marivaux en su novela *Marianne*: “esa cortesía de la gente de mundo, hecha de una mezcla de afabilidad, complacencia y dulzura”; ese “comercio dulce, fácil y alegre”; ese “*tono de conversación*, tan fácil e igual, tan exquisito y simple a la vez”; tono de cortesía y amabilidad que en el salón de Mme. Tencin daban, principalmente, Marivaux y Fontenelle, y en el de Mlle. Lespinasse, D’Alembert, quien, como ningún otro, era capaz

de "mélér le grave au doux, le plaisant au sévère".⁷ La norma para conseguirlo era la flexibilidad para adaptarse a las circunstancias. Para Duclos⁸ no había quien tuviese más ingenio que Mme. Tencin, pues tenía siempre "el de las personas con quienes tratase", en lo que concuerda Marivaux en la obra citada: "Tenía el ingenio que el azar de las circunstancias exigía". Su heroína alaba el tacto con que fue tratada en aquel salón la primera vez que concurreó: "Lo que yo no alcanzaba a decir más que imperfectamente, lo acababan ellos de pensar y expresar por mí, y me concedían después todo el honor." También para Feijoo,

...una de las lecciones más esenciales de urbanidad es acomodarse en las concurrencias al genio y capacidad de los circunstantes.⁹

Esas dotes de buena crianza son además naturales en el hombre; no se adquieren con el estudio; el que las posee las descubre en sí tan pronto como entra en el comercio de las gentes:

Estoy en la persuasión que la urbanidad sólida y brillante tiene mucho más de *natural* que de *adquirida*. Un espíritu bien complexionado, desembarazado con discreción, apacible sin bajeza, inclinado por genio y por dictamen a complacer en cuanto no se oponga a la razón, acompañado de un entendimiento claro o *prudencia nativa*, que le dicte cómo se ha de hablar u obrar según las diferentes circunstancias en que se halla, *sin más escuela*, parecerá generalmente bien en el trato común. Es verdad que ignorará aquellos modos, modas, ceremonias y formalidades que principalmente se estudian en las cortes y que el capricho de los hombres altera a cada paso; pero lo primero, *las ventajas naturales*, las cuales siempre tienen una estimabilidad intrínseca, suplirán para la común aceptación el *defecto de este estudio*... Las *ventajas naturales* siempre tienen un resplandor más fino, más sólido, más grato que los *adornos adquiridos*.¹⁰

Como se advierte en todo el párrafo, Feijoo no hace sino aplicar a la urbanidad y a las costumbres los conceptos sobre *naturaleza* y *arte*, formados, principalmente, en torno a la belleza; antiguo pleito que el Renacimiento, en su exaltación de la naturaleza, había puesto en circulación, y que el siglo XVIII ha de reconsiderar en tres de sus aspectos principales: el genio natural, la inspiración y la gracia.¹¹

⁷ MARMONTEL, obra citada.

⁸ DUCLOS: *Mémoires secrets sur les règnes de Louis XIV et de Louis XV*, 1791.

⁹ Recuérdese lo que decía, aunque maliciosamente, La Bruyère: "El espíritu en la conversación consiste mucho menos en descubrir demasiado que en hacer lucir el de los otros."

¹⁰ También la protagonista de *Marianne* dice haber pensado que "el mundo se componía de reglas frívolas y pequeñas finezas; bagatelas grandes e importantes, difíciles de aprender" y encuentra que "esa cortesía era la que todo espíritu bien condicionado descubre en sí tan pronto como se la muestran".

¹¹ Véase M. H. ABRAMS: *El espejo y la lámpara*. Buenos Aires. Nova. 1962.

Decididamente enrolado en la corriente naturista, para ilustrar las ventajas de lo natural frente a lo perfeccionado por el arte gustaba echar mano del paralelo entre un bosque natural “cuya amenidad costeó la naturaleza por sí sola, de un natural desaliño” y “los reales jardines, los plantíos hechos para la diversión de los príncipes, las quintas de los magnates”, llenos de “artificiosos primores, de la estudiada proporción que emplea el arte, de mensuradas direcciones”.¹² La comparación no era nueva (para Lope “el concierto breve de los cultivados jardines era inferior a la inmensa copia de la naturaleza”); pero es común en el siglo XVIII para ilustrar las diferencias entre la progeie natural y la artística del genio.¹³

La urbanidad y el genio natural

Si, según Feijoo, cualquier espíritu medio, “desembarazado con discreción, apacible sin bajeza”, sabe cómo conducirse “en el trato común”, con mayor razón lo sabrá un determinado tipo de hombre, naturalmente superior, entre los cuales, sin duda, se contaba el Padre Maestro:

Los hombres de *espíritu sublime y entendimiento alto* gozan un natural privilegio para dispensarse de las *formalidades* siempre que les parezca. Así como los músicos de gran genio se apartan a veces de las *reglas comunes del arte*, sin que por eso su composición disuene en el oído, así los hombres que por *sus prendas* se aventajan mucho en la conversación pueden desembarazarse del *método establecido*. Y aun dijera yo que los establecimientos de *ceremonias urbanas* sólo se hicieron para *los genios medianos e ínfimos*, como un suplemento de aquella discreción superior a la suya, que por sí sola dicta y regla el porte que se debe tener hacia los demás hombres.

El concepto de “genio natural” —genio que nace— opuesto al genio que se hace —conforme al arte y a las reglas—, divulgado por Addison en el siglo XVIII, es considerado una y otra vez por el padre Feijoo. Pero mientras para Addison —que Feijoo cita con admiración en varias ocasiones, llamándole el Sócrates moderno— ambos genios podrían equipararse, Feijoo toma abierto partido por el genio natural. En la Carta XXXIII del tomo I de *Cartas eruditas* titulada “Introducción de voces nuevas”, dice:

Puede asegurarse que no llegan ni a una razonable medianía todos aquellos genios que se atan escrupulosamente a reglas comunes... Yo convendría muy bien con los que se atan servilmente a las reglas como no pretendiesen sujetar

¹² “El no sé qué”.

¹³ M. H. ABRAMS, obra citada.

a todos los demás al mismo yugo. Ellos tienen justo motivo para hacerlo. La falta de talento los obliga a esa servidumbre. Es menester numen, fantasía, elevación para asegurarse el acierto saliendo del camino trillado. Los hombres de corto genio son como los niños de la escuela, que si se arrojan a escribir sin pauta, en borrones y garabatos, desperdician toda la tinta. Al contrario, los de espíritu sublime logran los más felices rasgos cuando generosamente se desprenden de los naturales documentos.

Y en la Carta VI del tomo I: “La elocuencia es naturaleza y no arte”:

El que no tiene genio nunca es elocuente por más que haya estudiado las reglas de la retórica, y lo es el que lo tiene, aunque no haya puesto los ojos ni los oídos en los preceptos de ese arte... El genio puede en esta materia lo que es imposible al estudio... Es una especie de instinto lo que en esto dirige al entendimiento.

En la misma carta utiliza para su comparación del genio natural y el adquirido por reglas una imagen común en la época, cual es la de comparar el genio natural con el crecimiento vegetal (ya adelantado, por otra parte, en el paralelo del bosque y el jardín):

La gala de las expresiones, la agudeza de los conceptos, la hermosura de las figuras, la majestad de las sentencias, se las ha de hallar cada uno en el fondo del propio talento. Si ahí no las encuentra no las busque en otra parte: *ahí están depositadas las semillas de esas flores y ése es el terreno donde han de brotar, sin otro influjo que el que, acalorada del asunto, les dé la imaginación.*¹⁴

Insistiendo, en su Discurso sobre la “Verdadera y falsa urbanidad”, en la dispensa que el genio tiene de formalidades en su comportamiento social, redondea así su juicio:

Creo que pasa en esto lo mismo, con poca diferencia, que en los movimientos materiales. Hay nombres que *naturalmente* y *sin estudio* son airosos en todos ellos: que muevan las manos, que los pies; que doblen el cuello, que inclinen la cabeza, que bajen o eleven los ojos, que muden el gesto: todo sale con *una gracia nativa que a todos enamora*. Tuviera por una gran impertinencia querer con varios preceptos compasarles a éstos las acciones. Guárdense los *preceptos y reglas* para los que son naturalmente desairados, si es *que puede enmendar el arte este defecto de la naturaleza.*¹⁵

¹⁴ En la Carta XXI del tomo V: “De cuál sea el constitutivo esencial de la poesía” alude Feijoo a otro de los problemas relacionados con el genio natural: la inspiración, que cita en su forma griega de “entusiasmo”. Elemento esencial de la poesía, la define como “imaginación inflamada con aquella especie de fuego a quien los mismos poetas dieron el nombre de furor divino”.

¹⁵ Decía Lope: “Creo que muchas veces la falta del natural es causa de valerse de tan estupendas máquinas el arte, pero *arte non conceditur quod naturaliter denegatur.*” (Citado por MENÉNDEZ PIDAL: *De Cervantes y Lope de Vega*, p. 134, nota 12. Madrid. Espasa-Calpe. 1958). En “La elocuencia es naturaleza y no arte” Feijoo admite a regañadientes el poder corrector del arte: “Lo más que yo podré permitir (y lo permitiré con alguna repugnancia) es que el estudio de las reglas sirve para evitar algunos groseros defectos. Mas nunca pasará que pueda producir primores.”

La urbanidad y el "no sé qué"

Nos ha salido al paso en las reflexiones de Feijoo la expresión "*una gracia nativa que a todos enamora*", que se da en muchos naturalmente y sin estudio. Más adelante agrega:

O sea adorno, o parte integrante de la urbanidad, *aquella gracia nativa que sazona dichos y acciones*, es cierto que el estudio o arte jamás pueden servirle de suplemento... Éste es aquel adorno que Cicerón llamaba color de la urbanidad, y que instado por Bruto para que explicase qué coscosa era ese color, respondió dejándole en el estado de un misterioso *no sé qué*.

El concepto de *gracia*: "gracia que está más allá del arte, gracia oculta, indefinible, que no está sujeta a regla alguna", ese *yo no sé qué* que se da en muchos objetos visibles, naturales o artísticos, y que deciden de la apreciación de los mismos, aparece constantemente en la pluma de Feijoo, como en la de muchos de sus contemporáneos, asociado al concepto de genio natural. Desde su formación en la antigüedad, además de la cualidad de espontánea, no sujeta a reglas, tiene la de ser "de índole incomprensible e inexplicable".¹⁶

Ya en su Discurso sobre "El no sé qué", protesta Feijoo de esta última condición: Ese *no sé qué* que agrada, enamora y hechiza en un edificio, en un rostro, en un paraje; en ciertas pinturas, en determinadas voces, en la música, en algunos escritores, es decir, en producciones no sólo de la naturaleza sino también del arte, intenta él explicarlo: "decir lo que es esto que todo el mundo dice *que no sabe qué es*". Su mente racionalista no le permite atribuir a ese *no sé qué*, como quería el padre Bouhours, algo de sobrenatural, que uno no puede explicar ni comprender. La conclusión a que arriba en sus reflexiones concuerda con la manera de pensar de algunos contemporáneos, pero es revolucionaria con respecto al pensar general. Por un lado, frente al ideal seudoclásico del arte identificado con los arquetipos clásicos y, por lo tanto, con un *compuesto* típico y uniforme, la originalidad y aún la diversidad constituirán para él la esencia de ese *no sé qué*.

Los hombres sólo llegan a percibir una *proporción determinada*, comprendida en *angostísimos límites o reglas*; siendo así que hay otras *innumerables proporciones distintas de aquellas que perciben*. Ven un rostro en quien no se observa aquella *estudiada* proporción [una bien dispuesta combinación del color, magnitud y figura de ellas] y que con todo les agrada muchísimo y dicen que tienen un *no sé qué* que hechiza. Ese *no sé qué* es una *determinada proporción de las partes en que ellos no habían pensado*.

Frente a las reglas le habíamos visto hablar de *numen, fantasía, elevación, instinto, imaginación*, como guías para que los hombres de

¹⁶ BOUHOURS: *Le je ne sais quoi*.

“espíritu sublime” pudiesen lograr “los más felices rasgos”, apartándose de “los comunes documentos”. Pero en este ensayo sobre el *no sé qué*, va más allá, frente a la opción entre las reglas y la carencia de leyes. Su pensamiento se aparta del criterio común en la época, que considera en general al arte como reproductor del mundo sensible, y se instala dentro de los límites de la teoría trascendental y neoplatónica que imagina al producto artístico como reproducción de un ideal de belleza que está en la mente del hombre, concepto éste que llegó a algunos autores seudoclásicos a través, principalmente, de Cicerón. De acuerdo con él, para Feijoo el genio superior conseguiría en sus obras el *no sé qué*, no al azar y sin reglas, sino “por una regla superior que existe en su mente”:

Encuétrase alguna vez un edificio, que en esta o aquella parte suya desdice de las reglas establecidas por los arquitectos y que, con todo, hace a la vista un efecto admirable, agradando mucho más que otros muy conformes a los preceptos del arte. ¿En qué consiste esto? ¿En que *ignoraba esos preceptos el artífice que lo ideó*? Nada menos. Antes bien, en que *sabía más y era de más alta idea* que los artífices ordinarios. *Todo lo hizo según regla, pero según una regla superior que existe en su mente*, distinta de aquellas comunes que la escuela enseña. Proporción y grande, y simetría, y ajustadísima, hay en las partes de esa obra; pero no es aquella simetría que comúnmente se estudia, sino otra más elevada, adonde arribó por su valentía *la sublime idea del arquitecto*. Si esto sucede en las obras de arte, mucho más en las de la naturaleza, por ser éstas efectos de un *artífice de infinita sabiduría, cuya idea excede infinitamente, tanto en la intención como en la extensión, a toda idea humana y aún angélica*.

En cuanto al *no sé qué* de la urbanidad, dice que como es de su incumbencia descifrar los *nosequés*, no halla en descifrar éste dificultad alguna:

La gracia nativa, o llámese con la expresión de Cicerón color de la urbanidad, se compone de muchas cosas: la limpieza de la articulación, el buen sonido y armoniosa flexibilidad de la voz, la decorosa aptitud del cuerpo, el bien reglado movimiento de la acción, la modestia amable del gesto y la viveza halagüeña de los ojos.¹⁷

La urbanidad y los preceptos

Si en todo lo expuesto, que constituye la parte brillante y hermosa de la urbanidad, ésta no admite preceptos, sí los admite en lo que constituye su sustancia o esencia.

¹⁷ Recuérdese aquella preocupación de Feijoo en su carta al padre Sarmiento, alusiva a un retrato suyo que le estaba haciendo el pintor Bustamante: “El rostro está bien sacado por la lámina. Sólo quisiera que, siendo posible, *se diese algo de viveza y agrado a los ojos*... Bustamante, en todas sus copias, aun en las que saca de otras pinturas de mucha alma en el semblante, *deja unos ojos neutros o indiferentes*.” (Citado por GREGORIO MARAÑÓN: *Las ideas estéticas del padre Feijoo*. Madrid. Espasa-Calpe. 1941.)

De su definición de la urbanidad: “hábito virtuoso que dirige al hombre en palabras y acciones, en orden a hacer grato su comercio o trato con los demás hombres”, deriva Feijoo sus preceptos, los que va exponiendo para que el lector pueda ir examinando “su conciencia política” de acuerdo con los mismos. En realidad, más que consignar las reglas que se deben observar para hacer grata la conversación y sociedad políticas, lo que hace es aludir, en sendos capítulos —y en esto la estructura de sus discursos es semejante a la de La Bruyère— a “las imperfecciones o defectos que hacen molesto o ingrato el trato y conversación de unos hombres con otros”, es decir, todos los vicios que se oponen a esa virtud que es la urbanidad.

Apoyados sus preceptos casi siempre en la razón, el buen juicio y la naturaleza, y expresados muchas veces en forma de apotegmas, adquiere en ellos la prosa de Feijoo gran soltura y justeza: prosa limpia, directa, sin ambigüedades, al servicio de un pensamiento claro y un criterio independiente.

Como todas las virtudes morales, la urbanidad está, para Feijoo, colocada entre extremos viciosos: uno en que se peca por exceso y otro por defecto. A buscar el término medio, la moderación, el deseado “natural”, van enderezados sus capítulos. Sus primeros dardos están dirigidos contra los *habladores*, “tiranos odiosísimos de los corrillos”. De acuerdo con la naturaleza, es el hablar aún más privativo del hombre que el discurrir; por lo tanto, “el que quiere siempre ser oído y no escuchar a nadie usurpa a los demás el uso de una prerrogativa propia de su ser”.

Si la conversación “es una especie de tráfico, en que los hombres se ferian unos a otros noticias e ideas”, el *mentiroso* es un tramposo, indigno de ser admitido en la sociedad urbana; pero también es inurbana la *veracidad osada*. Los veraces indiscretos o inconsiderados no son urbanos, pues la razón natural discierne entre la servil adulación y la desvergonzada osadía. Y “porque no es sembrando espinas como se han de coger uvas”.

Los hombres siempre serios son un medio entre hombres y estatuas, con genio tétrico, humor atrabiliario; pero “quien está siempre de chanza más es un truhán que cortesano; el que a todas horas hace el gracioso a todas horas es desgraciado. Su lengua se parece a la del león, que por ser tan áspera, lamiendo desuella”.

La ostentación del saber, la afectación de superioridad, el tono magisterial está lejos de ser urbano, pues “la ciencia es un tesoro precioso si poseído, ridículo ostentado. Entre los verdaderos sabios y los sabios de poquito hay la misma diferencia que entre los mercaderes de caudal y los buhoneros. Aquéllos dentro de su lonja tienen los géneros, para que allí los vayan a buscar los que los hubieren menester; éstos se

echan a cuestras su mísera tiendecita, y no hay plaza, no hay calle, no hay rincón donde no la expongan al público”.

Párrafo aparte merecen las reflexiones de Feijoo acerca del arte de escribir cartas. No podía éste dejar de ser considerado en un tratado de urbanidad del siglo XVIII, en que, como dice Paul Hazard, “jamás el término *correspondencia* tuvo un sentido más profundo. Las cartas, prolongación de la conversación, guardan su agilidad; sus autores creen hablar aún, lejos del salón adonde su nostalgia los transporta. Tratan todos los temas, *esas cartas cuya simplicidad es siempre admirable; jamás alzan el tono, porque si denotasen la menor traza de retórica estropearían su efecto y harían sonreír*”.¹⁸ Como vemos, las cualidades que Hazard estima en la correspondencia del siglo XVIII, en la correspondencia de salón, son las mismas que hemos visto alabar a Feijoo en sus consideraciones sobre la urbanidad. Y sin embargo, choca oírle decir, respecto de las cartas:

El escribir cartas con acierto es parte muy esencial de la urbanidad, y materia de innumerables preceptos; pero pueden suplirse todos *con la copia de buenos ejemplares*. Así el que quisiere instruirse bien en ella *lea y relea con reflexión las cartas de varios discretos españoles*, que poco ha dio a la luz pública el sabio y laborioso valenciano don Gregorio Mayans y Siscar... Esto para las de nuestro idioma. Para las latinas, los que desearan una perfecta enseñanza la hallarán en las del doctísimo don Manuel Marti.

Por primera vez el defensor acérrimo de la naturalidad defiende la afectada imitación. Y choca oírsele decir a quien, como hemos visto, está tan de acuerdo con su época, donde, precisamente, si hay un estilo de moda, ése es el epistolar. Hasta la novela —todos los grandes autores: Rousseau, Crebillon, Goethe, Le Sage, Marivaux, Richardson, Prevost— adopta la forma epistolar, precisamente por lo que dice la heroína de una de esas novelas: “Mi pluma corre, sigue mi fantasía; mi estilo es tierno a veces, de pronto malicioso, de pronto grave, a veces triste, a menudo pesado, siempre verdadero.”¹⁹ Y choca oírsele decir a quien siempre criticó el afán de muchos por ser sabios a poco precio, por querer escribir por lugares comunes, echando mano del *Teatro de la vida humana* o de las *Polianteadas*, que presentan “la erudición hacinada y dispuesta por orden alfabético” y son fuentes públicas “donde pueden beber no sólo los hombres sino las bestias”.²⁰

* * *

No nos ha parecido ocioso detenernos en esta estampa de Feijoo hombre de mundo, aleccionando desde su celda austera sobre los modos

¹⁸ PAUL HAZARD, obra citada.

¹⁹ MME. RICCOBONI: *Lettres a Mrs. Fanny Butlerd*.

²⁰ “Sabiduría aparente”.

cortesianos, por parecernos que ayuda a fijar los rasgos de este ingenio, atento a la educación de sus contemporáneos, para quienes deseaba que la sociedad humana fuera, efectivamente, “la cosa más dulce que hay en el mundo”. Y plácenos asociar con estas reflexiones sobre la verdadera y falsa urbanidad aquel retrato de juventud pintado por Vásquez, en que aparece el Padre Maestro con el rostro prolijamente rasurado, la mirada viva y afable, el gesto cordial; el manto, cuidadosamente plegado; la mano, extendida sobre las pulcras cuartillas. Como fondo —símbolo de su ardor— una atestada librería y una puertecita abierta a la luz del día naciente.

AMELIA SÁNCHEZ GARRIDO

La Plata, agosto de 1964.

FEIJOO Y SU VISIÓN DE LA UNIVERSIDAD

Experiencias y temáticas

EL ilustre gallego fray Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro es uno de los espíritus más cultos y amplios del siglo XVIII. Su figura se eleva sobre la época, porque se atrevió a dar pasos que significaron avance inusitado para la enseñanza, costumbres y ciencias de su patria.

Inició estudios monásticos en Samos, los continuó en Lárez; estuvo en Salamanca, donde se hallaba el célebre convento de San Vicente; se doctoró en la universidad de Oviedo, en la que fue profesor de teología.

Al llegar a la cátedra recordó con tristeza los años de aprendizaje, en los que había podido apreciar las deficiencias y los vicios más comunes de la enseñanza; el abuso sofístico, la falsa dignidad de los profesores, el exceso de las “disputas verbales”, la falta de métodos prácticos para el conocimiento de las ciencias, la vacuidad de los discursos de algunos maestros que sólo memorizaban, sin tener entendimiento. Así, también, observa cómo, en cosas inútiles, se perdía el tiempo “que fuera mejor emplear en explorar más de cerca la naturaleza”, según dice en “De lo que sobra y falta en la física”.

Una carrera ascendente y brillante lo conduce de la cátedra de teología tomista, obtenida por oposición, a otras de mayor jerarquía, culminándola en 1739, vale decir, treinta años después de iniciada, con el cargo de catedrático de prima, en el que alcanzó su jubilación. Todavía continuó la actividad docente durante dos lustros más.

Si sumamos los años de estudiante a los cuarenta que pasó como profesor universitario, fácil será inferir la amplia experiencia que pudo obtener en tal larga como fructífera existencia dedicada a la educación. Si agregamos a esto el entusiasmo creador, un espíritu inquieto y progresista y su espontánea elocuencia, tendremos un retrato aproximado de los caracteres esenciales que adornaban la personalidad del padre Feijoo.

Ésta es, también, la imagen que se forma el lector del *Teatro crítico universal* y de las *Cartas eruditas y curiosas*, tanto en los artículos referentes a ideales y recuerdos universitarios, como en lo relativo a sus pensamientos sobre diversas cuestiones de pedagogía superior. Integran la temática de Feijoo problemas de la cátedra, reflexiones sobre la organización de los estudios, proposiciones acerca del criterio con que debieran encararse las materias; detalles de la vida de los claustros, por ejemplo la higiene de los estudiantes, la ostentación del saber y el *tono magisterial* que usan algunos “profesores de letras”, entre los cuales, dice, “hay no pocos tediosos a los circunstantes, porque siempre quieren hacer el papel de maestros”.

En el mismo capítulo del discurso “Verdadera y falsa urbanidad” asoma un aspecto curioso de Feijoo: la fina ironía; su sentido del humor, delicado pero incisivo, a veces satírico, con el que se burla de “los que abultan con la ostentación sus pocas letras”. Aquí se observan las amargas impresiones recogidas a lo largo de su paso por la universidad, en el trato con hombres eminentes y también con necios e ignorantes con títulos de doctor. El final del trozo citado es, realmente, digno de aplicarse en cualquier época:

El hombre bobo es el que a cada paso anda calificando de bobos a éstos, a aquéllos y a los otros. El que no sabe palabra es el que frecuentísimamente mide a dedos la ciencia de los profesores, y le parece que sólo se puede medir a dedos, porque en su opinión, rara o ninguna vez llega a varas. El mal predicador es el que apenas oye sermón que le parezca bien; lo propio sucede al mal sastre, al mal herrero, etcétera.

Verdaderamente jugoso en referencias a las actividades universitarias es también el capítulo “Dictado de las aulas”, donde insiste en censurar las disputas inútiles, las prolongadas lecturas, la necesidad de inspectores —“visitadores”— que informen “cada año de los que son aptos o ineptos para las letras”. Así, dice, se purgaría “de éstos las escuelas, con este arbitrio habría más gente en la república para ejercer las artes mecánicas”. Pero, agrega después, “la facultad médica es la que padece con especialidad esta desgracia, o por mejor decir, quien la padece no es ella, sino el público”.

Se refiere también aquí al gran daño que causa a los estudiantes la obligación de aprender de memoria las lecciones, tildando este sistema de “pueril miseria de recitar a la letra los párrafos que tienen en el cartapacio”; combate el uso de los “argumentos de autoridad”, muy común en los escolásticos, que aceptan lo dicho por los “santos doctores”, sin razonar sobre el acierto o la falsedad de sus argumentos.

Progreso de la universidad

Constituye una de las preocupaciones constantes del padre Feijoo el progreso de la universidad española. A través de muchas reflexiones insertas en el *Teatro crítico* y en las *Cartas eruditas*, se advierte esa inquietud, que evidencia un honrado deseo de incorporar a la enseñanza superior métodos, técnicas y contenidos ya alcanzados en su época por instituciones similares de otros países europeos.

Puede afirmarse que su tarea, en este sentido, tiene franca posición de crítica constructiva, pues no sólo debió combatir los errores de su tiempo, sino también informar, exponer y convencer a las autoridades universitarias para que renovaran los sistemas, porque tales innovaciones en nada contradecían las normas impuestas por la Iglesia. El saber, fundado en la experiencia y la razón, fueron los medios que propuso para alcanzar el verdadero conocimiento.

Con ese fin escribió largos discursos donde mostraba cómo la ciencia, basada en tales principios, en nada afectaba el dogma, la religión o la moral cristiana; y al mismo tiempo que el estudio de las distintas materias, apoyado por la experiencia y el razonamiento, constituirían el verdadero método del aprendizaje.

Sin negar valor a los estudios tradicionales y a los autores antiguos, aconseja un nuevo punto de partida, más certero y positivo. Los moldes, la organización y los temas clásicos de los planes anteriores, muy respetables en su fondo, podrían, a su criterio, enmarcarse en una nueva tónica, más viva y más humana; quizá, también, más moderna.

Era innegable que existían, igualmente, notorias deficiencias en las carreras que por entonces se cursaban; sobre todo, a su criterio, faltaba actualización en cuanto se refería a los programas científicos. Este atraso de la universidad española incidía en el nivel cultural de toda la Nación. Por eso, también, en otros escritos combate supersticiones y creencias vulgares, aún no desterradas de las prácticas cultas.

Su obra, en consecuencia, va más allá del ámbito puramente universitario; en general, y en las más lejanas resonancias, cumple el propósito de abrir caminos a la elevación cultural de España. Ésta es, sin duda, una de las mayores virtudes del padre Feijoo.

Pero la tarea de un reformador, no de un revolucionario, siempre encontrará resistencias en los cómodos, en los timoratos, en los ignorantes o los que tienen intereses que conservar. De tales apoltronamientos y conveniencias surgieron los opositores; en esas circunstancias se desarrolló la lucha progresista de Feijoo.

La intención de sus escritos

Feijoo no escribe informes académicos ni tratados pedagógicos; tampoco es un teórico ni un filósofo en sentido estricto. Esencialmente,

es un hombre práctico; sus páginas son experiencias vivas, vividas por él. Son experiencias sentidas, intensas, a veces sufridas en su propio espíritu. A menudo representan explosiones de una preocupación interior; en ocasiones sólo intenta llevar el mensaje de su pensamiento al mayor número de lectores, para que adviertan un error, un falso prejuicio o creencia, una errónea posición, un criterio desacertado.

Como es sincero y bien intencionado, piensa que quienes leen sus mensajes también lo son; por eso habla con honda verdad y con palabras sencillas y naturales.

Su estilo es periodístico; muchas veces, al leer sus respuestas a un ataque, crítica o acusación que se le dirige, imaginamos que lo ha redactado *currente calamo* y como reacción inmediata. De ahí, también, que algunos casticistas disputen acerca de si se puede considerar a Feijoo como un purista del castellano o solamente como autor más atento al peso de sus afirmaciones que a la forma como las expresa. Sin menoscabo para el don expresivo que posee, indudablemente esta última es su primera actitud en cualquier asunto que trata; también en los de orden universitario, donde, como pocos en su época, intervino para sembrar avanzadas de progreso que él vislumbraba como necesidad imperiosa en su patria, para censurar viejos métodos y sistemas de la enseñanza superior, para mostrar nuevos caminos hacia la verdad y nuevos conocimientos.

Feijoo es un progresista honrado; un reformador, muy especialmente en materia universitaria. Entreveía que la universidad estaba obligada, como ninguna otra institución, a marchar al frente en todo cuanto se refería al avance de las ciencias, las artes y la educación; que no debía detenerse ante la molición de los viejos profesores o ante la tozudez de los falsos acaparadores del saber. Las materias de estudio, afirma, no deben ser antiguos envases en los que nada se ha de tocar, sino por el contrario, en cada una de ellas debería podarse lo envejecido e inservible para dejar paso a nuevos brotes de conocimientos que superaran a los anteriores, siempre que hubieran sido comprobados por la experiencia y la razón.

Feijoo se manifiesta, así, como un modernizador; casi podemos decir que es el eslabón activo que lleva de los viejos a los nuevos moldes del pensamiento español, ya que contribuye y trabaja para que sus coetáneos entren a un mundo más actualizado, más lúcido, dinámico y real. En síntesis, no sería aventurado afirmar que Feijoo es precursor de la nueva universidad.

Opiniones sobre métodos y sistemas de la universidad de su tiempo

Si bien en muchos de sus escritos el padre Feijoo critica los métodos de las universidades españolas, las materias de estudio o los pro-

fesores, no obstante, cuando en el curso de su tema entra en la comparación con otros países, se constituye en defensor de todo lo español en frases llenas de orgullo donde, entonces sí, saca a luz las virtudes de instituciones y hombres de su tierra.

Así en "Glorias de España", sin atacar ni ofender a otras naciones, compara y destaca cuanto se hizo o se hace en su patria en las distintas materias; los hombres notables que descollaron en cada una; estudios, organizaciones y progresos que llevaron a la práctica los españoles. Pero también, es necesario advertirlo, Feijoo es honrado siempre; si en España algo no ha progresado o no es perfecto, él reconoce la superioridad de los extranjeros. Así, al referirse a la física y las matemáticas, por ejemplo, dice: "es preciso confesar que la física y matemáticas son casi extranjeras en España"; luego continúa con respecto a las matemáticas: "no puede negarse que todo, o casi todo, es copiado de los autores extranjeros".

En el capítulo "Verdadera y falsa urbanidad" censura Feijoo a los "profesores de letras", de los cuales dice en el artículo titulado "Tono magisterial": "Hay no pocos tediosos a los circunstantes, porque siempre quieren hacer el papel de maestros. Para ellos todo lugar es aula, toda silla cátedra, todo oyente discípulo". Más adelante se atreve a dar una opinión certera sobre los "profesores de menor nota" quienes tienen la presunción de saber de todo porque ejercen el magisterio. Ellos, expresa, "son los que del estudio sacan poca luz y mucho humo", y sólo consiguen "que todos conozcan y hagan mofa de su mentecatez".

Si bien éstos son apenas pormenores de trastienda universitaria, nos sirven para mostrar el conocimiento que Feijoo tenía de ella, y al mismo tiempo reiterar su deseo de hacer crítica constructiva, el anhelo de mejorar o superar los moldes de la antigua institución. Igualmente aquellas páginas hacen pensar en la actualidad que tienen algunos de los asuntos tratados o la permanencia humana de problemas aun no resueltos.

En "Causas del atraso que se padece en España en orden a las ciencias naturales", atribuye esta situación al "corto alcance de algunos de nuestros profesores", entre los cuales, dice, "hay una especie de ignorantes perdularios, precisados a saber siempre poco, no por otra razón, sino porque piensan que no hay más que saber que aquello poco que saben". La crítica que hace Feijoo a los profesores de la época es severa. Hasta se atreve a dar una cifra, "más de treinta" que, a su juicio, se encuentran en tales condiciones. A continuación habla de los que "sin tener el entendimiento adornado más que de aquella lógica y metafísica, que se enseña en nuestras escuelas (no hablo aquí de la *teología*, porque para el asunto presente no es del caso), viven tan satisfechos de su saber, como si poseyesen toda la enciclopedia. Basta nombrar la

nueva filosofía, para conmover a éstos el estómago. Apenas pueden oír sin mofa y carcajada el nombre de Descartes. Y si les preguntan qué dijo Descartes... no saben ni tienen qué responder, porque ni aún por mayor tienen noticia de sus máximas”.

En esta forma sencilla pero contundente, Feijoo traza un cuadro realista del estado de la enseñanza de la época, desde el punto de vista de los profesores. En sus escritos, a cada paso se queja de la poca inquietud existente en los maestros, de la ignorancia empedernida que mantienen, y al mismo tiempo de la escasa curiosidad por los avances de la ciencia y las ideas, que se están produciendo en países vecinos a España. Esto, piensa nuestro autor, retrasa el progreso de la mentalidad hispana.

Este sentido progresista exhibe, sin embargo, una valla: el manifiesto propósito de no intervenir en problemas religiosos o discutir materias relacionadas con este aspecto, como la teología, en la cual, opina, no deben introducirse “novedades doctrinales”, puesto que las novedades en materia sagrada sí pueden resultar sospechosas, no así en las “facultades, que no salen del recinto de la naturaleza” pues éstas necesitan una lógica evolución. Consecuentemente, acusa a los escolásticos de “espíritu cerrado”, porque no admiten que sea bueno nada de lo que hayan dicho los sabios extranjeros, los ateos o los de otra religión. Es decir que la verdad, venga de quien viniere, debe ser aceptada.

En “Dictado de las aulas” —tras una larga digresión sobre la prolijidad que aplican algunos profesores en el tratamiento de las cuestiones propuestas, especialmente en las relativas a teología escolástica y sobre la abundancia de soluciones y réplicas que no hacen sino enturbiar las mismas cuestiones—, se dirige a tratar la capacidad de profesores faltos de inteligencia que desprestigian la enseñanza. Al respecto es muy significativo el párrafo que transcribimos:

Bien creo yo que se encuentran algunos tan rudos en las aulas, que a menos de darles la doctrina mascada y digerida de este modo, no saben usar de ella en la disputa. Mas lo que se debe practicar con éstos es despacharlos para que tomen otro oficio. Conviniera mucho al público, que en cada universidad hubiese un visitador o examinador, señalado por el príncipe o por el supremo senado, que informándose cada año de los que son aptos o ineptos para las letras, purgase de éstos a las escuelas. Con este arbitrio habría más gente en la república para ejercer las artes mecánicas, y las ciencias abundarían de más floridos profesores; pues se ve a cada paso, que al fin, algunos de los zotes, a fuerza de favores, quitan el empleo del magisterio a algunos beneméritos; lo que no podría suceder si con tiempo los retirasen de la aula como a los inválidos de la milicia.

También incluye en esta consideración a los estudiantes, señalando que donde más suceden estos hechos es en los estudios de medicina,

carrera que, a su entender, recibe muchos incapaces. Para el caso aconseja también algunas medidas:

este daño de la medicina, como el de las demás facultades, se evitaría arrojando de las escuelas a los ineptos; mas ya que esto no está en manos de los maestros, por lo menos no acorten al aprovechamiento de los hábiles por atender a los estúpidos.

Censura luego la costumbre de los profesores que hacen repetir a los alumnos lecciones memorizadas, y finaliza el capítulo refiriéndose a la conveniencia de que los estudiantes no pierdan tiempo en tomar apuntes de clase.

En el capítulo “Abusos de las disputas verbales”, Feijoo discurre sobre la costumbre corriente en su tiempo entre personas que frecuentaban las aulas, ya fueran profesores o estudiantes, de ventilar cuestiones referentes a ciencias, filosofía o artes, en controversias públicas donde nada se aclara, porque —siempre— cada uno va a hacer gala de su habilidad discursiva, sin ánimo de ceder en nada a su adversario, aunque le demuestre estar en la verdad.

El “estrépito tumultuante de la disputa, el cual es bien ordinario, es un abuso que, por las razones insinuadas arriba, perjudica mucho a la enseñanza pública”, dice Feijoo al comentar estos hechos. Su equilibrado espíritu de censor reconoce la inutilidad y el perjuicio que en el ambiente universitario causan estos usos.

“En las disputas debe preferirse la razón a la autoridad”, dice en “Argumentos de autoridad”; vale decir, que por más famoso que sea el autor de una doctrina, no debe seguirla si la razón demuestra no ser acertada. Esta opinión del padre Feijoo parece combatir un vicio muy común en las disputas universitarias de su época; sin embargo, con su habitual sentido común y con la verdad desnuda, logra iluminar los espíritus en su afán de perfeccionar el sistema imperante entonces en la enseñanza superior. Esta actitud, a su juicio, no implica falta de referencia o de aprecio a los grandes maestros o a los santos padres, tanto en lo relativo a teología como a ciencias naturales.

Para mayor éxito en los estudios universitarios, Feijoo llama la atención sobre el problema vocacional. En las notas del artículo “Descubrimiento de la circulación de la sangre”, se refiere a la necesidad de rastrear “por algunas señas” la capacidad de cada uno, preocupación introducida por el médico español Juan Huarte en su libro *Examen de ingenios para las ciencias*, libro que, según afirma, no se conocía en su época sino en traducciones al latín, al francés y al italiano.

De acuerdo con su comentario sobre la citada obra, se estima que “antes de destinar a los niños o jóvenes a este o el otro estudio particular, se investigue su inclinación y habilidad, para ver en qué facul-

tad podrá aprovechar más. A cada paso se ven genios rudos para una y agudos para otra. Este que es inepto para las letras es muy apto para las armas..." y luego enumera ejemplos de la historia española:

A nuestro grande héroe Hernán Cortés puso su padre al estudio de las letras; pero él, conociendo que su genio no era para ellas, tomó el rumbo de las armas. ¡Cuánto hubiera perdido España si hubiera seguido el primer destino!

Su afán reformador encuentra una fórmula importante en este análisis vocacional, pero desconfía que se aplique "porque los padres, que comunísimamente determinan el destino de los hijos, miran más a su interés particular, y no al público".

Sin duda Feijoo hubiera deseado aplicar estas ideas a los estudiantes que ingresaran en la universidad. Hubiera sido precursor de los modernos métodos psicológicos destinados a orientar las vocaciones de los alumnos que quieren iniciarse en la carrera para la cual se hallan mejor dotados y que, a veces, ni ellos mismos alcanzan a definir.

Los temas enunciados, y otros relativos a los más diferentes detalles, intimidades o grandes problemas de la enseñanza superior, y la posición de Feijoo ante ellos, conforma una labor de crítica positivamente constructiva y reformadora, con la que contribuyó a echar las bases de una nueva universidad. Por eso, sin duda, puede considerarse que esa actitud, manifestada con sinceridad y sencillez a través de sus escritos, es uno de los motivos más concretos y firmes para asegurar la perduración de su nombre.

ALCIDES DEGIUSEPPE

La Plata, abril de 1964.

IDEAS ACERCA DE LA MUJER EN EL PADRE FEIJOO

Porque como la mujer sea de su natural flaca y deleznable más que ningún otro animal, y de su costumbre e ingenio una cosa pegadiza y melindrosa...

FRAY LUIS DE LEÓN: *La perfecta casada*.

VEINTE siglos de civilización en Occidente han producido innumerables testimonios sobre la índole de la naturaleza femenina. Resulta interesante investigar en qué clases de submundos ha confinado a la mujer el hombre intelectual. Surge de este tipo de indagaciones la particular visión que de la vida posee el escritor ocupado en el tema. También sus ataduras y prejuicios, inhibiciones, comprensión y madurez vital. Asimismo, cualquier transformación en la manera de emitir juicios sobre la situación de la mujer o de su peculiar naturaleza acercará al pulso espiritual de una época, y a probables evoluciones en el devenir intelectual de cada momento histórico. Tales juicios, desde luego, no dan la pauta del ser femenino como entidad concreta, subjetiva, individual y trascendente, condiciones que está adquiriendo luego de ardua lucha en el universo intelectual que hombres pretéritos crearon para sí. El erudito benedictino que escribió *de omni re scibili* no podía ser excepción al ocuparse de la mujer, puesto que hay en sus conceptos numeroso material que investigar. El criterio con que nos acercamos a la mujer en el mundo del padre Feijoo será el de investigar al autor y no al hecho. Trataremos de llegar al sujeto a través de sus juicios sobre el objeto, y quedará también desde este ángulo de enfoque el criterio progresista del ilustre gallego, a pesar de que aquí sólo nos sea posible extractar algunas notas aisladas y fragmentarias, pues el desarrollo prolijo del tema requeriría una extensión de la que no disponemos.

Una mente abierta a todos los campos espirituales, lúcida, crítica y fina como la del padre Benito Feijoo, enfocará el tema desde múltiples puntos de vista: biológico, psicológico, teológico-ético y estético. Desde luego, el enfoque será el del siglo y dogma, el del peculiar

ambiente de su medio. Será su "yo" más la "circunstancia", circunstancia que en no poco contribuyó a modificar con fino espíritu crítico.

En algunos países europeos, la mujer, a lo largo de la centuria racionalista, modifica su *status* socio político, su condición civil. El siglo XVIII significa en Francia, regente cultural europea, una oportunidad de acceso, para las mujeres de altas clases sociales, al mundo de la cultura. Desde la acicalada elegancia de sus salones, la mujer se convierte en mecenas y musa inspiradora. La situación es diferente en España. Acentuando criterios patriarcales que de Oriente conservó el cristianismo e influidos por ocho siglos de presencia árabe, este pueblo de sol ardiente y ermitaños medievales contempló a la mujer como emisaria del demonio, criatura transida de fatales fuerzas cósmicas que apartó al varón de su destino de inmortalidad.

Los mitos de la Cava, Eva y numerosas leyendas, donde la astucia maliciosa de esta criatura perversa se manifiesta siempre para perdición del género humano, viven en el alma del pueblo. Y en sus varones egregios afloran por doquier juicios execratorios. Bastaría citar a Vives o a fray Luis de León.

Pero el padre Feijoo era un hombre destinado a combatir estériles tradiciones. A lo largo de su extensa obra es posible encontrar intensos párrafos donde, desprovisto de prejuicios, analiza la naturaleza y situación de la mujer.

Desde el punto de vista biológico¹, la consideración de la mujer como un hombre frustrado, al decir de Santo Tomás, influido por Aristóteles, es valientemente refutada:

...a los que llaman a la hembra animal imperfecto asegurando que el designio de la naturaleza en la obra de generación siempre pretende varón y sólo por error o defecto ya de materia, ya de facultad, produce hembra... Seguiríase de aquí que la naturaleza intenta su propia ruina, pues no puede conservarse la especie, sin la concurrencia de ambos sexos.²

No titubea el ilustre benedictino, al buscar sinceramente la verdad, en arrojarse contra Aristóteles y Santo Tomás. A fuer de hombre de su nación y estado se le escapa más adelante un matiz peyorativo:

Este error es muy parecido al de los infatuados alquimistas, que, sobre la máxima de que la naturaleza en la producción metálica sólo engendra el oro pretende que este arte conduzca la obra a su perfección y haga eso de lo que nació hierro.³

¹ Gregorio Marañón, con indiscutible autoridad, analiza exhaustivamente, en el libro *Las ideas biológicas del padre Feijoo*, el tema. Razón por la que no nos extenderemos en él, aunque en algunas observaciones del ilustre maestro, marginales a su especialidad científica, no compartamos totalmente su parecer.

² BENITO FEIJOO: *Teatro crítico universal*. Discursos. "Defensa de las mujeres", t. LVI, p. 51. Madrid. Biblioteca de Autores Españoles. Imprenta de los Sucesores de Hernando. 1914.

³ Obra citada, 51.

La justa observación de la analógica insensatez de ambos juicios no implica que dejemos de advertir un matiz subconsciente de desprecio en la tácita analogía: oro=hombre, hierro=mujer.

Los más acerbos críticos de la mujer son los que más urgentemente sienten la necesidad de aproximación al que consideran sexo inferior. Sagaz intuición del benedictino, que asienta en este pasaje:

No pocos de los que con más frecuencia y fealdad pintan los defectos de aquel sexo, se observa ser los más solícitos en granjear su agrado.⁴

Por otra parte, al negar parcialmente las tradiciones respecto del influjo de la imaginación materna en el feto, destrona a la hembra de su absorbente destino biológico.

A nuestro criterio, en el largo espacio de nueve meses son muchos los objetos que se presentan a la madre... es facilísimo, pues, y sucederá muchas veces que saliendo después el feto con cualquiera especial nota, se halle entre tantos objetos alguno en quien la nota observada tenga alguna analogía.⁵

La imaginación materna no es omnipotente respecto a la conformación del embrión humano; la mujer no es animal imperfecto sino diferente a los fines de preservación de la especie: "Llegamos al batihero mayor, que es la cuestión del entendimiento."

El punto de vista psicológico ofrece al lector alternativas en las que sobresale la agudeza terminante del benedictino:

Si todos los hombres se dedicasen a la agricultura (como pretendía el insigne Tomás Moro en su *Utopía*) de modo que no hiciesen otra cosa, ¿sería este fundamento para discutir que no son hábiles para otra cosa?⁶

Después de citar el ejemplo de los druscos, pueblo en que las mujeres se ocupan de crear y mantener las tradiciones culturales, concluye:

Si en todo el mundo hubiera las mismas costumbres, tendrían sin duda las mujeres a los hombres por inhábiles para las letras, como hoy juzgan los hombres ser inhábiles a las mujeres. Y como aquel juicio sería sin duda errado, lo es del mismo modo el que ahora se hace, pues procede sobre el mismo fundamento.⁷

La sociedad condenaba a las mujeres al confinamiento, negándoles la posibilidad de toda trascendencia cultural. Tal *status* es ana-

⁴ Obra citada, p. 50.

⁵ Obra citada, p. 50. *Cartas* pp. 472-476.

⁶ Obra citada, p. 57-58.

⁷ Obra citada, p. 58.

lizado por el padre Feijoo en su primera parte del discurso "Defensa de las mujeres". Luego de equiparar las cualidades que hacen amables a los hombres y a las mujeres y contraponerlas, conviene en que:

Si yo tuviese autoridad para ello, acaso daría un corte diciendo que las cualidades en las que exceden las mujeres conducen para hacerlas mejores en sí mismas. Las prendas en que exceden los hombres, los constituyen en mejores, esto es, más útiles para el público.⁸

La sociedad otorga como derecho natural al hombre el de trascender; a la mujer, en cambio, se la confina en su inmanencia. Si las condiciones variaran, variaría también la situación de trágico confinamiento en la inmanencia, cuyas consecuencias no deja de advertir perspicazmente:

Sólo respectivamente a dos clases de personas nadie está exento de guardar el ceremonial, que son los príncipes y las mujeres. Aquéllos desde tiempo inmemorial han constituido la ceremonia, parte esencial de la majestad. Éstas, por educación y por hábito, miran como sustancia lo que es accidente, y aún prefieren el accidente a la sustancia. ("Verdadera y falsa urbanidad".)⁹

Desde el punto de vista ético-teológico, la máxima virtud femenina es para el ilustre benedictino "la vergüenza" con que la mujer pone coto "al porfiado impulso masculino".

La justificación teológica de la milenaria culpa de Eva la lleva a cabo mediante una argucia sutil, ya que para el padre Feijoo "Eva fue engañada por una criatura de superior inteligencia y sagacidad, circunstancia que no ocurrió con Adán".

Sin desviarse del dogma, el padre Feijoo realiza la defensa con la liberalidad y el racionalismo propios de su siglo. Treinta y dos años después de la muerte del benedictino, en 1792, Mary Wollstonecraft no desdeña estos planteos en su *Vindications of the Rights of Women*, que influirá un siglo más tarde en Stuart Mill, al renovar la discusión en el ensayo *Subjection of Women*.

Ofrecen especial interés las ideas de Feijoo sobre la belleza femenina. La belleza no es idea arquetípica solemnemente fijada en un áureo cielo platónico. Así, en el ensayo "Modas", después de pasar lista a los ideales estéticos en materia de belleza femenina de pueblos numerosos, separados en espacio y tiempo, infiere que

lo que llamamos belleza depende en gran parte de nuestra imaginación, y lo más notable es, que la imaginación de muchos suele provenir de la imaginación de uno solo; esto es, de aquel que por capricho o antojo fue autor de la moda.¹⁰

⁸ Obra citada, p. 53.

⁹ Obra citada, p. 391.

¹⁰ Obra citada, p. 69.

afirmación que hace a Feijoo, el de la “razón del gusto” y del “no sé qué”, interesante precursor de la estética de la proyección sentimental. Medularmente español, resulta sumamente divertido oírle lanzar denuestos contra las variaciones de la moda, para concluir afirmando “que no hay mayor belleza que la natural”.

En un sintético balance de los criterios del ilustre benedictino frente a los variados puntos de vista desde los cuales enfocó el tema, podría decirse que, en lo biológico, su posición equipara a los sexos; en lo psicológico, considera a la mujer confinada por un *status* que la imposibilita para influir sobre el medio social; estéticamente, al hacer descender la idea de belleza femenina al mundo de lo natural, la humaniza. No deja de reconocer las lógicas consecuencias derivadas de la situación de confinamiento, circunstancia que hace que a veces la mujer prefiera el accidente a la sustancia.

No es, pues, un submundo donde la claridad imparcial del benedictino confina a la mujer. Es el mundo en que las circunstancias sociales la habían relegado y que él contempló con ojos llenos de benevolente equidad.

Tratar de comprender algo, estudiarlo, significa estar ligados por lazos afectivos a aquello que se observa. Con lo que el padre Feijoo se presentará a la mujer moderna, existencialmente preocupada por su destino, como un noble espíritu, absolutamente libre de traumáticos prejuicios, lúcido y sano, que la contempló en un momento de su angustiado devenir.

EMILSE B. CERSÓSIMO

Don Bosco (Pcia. de Buenos Aires), abril de 1964.

VARIACIONES SOBRE EL TEMA DEL AMOR EN EL PENSAMIENTO DEL PADRE FEIJOO

Tiempo, hombre, obra

CON el siglo XVIII empalidece el ciclo de creación en la literatura española para encumbrarse el de la crítica, y el alma de España, que había permanecido encerrada en sí misma, se abre a las nuevas corrientes foráneas.

Los siglos XII, XVI y XVIII marcan tres momentos de fuerte influencia extranjera en las letras hispánicas: la de la épica francesa, la del petrarquismo y la del seudoclasicismo francés. Esta última se concretó en el dominio de la literatura y de la cultura española en general.

No es ajena a este cambio cultural, al comenzar el siglo XVIII, la ascensión de un rey de origen francés —Felipe V, nieto de Luis XIV— al trono de España. Los problemas culturales serán motivo de preocupación para el nuevo soberano que instala en España, con los albores del siglo, otra dinastía —la de los Borbones— que hará de la cultura, siguiendo las mejores tradiciones francesas, motivo de esplendor para su reinado. Esa preocupación se concreta, como es sabido, en la creación de la Biblioteca Nacional, la Real Academia Española y la de la Historia; en la preocupación oficial para la de Bellas Artes y el Teatro.

Junto a estas entidades de carácter oficial surgieron otras instituciones, de carácter privado, como la Academia del Buen Gusto, presidida durante los años 1749 y 1751 por la condesa de Lemos y marquesa de Sarriá. Este salón era frecuentado por los más influyentes escritores de la primera mitad del siglo XVIII.

A la difusión cultural y del nuevo espíritu que comienza a informar la actividad intelectual contribuyó, en forma efectiva, la aparición de diversos periódicos de carácter literario como el *Diario de los Literatos de España*, que empezó a publicarse en 1737, a imitación del *Journal des Savants*, de París, que databa de 1665.

El siglo XVIII fue un siglo de erudición y de auge de los estudios históricos y clásicos que pone frente a grandes helenistas y latinistas una pléyade brillante de críticos eminentes, notables preceptistas e historiadores ilustres. Uno de los escritores más agudos, que se distinguió por el desenfado y libertad con que ejerció su talento crítico sobre las materias relativas a la orientación intelectual de las generaciones de aquel siglo, fue precisamente el padre Feijoo.

Fray Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro (1676-1764) es una de las grandes figuras del siglo XVIII español. Su *Teatro crítico* constituye un verdadero monumento del espíritu analítico-racional en el siglo XVIII.

El *Teatro crítico universal* o *Discursos varios en todo género de materias* empezó a publicarse en 1726. La obra consta de ocho volúmenes y su título revela el contenido. Feijoo escribe sobre múltiples materias con el fin de combatir errores. Para apuntalar sus opiniones recurre a su enorme erudición, apoyado en una extraordinaria fuerza dialéctica y en la claridad de su juicio. Reconoce la dignidad superior del pensamiento y la soberanía y universalidad de la razón; por ello quiere iluminar lo fantástico en provecho de lo verdadero; busca la claridad, el orden y el encadenamiento de las ideas. Trata de construir lógicamente sus argumentos “empeñado —como dice Menéndez y Pelayo— en su heroica tarea de descabezar errores vulgares...”

Hemos dicho que el siglo XVIII, de historia intensamente afrancesada, es más un siglo de reflexión que de creación. El padre Feijoo lo confirma a través de sus capítulos nutridos de copiosas argumentaciones, producto de una actitud reflexiva, crítica, en permanente búsqueda de la verdad. Dice en el artículo “Milagros supuestos”:

Confieso que no puedo tolerar que a expensas de la piedad se haga capa del embuste. No tiene bien sentada la fe quien piensa que las verdades divinas necesitan del socorro de invenciones humanas. Cualquiera fábula portentosa que se derrame en el vulgo halla presto patronos, aun fuera de los vulgares, debajo del pretexto que se debe dejar al pueblo en su buena fe. Eso sólo debe tener cabimiento cuando se puede aclarar la verdad, porque en caso de duda, se debe amparar la posesión; mas siempre que se puede descubrir, es justo perseguir la mentira en cualquiera parte que se halle y mucho más cuando se acoge a sagrado, pues sólo entra en él para profanar el templo.¹

El *Teatro crítico*, lo mismo que las *Cartas eruditas*, suscitó ataques y polémicas entre los intelectuales de su época. La fama de Feijoo fue grande, no sólo en España sino también en otros países; durante su vida llegó a ser un escritor realmente popular. Esta popularidad

¹ *Obras escogidas* de Fray Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro, p. 114, Madrid, Imprenta de los Sucesores de Hernando, 1914.

—que se debió, seguramente, a los vastos conocimientos y a la extraordinaria variedad de temas que abordó en sus escritos— lo colocó en situaciones como la que él mismo cuenta a raíz de un viaje que realizó a Madrid:

...era cosa de ver las cuestiones extrañas y ridículas que me proponían algunos. Uno, por ejemplo, dedicado a la historia, me preguntaba menudencias de la guerra de Troya, que ni Homero ni otro algún antiguo escribió. Otro, encaprichado en la quiromancia, quería le dijese qué significaban las rayas de sus manos. Otro, que iba por la física, pretendía saber qué especie de cuerpos hay a la distancia de treinta leguas debajo de la tierra.

Digo que vuestra señoría no tome esto tan al pie de la letra, que, o éstas u otras preguntas tan impertinentes y ridículas como éstas venían a proponerme algunos. Si cuando había dado a luz más que dos libros padecía esta molestia, ¿qué sería ahora, cuando los libros se han multiplicado, siendo natural que por la mayor variedad de materias que en ellos toco, me atribuyan mayor extensión de ciencia para resolver?²

No escapará al lector cuánto hay de burla y de ironía en tales afirmaciones; pero ellas están hablando de los múltiples conocimientos y de la erudición del ilustre polígrafo gallego. En las páginas del *Teatro crítico* encontramos artículos científicos, históricos, de teología o de política, de medicina, modas o música, artes, astronomía y geografía, historia natural, o literatura y estética, de trascendente metafísica o de domesticidad *terre à terre*.

El tema del amor

Feijoo, que abordó asuntos tan dispares, no elude el tema del amor, cuyas polarizaciones podrían escamar a un monje. ¿Qué es, para Feijoo, el amor? Los distintos nombres que le asigna son otras tantas definiciones en las que parece proyectar toda la fuerza y el poder atribuido a este sentimiento. Llama al amor “primer móvil de todas las acciones”; “príncipe de todas las pasiones”; “monarca cuyo vasto imperio no reconoce límites”; “ídolo, que en todas las religiones tiene adoradores”; “astro fatal de cuya influencia pende la fortuna de todos”. Tanto el nombre de “primer móvil” con su aristotélica reminiscencia, como el de “príncipe”, “monarca”, “ídolo” o “astro fatal” hacen pensar inmediatamente en el sometimiento del hombre a una fuerza superior a su voluntad, que lo gobierna, dirige y domina. Sin embargo, no debemos dejarnos engañar por su apariencia. Estas deno-

² *Obras escogidas*, de Fray Benito J. Feijoo, pp. XVI - XVII. Barcelona. Biblioteca Clásica, 1884.

minaciones están utilizadas aquí como “ídolos”, en sentido baconiano. Es decir, como nociones falsas que se han apoderado y se han afirmado en el entendimiento humano llenándolo “de tal modo que es difícil abrir paso a la verdad”.³

No es lo mismo el amor para un poeta que para un filósofo, para un místico o para un fisiólogo. Prisma multifacetado, cada cual lo juzga de distinta manera porque sólo contempla una de sus infinitas caras.

El tema del amor que ha tentado a los escritores de todos los tiempos, ha hecho decir al padre Feijoo, en el discurso “Causas del amor”:

...con lo que hay escrito sobre él se puede llenar, no un gran libro, sino una gran biblioteca; mas por lo mismo que hay tanto escrito del amor, para el que quisiere decir algo nuevo, ningún asunto parecería más estéril.⁴

Si bien es cierto que en el campo de la filosofía moral, de la poesía o de los discursos académicos es enorme la cantidad de escritos sobre el tema, en cambio en el ámbito de “la física o de la filosofía natural, se puede asegurar que aún está la materia casi intacta”.⁵ Este último es el campo en el que se ubica Feijoo para debatir el tema “Causas del amor”, utilizando los elementos que le proporciona el método baconiano.

Si la filosofía examina las causas, es a la filosofía a quien debemos preguntar “¿de qué causas nace o pende el amor?”⁶

Feijoo recurre en primera instancia, para responder esta pregunta, al sistema de las cuatro causas (eficiente, material, formal y final) que había regido durante el medioevo todo el trabajo de explicación científica. “La eficiente es el sujeto amante y él mismo también es causa material”⁷, dice refiriéndose al amor; y más adelante agrega: “La final es la bondad del objeto amado. Causa formal no la hay aquí, porque el mismo amor es forma, que denomina al sujeto amante.”⁸ De ello se deduce que si el sujeto amante es también causa formal, causa eficiente y causa formal se identifican. No debe de ser ajeno a este planteo (y a pesar de las críticas de Feijoo a Descartes) la innovación cartesiana al sistema de las cuatro causas. Desaparece en la física de Descartes la causa material y proscribire el estudio de

³ F. BACÓN: *Novum Organum*, p. 82. Buenos Aires. Ed. Losada. 1949.

⁴ FEIJOO: *Teatro crítico universal*, t. III, p. 188, Madrid. Edición de “La Lectura”, 1925.

⁵ Obra citada, p. 189.

⁶ Obra citada, p. 189.

⁷ Obra citada, p. 189.

⁸ Obra citada, p. 189.

las causas finales; la metafísica acerca las nociones de causa eficiente y causa formal identificándolas.

Pronto Feijoo se aproxima de otra manera al planteo sobre las causas del amor. Toma como punto de partida la afirmación de “que la semejanza es causa de amor” y trata de demostrar aquello que sostiene en “Antipatía de españoles y franceses”, donde dice: “La regla de que la semejanza engendra amor y la desemejanza odio, tiene tantas excepciones que pudiera borrarse del catálogo de los axiomas.”⁹

El primer acto en esta búsqueda de la verdad consiste en el examen de nociones falsas que se han apoderado del espíritu del hombre y se han transformado en error común.

Dice Bacon en sus *aforismos*: “La formación de nociones y axiomas por medio de una inducción legítima es seguramente el medio apropiado para apartar y alejar los *ídolos*.”¹⁰ La afirmación que “la semejanza es causa de amor” constituye uno de los falsos supuestos, un *ídolo* que debe ser desechado por falso y por vano.

En cada momento de su argumentación se evidencia el conocimiento que de la obra del filósofo inglés poseía Feijoo.

Acepta el erudito español —siguiendo a Bacon— que la verdad depende del experimento y de la experiencia guiada por el razonamiento inductivo. Utiliza, pues, el método inductivo que exige la observación de los casos negativos como contraprueba de la conclusión extraída de los casos positivos.

El núcleo de la inducción baconiana está constituido por las tres tablas: de presencia, ausencia y grados. En las *Causas del amor* la tabla de presencia está formada por los casos en los que aparece la semejanza. Veamos algunos casos:

La semejanza engendra amor sólo para un efecto determinado que es la sociedad; sociedad natural, que es la del tálamo; sociedad política común, que es aquella con que los hombres se congregan a formar un cuerpo de República; y sociedad política privada, que es la que, por elección particular, forman dos, tres o más personas”.¹¹

La semejanza que el autor halla presente en los tres casos es la de la especie; la sociedad política privada pide además semejanza en inclinaciones y costumbres: el ladrón busca al ladrón, el homicida al homicida, el virtuoso al virtuoso, etcétera.

⁹ FEIJOO: *Teatro crítico universal*, t. I, p. 269. Madrid, Espasa-Calpe, 1941.

¹⁰ F. BACÓN: *Novum Organum*, p. 84. Buenos Aires, Ed. Losada, 1949.

¹¹ FEIJOO: *Teatro crítico universal*, t. III, p. 189. Madrid. Edición de “La Lectura”, 1925.

Cita Feijoo en apoyo de sus afirmaciones las palabras del *Eclesiástico* (capítulo XIII, versículos 19-21). Allí leemos:

Todo animal ama a su semejante; así también todo hombre debe amar a su prójimo. Todas las bestias se asocian con sus semejantes, y con su semejante se ha de acompañar todo hombre. Cuando el lobo trabe amistad con el cordero, entonces la tendrá el pecador con el justo.

La tabla de declinación o ausencia en proximidad está formada por los casos en los que no aparece la semejanza. Propone como ejemplo, entre otros, la sociedad natural que pide desemejanza en el sexo y admite desemejanzas en la condición y en las cualidades personales. El hombre humilde ama a la mujer de alta condición, el pobre a la rica; el feo a la hermosa, etcétera. Y apoyándose, como lo hace a menudo, en las palabras bíblicas, refiere el hecho mencionado en el *Génesis*, de que los hijos de Seth se enamoraron de las mujeres descendientes de Caín, distintas de ellos en condición, linaje, costumbres, etcétera.

La tabla de grados o de comparación está estructurada con los numerosos ejemplos, que pone a consideración del lector, en los que la semejanza aparece en más o en menos. Dice al respecto:

Tampoco será respuesta decir que entre el hombre y el bruto, y aun entre el hombre y la planta, se salva alguna semejanza. Dar esto por respuesta, es señal de no entender el argumento. No hay cosa en el mundo con quien el hombre no tenga alguna semejanza.¹²

Los casos señalados no constituyen más que una parte de los nutridos argumentos mediante los cuales llega el padre Feijoo a la conclusión de que la afirmación de que *la semejanza es causa de amor* “sólo es verdadera reducida a muy estrechos términos, y que, por consiguiente, en la generalidad que comúnmente se le atribuye, puede ser reputada por error común”.

Hasta aquí lo que podemos considerar es la primera parte de su discurso. En la segunda parte, y sin alejarse del método baconiano, llega a sostener que si

el que ama experimenta una determinada sensación en el corazón, que es propia de la pasión amorosa; el que se enfurece otra sensación distinta, que es propia de la ira.¹³

el origen de estas sensaciones está

indudablemente en el cerebro, no sólo porque en el cerebro está el origen de todos los nervios, que son los instrumentos de ellas, mas también porque palpa-

¹² Obra citada, p. 198.

¹³ Obra citada, p. 212.

blemente se ve que algunas, si no todas, jamás se experimentan sin que preceda en el cerebro la representación de los objetos de aquellas pasiones, a quienes las sensaciones responden.¹⁴

El siglo xviii trae al panorama cultural de España honda transformación. El nuevo espíritu que anima las ciencias proporciona un camino nuevo de investigación: el método, observación y experimentación, guiados por la razón, que provoca paulatina derrota del principio de autoridad.

Ya en el primer cuarto del siglo xviii se abre paso una actitud diferente en la ciencia española, y no es ajeno a este movimiento el padre Feijoo, quien puso al servicio de la difusión de los métodos nuevos todo su talento y erudición.

Su curiosidad universal lo libera de la tutela de Aristóteles al sustituir su autoridad por la experiencia y la reflexión. “Es indudable —dice Feijoo— el daño que padeció la filosofía por estar tantos siglos oprimida debajo del yugo de la autoridad.”¹⁵

Si recordamos que fue Bacon quien advirtió lo que consideró “defectos de la filosofía aristotélica” no sorprende que el ilustre benedictino admirara “el grande y sublime genio de Francisco Bacon”. Como dice Marañón en *Las ideas biológicas del padre Feijoo*, “su gran Biblia y guía en la ciencia fueron las obras de Bacon, a las que se refiere continuamente desde el comienzo hasta el fin de su vasta tarea literaria”. Pero en las variaciones en torno del tema del amor, Bacon y Descartes bordan las elucubraciones de Feijoo sobre telar bíblico, proporcionado por el autor del *Eclesiástico*.

AURELIA C. GARAT

La Plata, agosto de 1964.

¹⁴ Obra citada, p. 212.

¹⁵ Obra citada, p. 213.

QUINTA PARTE

FEIJOO

LAS ARTES Y LAS CIENCIAS

EL PADRE FEIJOO Y LAS ARTES VISUALES

AL siglo XVIII parecen caracterizarlo la crítica y la conversación si nos orientamos por la visión de algunos dibujos y grabados de la época. Los personajes leen, conversan, critican y experimentan. Rowlandson hace ver al sabio la muerte a través de las lentes de un telescopio y Hogarth convierte una sala de cirugía en un aquelarre. Elie Faure afirma que el arte entonces es de conversación, entre quien contempla la obra artística y el artista. En el siglo se conversa acerca de todo, se analizan muy sutilmente toda clase de ideas y se moraliza. También la imitación naturalista es una característica del siglo. Dios y su misterio llegan en los hombres a conciliarse hasta tal punto con la naturaleza, que ésta, la obra de Dios, llega a sustituir a su creador. El siglo XVIII fue para Galicia, en la península, con todas las miserias, un gran siglo en el que dominaron la razón y la geometría, en el cual arquitectura y crítica levantaron algunos de sus mejores monumentos. Los cilindros de piedra que remata el convento de Santa Clara, obra del arquitecto Simón Rodríguez, en Santiago, desnudos en su exacta geometría, razonados hasta la limpia abstracción formal, son un símbolo en este siglo de Galicia, la patria de fray Benito Jerónimo Feijoo. Todo ello conjugándose con los "bellos sentimientos, de que hacían gala la monarquía y la aristocracia, el pragmatismo británico, "la luz", que procedía de Francia, y la imitación de la antigüedad. A Goya, al final del XVIII y principios del XIX, los monstruos le surgen de la razón, como vuelve a ocurrir en nuestro siglo XX cuando, en su primera mitad, la lógica en arte alcanzó el límite de la sola línea o del solo punto exactamente representados en un espacio. El estilo ornamental de la arquitectura de aquel siglo, el manierismo del anterior llevado a su extremo, y el amor al objeto doméstico, o al objeto en general, se renovó en el XX cuando ornamento es en arquitectura la falta absoluta de él, y la materia, que en el XVIII labraba el artista doblégandola a su razón, impone ahora sus

leyes ofreciéndose despojada en su más sutil y rigurosa naturalidad. A tanta distancia de los años de Feijoo, luego de tantas cambios como sucedieron desde entonces, la razón encuentra en arte un límite y es precisamente ese *no sé qué* que Feijoo expresa para elevar la obra artística a una categoría que acerca al artista en su creación a la naturaleza. Ese *no sé qué* que posee la obra de arte, al igual que naturaleza y mundo, y que crítica, razón y ciencia no pueden explicar. El fraile racionalista que repugnaba de los milagros, surgidos de leyes físicas poco conocidas popularmente (que él trataba de propagar, precisamente para que su religión fuese más clara), que rechazaba por igual al Santo Oficio y a las supersticiones, que ahondaba en los más distintos campos científicos —desde la medicina hasta la geología—, preocupándole hombre, tierra y Dios, queriendo definirlo todo, aclarar la mente de sus compatriotas, encontraba en cuestiones de arte que éste posee un *no sé qué* indefinible, algo que escapa a cualquier juicio. El arte, como las sirenas —ese ser sobrenatural que ornamenta la fuente del monasterio de Samos, en Lugo, donde se formó, y también la fantasía de los marineros gallegos—, no encontraron en Feijoo explicación racional.

En ese siglo, por los años de Feijoo, es cuando se crean esos dos grandes sectores, opuestos espiritualmente, que desde entonces dividen a los países españoles, triunfante uno de ellos, el liberal y progresista, en las naciones americanas a comienzos del siglo XIX, y derrotado, cada vez que intenta el poder en la península o lo consigue, por las fuerzas retardatarias a las que precisamente el arte, con Goya a la cabeza, entrado ya en el XIX, satirizó. El mundo se extendió en el siglo XVIII con las enciclopedias, los nuevos tratados de física, química y ciencias naturales y con la divulgación de las ideas del industrialismo inglés. Es el siglo de un nuevo tipo de aventureros, los falsos sabios, y de los viajes científicos. París se transformaba en la gran capital de la Europa culta. Feijoo, afanoso de transmitir sus conocimientos, curioso primero de ellos, luchó desde su celda de Oviedo contra el oscurantismo de la época, tanto como contra los aventureros de toda índole que se aprovechaban de la credulidad popular; pero en arte no encontró ni fórmulas ni principios suficientemente lógicos y claros capaces de razonarlo; luchó contra las reglas y defendió la intuición.

El siglo XVIII fue, en muchos aspectos, un gran siglo para las artes visuales; se estableció una comunión entre público y artista, entablándose esa conversación a que aludió Elie Faure. Lo que hoy denominamos artesanía en pocos otros siglos tuvo igual perfección y fue tan divulgada. Al contrario de nuestros días, no se suponían límites al conocimiento, y el hombre, en grado mayor que en nuestra época, y que en otras, estaba satisfecho del saber alcanzado. Galicia y Asturias, los dos países donde siempre vivió Feijoo, fueron pródigos,

durante esos cien años, en técnicos y economistas. Algún día deberá estudiarse en la Argentina todo cuanto se debe a los ingenieros gallegos del siglo XVIII y a los técnicos procedentes, en ese siglo, de Galicia. Ese día será, seguramente, cuando la influencia de España se estudie en esta nación a través de las diferencias de todo origen que dividen a la península y no suponiendo ésta como una unidad. Encontrarán tanto el origen de bastantes palabras argentinas, ahora atribuidas a distintos idiomas, como de ideas que nacieron en sistemas regionales de la península, y es posible que encuentren lo mucho que debe la formación de los hombres de la independencia americana, de la América española, a Feijoo y a la ciudadanía española, sobre todo a la ciudadanía liberal de los puertos de Cádiz y La Coruña, tanto de ésta como de aquélla. Galicia fue más vecina de Inglaterra y de Francia, por sus puertos, que de otras regiones peninsulares. Es posible que en los archivos de Galicia y en su historia se guarden algunos secretos de las primeras jornadas de la libertad americana, desde luego de la formación de hombres como Rivadavia, lector y acotador de Feijoo; pero, todo esto es algo ajeno a mi propósito de hoy, y, naturalmente, a mi quehacer normal.

Si bien en la península ibérica la pintura y la escultura no habían alcanzado, en los años de Feijoo, el grado de esplendor del siglo anterior, la arquitectura y las que llamamos artesanías llegaron a tener un franco desarrollo, alentadas por el gusto popular. Desde la herrería, cerámica y vidriería, hasta la talla y la pintura de muebles, o hasta la caracterización definitiva de los trajes regionales, que encuentran, aproximadamente por aquellas fechas, su momento de mayor lucimiento por la gran maestría de los oficios que intervienen en su confección. La porcelana se vio enriquecida con temas orientales traídos directamente desde las Filipinas, con las "chinerías" que introducen el gusto oriental en los salones aristocráticos españoles. La pintura y escultura no eran, como es natural, ajenas a este renacimiento. En todo caso, y a falta de personalidades geniales como en el siglo XVII quedan subordinadas, en general, a integrarse con otros oficios y a sujetarse a las nuevas demandas de la sociedad española de entonces. Un genio, Goya, surgiría cuando ya Feijoo había realizado su obra siendo un continuador gráfico de ella.

Uno de los estudios más completos y lúcidos sobre el pensamiento estético de Feijoo, seguramente el más, fue el publicado por el boletín de la universidad de Santiago de Compostela, julio-setiembre de 1932, por el actual catedrático de la universidad de Madrid, Santiago Montero Díaz, con el título *Las ideas estéticas del padre Feijoo*. Éste, más que un filósofo con un sistema fue, según afirma Montero Díaz, un

filósofo sin filosofía, “pensador sin sistema, aunque con ideas precisas y claras”, al que encuentra sujeto a contradicciones tanto por la variedad y riqueza de los asuntos que trató, como por necesidad de congeniar su escolástica con las bondades que encontraba en las nuevas doctrinas que se divulgaban en Europa, dejándose orientar por la razón hasta donde se lo permitía su formación teológica. La dispersión de la doctrina de Feijoo como de sus trabajos, en las dos grandes copilaciones de opúsculos, el *Teatro crítico* y las *Cartas eruditas*, son, en cierto modo, característica de su naturaleza gallega, similar a la de su corresponsal y paisano fray Martín Sarmiento, de su misma orden, y a la de tantos “ensayistas”. —descansemos en la comodidad de esta calificación— como, ya en el pasado, ya en el presente, siempre —al mismo Montero Díaz puede achacársele similar dispersión— produjo Galicia. Una curiosidad universal y dispersa caracteriza desde muy antiguo y en general al pensamiento gallego. Como otra manera, de esa naturaleza y pensamiento, es la rebeldía contra las normas preceptivas y por la que Menéndez y Pelayo califica a Feijoo de “verdadero insurrecto”. Rebeldía que alcanza a la generalidad de los artistas gallegos llevándoles a buscar formas propias de expresión, como señaló muy acertadamente un erudito gallego, Martínez Murguía, consiguiendo que estilos universales posean en Galicia acentuado carácter local. Esa defensa del principio de libertad literaria se compagina con la libertad de creación que Murguía encontraba, casi siglo y medio después, en los artistas gallegos. Como el carácter precursor de la estética romántica del benedictino con la predisposición gallega, muchas veces señalada, al romanticismo.

El pensamiento estético de Feijoo se diluye en los miles de páginas del *Teatro crítico* y de las *Cartas eruditas*. Santiago Montero Díaz ordenó y sistematizó este pensamiento distinguiendo tres puntos fundamentales en su labor: la de “los opúsculos que versan sobre *principios generales*”; “*la crítica literaria*, o sea la ampliación de su gusto personal a casos concretos” y la *crítica musical*, donde se “destaca con perfil propio, revelando inesperadas condiciones de teórico”. Nosotros vamos a concretarnos al padre Feijoo en relación con las artes visuales y con esos *principios generales* que establecía para defender la libertad en arte: “Puede asegurarse —escribió— que no llegan ni aún a una razonable medianía todos aquellos genios que se atan escrupulosamente a reglas comunes”; “Yo convendría muy bien con los que se atan servilmente a las reglas, como no pretendiesen sujetar todos los demás al mismo yugo.” Los hombres “de espíritu sublime logran los más felices rasgos cuando generosamente se desprenden de comunes documentos”. Extraemos estas frases de largo párrafo de una de las Cartas del tomo I, citada por Montero Díaz, y donde se concreta

el pensamiento del benedictino sobre arte en general. Comenta Montero Díaz:

Estas palabras son vivo resumen de su pensamiento. Libertad plena del artista para escribir, para imaginar, para juzgar. Independencia total del poeta y del crítico. Nada de normas ni preceptos: de cada uno según sus fuerzas. Sobre el siglo XVIII español, bosque de empolvadas pelucas galicanas, la calva tonsurada del benedictino gallego adquiere inesperadamente la vehemencia profética de las cabelleras revueltas del romanticismo en la segunda centuria. Es sencillamente, la rebelión de los númenes contra las reglas; la primera insubordinación contra las escuelas y tradiciones.

Con dos ensayos, "La razón del gusto" y "El no sé qué", se muestra precursor de la ciencia estética cuando ésta no había alcanzado a concretarse con el sentido que hoy posee. Los dos fueron comentadas por Menéndez Pelayo que encontró se sustentaba en ellos la tesis del arte por el arte, calificando de "verdadero manifiesto" a "El no sé qué", anterior, en casi treinta años, a la divulgación de las teorías de Diderot. "Con letras de oro debiera estamparse para honra de nuestra ciencia", acota el sabio polígrafo del XIX, por su defensa enérgica de la libertad estética.

"El no sé qué" es desde luego uno de los más importantes ensayos sobre "la belleza y su expresión" publicados en el siglo XVIII, no solamente en España, alcanzando su ensayo mayor significado precisamente en nuestros días cuando nos interrogamos sobre la libertad alcanzada por el arte y la atracción que ofrece en el público esa libertad. No vamos a analizar nosotros este opúsculo en su rigor filosófico y académico, sino limitarnos a tratar de encontrar en su lectura el andamiaje teórico que une al padre Feijoo a preocupaciones actuales. Es bien sabido que entre las inquietudes de diverso orden que acicatearon su curiosidad la literatura y la música ocuparon lugar destacado en sus discursos sobre arte. Es posible que tuviese mucho que ver con su casi olvido de las artes visuales las circunstancias de su obligada vida sedentaria en los monasterios en que residió: Lézrez, Samos, Salamanca, Oviedo. También es posible que obtuviese mayor goce en la música y la literatura. No creo, en cambio, que hubiese afectado para nada su gusto por los problemas de la pintura y la escultura, de haberlo tenido, la decadencia de estas artes en España por los años de su vida. Además, como dijimos antes, si bien escultura y pintura pasaban por años de decadencia no así algunos de sus géneros, ni la arquitectura, en su mismo país, en Galicia. Tampoco los oficios que usaban del ornamento para enriquecerse y en los que se planteaban problemas del gusto y del *no sé qué* igual que en música y literatura. Creemos que le faltaba sobre todo contacto familiar con

estas artes, y, seguramente, ese acicate que le llevaba a informarse de un problema, ahondar en su estudio, para luego polemizar y orientar acerca de él, como hizo con los más dispares motivos, llevándole a oponerse a ideas que consideraba “antiguallas”. Partidario del método experimental, siempre experimentador, no debió tener nunca a su lado ejemplos suficientes de pintura y escultura para decidirse a intervenir con verdadero juicio en reflexiones sobre estas artes. Además, los tratados de crítica de esta época, entre los cuales se destaca *El museo pictórico y escala óptica*, de Palomino, reeditado hace algunos años en Buenos Aires, más que verdaderos tratados de crítica resultaban recetarios y formularios de cánones que el sabio fraile rechazaba, sobre todo cuando, en su caso, no podía experimentar con su visión los ejemplos lejanos que se citaban en ellos. Pero ocurre que Feijoo, defensor de la libertad en literatura y arte, frente a preceptivas y cánones, afirma que “sin el estudio de las reglas de la pintura nadie se hace ni aún pintor mediano”, y aquí se plantea asimismo una cuestión que alcanza nuestros días. Efectivamente, en artes visuales, arquitectura, pintura y escultura, nadie se hace perito sin el conocimiento de las reglas elementales del oficio. No es, a nuestro juicio, una contradicción del benedictino con la idea por él mantenida de que el instinto debe suplir a las normas, sino que forma parte de la naturaleza de estas artes que denominaba *artes factivas*. Sin conocimiento de los materiales que el artista tiene que usar no puede éste expresarse, cualquiera sea la fuerza de su imaginación y el propósito último. En una anécdota que refiere de un príncipe que consulta a dos arquitectos sobre un palacio a realizar, concreta, a su manera, la condición de esas artes, defendiendo la necesidad de conocimiento del oficio y la libertad imaginativa. Uno era un arquitecto con enorme conocimiento teórico y el otro estaba dotado de conocimiento artesano y éste afirma que él hará todo cuanto dijo el primero, significando que la intención está sujeta a la manualidad del oficio. Todo lo que Feijoo manifestó sobre el instinto, en cualquiera de sus discursos sobre literatura y música, es aplicable a las artes visuales. Su singular apartamiento no significa total desconocimiento de ellas, pues a través de sus opúsculos se encuentran referencias eruditas y noticias ejemplares de algunos de sus géneros. Cuando se refiere al “no sé qué que agrada, que hechiza, que enamora”, en las producciones de la naturaleza y del arte, afirma que “no hay que pedirle revelaciones más claras de este natural misterio”; y establece, en demostración, algunos ejemplos de variada índole, arquitectura, paisaje, personas, afirmando:

En las producciones de las artes hay este mismo *no sé qué*. Los pintores lo han reconocido en la suya, debajo del hombre de *manera*, voz que según ellos la entienden, significa lo mismo, y con la misma confusión que el *no sé qué*;

porque dicen que la manera de la pintura es una gracia oculta, indefinible, que no está sujeta a regla alguna, sólo depende del particular genio del artífice.

En este párrafo, concretamente dedicado a la pintura, muestra al utilizar la palabra *manera* la continuidad del pensamiento de Feijoo con los tratadistas del manierismo. Pues si bien es precursor, al decir de Menéndez Pelayo, de la idea de *el arte por el arte*, es, asimismo, continuador, cualquiera hubiese sido el espacio dedicado a exaltar su doctrina estética, de los doctrinarios de los siglos XVI y XVII, de Federico Zuccari, por poner ejemplo, defensor de la imagen ideal preexistente del artista, la surgida del instinto y que viene a constituir la *manera*. Se trata de defender la libertad interior del artista haciendo que reglas y naturaleza se sujeten a un concepto que represente su libre fantasía. Cuando Gracián afirma: “Lo misterioso posee un rasgo divino” está refiriéndose por ese misterio al *no sé qué* de Feijoo. Como cuando éste encuentra que “la poesía es una pintura parlante, y la pintura una poesía muda” se anticipa a Paul Klee, que en nuestro tiempo se define a sí mismo como “ilustrador de ideas”. Esa “gracia oculta, indefinible, que no está sujeta a regla alguna”, surgida de la libertad interior, es la “idea” de Klee y “el misterio que posee un rasgo divino” de Gracián. No trata, creemos, de la manera que da lugar al manierismo, procedente de la imitación de los medios de expresión alcanzado por los maestros, o los precursores, como expresaba Vassari la palabra *manera*, o de la misma repetición mecánica de un descubrimiento formal hecho por el artista a lo largo de su obra, que, convirtiéndose en norma, termina invalidándola en gran parte, aún cuando por veces surja el *no sé qué* misterioso e indefinible que nos acerque a ella. Claro es que los “manieristas” proponían reglas, pero éstas quedaban sujetas al juego intelectual, a una fuerza-libertad-expresiva, dependiente “del particular genio del artífice”, como acierta a expresar Feijoo. Este concepto, a nuestro entender, acerca su pensamiento al modo de discurrir del artista actual. “El misterio que posee un rasgo divino” del jesuíta Gracián está próximo, es el mismo, que “el natural misterio” del benedictino gallego, es la misma gracia indefinible que cita de Apeles, aunque, según éste, había otros pintores que le igualaban en perfecciones “o acaso en una u otra le excedían, pero él los excedía en aquella gracia oculta”, y es el “misterio” del arte de siempre y de hoy.

Cuando Feijoo pone ejemplos sobre objetos simples y compuestos se refiere entre los primeros a sólo dos colores, “un verde esmeraldino, un fino blanco”. Se refiere a sólo dos colores muy bellos en su armonía, y no muestra, para ejemplarizar el *no sé qué* que nos atrae hacia ellos, otro ejemplo de pintura, realizando una abstracción que podría, forzando los argumentos, traerlo a precursor de preocupacio-

nes pictóricas actuales; como cuando afirma a renglón seguido, para señalar objetos compuestos:

También le agrada el juego que hacen entre sí varios colores (v.g. en una tela, o en un jardín) los cuales están respectivamente colocados de modo que hacen una armonía apacible a los ojos, como la disposición de diferentes puntos de música a los oídos.

La frase resulta casi nueva, tanto que podríamos, más que a Feijoo, atribuírsela a un esteta o a un pintor que teorizasen actualmente sobre arte. Esa indiferencia en el ejemplo “en una tela, o en un jardín”, situándolos en un terreno de igualdad, señalándolos como objeto para la mezcla de colores —objeto-pintura, diríamos— y esa similitud entre “armonía apacible a los ojos, como la disposición de diferentes puntos de música a los oídos” nos traen al recuerdo teorías de los primeros años de la abstracción en este siglo, las de Kandinsky entre otras. Resulta un lenguaje de nuestra época. Así como resulta igualmente de hoy esta otra frase: “que muchos objetos compuestos agradan o enamoran, aún no habiendo en ellos parte alguna, que tomada por sí lisonjee el gusto. Esto es decir que hay muchos cuya hermosura consiste precisamente en recíproca proporción, o coaceptación, que tienen las partes entre sí”, añadiéndole los ejemplos de las voces en música y de los materiales en un edificio, “en las dicciones de una oración, en los varios movimientos de una danza”.

El teatro resulta singular en nuestra época en que estamos manejando conceptos y términos parecidos a los de Feijoo cuando éste buscaba ejemplos que nada tenían que ver con la representación en las artes visuales y sí, en cambio, con sólo los colores o sus combinaciones, entroncándolos con la música y refiriéndose a los materiales de un edificio. El *no sé qué* lo encontraba “en la gran disposición, orden y proporción, o sea natural o artificiosa, recíproca de las partes”. Para nada se le ocurre reflexionar sobre el tema, a la manera de los románticos, de los naturalistas o de cierto realismo, ni sobre el cuerpo humano, ni, en general, en este caso, sobre la naturaleza.

El blanco y el verde parecen resultar los colores de su preferencia; otra vez los cita hablando de objetos simples y escribe un párrafo importante en el que expresa: “O ponderarme, que apenas ignora nadie, que la simetría y recta disposición de las partes hace la principal, a veces la única hermosura de los objetos. Por consiguiente, ésta no es aquella gracia misteriosa, a quien por ignorancia, o falta de penetración se aplica el *no sé qué*”, con el cual para nuestro conocimiento, diferencia oficio de instinto. “Encuétrase alguna vez un edificio, que en esta, o aquella parte suya desluce de las reglas establecidas por los arquitectos; y con todo hace a la vista un efecto admi-

rable, agradando mucho más que otros muy conformes a los preceptos del arte”, y añade: “¿En qué consiste esto? ¿En qué ignoraba estos preceptos el artífice que lo ideó? Nada menos. Antes bien en que sabía más y era de más alta idea, que los artífices ordinarios.” Y con esto lo situamos en precursor teórico del expresionismo actual, de la deformación voluntaria, así como podemos volver a unirlo con los teóricos del manierismo. “Todo lo hizo según la regla; pero según una regla superior, que existe en su mente, distinta de aquellas comunes que la escuela enseña.” Se revela con este juicio antecedente teórico de Goya, del romanticismo y de algunas escuelas de hoy. No importa que desde entonces estas reflexiones se hiciesen muchas veces. Feijoo resulta, en sus juicios, un precursor aún cuando hubiese sido un fraile cuya enclaustración no le permitiese tener mayores contactos con las artes plásticas. Si no llegó a ver y juzgar pintura y escultura, ni hacer crítica de ella, ni apenas teorizar sobre estas artes, supo comprenderlas en lo que resulta más importante, en su independencia del tema, refiriéndose sólo a los colores que cita como ejemplos, y en su relación final, para la construcción, con los sonidos y las palabras.

Si la música agrada al oído, y agrada mucho, es buena, y bonísima; y siendo bonísima, no puede ser absolutamente contra las reglas, sino contra unas reglas limitadas y mal entendidas. Dirán que están contra arte; mas con todo tiene un *no sé qué*, que las hace parecer bien. Y yo digo, que este *no sé qué* no es otra cosa que arte, pero según un arte superior al suyo.

Esto mismo puede decirse de pintura y escultura, respecto a las reglas, solamente cambiando las palabras que se refieren a la música. El concepto es igualmente bueno para todas las artes. Y he aquí uno de los párrafos finales del discurso en el cual hace notar que en la labor del artista interviene también el espectador como receptáculo, como sujeto del arte, otro concepto que preocupa en nuestra época, en cuanto se refiere tanto a la creación como a la relación entre artista y público: “Téngase siempre presente, (para evitar objeciones) que esta gracia, como todas las demás, que andan rebozadas debajo del manto del *no sé qué*, es respectiva al genio, imaginación y conocimiento del que la percibe.” Por el cual el espectador, el aficionado, es también un creador de esa gracia, de ese *no sé qué* que encuentra, que al igual que el artista no puede definir pero que lo convierte en su par en cuanto a su naturaleza visionaria.

Podríamos, seguramente, extendernos más al referirnos a Feijoo en relación con las artes visuales, buscando en sus obras referencias que tanto sirven a la literatura o a la música, como a esas otras artes y en relación con nuestra época.

El arte de hoy arrastra mucho *no sé qué*, procedente, en parte

importante, de herencias atávicas del artista que, ni el científico, ni el crítico, pueden explicar y que aquél trata de expresar encontrando en líneas, colores, volúmenes, el misterio sobre el cual escribía Gracián, o la “natural gracia” igualmente indefinida para Feijoo.

La estructura plástica, la forma, el color, todo lo que compone una obra de arte, arrastran una necesidad interior de expresión, para las cuales reglas y cánones sólo cuentan como medio referido al oficio y nada, a la hora de realizarse la obra, las teorías ni las escuelas, como el artista no se proponga ser un mero ilustrador de éstas.

El nuestro es, como el XVIII, también un siglo experimentador. Científicos y artistas experimentan en sus profesiones y oficios. Hoy existe un arte experimental del mismo modo que una ciencia experimental. La diferencia con el siglo XVIII es que éste fue un siglo optimista y razonador, y, en el nuestro, la lógica de los abuelos parece haber perdido más de una partida. “El artista llega hasta darle figuras a las pesadillas y le hace ver a la comunidad su verdadero rostro”, como escribe un crítico holandés, Bert Schierbeek, a propósito de “Cobra”, un grupo “experimental” de artes plásticas.

El arte manifiesta más que en ninguna otra época lo que se esconde, sin forma, irrepresentable, en el alma de cada hombre y en el de la colectividad. Los nuevos símbolos que nacen, poco a nada tienen que ver con los del pasado, aunque los más primitivos encuentran resonancias en el espíritu de nuestra época, y el *no sé qué* de Feijoo alcanzó dimensiones más dilatadas en nuestro tiempo.

El solo hacer, sin más, el acto gratuito e irreflexivo de hacer, encierra ese *no sé qué* misterioso que no acertaron a definir ni el sabio benedictino gallego ni nadie desde entonces. Experimentar es actualmente una consigna general, como lo fue, con un optimismo mayor, en los años de Feijoo. Los resultados de la experimentación se saludaban alegremente en aquel siglo como una señal de la fuerza intelectual del hombre. En el nuestro nos transmiten cada vez una imagen del fin del mundo o de un posible regreso a los tiempos cavernarios, y el hombre de ciencia y el artista se señalan como un peligro para la colectividad. El ruido que arma el último con su obra es como el aullido premonitor de los perros o de los lobos. Encontramos que el benedictino gallego expresa conceptos que resultan familiares al pensamiento actual, avanzados en sus años, en cuanto se refiere al oficio artístico de cada uno, pero, anímicamente, nos encontramos más cerca de los textos y comentarios gráficos del *Apocalipsis*, de los beatos del siglo X, que de su siglo. Sólo el humo siniestro y negro de Goya, después de Feijoo, anuncia nuestro tiempo, y esa frase, “Los sueños de la razón producen monstruos”, parece ser la divisa de nuestra época; mas también ahora a esos sueños se unieron para el análisis los surgidos del subconsciente, escapados a la razón, este extraordinario

instrumento de investigación de Feijoo y de los sabios que en el mundo han sido.

A Feijoo lo califica Jean Sarrailh de “el gran antepasado a quien siempre hay que volver”, “cuya obra señala el origen del progreso en todos los campos”, en su espléndida obra *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, donde demuestra que este país conoció en ese siglo “las mismas aventuras espirituales que las demás naciones europeas”, irritándole la condenación desdeñosa de la crítica continental, y sorprendiéndose del esfuerzo gigantesco del puñado de “filósofos” que sacudían los viejos prejuicios, predicando los remedios para la agobiante tradición espiritual que acelera su retraso. Un siglo español, tan desdeñado como en Europa en la América libre que sucede a la colonia, y que constituye, sin embargo, en buena parte, el fundamento de su libertad. Feijoo, en la primera mitad de ese siglo, luchó contra las “antiguallas” preocupando a la inquisición que amenazaba “con el rayo en la mano a todo libro que dice algo de lo infinito que se ignora en España”.

LUIS SEOANE

Buenos Aires, julio de 1964.

OBSERVACIONES DEL PADRE FEIJOO SOBRE LA MÚSICA SAGRADA

Síntesis del proceso anterior al siglo XVIII

LA vinculación entre música y acto litúrgico desde la antigüedad, es innegable. Música y religión son valores paralelos y esenciales a través del tiempo; tan vitales que durante siglos, historiadores, críticos, filósofos y sociólogos se han abocado a su estudio e interpretación según los respectivos ángulos de mira, pese a que, en apariencia, ambos apuntarían a fines e intereses distintos.

Desde el punto de vista sociológico, la música, como todo arte, responde a las necesidades espirituales de la comunidad; la expresión artística de cada época lleva el sello de tales necesidades, que la individualizan. En la antigüedad, la música es eminentemente religiosa. La sociedad primitiva se vale de ella como lenguaje hacia lo divino; el sacerdote oficia de guía, él solo conoce sus secretos y los guarda como una ciencia oculta. Pero a la sombra de esta música —llámesela oficial— aflora espontáneamente otra, popular. En el decurso de los siglos, estas dos corrientes —la culta y la popular— deben haber coincidido unísonas en más de una oportunidad, sirviendo esta última, mucho más rica, de fuente inagotable para la primera.

Monseñor Gevaert, en su obra *Melopée antique*, ha demostrado que:

hasta el siglo ix la música de la Iglesia latina fue el moribundo arte griego rehabilitado, que encontraba su objeto en un nuevo mundo de sentimiento, y lo expresaba en una forma de carácter emotivo y ponía en práctica el principio esencial del arte cristiano, es decir, el principio congregacional, no ya una manifestación individual, sino una consonancia corporativa.¹

¹ GEVAERT: *Melopée Antique*, cit. por WIBBERLEY BRIAN en *Música y religión* (Revisión histórica y filosófica), trad. de Eugenio Ingster. Buenos Aires. Editorial Schapire. 1948.

El arte medieval, que era esencialmente religioso, relegó a la música popular. En la iglesia el canto gregoriano era la única expresión musical cultivada por el cristianismo. El canto gregoriano homófono tenía su razón de ser y reflejaba —siempre desde el punto de vista sociológico— la igualdad: un solo deseo, una sola voluntad, un solo espíritu en la exaltación de la fe.

Al surgir el arte polifónico mantuvo, en principio, su contacto con la Iglesia. Así el oratorio (forma musical que floreció durante el siglo xvi y alcanzó su apogeo en el siglo siguiente), se bifurca.²

Las misas polifónicas utilizan por tema los cantos gregorianos, pero emplean como contrapuntos las melodías populares, es decir, música profana. El carácter de esta música profana, progresivamente frívolo, más adecuada para las diversiones mundanas llevó a Juan Jacobo Rousseau a escribir en su *Dictionnaire*:

...los cantos sagrados no deben expresar el tumulto de las pasiones humanas, sino solamente la majestad de Aquel al que se dirigen y la humanidad de quienes los entonan. Cualquiera otra expresión es un contrasentido. Se ha de carecer no sólo de todo sentimiento religioso, sino además de todo buen gusto, para preferir en la iglesia otra música que no sea el canto gregoriano.³

La música refleja las corrientes y evoluciones no sólo en lo social sino también en lo geográfico.

A la hegemonía flamenca en las artes de los siglos xiv y xv —que evidencia las fuerzas espirituales, políticas y económicas de esa región— sucede la hegemonía espiritual y artística de las ciudades italianas. Los siglos xvi y xvii marcan en el devenir de la corriente humanística un aflorar excepcional del arte musical en Italia. Este aflorar de la música —precursor de un espectáculo nuevo y de extraordinario esplendor: la ópera— se da como culminación de un proceso en que paulatinamente, moldes, formas y medios se desarrollaron y perfeccionaron.

El año 1594 marca un jalón en la historia universal de la música, pues fallece, en Roma, Pier Luigi da Palestrina, jefe indiscutido de la escuela romana cuya influencia tanto se hizo sentir en España,

² Por un lado continuará utilizando la lengua latina. Su asunto será siempre de carácter bíblico. (De larga tradición medieval, se puede decir que deriva de las pasiones y motetes dialogados. Sigue el culto católico.) Por otra parte, el oratorio cuyo texto utiliza la lengua vulgar tuvo en su origen elementos populares; se dramatizó posteriormente en las laudas dialogadas, sufrió la influencia profana del teatro. (Completamente alejada del acto litúrgico, encontró en Haendel un poderoso reformador y máxima expresión.) La Pasión ha sido considerada como el esquema embrionario medieval del oratorio. La liturgia romana conservó siempre su forma en los oficios de Semana Santa; imitada y enriquecida después por la liturgia de la Reforma culmina con Juan Sebastián Bach.

³ JEAN-JACQUES ROUSSEAU: *Dictionnaire de musique*, 1ª ed., París, 1767.

al punto tal de que toda la música española religiosa hasta mediados del siglo xvii continuó cultivando el estilo palestriano, a pesar de que las nuevas tendencias de las escuelas de Florencia, Roma y Nápoles ridiculizaban el método y estilo de Palestrina. En Florencia triunfaba el melodrama de Rinuccini y de Peri; el humanismo y el paganismo renaciente avanzaban victoriosos del centro al norte de la península italiana y de allí invadían todos los centros culturales europeos.

La música sagrada española permaneció fiel a la escuela tradicional romana en lo que a misticismo y claridad de formas se refiere, especialmente en las misas; pero al mismo tiempo en los salmos, motetes y villancicos siguió el nuevo estilo. Es indudable que al comparar la polifonía sagrada de España del siglo xvii con los monumentos del Renacimiento que culminaron en la obra de Victoria observaremos una innegable decadencia del valor musical intrínseco. Un largo período de inercia sucedía en España a la gloria de la música vocal e instrumental, religiosa y profana, y principalmente polifónica, del siglo xvi.

Sin embargo, el teatro español de la época se hallaba penetrado por la música: Lope de Vega, Tirso y Calderón en muchas de sus producciones introdujeron danzas y música; danzas cantadas y ejecutadas por instrumentos de cuerda como la vihuela, arpa y guitarra. No olvidemos —por otra parte— que habitualmente la representación de una comedia era precedida por una loa —cantada o declamada— y que entre el segundo y tercer acto se introducía la jácara (generalmente narración de las hazañas de algún fanfarrón). Más tarde la jácara evolucionó y acompañándose de música pasó a ocupar el lugar de la loa. No pocas veces la representación terminaba con una danza alternada con el canto o acompañada por éste.

Asimismo la música aparecía —y en forma más frecuente— en la representación de los Autos Sacramentales, prohibidos por Carlos III en 1765. Por último, debemos recordar la representación en 1629 de la primera ópera española concebida a semejanza de las italianas.⁴ Nos referimos a *La selva sin amor*, de Lope de Vega, cuya puesta en escena, realmente espectacular, estuvo a cargo de Cosme Lotti. Su representación fue precedida de una advertencia dirigida a los espectadores: “Sobre la armonía [de los instrumentos], los personajes cantaban los versos, mientras la misma música expresaba la admiración,

⁴ La primera ópera italiana cantada en el extranjero fue *Dafne*, de Rinuccini. Se representó en Torgau (Sajonia) el 10 de abril de 1627; traducida por Martín Opitz, con música de Schütz. En el año 1608 el libreto codificado de *Dafne*, de Rinuccini, es compuesto de nuevo por Cagliano, representándose dicha ópera en un casamiento principesco realizado en Mantua. Véase: OSCAR BIE: *Historia universal de la ópera*, p. 77. Buenos Aires. Edición Centauro. Colección Arte. 1947.

los lamentos, los amores, los odios y sus diversos sentimientos". No se ha encontrado aun la partitura correspondiente y se desconoce al autor.

Vemos, pues, que el siglo xvii en España es no sólo el siglo de la ópera incipiente sino también de la zarzuela y comedia, junto con otras manifestaciones menores tales como los villancicos, madrigales y canciones. Ahora bien, no se tendría una visión completa del momento cultural que se vive en la península si no se aclara que este siglo xvii es también el de la pintura. Maestros de la talla de Velázquez, Murillo y Alonso Cano producen lo mejor de su obra. No obstante esto, España marcha hacia el siglo xviii signada por una evidente decadencia espiritual. Decadencia que se insinúa en las postrimerías la centuria anterior, para luego caracterizar la siguiente, y en forma notable, en el campo del pensamiento y de la creación literaria.

Al hablar Menéndez y Pelayo de esta época y después de haber analizado la situación intelectual de las distintas naciones de Europa, dice, ya centrada su visión en España:

La tendencia experimental, representada por los admiradores de Bacon, y la tendencia subjetiva, representada por el cartesianismo, penetraron, por fin, aunque algo tarde, en la ciencia española, que de algún modo las había preparado en el siglo xvi.⁵

No se salvaba el campo musical de ese retardo, que sólo avanzado el siglo sería sacudido. Menéndez y Pelayo también dedica el capítulo V de la obra antes citada al análisis de ese terreno artístico y y señala:

El lastimoso estado a que habían llegado en España la teoría y práctica de la música al comenzar el siglo xviii sólo se comprende recordando las abultadas aunque chistosas caricaturas del padre Eximeno en *Don Lazarillo Vizcardi*.

Se conocía el trabajo titulado *El Melopeo* de Cerone, especie de libro doctrinario donde aprendían los maestros las teorías musicales y en el que se mezclaban abstracciones sobre la armonía celestial y los enigmas musicales. Lógicamente, España tuvo también sus tratadistas musicales; por ejemplo, Pablo Nasarre —famoso organista ciego del convento de Zaragoza— del cual decían "organista de nacimiento y ciego de profesión". A él pertenecen *Fragmentos músicos y escuela música según la práctica moderna*.⁶

⁵ MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO: *Historia de las ideas estéticas en España*, t. III, p. 24. Buenos Aires. Editorial Espasa-Calpe. 1943.

⁶ Otros menos importantes: don José de Torres, Jorge de Guzmán, Diego de Roxas, etcétera. Véase MENÉNDEZ Y PELAYO, obra citada.

Pero es, más adelantado el siglo, cuando adquirirán importancia los tratadistas de música. Siempre siguiendo al autor antes citado leemos:

La verdadera gloria de la literatura musical española del siglo XVIII hay que buscarla en los jesuitas españoles desterrados a Italia: Eximeno, Arteaga, Requeno. El tratado *Del origen y reglas de la música*, los *Ensayos sobre el arte armónica*, las *Revoluciones del teatro musical italiano*, las *Disertaciones sobre el ritmo* son verdaderos monumentos de altísima cultura estética, que pueden honrar a cualquier país y a cualquier siglo, y que no desmerecen puestos al lado de lo mejor que entonces produjo la crítica musical francesa en las obras de Rameau, D'Alembert y Juan Jacobo Rousseau.⁷

Todo esto configura el aspecto informativo preliminar sobre nuestro tema. Entrando en el análisis de las opiniones del padre Feijoo, debemos retroceder a la primera mitad del siglo XVIII, cuando la más notable crítica musical:

...fue compuesta por un hombre que no era músico, pero a quien su grande entendimiento y su perspicacia analítica hizo acertar con la verdad en éste como en muchos otros puntos, y derramarla a raudales por el suelo español, abriendo una era científica que por excelente debiera llevar su nombre: Siglo del padre Feijoo, puesto que heredó todas sus cualidades y todos sus defectos.⁸

Ideas de Feijoo sobre la música

Varios son los escritos feijoonianos sobre materia musical: *Música de los templos*, *Resurrección de las artes* y *Cartas eruditas y curiosas*. *Música de los templos* integra el primer tomo del *Teatro crítico*, impreso en 1726.

De este discurso valoramos la sagacidad, ironía y gracejo del padre Feijoo. Quizás llame la atención el hecho de que en esa época de grandes progresos científicos, el ilustre benedictino “de espíritu grave, positivo y un tanto prosaico, tan poco sensible a los encantos de las demás artes”, sienta debilidad por el arte musical. De ahí su indignación y dolor por la profanación de la música sagrada:

Las cantatas que ahora se oyen en las iglesias son en la forma las mismas que resuenan en las tablas. Todas se componen de *minuetes*, *recitados*, *arietas*, *alegres*, y a lo último se pone aquello que llaman grave, pero de éso muy poco, para que no fastidie... El que oye en el órgano el mismo minuet que oyó en el sarao, ¿qué ha de hacer sino acordarse de la dama con quien danzó en la noche antecedente? En el templo, ¿no debía ser toda la música grave?⁹

⁷ MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO: obra citada, p.

⁸ MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO: obra citada, p. 613.

⁹ BENITO JERÓNIMO FEIJOO Y MONTENEGRO: “*Música de los templos*”, en *Obras escogidas*, t. LVI, p. 37. Madrid. Edit. M. Rivadeneyra. 1883.

Y más adelante al continuar con el análisis de los cánticos escritos no ya en lengua vulgar sino latina, el padre Feijoo nos señala los excesos en la representación de los Autos Sacramentales; tenían éstos el mismo carácter moralizador de las *Sacre Rappresentazioni*, es decir, se cantaban y representaban en carros ubicados en las plazas públicas; el pueblo intervenía indirectamente en la acción con sentimientos de piedad o de fiesta, o de jocosidad no siempre reverente:

Lo que se ha dicho hasta aquí del desorden de la música de los templos, no comprende sólo las cantadas en lengua vulgar; mas también salmos, misas, lamentaciones, y otras partes del oficio divino, porque en todo se ha entrado la moda. En lamentaciones impresas he visto aquellas mudanzas de aires, señaladas con sus nombres, que se estilan en las cantadas. Aquí se leía *grave*, allí airoso, acullá recitado. ¿Qué? ¿Aún en una lamentación, no puede ser todo grave? ¿Y es menester que entren los airecillos de las comedias en la representación de los más tristes misterios? ¹⁰

Es indudable que el beneditino veía en el canto llano —“el único que se conoció en muchos siglos”— un dique de contención para la imaginación vehemente de la juventud, la cual por su inexperiencia estaba expuesta a la perversión de las costumbres:

No por eso estoy reñido con el canto figurado, o, como dicen comúnmente, de órgano... Sólo el abuso que se ha introducido en el canto de órgano, me hace desear el canto llano; al modo que el paladar busca ansioso el manjar menos noble, pero sano, huyendo del más delicado si está corrupto. ¹¹

Condena:

los leves desvíos que con estudio hace la voz del punto señalado; de aquellas caídas desmayadas de un punto a otro, pasando, no sólo por el semitono, más también por todas las comas intermedias; tránsitos que ni caben en el arte, ni los admite la naturaleza. ¹²

Al confrontar o establecer un paralelo entre la música antigua y la moderna, el padre Feijoo establece tres distinciones y de ellas se desprende un juicio desfavorable para esta última. No obstante, en distintos pasajes del Discurso “Música en los templos”, puede leerse:

Sin embargo, confieso que hoy salen a luz algunas composiciones excelentísimas, ahora se atiende a la suavidad del gusto, ahora a la sutileza del arte.

¹⁰ BENITO JERÓNIMO FEIJOO Y MONTENEGRO: “Música de los templos”, en *Obras escogidas*, t. LVI, p. 42. Madrid. Ed. Rivadeneyra. 1883.

¹¹ BENITO JERÓNIMO FEIJOO Y MONTENEGRO: “Música de los templos”, en *Obras escogidas*, t. LVI, p. 38. Madrid. Ed. Rivadeneyra. 1883.

¹² BENITO JERÓNIMO FEIJOO Y MONTENEGRO: obra citada, p. 38.

Y más adelante, refiriéndose al maestro Literes:

...compositor de primer orden y acaso el único que ha sabido juntar toda la majestad y dulzura de la música antigua con el bullicio de la moderna.

Conceptos que reitera en nuevo pasaje del mismo Discurso.

Con todo, no faltan en España algunos sabios compositores, que no han cedido del todo a la moda, o juntamente con ella saben componer preciosos restos de la dulce y majestuosa música antigua, entre quienes no puedo excusarme de hacer segunda vez memoria del suavísimo Literes, compositor verdaderamente de numen original...¹³

Las distinciones antes dichas pueden resumirse así:

1. La disminución de figuras:

Pareció ya poco esto, y se inventaron no ha mucho las tricorcheas, que parten por la mitad las semicorcheas. No paró aquí la extravagancia de los compositores, e inventaron las cuatricorcheas, de tan arrebatada duración, que apenas la fantasía se hace capaz de cómo en un compás pueden caber sesenta y cuatro puntos.¹³

Argumenta dos razones:

La primera es, porque rarísimo ejecutor se hallará que pueda dar bien ni en la voz ni en el instrumento puntos tan veloces. La segunda razón esa disminución de figuras destruye la música porque no se da lugar al oído para que perciba la melodía y más adelante... [si] los puntos en que se divide la música son de tan breve duración, que el oído no pueda actuarse distintamente de ellos, *no percibe armonía, sino confusión*. (Véase BENITO JERÓNIMO FEIJOO Y MONTE-NEGRO: obra citada, p. 41.

2. El exceso de la música moderna “en los frecuentes tránsitos del género diatónico al cromático y enarmónico, mudando a cada paso los tonos con la introducción de sustenido y bemoles”... “los italianos hoy se propasan tanto en estos tránsitos, que sacan la armonía de sus quicios”.

3. La libertad “que hoy se toman los compositores para ir metiendo en la música todas aquellas modulaciones, que les van ocurriendo a la fantasía, sin ligarse a imitación o tema [...] Ésta es la música de estos tiempos, con que nos han regalado los italianos, por mano de su aficionado el maestro Duron, *que fue el que introdujo en la música de España las modas extranjeras*”.

¹³ FEIJOO: “Música de los templos”, pp. 39-41.

Hoy, a una distancia que excede los dos siglos de la publicación de la obra de Feijoo y con toda la admiración que la misma merece, nos atrevemos a formular las siguientes objeciones a los criterios enunciados por Feijoo:

1. Falta de visión al no admitir la posibilidad de una evolución en la técnica musical y calificar de “extravagancias de los compositores la disminución de las figuras”.

2. Ignorar en su discurso “Glorias de España” la música del siglo XVI y a su más alto representante, el maestro Victoria, cuya obra sólo admite parangón con la de Palestrina.

3. Atribuir a los maestros italianos¹⁴ el estado deplorable en que se hallaba sumido el arte musical español; y sostener que el maestro Duron introdujo “en la música de España las modas extranjeras” cuando en realidad la invasión de tendencia y estilos de las escuelas italianas se debió a un proceso natural y progresivo.¹⁵

4. Juzgar trivial a la música popular gallega a la que califica de “canciones imperfectas”.

Es extraño cómo un justo valorador estético de la música —acota José Núñez Búa— mostró un absoluto desinterés por la música popular. En cambio, su consejero y hermano de hábito, el padre Sarmiento, gran erudito e investigador, supo sorprender el alto valor lírico del canto popular de Galicia; y de esa valoración del padre Sarmiento arranca el gran interés de los hombres cultos y de la

¹⁴ “Los italianos nos han hecho esclavos de su gusto, con la falsa lisonja de que la música se ha adelantado mucho en este tiempo. Yo creo que lo que llaman adelantamiento, es ruina, o está muy cerca de serlo. Todas las artes intelectuales, de cuyos primores son con igual autoridad jueces el entendimiento y el gusto, tienen un punto de perfección, en llegando al cual, el que las quiere adelantar, comúnmente las echa a perder.” (Véase FEIJOO Y MONTENEGRO, obra citada, p. 40.)

Sin embargo, en la Carta I, tomo IV, dice: “El padre Cornelio Alapide, después de referir lo que se cuenta de la grande habilidad de algunos músicos antiguos en orden a mover los efectos, añade que también hay algunos igualmente hábiles entre los modernos, mayormente en Italia. Este doctísimo expositor estuvo algunos años enseñando las letras sagradas en Roma, por lo que podría saber muy bien adónde alcanzaban en su tiempo las artes de los músicos italianos.” (Véase FEIJOO: *Cartas eruditas y curiosas*, t. IV, p. 21. Impr. I. Ibarra. Madrid, 1770.)

¹⁵ No existe documentación alguna que permita conocer la evolución de la música española anterior al siglo VI. La música de los siglos VI al IX es eminentemente religiosa (producción muy rica aun en el campo profano debido al arte árabe).

El *canto visigótico*, “creación portentosa de la España cristiana”, conocido también como *canto mozárabe*, fue practicado en toda la península hasta el siglo XI; sólo en Portugal entró el *canto romano o gregoriano* en el siglo XII, en Cataluña después de la Reconquista, en el siglo IX. En Castilla después de numerosas tentativas del Sumo Pontífice —con la finalidad de unificar el rito de la Iglesia—, el 22 de marzo de 1071 el canto y la liturgia reemplazan a la liturgia mozárabe o toledana, en el monasterio de San Juan de la Peña. La Lex Romana suplanta a la Lex Toletana en el 1076. (Véase JOHANNES WOLF: *Historia de la música*. Editorial Labor. Barcelona, 1949.)

Por otra parte el arte no reconoce fronteras, así Inglaterra con Purcell, Francia con Lulli, Alemania con Schütz no hacían sino reconocer la *calidad o superioridad* del arte musical romano. Numerosos maestros españoles desde Victoria a Duron se trasladaron a Italia, sin olvidar que A. Scarlatti estuvo trabajando en la corte española.

erudición (Pardo Bazán, Murguía, V. Sivelo, Tafall; Bal y Gay, Filgueira, etcétera), por la música popular gallega.¹⁶

En el Discurso “Resurrección de las Artes” (incluido en *Teatro crítico*) vuelve a cotejar la música moderna con la antigua, es decir, retoma un tema ya tratado en “Música de los templos”: “Lo que aquí más importa examinar es —aclara el benedictino— si la música de ahora (en que comprendemos la del presente y pasado siglo) se debe considerar como adelantada o superior a la que veinte siglos ha practicaron los griegos.” Trata de dilucidar esta cuestión acudiendo a otros críticos: cita las conclusiones del autor del *Diálogo de Teágenes y Calímaco* (impreso en París en 1725); también acude a las *Disertaciones bíblicas* del padre Agustín Calmet.

Concluye exaltando la superioridad de los antiguos:

Siendo, pues, mucho más frecuente el ejercicio de la música entre los antiguos que entre los modernos, es muy verosímil que aquéllos excediesen a éstos; y por consiguiente, en vez de añadir nuevos primores la música moderna sobre la antigua, se haya perdido los principales de la antigua, sin que encontrase otros equivalentes la moderna.¹⁷

De las *Cartas eruditas y curiosas* —obra que comprende cinco volúmenes publicados entre los años 1742 y 1760— nos interesan en particular dos: la XLIV, que integra el tomo I y la I, incluida en el tomo IV, pues en ellas el padre Feijoo vuelve a ocuparse de la música.

La primera —Carta XLIV— versa sobre las maravillas de la música y cotejo de la antigua con la moderna. En ella, luego de explicar el origen y evolución de la música en la antigüedad, narra los efectos que la misma producía en las personas; explica cómo se excitaban las pasiones y se las calmaba pasando del frigio al dórico. Por otra parte, los antiguos la utilizaban para curar “la fiebre, el síncope, la epilepsia, la sordera, la ciática y la mordedura de víbora”. El monje benedictino en tono burlón e irónico, no exento de gracia, observa: “Tales cosas como éstas nos dejaron escritas los autores de antaño, para que las creyesen los bobos de hogaño”.

Al analizar los conocimientos musicales “en cuanto a las consonancias”, señala:

...no conocieron otras los antiguos, que la tercera, la octava, y la doble octava; añadiendo, que ignoraron enteramente el concierto, o música a diferentes voces;

¹⁶ JOSÉ NÚÑEZ BÚA: “Expresiones de la música popular gallega”. (Buenos Aires. *La Prensa*, 1962.)

¹⁷ BENITO JERÓNIMO FEIJOO Y MONTENEGRO: “Resurrección de las artes”, en *Obras escogidas*, t. LVI, p. 186. Ed. Rivadeneyra. Madrid, 1883.

y así todos sus acompañamientos, y del instrumento, con instrumentos, eran únicamente en *Unisonus*.¹⁸

Más adelante destaca:

...tampoco admito que la música antigua tuviese la simplicidad que se pretende; antes juzgo, que en lo esencial, era más compuesta que la moderna. La razón es, porque además de los géneros *diatónico* y *cromático*, que tiene nuestra música, usaba también en la división de la octava del género *enarmónico*, que a nosotros nos falta.¹⁹

En la Carta I del tomo IV responde a una consulta que “una señora devota y aficionada a la música” temerosa de ofender a Dios por esta inclinación, le hiciera:

...Considere V.S. que aquí somos unos peregrinos, que del destierro caminamos a la patria, de la Tierra al Cielo, peregrinación larga, camino dilatado, en el cual es preciso, a bien medidos intervalos, tomar algún reposo; porque apurar todo el poder de las fuerzas, es cortar el vuelo a las esperanzas.²⁰

Se vislumbra en las palabras transcritas a un padre Feijoo distinto, un tanto sentimental, humanizado; aunque el moralista severo que en él alienta surge inmediatamente.

La música entre todas las artes —señala Feijoo— “es la más noble, más excelente, la más conforme a la naturaleza racional, y la más apta a hermanarse con la virtud”. Su alegato —dando preferencia a “la música, a todas las demás artes recreativas”— comprende tres capítulos: “el primero, de su mayor nobleza; el segundo, de su mayor conformidad a la naturaleza humana; el tercero, de su mayor honestidad, o utilidad moral”. De este alegato se desprende que: “El deleite de la música, acompañado de la virtud, hace en la Tierra el noviciado al Cielo.”

Alentaban en el padre Feijoo verdaderas aptitudes para la crítica musical, pues en él se daban conjugados: conocimiento teórico, buen gusto y una aguzada sensibilidad. Los párrafos que se transcriben evidencian este aserto:

En el Discurso sobre el *no sé qué*, que hice en el sexto tomo del *Teatro crítico*, mostré también cuánto diversifica el gusto de una misma canción en la

¹⁸ BENITO JERÓNIMO FEIJOO Y MONTENEGRO: *Cartas eruditas y curiosas*, t. I, Carta XLIV, p. 317. Imprenta J. Ibarra. Madrid, 1769.

¹⁹ BENITO JERÓNIMO FEIJOO Y MONTENEGRO: obra citada.

²⁰ BENITO JERÓNIMO FEIJOO Y MONTENEGRO: *Cartas eruditas y curiosas*, t. IV, Carta I. Imprenta J. Ibarra. Madrid, 1770.

voz humana, o perfecta entonación, hasta tocar en las dos extremidades de hacerla sumamente grata, o sumamente desapacible.²¹

Anteriormente discurre sobre la importancia de la destreza en la ejecución:

Se ve muchas veces, como yo lo he visto, que un mismo tañido, y en el mismo instrumento, ejecutado por una mano hechiza; y ejecutado por otra, desagrada.

Acuérdome de haber leído siendo muchacho, en el libro que compuso para el uso de la guitarra el bello compositor Gaspar Sanz, que éste había visto a un guitarrista manejar una cuerda sola de modo que parecían sonar en ella, no sólo uno, sino varios instrumentos.²²

Observa con agudeza:

Por la misma razón, aunque supongamos que uno, u otro músico moderno haga milagros, a que no alcanzó uno de los antiguos, tampoco podrá inferir de ahí, que la música moderna es más perfecta que la antigua.²³

Toda vez que el padre Feijoo realiza un estudio comparativo entre música antigua y moderna no formula una conclusión definitiva; recién lo hace en esta Carta cuando dice:

Acaso, bien considerado todo, quedaran iguales las dos músicas, o por lo menos no se hallará alguna importante prueba de superioridad de la una respecto de la otra, ni en la perfección del arte, ni en la destreza de los artífices... *por consiguiente podrá sin temeridad pretende dejar anivelados unos con otros.*²⁴

El papa Benedicto XIV, al emprender la reforma de la música religiosa, cita, en distintas oportunidades, al padre Feijoo. Confirma así el prestigio que gozaba el monje benedictino tanto por su versación como por sus ideas y juicios.

Menéndez y Pelayo sostuvo que el siglo XVIII debía llevar su nombre, y en verdad la figura del ilustre benedictino adquiere tales pro-

²¹ BENITO JERÓNIMO FEIJOO Y MONTENEGRO: obra citada.

²² BENITO JERÓNIMO FEIJOO Y MONTENEGRO: obra citada.

²³ BENITO JERÓNIMO FEIJOO Y MONTENEGRO: obra citada.

²⁴ BENITO JERÓNIMO FEIJOO Y MONTENEGRO: obra citada.

porciones que se destaca nítida, perfilando toda una época. Más que una esteta fue Feijoo un científico.

Admiran en este hombre su genio y su ímpetu; pero sobre todo admira la precisión imperturbable con que dispara sus proyectiles científicos —sus razonamientos y sus experiencias— contra el error supersticioso, sin rozar jamás a su fe. Tan sólo alguna vez confunde, en el blanco lejano, esa fe suya con la superstición de su época, que eran sin querer las suyas también. Otras veces cae en la superstición de la ciencia, intentando ingenuamente explicar con ella no el error, sino el absurdo. Pero aun esto aumenta el interés humano de su gran figura.²⁵

DELIA A. MARCHISONE

²⁵ GREGORIO MARAÑÓN: *Las ideas biológicas del padre Feijoo*. Buenos Aires. Espasa-Calpe, 1934.

LAS IDEAS METAPSÍQUICAS DEL PADRE FEIJOO

Prolegómenos

EN trabajos anteriores¹, hemos considerado algunos de los problemas denominados “metapsíquicos” o “metapsicológicos”; en esta oportunidad, nos ocuparemos de las ideas metapsíquicas del padre Feijoo, tal como fueron expuestas por él mismo en el *Teatro crítico universal*.²

La palabra “metapsíquica” fue creada y definida por el profesor Charles Richet en 1905, cuando pronunció su discurso inaugural al ser designado presidente de la Society for Psychical Research (a la que también perteneció Bergson), como una ciencia que trata los fenómenos mecánicos o psicológicos que obedecen a fuerzas que parecen ser inteligentes, o a poderes desconocidos que existen en forma latente en la mente humana.

Charles Richet fue profesor de fisiología en la Facultad de Medicina desde 1878 y obtuvo el premio Nobel en 1913. Escribió un tratado de metapsíquica y fundó los *Anales de Ciencias Psíquicas*. Estudió la sugestión hipnotelepática y la escritura automática, con un criterio experimental. Distinguió una metapsíquica *objetiva*, cuya finalidad es el estudio de los efectos mecánicos, como golpes o *raps*³, apariciones y levitaciones, y una metapsíquica *subjetiva*, que se ocupa de fenómenos como la telepatía, la clarividencia y la premonición.⁴

¹ *Teoría y práctica de la realización metafísica*, en la revista *Logos*, de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, N^o 10-11; *Los métodos y las técnicas en el estudio de la psique*, y *Los estados psíquicos supranormales*, el primero de los cuales se publicó en las Actas del Primer Congreso Argentino de Psicología, Tucumán, vol. 1 (único aparecido), pp. 369-378, y *Metapsicología*, revista de la Universidad Nacional de La Plata, N^o 13, pp. 55-66. 1962.

² Madrid. Ediciones “La Lectura”. 1923 (2 tomos).

³ Palabra inglesa que sirve para designar los ruidos de origen paranormal.

⁴ Richet fue un metapsíquico (hoy diríamos más bien, un parapsicólogo) materialista, por eso atribuyó los fenómenos metapsíquicos a un sexto sentido, cuya existencia no pudo probar. A pesar de que rodeaba sus experiencias de las máximas garantías de objetividad, no pudo impedir ser engañado por un falso médium.

Han sido propuestas otras palabras para designar la totalidad de estos fenómenos —o parte de ellos— como, por ejemplo, “metagnosia” y “metagnomia”, expresiones con las cuales E. Boirac, su creador, designaba los fenómenos de clarividencia (que Richet denominaba “criptestesia”).⁵

En Inglaterra se emplean también las expresiones “investigación psíquica” (no exenta de ambigüedad) y “parapsicología”, esta última de uso corriente en Estados Unidos y también entre nosotros.⁶ Aún cuando la utilización de las palabras “parapsicología” y “metapsíquica” obedece a la costumbre, hoy se tiende a preferir la primera por su mayor prestigio científico. En realidad, ambas expresiones son sinónimas.⁷

En este trabajo usaremos la palabra “metapsíquica” en un sentido amplio para designar, además del estudio de los fenómenos parapsicológicos, el de ciertos hechos pertenecientes al campo de las religiones y de las denominadas “ciencias ocultas”. Es decir, que con la expresión “metapsíquica” nos referiremos aquí al estudio de los fenómenos “para” y “tras” psíquicos.

En nuestros estudios ya citados, hemos llamado la atención acerca del doble riesgo constituido por la práctica de las “ciencias ocultas” y las pseudo-religiones, por un lado, y la indiferencia de los investigadores y filósofos frente a la fenomenología parapsicológica, por el otro. Los psiquiatras han comprobado cómo el ejercicio de las experiencias espiritistas y ocultistas han hecho zozobrar el equilibrio psíquico de mucha gente. Pero también es peligroso el escepticismo dogmático de algunos intelectuales y hombres de ciencia porque revela prejuicios, temor e inseguridad y, además, porque favorece la difusión de nociones erróneas y de falsas doctrinas.

La práctica del ocultismo, la astrología, el espiritismo, y el teosofismo⁸ fue llamada por Spencer “segunda religiosidad”, y “pseudo-

⁵ En el Congreso de Ciencias Psíquicas de Varsovia, celebrado en 1923, se adoptó la clasificación de Richet, que también aceptaron ulteriormente otros autores, entre ellos, René Sudre.

⁶ En nuestro país hay tres cátedras de parapsicología, que se dictan, respectivamente, en la Universidad Nacional del Litoral, la Universidad del Museo Social Argentino y la Universidad Católica. Sin embargo, durante muchos años se empleó entre nosotros el vocablo “metapsíquica”. Así, por ejemplo, la primera tentativa de estudiar científicamente los fenómenos parapsicológicos se concretó en la *Revista Médica de Metapsíquica*, que fundó y dirigió el doctor Orlando Canavesio, desde el año 1947. Posteriormente (entre 1955-1956) se publicaron algunos números de la *Revista de Parapsicología* y actualmente aparecen los *Cuadernos de parapsicología* (desde el año 1963).

⁷ Richet decía que la parapsicología es una “metapsíquica experimental”. El hijo de Richet, médico y académico como su padre, también se dedica a la parapsicología.

⁸ Hay que distinguir “teosofismo” de “teosofía”, aunque entre nosotros, y también en otros países, se confunden ambos términos. La teosofía es una especulación occidental cuyo origen es medieval y cuyo contenido es de naturaleza metafísica o

religiones” o “pseudo-espiritualismo” por Evola y Guénon. La creciente aceptación de los más groseros dislates es quizás uno de los signos reveladores de la necesidad de clarificar los conceptos, las doctrinas y el sentido de ciertos fenómenos.

Hoy se comprueba un hecho curioso que, a primera vista, puede parecer paradójico, aunque es perfectamente explicable: tanto los que aceptan acríticamente la existencia de estos fenómenos como los que los rechazan sin haber intentado jamás comprobarlos, reaccionan a análogas motivaciones: la inseguridad y el temor. Este hecho ha sido comprobado extensamente por los psicólogos, a pesar de que subyace semioculto por racionalizaciones y máscaras.

En aquellos que los rechazaban de plano, se han descubierto los siguientes motivos: a) resistencia al cambio; b) miedo a lo desconocido; c) temor a perder prestigio profesional; d) dogmatismo científico o racionalista, y e) egolatría. A pesar de que la historia de la ciencia ha mostrado una y mil veces que la palabra “imposible” puede no ser más que una autodefinition de estulticia, todavía hay bastantes hombres de ciencia que no dan muestras de haberlo comprendido.

En nuestro trabajo *Metapsicología*, ya citado, observábamos que cualquiera puede entender que es posible experimentar en parapsicología sin tener por eso que aceptar el idealismo de Rhine; que la filosofía de las religiones no intenta destruir la fe; que no hay incompatibilidad entre el estudio de los fenómenos místicos y el ateísmo o la práctica de un culto; que el método fenomenológico usado en la antropología cultural no pretende enaltecer ni disminuir la concepción de la vida de las comunidades arcaicas; que la sociología de las religiones no es positivista aunque emplee métodos positivos; que la psicología de las religiones no tiene nada que ver con el psicologismo. Todo esto resulta evidente, sí, pero en el plano racional y siempre que la marea de las emociones no enturbie la inteligencia.

Los hombres no piensan sólo por esquemas dialécticos ni siguiendo los pasos previstos de una demostración. La pasión, la posición filosófica, las ideologías y los prejuicios condicionan muchas veces sus juicios y determinan la dirección de sus investigaciones.

A. Assailly clasifica a los hombres en *taumatómanos*, que son los coleccionistas de lo maravilloso, los que están siempre dispuestos a aceptar sin crítica todo aquello en lo que ya creen; *taumatoclastas*,

teológica. A veces, incluso, se usaban como sinónimas las palabras “teología” y “teosofía”.

La teosofía, en cambio, tal como se la usa actualmente, equivale a lo que denominamos —siguiendo a autores como Guénon— “teosofismo”. (Véase, R. GUÉNON: *Introducción general a las doctrinas hindúes*. Buenos Aires. Losada. 1945 y *El teosofismo*. Buenos Aires. Editorial Haz. 1954.)

son los que destruyen de antemano toda prueba posible que contradiga su prejuicio y *taumatófobos*, que son aquellas personas fóbicas que atacan a los demás, cuando, en realidad, desearían huir desparvoridos.

Sólo cuando se comprende que todos ellos son enfermos y que sus reacciones sólo revelan las anomalías de sus personalidades psicopáticas, es posible estudiar con verdadera objetividad esta compleja fenomenología.

Poltergeist

En el lenguaje de la parapsicología actual, se denomina “psicokinesis” o “psicoquinesis” (que se suele abreviar PK) a un movimiento de objetos sin causa física que es atribuible a una causa psíquica. Algunos autores la distinguen de la “telekinesis” o “telequinesis” (que se abrevia TK), que es el mismo tipo de fenómeno, pero verificado en presencia de un médium.⁹

Se llaman “apariciones” o “fantasmas” a percepciones sin objeto, de naturaleza eminentemente subjetiva; las apariciones son repetidas y no suelen acompañarse de fenómenos físicos sino por excepción. En cambio, se conoce con el nombre de “poltergeist”¹⁰ a la percepción de ruidos y sonidos con manifestaciones objetivas tales como golpes y desplazamientos de objetos, que sólo excepcionalmente son acompañados de apariciones.

Hechas estas distinciones semánticas, pasamos a considerar el trabajo del padre Feijoo titulado “Duendes y espíritus familiares”.¹¹ Si hay duendes —dice— deben ser necesariamente una de estas tres cosas: a) ángeles buenos; b) ángeles malos, y c) almas separadas de sus cuerpos.¹² Ahora bien, las travesuras y bromas que se cuentan de los duendes no son compatibles con la majestad de los ángeles buenos (que están en la gloria) ni con la tristeza de los ángeles malos (que están condenados). En cuanto a las almas separadas, o están en la gloria o en pena: en cualquiera de los dos casos, se repiten *mutatis mutandis* los argumentos anteriores.

Además, el plan divino no podría posibilitar trasgresiones como la de que esos espíritus dejen sus lugares naturales para irrumpir en el mundo de los hombres, provocando estériles terrores.

⁹ Literalmente, significa movimiento a distancia. J. Rhine, creador del término “psicoquinesis”, lo define como la influencia directa del psiquismo sobre la materia, que no puede ser explicada por una acción mecánica ni por el azar.

¹⁰ Palabra alemana que significa “espíritu que hace ruido”. La expresión francesa equivalente a “poltergeist” es “esprit frappeur”.

¹¹ V. *Teatro crítico universal*, obra citada, t. II, pp. 5-28.

¹² El padre Feijoo cita, en su apoyo, el libro del padre Fuente La Peña *El ente dilucidado*, publicado en Madrid en 1676.

El padre Peña propuso la hipótesis de que fueran “animales aéreos”, pero el padre Feijoo lo considera imposible porque, en ese caso, serían irracionales y, como es sabido, las referencias acerca de los duendes los presentan siempre riendo, disputando, hablando, es decir, cumpliendo acciones inteligentes; en consecuencia, no pueden ser irracionales, es decir, no pueden ser animales.

Finalmente, reduce el problema a un silogismo cuya premisa “mayor” es: *Los duendes no son ni almas buenas, ni almas malas, ni almas separadas, ni irracionales*; la “menor”: *No hay otra cosa que puedan ser*; y la “conclusión”: *Luego no hay duendes*.

En seguida analiza las supuestas pruebas empíricas, esto es, las aportadas por quienes alegan haberlos visto, comprobando que son sólo 10 ó 20 personas de cada 6000: estadísticamente, este número es insuficiente. Hay que concluir —afirma— que hay 20 embusteros aproximadamente en cada pueblo.

¿Qué motivos pueden inducir a los hombres a incurrir en semejantes embustes? A su juicio, algunos de los siguientes:

1. El placer de mentir.
2. Presumir de bravucón al haber enfrentado a los supuestos fantasmas.
3. Engañar a los ingenuos y a los tontos.
4. El haberse engañado a sí mismo, atemorizado por un ruido nocturno.
5. Experimentar una ilusión provocada por estados hipnagógicos.
6. Haber padecido una triple ilusión: de la vista, del oído y de la fantasía.
7. La obcecación de sostener un error, aún sospechando que los oyentes han advertido el fraude inicial.

Termina Feijoo por denunciar que, a veces, los duendes son inventados para encubrir delitos, adulterios y estupro. Así, por ejemplo, menciona el caso de un supuesto ícubo que sólo acometía a una mujer en cierta habitación de la casa, lo que es absurdo porque un duende no tendría por qué detenerse ante obstáculos físicos desde que, por naturaleza, debería ser *transfísico*. El misterioso duende —agrega— era un amante de carne y hueso.

En los casos en que se observa que el duende acompaña siempre a determinada persona, lo que pasa es que el duende *es* esa persona. Examina un último argumento: si la Iglesia católica practica exorcismos es porque existen los duendes. Este razonamiento, en realidad, nada prueba porque se trata de un rito dirigido contra el demonio, no contra los duendes.

Termina su estudio concluyendo que es falso que existan los *espíritus familiares* que —según algunos— hasta se venden junto con las casas donde habitan. En efecto, en España dicen que se venden en

Francia, en ésta que en Alemania y en Alemania afirman que es en los países nórdicos¹³; pero nunca nadie comprobó nada.

Desde el punto de vista de la actual parapsicología, los fenómenos descritos por Feijoo corresponden a lo que hemos llamado *poltergeist*. Los relatos sobre movimientos de objetos atribuidos a espíritus o entidades misteriosas se remontan a la antigüedad y han sido descritos por autores occidentales y orientales. Los fenómenos más frecuentemente mencionados son desplazamientos de objetos, rotura de utensilios, lluvias de piedras que describen trayectorias contrarias a la gravedad, lluvia de agua y de ceniza dentro de una habitación, desaparición y reaparición misteriosa de objetos.

A pesar de que hay personas que afirman haber presenciado fenómenos de *poltergeist*¹⁴ no existe, hasta ahora, ningún testimonio que permita aceptarlos como verdaderos. Jacques Bergier¹⁵, en *Cents ans de recherche sur le paranormal*, afirma que los “*esprits frappeurs*” parecen existir. Por su parte, Pierre Duval¹⁶ destaca que lo más notable de esta clase de fenómenos es la forma absurda en que se producen y que, si se comprobaran, habría que pensar en que son producidos por “una fuerza salvaje”. En síntesis, ninguno de los dos afirma claramente que existen, ni aporta pruebas de ello.

D. J. West¹⁷ opina que, hasta hoy, no existe evidencia probatoria de la legitimidad de esos fenómenos y sí pruebas abundantes de que se trata de fraudes conscientes o inconscientes, promovidos por personas frustradas (generalmente adolescentes) que engañan a adultos neuróticos. El testimonio de Amadou es definitivo: no hay pruebas; y nosotros compartimos su conclusión porque, en la extensa bibliografía que hemos consultado, no hemos encontrado ninguna prueba definitiva.

Astrología

En el trabajo titulado “Astrología judicial y almanaques”¹⁸, el padre Feijoo observa, en primer término, que si la astrología predijera

¹³ En nuestro país, se menciona la existencia de castillos encantados en Inglaterra y su venta con duendes y todo. Oscar Wilde, como es sabido, aprovechó novelescamente el asunto.

¹⁴ Algunos autores especializados en parapsicología, como Amadou, citan los testimonios de gendarmes franceses e ingleses que declararon haber sido llamados para intervenir en casos de *poltergeist*, pero nunca atestiguaron que los fenómenos eran reales.

¹⁵ V. *Encyclopédie Planète*, tomo dedicado a *Nos pouvoirs inconnus*, pp. 25-78. París. Edición Denoël. 1963.

¹⁶ *Encyclopédie Planète*, obra citada, pp. 79-246.

¹⁷ *Psychic Research To Day*, p. 125. London. Generald Duckworth & Co. Ltd.

¹⁸ *Teatro crítico universal*, obra citada, t. I, pp. 214-255.

los sucesos futuros no existiría el libre albedrío en los hombres. A su juicio, las causas del prestigio de los astrólogos son las siguientes:

1. Los vaticinios astrológicos son tan indeterminados y oscuros como las profecías de Nostradamus. Esa ambigüedad posibilita diversas interpretaciones, según los deseos de cada persona.
2. Si verificáramos la correspondencia existente entre las predicciones y los hechos, comprobaríamos que sólo se confirman 20 ó 30 entre miles, lo que es perfectamente explicable por el azar.
3. Una vez realizados los hechos, las interpretaciones se acomodan a los mismos; es decir, que muchas “predicciones” no son sino exégesis de símbolos, realizadas *después* de los hechos y no *antes*.
4. Las predicciones de ciertos hechos pueden determinar su realización. En efecto, si alguien espera triunfar en la vida, es fácil que se dedique a tareas que lo conduzcan al éxito. Por ejemplo, si se ha interpretado el triunfo en sentido económico, una consagración a los negocios puede ser la causa del éxito.¹⁹

Veamos ahora cuáles son las razones —a juicio de Feijoo— que demuestran la falacia de la mántica astrológica:

1. El horóscopo de una persona no puede vaticinar un suceso que, para realizarse, dependa de otras personas cuyo horóscopo desconoce. Es decir, que hay un conjunto de hechos encadenados y, en ese caso, el astrólogo no conoce más que un eslabón de la cadena.
2. Las catástrofes colectivas son inexplicables astrológicamente, ya que las personas afectadas han nacido en *distintos* lugares y fechas y, sin embargo, tienen un *mismo* destino. Y, recíprocamente, los que nacieron en el mismo lugar y hora no sufren el destino que les correspondería astrológicamente.

Basándose en las razones antedichas, Feijoo niega a los astrólogos toda posibilidad de anticipar hechos, pero aún habría que examinar las predicciones acerca de las características de la personalidad. Para probar la falacia de la predicción de los astrólogos también en este aspecto, aduce los argumentos siguientes:

1. Las profundas distinciones entre los caracteres psíquicos de los gemelos es explicada por los astrólogos por pequeñas diferencias en la hora de nacimiento; pero, si eso fuera cierto, no se podría hacer ningún horóscopo porque la determinación precisa de la hora del parto es prácticamente imposible. Incluso,

¹⁹ Como lo ha explicado el fisiólogo Walter Cannon, una de las razones de que el condenado a muerte por el brujo en el culto vudú realmente muera, es que todos los miembros de la tribu están convencidos de su próxima muerte y él también. V. W. CANNON “Voodoo Death”, en *American Anthropologist*, vol. 44, 1942. Levy-Strauss, en su libro sobre *Antropología estructural* retoma la explicación de Cannon sobre la muerte mágica.

habría que hacer horóscopos por fracciones del organismo, a medida que va naciendo del cuerpo de la madre: uno para la cabeza, otro para el pecho, etcétera.

2. ¿Por qué no influyen los astros en el niño mientras está en el seno materno, es decir, antes de nacer?
3. Las "propiedades" atribuidas a los astros y la distribución de las "casas" es totalmente arbitraria.

Culmina Feijoo su condenación de la astrología recordando que la Iglesia ya la ha condenado a través de las Escrituras, los textos de los padres de la Iglesia y las bulas papales.

¿Cómo juzgaríamos en la actualidad las críticas del padre Feijoo a la astrología? Creo que, en general, siguen siendo válidas. La astrología actual afirma que el destino y el carácter de cada hombre depende del horóscopo, es decir, de la configuración del cielo en el momento del nacimiento.

Es evidente que gran parte de los fenómenos terrestres se originan en los astros, como lo prueban la luz, el calor y la vida que recibimos del Sol. La astrología judiciaria (así la llama también el padre Feijoo) se divide en cuatro ramas: 1) la astrología natural o física, que estudia la influencia de los astros sobre el clima, el tiempo, etcétera; 2) la astrología mundana, que investiga la influencia de los astros sobre la felicidad o desgracia de las naciones y los gobiernos; 3) la astrología natal, que se basa en el horóscopo individual, y 4) la astrología horaria, que posibilita el tomar decisiones sobre cuestiones del momento. Hay, además, una aplicación astrológica a la medicina: la astrología médica.

La astrología natal y la horaria y, en general, toda astrología individual, son de muy reciente data. En efecto, en los 2000 ó 3000 años anteriores a nuestra era, la astrología nada tiene que ver con los individuos sino con reyes y con asuntos de gobierno.

Si examinamos el problema de la influencia astrológica desde el punto de vista físico, hay que admitir que los astros nos envían una luz refleja en una cantidad mínima y, además, emiten rayos infrarrojos en una proporción mil veces menor que la de la luz. Estos hechos desacreditan la hipótesis astrológica de una acción energética sobre los hombres. El astrónomo P. Courdec²⁰ observa que la constitución de todos los planetas es la misma, lo que hace difícil de explicar la diversidad de su acción. Además, hay planetas cuya distancia a la Tierra varía de 1 a 7 según la época (como Marte y Venus). Aplicando la ley astronómica según la cual los efectos son inversos

²⁰ P. COURDEC: *L'Astrologie*, p. 63. París. Presses Universitaires. 1951.

al cuadrado de la distancia, la acción planetaria en un horóscopo debería variar de 50 a 1 en el curso de una revolución de ciertos planetas.

Pero hay más todavía: la actitud corriente de los que aceptan la validez de los horóscopos individuales implica una flagrante contradicción. En efecto, si los hechos anticipados en el horóscopo se cumplieran, ello significaría que están determinados, pero como el conocimiento del futuro haría posible torcer el curso de los acontecimientos cuando éstos no nos son favorables, resultaría una ruptura del determinismo. He ahí la antinomia: sostener un determinismo que aquel que lo acepta se encarga de negar con su conducta.

En realidad, en nuestro tiempo, hay un gran equívoco en torno a este problema. La astrología contemporánea, como la que se practicaba en la época en que vivió el padre Feijoo, se basa en datos fragmentarios de un conocimiento cuya clave y sentido han desaparecido. La astrología tradicional estudiaba las relaciones entre el macrocosmos (el universo) y el microcosmos (el hombre), basándose en la existencia de una correspondencia entre ambos; por eso, era la traducción de un vínculo espiritual expresado simbólicamente.

Desde un punto de vista individual, esta correlación puede ser interpretada —cuando es conocida— como el resultado de una influencia de los astros sobre los hombres, que es el criterio corriente entre los astrólogos modernos. Pero esa interpretación revela una mentalidad materialista sólo preocupada por el aspecto mántico, que es una de las expresiones más típicas de una época de decadencia de la sabiduría tradicional.

En verdad, la existencia de las correlaciones sólo indica la manifestación de un ser en un estado determinado; es decir, que no hay entre los astros y los hombres una relación de causalidad sino de correspondencia. Las predicciones —en la medida de su posibilidad— sólo revelarían la existencia de esta especie de armonía preestablecida (Leibniz) o, como diría K. Jung, de una *sincronicidad*, o de “coincidencias significativas”.²¹

La astrología “científica”, tan en boga entre nosotros, desnaturaliza el punto de vista tradicional, espiritual y cualitativo. Incluso hoy se llega al absurdo de concebir una ciencia tradicional, como la astrología, usando el cálculo de probabilidades que es un instrumento matemático típico de la ciencia moderna. Y, precisamente, las ciencias particulares nacen como una negación de las ciencias tradicionales.

²¹ V. K. JUNG: “On Synchronicity”, en *Man and Time. Papers from the Eranos Year Book*, pp. 201-211. London, Edited by Joseph Campbell, Routledge and Kegan Paul. 1958. Un desarrollo más extenso de la teoría puede leerse en la obra de Jung, publicada juntamente con un estudio del profesor Pauli, titulada *The Interpretation of Nature and Psyche*, la misma editorial, 1955. (Hay una traducción castellana de este libro, editado en Buenos Aires, por Paidós.)

Radioestesia

El padre Feijoo se ocupa de temas vinculados a la radioestesia en su trabajo "Vara divinatoria y zahoríes".²² Empieza por definir la "vara divinatoria" como una varilla de la que se sirven ciertas personas —denominadas zahoríes— que pretenden descubrir metales y aguas subterráneas. "Es ésta un báculo de avellano —dice— dividido por la parte superior en dos astas, en forma de horquilla o Y griega." ¿Cómo se emplea? "El uso es el siguiente: toma un hombre con las dos manos las dos astas del báculo, y caminando de este modo con él, va tentando todo el terreno que quiere examinar. Dícese que en llegando a algún sitio donde hay o mina o cualquier metal sepultado (Feijoo se refiere a la existencia de tesoros escondidos) o cauce de agua, las dos astas del báculo padecen una contorsión violenta, que es índice de que allí está lo que se busca."²³

Apoyándose en un libro del padre Lebrun²⁴, dice que los primeros zahoríes aparecieron en Francia en 1636 y buscaban minas; con respecto a aquellos que retrotraen su origen al caduceo de Mercurio, la vara de Circe o el cetro de Minerva, cree que se equivocan, pues otra era la finalidad y el sentido de esos elementos. ¿Cuál es el mecanismo de acción? Se han propuesto dos: 1) el movimiento de la vara obedece a una causa física, y 2) se trata de un pacto con el demonio. En el primer caso, los metales y el agua despedirían una suerte de efluvios o hálitos que, al penetrar en los poros de la vara, la forzarían a contraerse.

A la segunda explicación —la de la existencia de una causa física— le objeta Feijoo que, si el agua o los metales despiden efluvios, ¿por qué éstos sólo afectan a las ramas de avellano y no a las de cualquier otro árbol? Y, en segundo término, ¿por qué no se mueve la vara sobre las corrientes de agua ni sobre los metales que están a flor de tierra? Lo que pasa —agrega— es que quizás el fenómeno pueda ser cierto, pero no así la explicación propuesta.

Feijoo examina el caso de Jacobo Avmar, reputado "descubridor" de metales y agua subterránea, y además, de delincuentes, objetos perdidos y padres de niños expósitos. Por si esto fuera poco, también dictaminaba acerca de la virginidad de una novia y la autenticidad del cuerpo venerado de un santo. Según el padre Feijoo, Avmar acabó por confesar que todo era una superchería, desde sus supuestos aciertos hasta sus aptitudes.

²² V. *Teatro crítico universal*, obra citada, t. II, pp. 29 - 50.

²³ Las ramas usadas pueden ser también de sauce o de durazno, e incluso, de cualquier otra naturaleza (de metal, por ejemplo). Los rabadomantes hindúes operan directamente con las manos y declaran percibir en ellas una extraña y poderosa sensación de irradiación y energía.

²⁴ *Historia crítica de las prácticas supersticiosas que han engañado a los pueblos y embarazado a los sabios*, traducción de Cordejuela. Madrid, 1748.

Un zahorí —agrega— es un hombre que es capaz de penetrar con la vista los cuerpos opacos, pero esta virtud no puede ser natural, por razones físicas, ni sobrenatural. Se dice que sólo en España hay zahoríes, luego, si esto fuera cierto, ello implicaría que Dios condicionó esa aptitud a un solo país, lo que sería absurdo. Pero, además, Dios no otorgaría una virtud que solamente sirve para estimular la codicia, y, por otra parte, las Sagradas Escrituras tampoco dicen que Dios lo haya hecho.

En conclusión, si hubiera zahoríes, no hay más que dos explicaciones posibles: o son embusteros o han hecho un pacto demoníaco. Lo más probable es que se trate de simuladores que logran su finalidad adoptando un aire misterioso y un gesto adecuado, que sirven para engañar a los ingenuos.

Veamos ahora cuál es el criterio actual sobre la cuestión. Hoy sabemos que el origen de las varas adivinatorias es muy antiguo y han sido descritas por Cicerón y Tácito. La varilla bifurcada —la más conocida— es mencionada en *De Re metallica*, de Agrícola, en 1546, y en la *Cosmografía*, de Münster. Su uso fue introducido en Inglaterra por mineros alemanes (del alemán provienen las palabras *dowser* y *dowsing*, usadas desde entonces en los países de habla inglesa). Al principio, su empleo estuvo restringido a la búsqueda de minerales, pero cuando se agotaron los depósitos de estaño, la utilizaron para descubrir corrientes subterráneas de agua. Así comenzó el arte de los buscadores de agua, que se ha prolongado hasta nuestros días. Las características de la varilla y el modo de usarla se han conservado casi sin variantes hasta hoy, y no difieren, en lo sustancial, de la descripción del padre Feijoo.

El primer problema que debemos resolver es el de la legitimidad del hecho: ¿encuentran agua los rbdomantes? Entre la profusa literatura existente sobre la materia, en la cual el dislate y el sinsentido están presentes más de una vez, encontramos pruebas indudables de la autenticidad del hecho.

En primer lugar ofrecemos los datos y testimonios siguientes, de suyo elocuentes:

1. Existen cientos de declaraciones firmadas, provenientes de personas y de empresas comerciales, que prueban el éxito de la labor de los rbdomantes, es decir, que han encontrado agua.²⁵
2. Hay testimonios de geólogos que admiten la autenticidad de la rbdomancia, por lo menos en algunos casos. Por ejemplo, el geólogo profesional F. N. Taylor, quien reconoció que, cuando no se puede encontrar agua, es necesario acudir a los servi-

²⁵ V. D. H. RAWCLIFFE: *Illusions and Delusions of the Supernatural and the Occult*, p. 337, New York, Dover.

cios de un rabadomante (“un adivinador de agua”) que la pueda hallar porque posee un “don” especial.²⁶

3. Poseemos la declaración del famoso físico J. J. Thompson: “no hay duda de la realidad del efecto *dowsing* (adivinar dónde hay agua)”.²⁷
4. El gobierno de la India contrató los servicios profesionales del mayor C. A. Pogson como rabadomante oficial, desde 1925 hasta hasta 1928, estando a su cargo la provisión de agua de granjas y pueblos durante esos años. Los testimonios de su valiosa labor están registrados en *The Times* (30 de abril de 1926), en el *Indian Journal of Engineering* (1º de mayo de 1926) y en dos informes oficiales del gobierno de Bombay (uno correspondiente a la actividad cumplida durante el año 1927 y otros reseñando su actuación durante el lapso 1925 - 1927).
5. En 1936, los departamentos de Guerra de Italia y Alemania utilizaron oficialmente los servicios de los “buscadores de agua” y, en la campaña en África del Norte, volvieron a acudir a ellos.²⁸
6. Durante la campaña de Abisinia, los italianos incluyeron en la tropa algunos experimentados buscadores de agua.²⁹

Resuelta la cuestión de la autenticidad (lo que no significa que no existan simuladores e ingenuos que honestamente creen en poderes que no poseen), se presenta una segunda cuestión, ¿cuál es el mecanismo de acción del fenómeno? El recurso (que parecería obligado) a los propios rabadomantes, hay que descartarlo porque, casi sin excepción, ignoran totalmente cómo se produce el hecho. Más aún, cuando proponen explicaciones, éstas son disparatadas.

Generalmente, atribuyen el hecho a “fuerzas” o “energías”, que no saben qué son, a una misteriosa aptitud mística, cuyo origen y naturaleza también desconocen, o ambas, que presentan inexplicablemente relacionadas entre sí.

En el campo científico, se han propuesto dos teorías, una de las cuales se basa en la psicología del inconsciente, y la otra en la parapsicología. Una tercera teoría —la del físico holandés Tromp³⁰— no parece suficientemente fundada.

²⁶ Lugar citado.

²⁷ Obra citada, p. 338.

²⁸ V. M. GARDNER: *Fads and Fallacies in the name of science*, p. 105, Dover.

²⁹ V. D. H. RAWCLIFFE, obra citada, p. 337.

³⁰ Según el doctor Tromp la causa del movimiento de la varilla es la energía electromagnética que se desprende del agua y los metales y afectan el cerebro del rabadomante. (Véanse las críticas a esta posición en el libro ya citado de M. Gardner, especialmente en las páginas 103 - 105.) Explicaciones energetistas como las de Tromp, son las que caracterizan a los radioestesistas que, además de usar las varillas, suelen utilizar, a veces, un péndulo. Hay, incluso, una aplicación del péndulo a la medicina: la *radioestesia médica*.

La primera explicación se debe al autor ya citado, D. H. Rawcliffe:

- a) Existen sujetos que poseen el don de encontrar agua, pero esta aptitud no es nada sobrenatural, sino un hecho explicable por fenómenos psicofisiológicos normales.
- b) El movimiento de la varilla se debe a contracciones pequeñas de los músculos del brazo y la muñeca, accionados subconscientemente.
- c) La subconsciencia de estos sujetos registra *indicios* que pasan inadvertidos para el resto de las personas, como el color del pasto, la consistencia de la tierra, la forma de las plantas, etcétera, que *revelan* la existencia de agua subterránea.
- d) En un plano consciente, también el rabadomante registra conocimientos —incluso cierta información geológica, en algunos casos— que utiliza en su labor.

De acuerdo con la segunda teoría, el mecanismo de acción sería el mismo, pero el conocimiento del rabadomante —también subconsciente— habría sido adquirido parapsicológicamente. Este punto de vista es sostenido por el ya citado R. Amadou y por el profesor de física sir William Barrett.

En conclusión, parece suficientemente probado: 1) la legitimidad de los hechos; 2) su origen subconsciente, y 3) la acción muscular que mueve la varilla. Lo que, a nuestro juicio, aún no ha sido dilucidado, es el origen de la información subconsciente que pone en acción los músculos que moverán la varilla.

ARMANDO ASTI VERA

Buenos Aires, julio de 1964.

FEIJOO, EL REFORMADOR DEL ARTE DE CURAR

EL dinámico siglo de las luces que el 26 de septiembre de 1764 veía morir al Padre Maestro Benito Jerónimo Feijoo, difería radicalmente del patético mundo oscurantista que ochenta y ocho otoños antes le había visto nacer. En aquel gran cambio había influido Feijoo más que ningún otro hombre de su época, pues nadie como él supo avivar las conciencias anquilosadas por el fanatismo y alumbrar en las mentes oscurecidas por la ignorancia y la superstición.

Nacido en Galicia, en la paterna mansión señorial de Casdemiro, bello rincón del frondoso paisaje barroco del Orense por donde discurre, sinuoso y pausado, el caudal trasparente del Miño, Feijoo reflejaría en su temperamento y en su estilo, la gracia, la diafanidad y la callada fuerza de los elementos que componen la naturaleza de su tierra.

Desde la infancia hasta la avanzada mocedad, su formación se vió beneficiada por el ilustrado ambiente del hogar, donde se rendía activo culto a las letras humanas¹, y por la placidez de las bucólicas escuelas conventuales de Samos, Poyo y Lérez, en el propio país natal.

Las perspectivas que el mundo de entonces ofrecía, eran oscuras. Ahogado el humanismo en sangre de hugonotes y la libertad secuestrada por el triunfante absolutismo, la luz de las universidades se apagaba, la voz de Paracelso ("el fundamento de la curación es el amor") carecía de eco y el estudio de la naturaleza había vuelto a caer en olvido. Sólo al calor de las sociedades científicas, inauguradas no hacía mucho en Londres y París, empezaban a despabilarse en Europa aislados focos de investigación: Leyden, Padua, Bolonia.

Secularmente colocada de espaldas al mundo, desquiciada por los reveses de su infortunada política imperial, España yacía en profundo colapso. Su cuerpo social se reducía a una nobleza fanática o corrupta

¹ P. FEIJOO: *Teatro crítico universal*, t. IV, Discurso XIV, número 23; MARCELO MACÍAS: *Elogio del P. M. Feijoo*, 1ª ed., p. 50; XOSE Mª ÁLVAREZ BLÁZQUEZ: *Escolma de poesía galega*, 1ª ed., p. 269.

y un pueblo empobrecido, dominado por el engaño y por el miedo. Entre ambos pululaba una masa de pícaros y de “seudosabios discutidores y dogmáticos”.² No existía la menor actividad científica, y la postración era absoluta en todos los órganos de la cultura. La condesa de Pardo Bazán, que logró interpretar como nadie la personalidad y el siglo de Feijoo, cree ver cómo por entonces “España toma la figura de aquel don Miguel de Mañara que vio su propio entierro”.³

Un azar afortunado de la historia y de la economía, permitió que Galicia —favorecida por su casi insular posición geográfica, su nutrida despensa y su más estable equilibrio social— se mantuviese un poco al margen de aquel torvo mundo, y que el genio llamado a revolucionar la medicina pudiese forjar así sus armas (“la erudición y el hábito experimental”) en un medio todavía permeable a la sabiduría y a la tolerancia.

En el libro de Marañón *Las ideas biológicas del padre Feijoo* —que es por hoy el más acabado y serio examen crítico de la obra científica del monje— aparece transcrita la siguiente anécdota de la infancia de Feijoo, incidentalmente narrada por éste en su *Teatro crítico*:

Siendo yo muchacho todos decían que era peligrosísimo tomar otro cualquier alimento después del chocolate. Mi entendimiento, por cierta razón que yo entonces no sabría explicar muy bien, me disuadía tan fuertemente de esta vulgar aprensión, que me *resolví a hacer la experiencia*... Inmediatamente después del chocolate comí una porción de torreznos y me hallé lindamente, así aquel día como mucho tiempo después; conque me reía a mí salvo de los que estaban ocupados de aquel miedo. Asimismo reinaba la persuasión de que uno que se purgaba ponía a riesgo notorio, unos decían la vida, otros el juicio, si se entregaba al sueño antes de empezar a obrar la purga. Yo me dejé dormir lindamente en ocasión que había tomado una purga, sin padecer por ello la menor inmutación.⁴

En este par de precoces experimentos, referidos con el directo y claro lenguaje feijooniano, descubre el doctor Marañón el germen entero de la futura actitud de Feijoo. Son éstos, en efecto, los primeros y ya valerosos tanteos del incipiente genio que empieza a abrirse paso. Hasta la edad de cincuenta años —en que un nuevo aliento de libertad le anima a empezar a escribir— la vida del padre Feijoo es un continuo leer y explorar. “Su vida —dice Emilia Pardo Bazán— es la vida de un cerebro y no más.”

² Gregorio Marañón, citado por RAMÓN BALTAR DOMÍNGUEZ: *Opúsculos médicos gallegos del siglo XVIII*, 1ª ed., p. xxviii.

³ EMILIA PARDO BAZÁN: *Feijoo y su siglo*, en *De mi Tierra*, 1ª ed., p. 167.

⁴ P. FEIJOO: *Teatro crítico universal*, t. V, Discurso V; GREGORIO MARAÑÓN: *Las ideas biológicas de padre Feijoo*, 4ª ed., p. 48.

Ninguna rama del saber escapó a su universal curiosidad, pero, haciendo abstracción de las cosas del dogma, su interés se centró en el estudio de las ciencias antropológicas. El libro que mayor influjo ejerció sobre la ulterior actividad médica del fraile fue, quizá, el *Novum Organum*, la sugerente obra del filósofo del Renacimiento Francis Bacon de Verulam, donde Feijoo vería teóricamente formulado —como base del conocimiento científico— el método experimental que él intuyera y practicaba desde el umbral mismo de la niñez. Alentado por tal consagración, el tenaz fraile no podrá ya dejar de someter cuanto lee y atisba, al rigor de la crítica y al control de la prueba experimental.

Familiarizado con los clásicos de la medicina —desde Hipócrates a Avicena y desde Arnau de Villanova a Rodrigo de Castro—, pudo seguir de cerca la obra de los médicos coetáneos —Sydenham, Boerhave, van Swieten, Baglivio— hasta adquirir, y más tarde encauzar, todo el saber médico de su siglo. Pero pese a su proteica erudición, distó de ser ese hermético espécimen de investigador o de erudito, que, afanado en la febril búsqueda de materiales o paciente acopio de datos, se desentiende de las inquietudes y problemas de su pueblo y su época. En este último aspecto, Feijoo fue más bien una especie de resonador hiperestésico, una mezcla de artista y de sabio, un ciclópeo trabajador, que, tocado del ala del genio, “poseyó el arte de relacionar unos conocimientos con otros y analizar la índole de las cosas hasta sacar de ellas la luz que pueden dar.”⁵

Dotado de un innato espíritu de concordia, aunó en sí el pensamiento y la acción; acertó a conciliar la disciplina del pensar filosófico con la severidad del razonar científico, y sin salir del retiro del claustro, hizo honor al título de activo “ciudadano libre de la república de las letras”, que él mismo se diera. Finalmente, el modélico monje, sin dejar un punto de serlo, se arrojó de lleno a la arena del arte de curar, como el más asequible y vasto campo que podía ofrecerse a su amor de humanista y a su vocación de investigador.

La medicina estaba entonces inmovilizada por una férula de dogmas y de axiomas hipocráticos pasados por los tamices de Galeno, muchos de ellos basados en principios falsos, otros mal traducidos o mal interpretados, en los que todos los fenómenos y todos los recursos parecían invariablemente establecidos, como verdades matemáticas. El enfermo no era más que el simple receptáculo de la dolencia, y de ahí que los infatuados oficiantes de la medicina lo mantuviesen a distancia y no se dignasen ni escucharle.

Contrariamente a la actitud de tales médicos “que en tomando el

⁵ Octavio Picón, citado por ANTONÍN LÓPEZ PELÁEZ: *Los escritos de Sarmiento y el siglo de Feijoo*, 1ª ed., p. 15.

pulso y viendo la orina, y eso muy de paso, al instante toman la pluma para recetar”, Feijoo no se aparta de la cabecera del enfermo, lo interroga; por mediación de él y de los allegados, indaga los antecedentes, los cambios de aspecto, de ánimo y de conducta. Finalmente, “atendiendo al complejo de muchas circunstancias, ya concomitantes, ya antecedentes”, investiga las causas del mal y deja así configurada con peregrina precisión la exploración clínica moderna.⁶

Una vez comprobado que no todos responden de igual modo a una misma dolencia ni a un mismo remedio, no admite el sagaz monje que pueda prescribirse un tratamiento o un régimen dietético sin contar previamente con la experiencia del enfermo, e incluso, con los gustos y preferencias de éste, pues “lo que a uno aprovecha a otro daña”. Una de las causas de “la incertidumbre de la medicina es la diferencia individual de unos hombres a otros”. No hay, pues, enfermedades, sino enfermos, y por ello quiere Feijoo que no sólo el enfermo consulte con el médico, sino que el médico, a su vez, “consulte también con el paciente”.⁷

En sus ensayos médicos, rebate tenazmente la multitud de dogmatismos que embarazan la práctica médica. “Para los aciertos de la cura —escribe en uno de ellos— importa más la experimental penetración de la naturaleza y cualidad de los remedios, que no el vano aparato de los silogismos y escolástica discusión de las cuestiones teóricas.” No se cansará de insistir sobre la necesidad de favorecer las defensas orgánicas, de respetar el poder curativo de la naturaleza. El abuso de los remedios, dice, “no puede menos de debilitar a la naturaleza (y esto precisamente en aquel tiempo en que ella necesita de más vigor por hallarse en actual combate con su enemigo)”. Alaba las virtudes de parte de los medicamentos en uso, pero advierte que “aún siendo escogidos y apropiados, dañan cuando son muchos”.⁸

Anatematiza especialmente el multitudinario uso de la sangría, encarecida sobre todo por los seguidores de Galeno, a quien Feijoo llama “verdadero tirano” por la “mucho sangre que derramó al género humano este patrón de la lanceta”. Sale al paso de las falsas observaciones y, entre otras muchas, pone en solfa las del más celebrado terapeuta de la época, Riberio, quien se jacta de haber curado, verbigracia, un cólico biliar con media docena de sangrías y una larga serie de remedios cuya aplicación exigiría bastante más tiempo del que comúnmente dura esa enfermedad “entregada a la naturaleza o manejada

⁶ P. FEIJOO: *Teatro crítico*, t. I, Discurso V; N^o 69; *Íd.*: *Teatro crítico*, t. IV, Discurso IV, N^o 24.

⁷ P. FEIJOO: *Teatro crítico*, t. IV, Discurso IV, N^o 7 y 21.

⁸ P. FEIJOO: *Teatro crítico*, t. I, Discurso V, N^o 55; *Íd.*: *Cartas eruditas*, t. I, Carta XV.

con menos medicinas”. La complejidad del individuo puede muchas veces con todo,

y así un enfermo “vivirá y mejorará no sólo ordenándole el médico una sangría fuera de propósito, mas también aunque le dé una puñalada.”⁹

Las sentencias y las admoniciones de Feijoo, —en las que campea la ironía como certera arma polémica— son aleccionadoras siempre, y en general, tienen aún hoy, *mutatis mutandis*, una notoria actualidad. Al lamentarse, por ejemplo, de la polifarmacia —de la que culpa más a cierto género de enfermos que a los médicos mismos— se ocupa de las modas terapéuticas y afirma “que no tienen menos

imperio sobre el arte de curar que sobre el modo de vestir. A medida que van cobrando crédito unos medicamentos lo van perdiendo otros. Y a la medicina le sucede con los remedios que propone, lo que a Alejandro con los reinos que conquistaba”.¹⁰

Repite sin cesar que “la medicina es toda ella experimental” y que los dogmas y doctrinarismos esterilizan el arte de curar. Sobre el principio de observar, inquirir, ayudar a la naturaleza, echó Feijoo los sólidos cimientos de la prodigiosa medicina de hoy. Un axioma especialmente peligroso por su universal aceptación y por la apariencia de verdad que encierra, el famoso *contraria contrariis curanda sunt*, lo derruye el monje —este genio de la conciliación— tachándolo de falso o de inútil: falso,

porque “hay medicamentos que obran no por vía de oposición, sino antes *por vía de concordia y amistad*”, e inútil “porque esta oposición no la descubre la filosofía, sino la experiencia; y después que yo por experiencia palpo que tal remedio tiene oposición con tal enfermedad, no he menester el axioma para nada”.¹¹

Esa genial afirmación de que “hay medicamentos que obran por vía de concordia y amistad”, es un anuncio explícito —como señala Marañón— de la homeopatía, que cerca de un siglo más tarde sería desarrollada por Hahnemann.

Tras haber sentado las bases de la moderna medicina, no cesa Feijoo de enriquecer las superestructuras. Además de la homeopatía, anunció la microbiología y la anatomía patológica. Dio su inicial impulso a

⁹ P. FEIJOO: *Teatro crítico*, t. I, Discurso V, Nº 33-49.

¹⁰ P. FEIJOO: *Teatro crítico*, t. I, Discurso V, Nº 51 y 54.

¹¹ P. FEIJOO: *Teatro crítico*, Discurso V, Nº 27.

especialidades como la higiene, la endocrinología, la dietética, la fisiognómica y la psiquiatría. Puso de relieve el valor terapéutico de la palabra —el logos mágico— y cómo en este aspecto tanto valen unos versos de Juvenal como la más milagrera jaculatoria. Señala la interdependencia existente entre los procesos somáticos y psíquicos, y cómo los conflictos afectivos pueden agravar el curso de una enfermedad y aún desencadenarla. Evita y corrige los estados depresivos mediante la ataraxia, la tranquilización del paciente, y señala que la sugestión obra a la vez sobre el espíritu y el cuerpo y de ahí

que un mismo remedio tenga felices sucesos en unas partes, infelices en otras; estén aquí acreditados, desacreditados allí, según el tino intelectual de los médicos que los aplican.¹²

Al tratar del “Verdadero arte fisiognómico”, establece el principio “en que ninguno había pensado hasta ahora”, de que las pasiones y afectos se graban en los surcos del rostro. Con ello, no sólo anticipa la doctrina darwiniana de la expresión de las emociones —como advierte el doctor Marañón— sino que abre una vía regia a la fisiognómica científica, sistematizada últimamente por el profesor de Munich F. Lange, en su magnífica obra *Die Sprache des menschlichen Anlitzes*. En el prólogo de la versión castellana (“El lenguaje del rostro”), el catedrático de Barcelona, doctor R. Sarró —agudo y vigilante espíritu de la psiquiatría de nuestro tiempo— señala que “la obra de Lange viene a realizar plenamente el programa que hacia 1733 esbozaba el padre Feijoo”, y celebra la sagacidad del “gran monje gallego” al fijar los límites del arte fisiognómico.¹³

No es posible reunir en el marco de este breve trabajo todas las aportaciones de Feijoo al progreso de la medicina. El doctor Marañón ha sabido desentrañarlas de manera casi exhaustiva en su tan repetida como feliz obra *Las ideas biológicas del padre Feijoo*. Contra lo que muchos suponen, este excelente libro, lejos de ser un canto apologético, constituye una severísima revisión crítica de los trabajos científicos del monje. La lógica admiración y simpatía que la personalidad de éste le haya inspirado, no impide que Marañón enjuicie su obra con inteligencia y desapasionada objetividad. Y si bien no le regatea ningún éxito, no le ahorra tampoco fallos, y aún se los aumenta.

Entre los errores que el insigne médico madrileño carga sin el menor asomo de justificación en la cuenta del de Casdemiro, figura

¹² P. FEIJOO: *Cartas eruditas*, t. II, Carta IX.

¹³ RAMÓN SARRÓ: “Prólogo” de *El lenguaje del rostro*, de FRITZ LANGE, 3ª ed., pp. 30-32.

la fe que éste pone en la eficacia terapéutica de la llama *pedra de la serpiente*.¹⁴ En uno de los Discursos de su *Teatro*, y en una de sus *Cartas eruditas*, Feijoo escribe que

el contraveneno más celebrado contra las mordeduras de sabandijas venenosas es la que llaman *pedra de la serpiente*, la cual no es en verdad otra cosa que un poco de cuerno de ciervo levemente tostado al fuego” y provisto de una virtud absorbente.¹⁵

A pesar del arbitrario veto de Marañón, el asta de ciervo tostada, a la que algunos llaman *imán de los venenos*, es verdaderamente —como Feijoo asegura— un efficacísimo remedio, del que la medicina popular sigue haciendo aún hoy día un excelente uso.

Cuenta Feijoo que las primeras “piedras”, procedentes de la India, fueron traídas a España por un religioso de la diócesis de Astorga, que se las había comprado en América a un chino. Otro fraile exclaustro de un convento de la misma diócesis, llevó a mediados del siglo pasado dos de ellas a mi natal villa de La Mezquita, provincia de Orense, donde se vienen aplicando desde entonces contra las mordeduras de víbora, reptil que abunda en aquella comarca conocida por “as Friearas”. Su técnica de aplicación se reduce

a pinchar con un alfiler en el sitio de la mordedura de modo que se descubra algo de la sangre: al momento se aplica la *pedra*, la cual se pega luego y se deja estar pegada hasta que espontáneamente se desprende.¹⁶

Quienes vieron funcionar la “pedra” y —como yo— hayan tenido frecuentes oportunidades de seguir su acción terapéutica de cerca, habrán podido comprobar la inmediata mejoría de los pacientes y su rápida y completa curación, una vez que la piedra se desprende tras haber absorbido el veneno.

Por la precisión con que describe el artefacto y los preparativos que su conservación exige, no cabe duda de que el monje lo ha visto utilizar. Feijoo, que a veces cae, como es lógico, en los errores propios del estado de conocimientos de su época, no falla nunca al referir cualquier fenómeno que observe. Su imaginación es poderosa, pero sabe refrenarla y sujetarla a los imperativos de la práctica. Quizá por desahogo afloje algo sus riendas cuando, movido por su credulidad, divaga sobre temas tan intrascendentes como el del “peje Nicolao”. No le

¹⁴ GREGORIO MARAÑÓN: obra citada, p. 44.

¹⁵ P. FEIJOO: *Teatro crítico*, t. II, Discurso V, Nº 52.

¹⁶ P. FEIJOO: *Cartas eruditas*, t. II, Carta IX.

disgusta al monje, ciertamente, vagar por las esferas, pero no bien toma contacto con el suelo, como Anteo, desaparecen sus debilidades. Su suelo es la observación crítica y en ésta reside su fuerza.

En su capacidad de observación, su certero juicio, su indeclinable amor a la verdad y su sencillo y claro modo de decir, radica la eficacia de su obra y, sin duda, el secreto de que apenas salidos de las prensas, sus ensayos ganaran un rápido crédito y una inusitada difusión, primero en la península y América, y muy poco después en Italia, Francia e Inglaterra, a cuyas lenguas fueron prontamente traducidos.

Sus ensayos sobre higiene personal y pública¹⁷ y sobre la enseñanza de la medicina¹⁸, que conservan su entera vigencia, tuvieron en su tiempo una enorme repercusión y fueron decisivos para la reforma de los estudios médico-quirúrgicos. Gran parte de sus máximas —paradigmas de naturalidad— quedaron automáticamente incorporadas al acervo de la sabiduría popular mientras sus métodos se universalizaron a través, no sólo de sus libros, sino también de una excepcional pléyade de epígonos tales como el padre Martín Sarmiento, otro gallego, no menos monstruo de sabiduría que el mismo Feijoo, de quien fue “maravilloso contrapunto” y entrañable colaborador; como Gaspar Casal, el médico de Oviedo, que legó a la patología la más perfecta descripción de una nueva entidad morbosa: la pelagra; como el cirujano catalán Antoni Gimbernat, inmortalizado por el ligamento de su nombre, que llegó a poner cátedra de operaciones en la culminante Escuela de Hunter, en Londres¹⁹, o como el gran Ribeiro Sanches —portugués de la muga salmantina— que, por encargo del viejo Boerhaave, organizó la práctica médica en la renaciente Rusia de Catalina, y tras redactar para la gran Enciclopedia francesa el capítulo de las “afecciones del alma”, dio a la prensa en Lisboa su célebre *Tratado da conservação da saúde dos povos* y *Cartas sobre a educação da mocidade*, temas todos ellos de claras resonancias feijoo-nianas.²⁰

El astro de Feijoo, que tanto resplandece en el despejado firmamento del siglo de la ilustración, queda luego anublado por la nueva ola de oscurantismo que la “santa alianza” entroniza. Las encendidas pasiones políticas, a las que él fue absolutamente ajeno, deslustraron su gloria personal, pues mientras la reacción vio en él la viva encarnación del espíritu revolucionario, el progresismo militante mostróse

¹⁷ P. FEIJOO: “Régimen para conservar la salud”, en *Teatro crítico*, t. I, Discurso VI.

¹⁸ P. FEIJOO: “De lo que sobra y falta en la enseñanza de la medicina, en *Teatro crítico*, t. VII, Discurso XIV.

¹⁹ JAUME PI-SUNYER BAYO: “Antoni Gimbernat”, en *Tres treballs premiats*, p. 181. Ed. Societat de Cirurgia de Catalunya, 1936.

²⁰ FERNANDO NAMORA: *Deuses e demonios da medicina*, 2ª ed., p. 150.

receloso del fraile celebrado y defendido por los ilustrados pero despóticos Borbones.

Los estudiosos de uno y otro bando saciaron su sed de saber en el inagotable hontanar feijooniano, pero sin osar confesarlo. Así, el padre Feijoo viene ennobleciendo desde hace un largo par de siglos, a un amplio y egregio dominio de la cultura universal, dentro de un relativo anonimato, al modo de esos manantiales soterraños que sólo se denuncian por la próspera flora que desatan.

FERMÍN FERNÁNDEZ GARCÍA ARMESTO

EL PADRE FEIJOO Y LOS ANATOMISTAS ESPAÑOLES DE SU SIGLO

LA figura del benedictino gallego fray Benito Jerónimo Feijoo luce como potente luminaria en la segunda mitad del siglo xvii y alumbra con sus destellos todo el siglo xviii, siendo considerado por Townsend¹ como el primer escritor de España (1676-1764).

El padre Feijoo, incansable estudioso e infatigable escritor, captó a perfección todo el saber de su tiempo para trasmitirlo, previo el cernido por su sereno criterio, sometiendo los problemas con que se enfrentaba, a la discusión fría guiada siempre por el razonamiento lógico. Buscaba la verdad utilizando la razón como arma suprema, para aclarar y deshacer errores de todo orden, lo mismo teológicos que técnicos. Por eso no faltaron admiradores y críticos que lo consideraron como maestro universal, "Sol de España"² o "Maestro de Maestros".

No hay que olvidar que el último tercio del siglo xvii y el primero del xviii, dice Alda Tesan³, son los epígonos de la Edad de Oro, en cuyo lapso ocurren acontecimientos notables en el mundo de las letras, de las ciencias y de las artes, a los cuales no fue ajeno el benedictino gallego. La muerte de Calderón y la decadencia de su escuela, no obstante los esfuerzos de Solís, Matos, Zamora y Cañizares; la propagación del gongorismo gracias a Poncel y Alvarez de Toledo; la picaresca en la pluma de Torres Villarroel; la publicación del *Diccionario de Autoridades* hecha por la Academia de la Lengua; la aparición en la vida literaria de Cadalso, Jovellanos, Iriarte; la creación de la Biblioteca Nacional (1712), de la Academia de la Historia (1739), la de Bellas Artes de Barcelona (1729), de Sevilla (1751) y de San Fernando (1752); la inauguración del Jardín Botánico (1757) y la destacada actuación de los anatomistas de su siglo, constituyen

¹ J. TOWNSEND: *A Journey through Spain in the Years 1786 and 1887*. London, 1701.

² OLRIZ, cit. por MARAÑÓN en *Ideas biológicas del padre Feijoo*. Madrid, 1954.

³ J. M. ALDA TESAN: *Discursos y Cartas del P. B. J. Feijoo*. Edit. Ebro. Zaragoza.

sobrados motivos de preocupación para el padre maestro Feijoo, sobre todo en lo que concierne a los conocimientos relacionados con la biología, pues Feijoo no dejó de interpretar debidamente cuantos fenómenos observaba en la naturaleza humana y el medio social en que se desenvolvía nuestro complicado organismo.

Circunscribiéndonos al tema que hemos decidido tratar, Feijoo fue sin duda un universitario en potencia, doctrinario, buen observador, decidido a terminar con la superstición y la milagrería supersticiosa, sin tocar siquiera los misterios de la fe, que tan arraigados estaban en su mundo interior. Por eso se quejaba del atraso en que se encontraban los centros de enseñanza superior, y no vaciló en fustigar la deficiente orientación de los mismos; de ahí que se permitiese escribir en cierta ocasión las siguientes líneas: “mientras en el extranjero progresan la física, la anatomía, la botánica, la geografía, la historia natural, nosotros nos quebramos la cabeza y hendimos con gritos las aulas sobre si el ente es unívoco o análogo; sobre si trascienden las diferencias; sobre si la relación se distingue del fundamento”. Además, en el siglo XVIII⁴ habían surgido en España dos tendencias manifiestas y opuestas acerca de cómo debían encararse los problemas nacionales en el orden intelectual; pues mientras un grupo era partidario del mantenimiento de la tradición más estricta, el otro trataba de asimilar las corrientes foráneas por considerarlas útiles fuentes de progreso. No cabe duda, que en el primero debían estar enrolados los recalitrantes fanáticos e ignorantes aferrados a las doctrinas más retrógradas, buenas o malas, y entre los segundos los entusiastas de la evolución del pensamiento, que en su incesante caminar conduciría al progreso en todos los órdenes del saber. En este último figuraba sin duda el padre y maestro, aleccionando con su palabra y con su pluma desde su retiro conventual.

Gracias al inmortal Feijoo, dice Marques y Espejo⁵, “los duendes no perturban nuestras casas; las brujas han huido de los pueblos; no llega el mal de ojo al tierno niño, ni nos consterna un eclipse que con prolija curiosidad examinamos muy atentos. Por lo común estos delirios vanos han desaparecido; y si quedan aún algunas supersticiosas reliquias en el vulgo inferior, deben atribuirse a la falta de conocimiento y lectura de las obras literarias.” El padre Feijoo, ante ciertos fenómenos de superstición, brujería y falsos milagros, no vacilaba en luchar valientemente contra ellos en busca de la verdad para desvanecer la neblina que envolvía muchas mentes; de ahí que manifestase con toda claridad que:

Dios, no sólo quiere en los hombres religión verdadera, sino pura, y con tal pureza que excluya, no sólo errores perniciosos, mas también fábulas inútiles o

⁴ J. M. ALDA TESAN, lugar citado.

⁵ MARQUES Y ESPEJO: *Diccionario feijooniano*. Madrid, 1802.

noticias inciertas. Aquéllas la destruyen y éstas la afean. El grano del evangelio no presta instrumento seguro sino separado de la paja. Paja llamo a las relaciones de revelaciones y milagros que carecen de fundamento sólido, y aunque vulgarmente se crea que éstas alimentan en algún modo la piedad, digo que ése es un alimento vicioso sujeto a muchos inconvenientes.

No debe olvidarse que cuando Feijoo comenzó a escribir en los años 1725 y 1726 al 1728, fechas en las que aparecieron su *Carta apologética de la medicina escéptica del doctor Martín Martínez* y los primeros volúmenes del *Teatro crítico universal*, ya estaba en conocimiento de las obras del erudito franciscano inglés Roger Bacon (1214-1292), que enseñó en París y señaló con toda valentía el peligro que suponía para el progreso de la ciencia la extensión del escolasticismo, y sostenía, como Galeno, que el experimento tenía más valor que el simple razonamiento filosófico. Tal afirmación de Bacon, llamado también el *doctor Mirabilis* por su extensa cultura (filósofo, matemático, astrónomo, físico, geógrafo, químico, médico y considerado como un prerrenacentista de la medicina), le costó la prisión y la prohibición de sus obras: *Opus major, Opus minus, Opus tertium*.⁶

A Bacon se debe, dice Castiglioni⁷ que “las escuelas inglesas, a pesar del severo control eclesiástico y de las persecuciones de que fueron objeto, se sustrajeran a la influencia de la escolástica dominante. Bacon reconoce la autoridad de Aristóteles y niega que se deba seguirlo ciegamente; afirma la necesidad del experimento, y en todos sus escritos revela la tendencia a una concepción libre y serena, independiente de toda especulación mística”.

Por su parte, el historiador inglés Garrison⁸ sostiene que Bacon fue un precursor de la física aplicada, anticipándose a la idea de los anteojos, del telescopio, de la pólvora, de la campana de los buzos, de las locomotoras y de las máquinas voladoras. En realidad, es discutible tanta inventiva; pero nos basta su convicción de que la medicina era una ciencia destinada a prolongar la vida por medio de la química, para mirar al sabio inglés como a un visionario digno de ser colocado entre los astros de primera magnitud que pueblan el mundo científico, al lado de Leonardo, con el que parece tener gran similitud imaginativa.

De la lectura de las obras de Feijoo se deduce que supo de las extravagancias de Paracelso (1498-1546), del que dijo Leibniz que fue el *más médico de todos los locos y el más loco de todos los médicos*; no obstante preparó con su doctrina del *arqueo* el camino a la iatro-química del siglo xvii, pues consideró la importancia pre-

⁶ G. SÁNCHEZ GUISANDE: *Historia de la medicina*. Buenos Aires. Edit. El Ateneo. 1945.

⁷ A. CASTIGLIONI: *Historia de la medicina*. Barcelona-Buenos Aires. Edit. Salvat.

⁸ FIELDING H. GARRISON: *Historia de la medicina*. Trad. Espasa-Calpe. Madrid.

ponderante que los estudios de la química habían de adquirir en los tiempos futuros. También suponemos que el Padre Maestro estuvo al tanto del pensamiento de van Helmont (1577-1644) y de su exaltado misticismo, al considerar que los remedios curaban la enfermedad “no por la potencia de la contrariedad, ni en razón de la similitud, sino en virtud de un don de la divinidad, que ayuda a la naturaleza, la cual, además, es medicatriz por sí misma”. Igualmente sabía de la doctrina istro-mecánica de Descartes (1596-1650), explicando el funcionamiento del cuerpo por las leyes de la mecánica, apoyada por Borelli (1608-1678) que buscaba en las matemáticas la interpretación de los movimientos y de todo el funcionamiento vital, tesis que reforzó su discípulo Bellini (1643-1704), el cual hizo desempeñar un gran papel en fisiología y terapéutica a los *stimuli* que tenían, según él, la propiedad de producir un gran consumo y disipación de los espíritus..., una especie de fermento que había que añadirse al estímulo. El mismo Baglivio (1668-1706) trató de defender esta manera de pensar intentando conciliar la doctrina hipocrática con las ideas anátomo-mecánicas de Borelli y Bellini. No menor boga tuvieron los aportes de Federico Hoffman (1660-1742) con su *solidismo*, de Silvio (1614-1672) y de Boerhaave con su doctrina del *eclecticismo* (1668-1738). También tuvo su auge el *animismo* de Stahl (1600-1734) y el *vitalismo* de Bordeu. Mas como se buscara en los tejidos una nueva base para las doctrinas médicas, surgieron las de la *irritabilidad* de Glisson (1596-1677), del *espasmo y atonía* de Cullen (1712-1790), de la *excitabilidad* de Brown (1735-1788), de la *contractilidad* de Broussais, del *contraestimulismo* de Rasori, sin olvidar el mesmerismo de Francisco Mesmer, la *homeopatía* de Hahnemann y, sobre todo, la gran revolución que produjo en el campo de la fisiología la personalidad de Albrecht von Haller, quien, al decir de García del Real⁹, lo había leído todo, lo había analizado todo y lo había juzgado todo con un supremo buen sentido, una equidad perfecta y un conocimiento pleno de todos los asuntos tratados”.

Muchos de los problemas apuntados constituyeron la inquietud del siglo XVIII, que Garrison calificó de *período de las teorías y de los sistemas*. Feijoo tomó nota de tales teorías y sistemas; de ahí su indignación por la rémora ostentada en el seno de la intelectualidad española, como lo demuestran los ataques de sus adversarios, entre los que se destacaron el padre Salvador José Mañer, fray Francisco Soto y Marne, así como los padres Tronchon y Torreblanca quienes, al declararse apologistas de Raimundo Lulio, escribieron con pésima intención, al decir de Marañón¹⁰, que “el Adonis del Padre Maestro era el hereje Bacon de Verulamio”.

⁹ E. GARCÍA DEL REAL: *Historia de la medicina española*. Madrid. Edit. Reus.

¹⁰ G. MARAÑÓN: *Las ideas biológicas del padre Feijoo*. Madrid, 1954.

Ahora bien; como cada siglo es producto del anterior y germen del venidero, con lo que va dicho y lo que a continuación comentaremos, no intentamos otra cosa que situar al padre Feijoo en el ambiente de su época, pues según ha expresado muy acertadamente el prestigioso historiador, médico y filósofo español, doctor Pedro Laín Entralgo¹¹, "sólo pueden ser comprendidas las obras de un hombre y las de la generación a que pertenece, si se lo sitúa en conexión con el acontecer histórico general". Pues bien, al hacer revivir el padre Feijoo el pensamiento de Bacon, se duda de su ortodoxia, razón por la que lo criticaron duramente sus contemporáneos. Y no faltó quien lo considerase como el Voltaire español; acusación injusta contra la que se levantó airado R. Pérez de Ayala¹² ya que lo único que hizo el Padre Maestro fue "combatir la rutina intelectual, el embeleco científico y la superstición aristotélica".

Se quejaba Feijoo, no solamente del obscurantismo de la época por él vivida, en la que sólo se aceptaba la teología escolástica, la moral y la expositiva¹³, sino también por la resistencia a la entrada de los libros extranjeros que eran considerados como *aires infectos del norte*.¹⁴ Igualmente la ilustre penalista gallega, Concepción Arrenal, alzó valientemente su voz contra los intransigentes, afirmando que Feijoo fue un reformador y no un rebelde y aunque creía "que no todas las cosas estaban bien en el Santuario, penetraba en él con la cabeza descubierta y doblada las rodillas ante el altar".¹⁵ A nuestro juicio, Bacon y Feijoo fueron dos puntales de sólida resistencia sobre los que continuó levantándose ese edificio científico que se yergue desde que el hombre ha comenzado a deambular sobre la Tierra hasta el actual momento en que se debaten los más intrincados problemas de la energía atómica. La historia pone de manifiesto en todo momento que no se puede proceder por saltos sino por cortos pasos en donde cada uno afianza el anterior, demostrando, además, la relatividad de todas las cosas y la incesante transformación de todas las hipótesis, de todas las teorías y de todos los sistemas, sin un sometimiento excesivo a los conceptos tradicionales ni un exaltado ímpetu revolucionario capaz de ofuscar las mentes y conducir las por caminos que no siempre son compatibles con la ley ni con la moral reinantes.

Feijoo hace recaer en la universidad la máxima responsabilidad del atraso que observó en su época.¹⁶ Y la lucha del benedictino gallego era llevada, no solamente contra los magnates del saber, sino

¹¹ P. LAÍN ENTRALGO: *Las generaciones en la historia*. Madrid, 1945.

¹² R. PÉREZ DE AYALA: *Política y toros. Patriotismo: Feijoo*. Madrid, 1918.

¹³ B. J. FEIJOO: *Cartas*, III-XXXIV, 19.

¹⁴ B. J. FEIJOO: *Cartas*, III-XXXIV, 4.

¹⁵ CONCEPCIÓN ARENAL: "Juicio crítico de las obras de Feijoo", en *Revista de España*, t. LV, pp. 110, 187 y 398; t. LVI, p. 348; t. LVII, p. 1724 (1877).

¹⁶ B. J. FEIJOO: *Cartas inéditas de Samos*, 17 de abril de 1749.

también contra la censura establecida por el Santo Oficio que vigilaba el curso de las nuevas doctrinas velando con todo rigor por la pureza de la fe e inmiscuyéndose en cuantos libros y publicaciones de todo orden que las imprentas ofrecían a cuantos mostraban ansias de saber. No obstante estas perspectivas coercitivas, el padre Feijoo no vacilaba en decir la verdad, o lo que él creía ser su verdad, sin temor ni claudicaciones, como puede desprenderse de un comentario hecho por Pi y Margall¹⁷, cuando dice que Feijoo por ser fraile, “pudo, probablemente, escribir sobre novedades que a los demás hubieran estado vedadas.”

El atraso de la España del siglo XVIII, tan censurado por Feijoo, podría interpretarse como una consecuencia de la rémora existente en el mundo y en todas las actividades del pensamiento. Tal concepto que quizá pudiera anidar en la mente de los que están acostumbrados a observar tan sólo la superficialidad de las cosas es totalmente erróneo, pues, al menos en el orden médico, no pudieron olvidarse, según recuerda Comenge y Ferrer¹⁸, los grandes progresos de la terapéutica en manos de Cullen, las ideas de Perkins, la higiene industrial, el descubrimiento de la vacuna contra la viruela, las inmortales lecciones de Hunter y, sobre todo, los tres grandes inventos que revolucionaron al mundo y que Francisco Vera resume así: la máquina de vapor, la aerostación y la pila eléctrica.¹⁹ El problema de Feijoo se refería, principalmente, a la desorganización de los estudios universitarios, con preferencia a los relacionados con la carrera médica, acusando duramente a los encargados de la enseñanza anatómica que tanto auge había adquirido en otras naciones. Ahí está el punto nodal de las protestas de Feijoo y ahí está la visión certera del programa que inspiró sus predicciones.

Es probable que nuestro benedictino conociese los anatomistas del Prerrenacimiento y del Renacimiento, tales como Marco Antonio Della Torre (1478-1517) y su discípulo Leonardo (1452-1519), que fue el primero en rellenar con cera derretida el sistema arterial del hombre; Berengario di Carpi, muerto en 1530; Gerónimo Fracastoro (1478-1553); Vesalio (1514-1564); Eustaquio (1520-1574); Fallopio (1523-1562); Fabricio d'Acquapendente (1533-1619); Arancio (1530-1589); Varolio (1543-1575); y los españoles Valverde de Amusco (1508-1551); Miguel Servet (1509-1553); Luis Collado (1520-1572); Francisco Valles, el divino, (1524-1592); Luis Mercado (152)-(1606); Andrés Laguna (1494-1560); Lobera de Avila, Pedro Gimeno, Bernardino Montaña de Monserrate, Alonso Rodríguez de Guevara y otros.

¹⁷ P. PI Y MARGALL: *Prólogo al "Teatro crítico" del padre Feijoo*. Oporto, 1887.

¹⁸ L. COMENGE Y FERRER: *La medicina en el siglo XIX*. Barcelona. José Espasa. Editor.

¹⁹ F. VERA: *Inventores célebres*. Buenos Aires. Edit. El Ateneo. 1964.

A esta lista habría que añadir los nombres de destacados científicos del seiscientos, como Riolano, contemporáneo de Harwey; Glisson (1597-1677); Spigel (1578-1625); William Harwey (1578-1657) y algunos del setecientos, como Thomas Willis (1621-1675); Malpighi (1628-1694); Wieussens (1641-1730); Lancisi (1654-1720) y tantos más que enriquecieron la ciencia europea en grado superlativo.

No cabe duda de que el siglo XVIII fue el crisol en donde se variaron los más notables sistemas filosóficos, y fué también vivero magnífico de observadores que supieron interpretar los fenómenos naturales a la luz de la razón y de la crítica más depurada. Igualmente en este siglo tuvieron lugar sucesos de gran importancia que la historia recogió cuidadosamente, tales como el descubrimiento del *anhídrido carbónico* por Black, del *hidrógeno* por Cavendish, del *oxígeno* por Priestley y Scheele, del *nitrógeno* por Rulherford y por Lavoisier, y además se difundió la aplicación de la electricidad por Galvani, en torno a la experimentación fisiológica.

En medio de este torbellino de doctrinas que hemos apuntado, vivió nuestro benedictino analizando concienzudamente en la soledad de Samos primero, y en el convento de Oviedo después, los vertiginosos progresos de la ciencia mundial que contrastaban con la languidez cuando no el estancamiento existente en su patria. Nada, pues, tenía de particular, que el espíritu cultivado del Padre Maestro se rebelase contra los hombres de su tiempo que tenían en sus manos todos los resortes de la instrucción que tan mal utilizaban. Por ello se dedicó a dar, por cuenta propia, algunas normas sobre la enseñanza médica, aun a trueque de las críticas habituales en todo tiempo. Esta gran preocupación de Feijoo por los estudios médicos, la explica Marañón²⁰ porque ve en él un *médico frustrado*. Así lo dice cuando escribe textualmente: "podría asegurarse, sin temor a errar, que dentro del austero sacerdote y admirable ensayista había un gran médico frustrado." Sí; Marañón sabía penetrar, no furtivamente en el mundo interior de cada individuo al hacer su historia clínica o a través de sus escritos, que es otra manera de revelarse al observador, sino hábilmente para obtener conclusiones valederas, muchas veces con fuerza de ley. Tan es así, que en el prólogo del libro póstumo del malogrado profesor de la facultad de Medicina de Madrid, doctor Roberto Novoa Santos²¹, señala la tendencia en los hombres inteligentes que viven sujetos al ejercicio de una profesión, a compensar la monotonía de este ejercicio con la práctica pública o el secreto cultivo de otras actividades. Y continúa:

todos llevamos dentro una personalidad mucho más compleja que la que indica nuestra fachada oficial. Aún en el caso en que hayamos acertado con nuestra

²⁰ G. MARAÑÓN, lugar citado.

²¹ R. NOVOA SANTOS: *Patología postural*. Madrid. Espasa-Calpe. 1934.

verdadera vocación, una tendencia oculta —y a veces más de una— nos empuja a servir en silencio a preocupaciones que no son las que nos sirven para ganarnos el pan y para catalogarnos en los padrones profesionales. Con ello mantenemos vivo, en primer lugar, el afán necesario de la diversión en su sentido estricto, esto es, de combatir el hastío de los quehaceres rutinarios y oficiales, los cotidianos, derivando parte de nuestras atenciones por senderos diferentes. La profesión más sinceramente sentida y amada, más encajada con nuestras aptitudes, acaba por automatizarse, por perder su roce con el ambiente, convirtiéndose en un mecanismo fácil y, al fin, amanerado... La actividad primordial de cada ser tiene, pues, su "doble" secundario. Y muchas veces sucede que aquella actividad, la que nos ocupa y absorbe, nos ha sido impuesta por el medio o por uno de esos errores de vocación que los hombres cometen con tanta frecuencia en el trance de elegir carrera u oficio en los años adolescentes; trance que, casi siempre, sin otras seguridades de acertar que las del que juega a la lotería. Entonces, la vocación verdadera y, por lo tanto, la verdadera aptitud, coincide con la actividad secundaria, la que sólo podemos realizar en los ratos de descanso del cotidiano quehacer. Y así, los minutos en que, por ejemplo el ingeniero, terminados sus cálculos, se dedica a escribir una página de literatura, representan una revancha del poeta frustrado y oprimido por las matemáticas, que da, a lo que parece simple diletantismo, trascendencia de desahogo vital. No es raro, en estos casos, que la afición auténtica acabe por adueñarse tardíamente de la vida errada, y el ingeniero del ejemplo arrincone al fin sus caminos y sus puentes y se entregue de lleno a la literatura.

Admitida esta tesis tan maravillosa, expuesta por su autor con la galanura que le fue habitual, Feijoo debió trocar la borla y el bastón de médico por el modesto hábito benedictino que vistió tan dignamente toda su vida monástica. Pero esta circunstancia no le privó de tomar cartas en el asunto de las reformas de los estudios médicos que él consideraba indispensables. Y el mismo Marañón comenta²² que el programa de Feijoo era bien claro, pues se reducía a tres proposiciones que concreta así:

se ha de empezar por un estudio completo de la anatomía y fisiología. Seguirá la explicación de la patología y la semeyótica y terapéutica. Y terminará el ciclo con el estudio de la higiene y el conocimiento del régimen óptimo para precaver las enfermedades. Esto es —concluye— todo lo que en orden a la medicina se debe enseñar en las aulas y todo lo que se sale de aquí no es medicina.

No escapó al espíritu perspicaz del benedictino el gran auxiliar que representaba la óptica en el acervo cultural del médico; por eso hace un elogioso comentario de la obra del doctor Benito Daza Valdés titulada *Uso de los anteojos*, publicada en 1623, y que fue uno de los primeros libros sobre esta materia que enseñó como profesor.

²² G. MARAÑÓN, lugar citado.

Se ha dicho que los conocimientos anatómicos del padre Feijoo eran escasos. Puede ser que así sea, pero ello no obsta para comprender la importancia de la materia en los estudios médicos. Sin embargo, no dejó de reconocer el primordial valor del conocimiento de la anatomía patológica, según se desprende del comentario que hace al respecto²³ cuando dice: “si el arte médico puede lograr algún género de perfección, sólo arribará a él por medio del conocimiento anatómico. Posible parece hallar por la vía de la anatomía un sistema mecánico-médico, en que se vea claramente la conexión de tal y tal enfermedad, con la descomposición o alterada estructura de tal y tal órgano.”

Feijoo fue buen observador de la naturaleza y gran admirador de ella, como lo prueba el hecho de haber requerido los servicios del médico francés doctor Juan d'Elgar, para que mostrase a los hermanos de su orden el corazón de un carnero y viesen la excelcitud de aquella admirable fábrica, suceso que el historiador español Vicente Lafuente comenta en forma poco afortunada.²⁴

Con lo transcrito, creemos haber dado una pincelada solamente, para pintar el telón de fondo del escenario en que se movió el Rvdo. fray Benito Jerónimo Feijoo en el siglo que le correspondió vivir. Si comparamos ahora el ambiente cultural de España en los siglos xv, xvi y xvii con el de la segunda mitad del xviii y comienzos del xix, vemos que hubo un lapso de silencio, precisamente en los años vividos por Feijoo. En lo que a la anatomía se refiere, porque éste es nuestro punto de vista, hay un notable contraste entre la personalidad de Valverde, Servet, Lobera de Avila, Andrés Laguna, Pedro Gimeno, etcétera, y la del doctor Martín Martínez, que fue la figura más sobresaliente del período feijooniano. Este anatomista, del que dice Escribano²⁵ “estar muy lejos de merecer los elogios que ha venido recibiendo de los historiadores españoles y que su obra *Anatomía completa* es inferior en varios aspectos, no en todos, a la de Valverde escrita dos siglos antes”, es una prueba de la mediocridad de los representantes del saber en aquella época. Y hasta es posible que el prestigio que gozó como anatomista este profesor, se deba, en gran parte, a las ponderaciones hechas por el padre Feijoo, no en honor a sus méritos, sino como reacción patriótica por parte del benedictino que trataba por este medio de mantener, aunque no fuese más que

²³ B. J. FEIJOO: *Teatro crítico*, t. IV, XIII, 22 y 23.

²⁴ B. J. FEIJOO: *Cartas*, VI, XI, 23.

²⁵ VÍCTOR ESCRIBANO: *Discurso leído en la solemne inauguración del curso académico de 1916 a 1917 en la universidad de Granada*.

en forma simbólica, el fuego sagrado de una cultura que parecía amortiguada. Sobre todo, si se comparaba la labor del doctor Martín Martínez con la desarrollada por Winslow en París con sus lecciones públicas sobre el cadáver humano en el año 1712, la diferencia era realmente notable; y si además se establecía un parangón entre la *Anatomía completa* del autor español y la *Exposición anatómica de la estructura del cuerpo humano* publicada por Winslow en 1732, la distancia entre uno y otro resultaba bien manifiesta. Sin embargo, García del Real considera que la *Anatomía completa* del doctor Martín Martínez, “dentro de lo que entonces se publicaba en castellano, representa un adelanto positivo en el fondo y en la forma, pero de todos modos queda muy por debajo del nivel francés que era, en aquellos tiempos, el más elevado de Europa en conocimientos anatómicos. Si Martín Martínez hubiera gozado de la protección real para viajar por el extranjero, como los médicos españoles del siglo xvi, y como algo más tarde Virgili, Gimbernat y otros muchos pensionados por Fernando VI y Carlos III, su aportación hubiera sido mucho más fecunda para la ciencia española.” A pesar de todo, la difusión de la obra de Martín Martínez fue muy grande, porque habiendo sido publicada en 1728, todavía en 1757 se autorizaba a su viuda el derecho a reimprimirla durante diez años. Y así debió hacerse, porque hay ediciones de 1788, lo cual demuestra que la aludida autorización debió sufrir una larga prórroga.

El doctor Martín Martínez estuvo al tanto de los defectos de la enseñanza de la anatomía en las universidades, pero sus esfuerzos por mejorar esta situación tropezaron con la resistencia pasiva de quienes podían ayudarle con eficacia. Entre otras obras escribió las siguientes:

Noches anatómicas o anatomía compendiosa. Madrid, 1716-1750.

Discurso físico sobre si las vívoras deben reputarse por carne o pescado en el sentido en que nuestra Madre la Iglesia nos veda las carnes en días de abstinencia. Madrid, 1723.

Observacio rara de corde in monstroso infantulo, ubi obiter et noviter de motu cordis et sanguinis aditur. Madrid, 1723.

Carta defensiva que sobre el primer tomo del *Teatro crítico universal* que dio a luz el reverendísimo padre maestro fray Benito Feijoo, le escribió su más apasionado amigo el doctor Martín Martínez. Madrid, 1723.

Filosofía escéptica. Extracto de la física antigua y moderna, recopilada en diálogos, entre un aristotelino, un cartesiano, un gasendista y un escéptico, para instrucción de la curiosidad española. Madrid, 1723-1750.

Medicina escéptica y cirugía moderna, con un tratado de operaciones quirúrgicas; tomo I que llaman tentativa médica. Madrid, 1725-1727.

Medicina escéptica, tomo II. Primera parte apologema, en favor de los médicos escépticos. Segunda parte apomathema contra los médicos dogmáticos, en que se contiene todo el acto de fiebres. Madrid, 1725-1727.

Anatomía completa. Madrid, 1728.

Examen nuevo de cirugía moderna, nuevamente enmendada y añadida con las operaciones quirúrgicas. Madrid, 1730.

Haller, en sus *Disputes anatomiques* (t. II, p. 973, edición de Gottinga), inserta una disertación latina de Martín Martínez acerca del corazón.

El doctor Francisco Lloret y Marti, profesor de anatomía en la facultad de Medicina de Valencia, escribió las siguientes obras: 1ª *Apolo-gía de la medicina y sus doctos profesores contra los críticos, y de-fensa de la doctrina de Hipócrates y Galeno, contra los errores vulga-res*. Madrid, 1726; 2ª *La calentura mesentérica es la reina de las calenturas y otras enfermedades, y reposo del escrutinio físico que acavala la mesentérica*. Madrid, 1730. Como se ve, ni una ni otra tratan de la materia que debiera enseñar.

El doctor Vicente Gilabert, profesor de Valencia, fue trasladado a Madrid, donde parece ser que fundó el Teatro Anatómico. Gilabert, dice Escribano, que habrá hecho vivisecciones, pero no se habla de disecciones humanas. Su labor parece haberse orientado a contradecir a Lloret y Marti, así como a criticar la *Medicina escéptica* del doctor Martín Martínez. La única obra que escribió lleva por título el siguiente: *Escrutinio físico médico-anatómico que satisface a la opología del doctor Lloret y Marti. Prueba que del occeno de la sangre sale la materia de la nutrición. Establece la necesidad de los espíritus animales, y convence la fermentación chilifivativa, y la preferencia de las carnes a los animales cuadragesimales*. Madrid, 1729.

El doctor Andrés Piquer (1711-1772), fue titular de anatomía en Valencia y nombrado médico de cámara de S. M. el rey en 1752, protomédico y vicepresidente de la Real Academia Médico-Matritense.

La vasta cultura de Piquer le permitió escribir sobre asuntos muy diversos, incluso sobre lógica, tratado que algunos críticos lo consideran de tan alto valor, que por sí solo sería suficiente para inmortalizar a su autor. Sin embargo, no dejó nada escrito sobre anatomía, de cuya materia fue profesor por oposición; mas si bien declara García del Real que compuso un *Tratado de anatomía de los nervios*, lo cierto es que no llegó a publicarse, lo cual hace pensar a Escribano que el propio autor debía tenerlo en poca estima. En cambio, hemos podido contar hasta 37 trabajos sobre temas de filosofía, sobre calenturas, física, viruela, comentarios a las obras de Hipócrates, historia de la medicina árabe publicada en 1770 y otras, escritas casi todas en latín.

Según puede deducirse de estas breves anotaciones, el prestigio de las universidades languidecía visiblemente, no sólo por la falta de profesores idóneos al menos para la enseñanza de la anatomía, sino por la ausencia de estudiantes cuyo número disminuía progresivamente. Así, en la facultad de Medicina de Valencia, que fue una

de las más concurridas, la población escolar era de 209 en el año 1785, en Zaragoza de 230, en Sevilla de 62, en Cervera (Cataluña) de 50, en Salamanca de 43, en Alcalá de 25, en Valladolid de 20, en Toledo de 15, en Santiago de Compostela de 10 solamente.²⁶ Esta lamentable baja del interés por los estudios superiores queda explicada si se da crédito a los comentarios de Escribano y al trabajo del marqués del Busto cuando dice este último que “ni los catedráticos dejaron rastros de su ciencia, ni las lecciones se daban con carácter práctico, ni los textos estaban a la altura de los conocimientos contemporáneos, ni la pobreza de material de enseñanza lo consentían.”

El abandono de los estudios anatómicos explica, según el citado profesor granadino, doctor Víctor Escribano, “la ignorancia quirúrgica de los médicos latinistas que se formaban en las universidades, pues aunque salían de ellas muy orondos con sus títulos flamantes, su borla, su birrete, su anillo de esmeralda en el pulgar, sus latines, sus aforismos, su terrible dialéctica y su aparatosa ciencia clásica, en cambio salían completamente inermes para tratar científicamente las afecciones quirúrgicas.” “Las familias pudientes —continúa— solían consumir sus ahorros en hacer a sus hijos, si no a todos a uno por lo menos, militar, legista, teólogo, o siquiera médico, preparándoles para los codiciados empleos del Estado o de la Iglesia y llenando las universidades de aspirantes a canónigos, capellanes, beneficiados curiales y agentes de justicia.”

¿Tiene algo de particular, pues, que el espíritu progresista y altamente patriótico del padre Feijoo protestase enérgicamente contra esta inercia oficial, este menosprecio de la cultura más elemental y en esta falta de sentido humano que exponía a colocar en manos de los inexpertos la vida de sus compatriotas? ¿Tiene algo de raro que surgiese en el mundo interior del benedictino gallego el médico frustrado a que aludió Marañón y tratase de estudiar lo que los profesionales del arte de curar ignoraban a fin de subsanar los errores de éstos? Si como dijo en cierta ocasión el médico filósofo actual, doctor Laín Entralgo “el hombre no es un organismo sino que *el hombre tiene un organismo*”²⁷, cabe pensar que dentro del organismo del padre Feijoo existía el otro elemento que lo gobernaba. Era la dualidad de cuerpo y espíritu que integraba la personalidad de fray Benito Jerónimo Feijoo cuya mente, colocada por encima de su siglo, atalayaba el porvenir, preparando así la llegada de más venturosos días, como así, en efecto, ha sucedido.

Un acontecimiento que tuvo gran repercusión ocurre en 1728, cuando Feijoo decide salir a la luz pública con sus escritos reivindicatorios

²⁶ E. GARCÍA DEL REAL, lugar citado.

²⁷ L. BARRAQUER-BORDAS: *Introducción al libro “Fisiología y clínica del sistema límbico”*. Madrid. Edit. Paz Montalvo. 1954.

de los prestigios intelectuales de España y fue la creación del Hospital de Marina de Cádiz²⁸ a fin de proveer de cirujanos expertos a la armada española, tan necesitada de estos técnicos que a la sazón carecían de crédito bastante para desempeñar las funciones inherentes a su arte. La dirección de este nuevo establecimiento fue encomendada al doctor Juan Lacomba, quien se ocupó inmediatamente de crear un anfiteatro anexo a la Escuela de Anatomía, que se inauguró al año siguiente bajo la dirección inmediata del doctor Gregorio de Condamina, de la universidad de Montpellier, con la obligación de hacer anualmente veinte demostraciones anatómicas. A Lacomba se debe también la creación de la Academia Médico-Quirúrgica de Cádiz (1731) y posteriormente la Real Academia de Medicina (1734); pero este hombre inteligente y activo fallece en 1748 y se designa para reemplazarle al doctor Pedro Virgili.

PEDRO VIRGILI es un nombre que precisa escribirse así: todo en letras mayúsculas (1699-1776), porque fue él quien rompió el fuego deseado por Feijoo²⁹ elevando los estudios anatómicos primero y quirúrgicos después a la altura debida.

Pedro Virgili, verdaderamente genial, inclinado a la aventura y deseoso de invadir el campo desconocido, salió de su pueblo natal (Villalonga) con rumbo a Francia, adonde llegó con el decidido propósito de dedicarse a la profesión médica y ponerse al servicio del dolor humano; inclinación que debió germinar en su mente desde sus días de *practicante sangrador* en el hospital de Tarragona (España). Una vez en Montpellier, se incorpora al servicio del profesor Levret, quien se convierte en mentor del aspirante a cirujano. Para este fin había que comenzar por los estudios anatómicos, lo cual hizo con gran decisión y aprovechamiento; y hasta se dice que en más de una ocasión repitió las travesuras de Vesalio, es decir, aprovechar las sombras de la noche para robar los cadáveres de los ajusticiados en los cadalsos y llevarlos a su casa para diseccionar con el mayor sigilo y aprovechamiento el material humano.

El profesor Dionis, célebre cirujano entonces, regenteaba a la sazón la cátedra de Operaciones creada por Luis XIV, y pone en práctica el *nudo de cirujano* por primera vez para las ligaduras vasculares e inventa las *pinzas de forcipresión*. Virgili se pone a su lado, frecuenta las clínicas de Jean Louis Petit, Marschal y Lapeyronie. De vuelta a España ingresa en el Cuerpo de Sanidad Militar, quedando agregado al hospital de Tarragona, donde se distinguió como notable cirujano. Realizó varios viajes al continente americano; tomó parte en los sitios

²⁸ J. MARTÍN ARÉVALO: *Medicina naval, Lacomba y Virgili*. Trabajos de la Cátedra de Historia de la Medicina de Madrid, t. III. 1933-34.

²⁹ R. BARTOLOMÉ MARTÍNEZ: *Pedro Virgili*. Trabajos de la Cátedra de Historia de la Medicina de Madrid, t. I. 1932-33

de Gibraltar y de Orán: es nombrado cirujano mayor del Ejército, ingresa en la Real Armada con destino en el hospital de Marina de Cádiz, dedicándose con todo ardor a la reorganización de los estudios de anatomía y operaciones, convirtiéndose así en la persona de confianza del doctor Juan Lacomba. Su habilidad quirúrgica le llevó a realizar arriesgadas intervenciones, como la de la *traqueotomía*, que se practicó entonces por primera vez con gran elogio de los cirujanos de entonces, según consta en las *Memoires de l'Academie de Chirugie de Paris*, volumen III, página 141, año 1743. Algunos años después, los doctores Diego Velasco y Francisco Villaverde, en su *Curso teórico-práctico de operaciones* (1763), página 367, dicen lo siguiente: “Esta operación, que ha servido de admiración a los primeros maestros del arte, dirigida con las sabias precauciones de tan grande operador, tuvo un suceso muy dichoso y en poco tiempo el sujeto se curó perfectamente, gozando después de robusta salud según las noticias que de él se han tenido dos años hace, ejerciendo su destino de soldado en el regimiento de Cantabria, sin embargo de haber ya veinte años que esto ha sucedido.”

Por fallecimiento del doctor Juan Lacomba, es nombrado director del hospital de Marina el doctor Pedro Virgili, que acababa de regresar de París. Con tal motivo funda el Colegio de Cirugía de Cádiz, del cual es nombrado director el año 1749. Fue tal el éxito alcanzado por este nuevo establecimiento que en el legajo N^o 226 del Archivo de Simancas (Secretaría de Marina) se advierte que “en un mes se veían más enfermos que en la mayor parte de los hospitales durante un año”.

El Colegio de Cirugía de Cádiz hizo que la cirugía se colocase a la vanguardia, con lo que el prestigio de los cirujanos comenzó a crecer en forma rápida e ininterrumpida. El viaje que previamente había realizado Virgili a París, Bolonia, Leyden, Londres, sirvió para implantar en el nuevo establecimiento los más modernos adelantos en cuanto a material y métodos de enseñanza, disciplina, laboratorios y régimen administrativo. Este colegio se convirtió inmediatamente en Escuela de Cirugia, primer centro de estudios de cirugía de España, que contaba en el momento de su creación con diez profesores de los cuales uno actuaba como secretario, cincuenta colegiales internos y todos los elementos precisos para el mejor desempeño de las funciones que asumía este nuevo centro de enseñanza.

El rey Fernando VI quiso premiar la labor de Virgili y le nombró médico de cámara en 1758, otorgándole, además, un título de nobleza para él y sus descendientes que, según el historiador de la medicina militar, doctor Antonio Población Fernández, fue el de Marqués de la Salud. Pero el rey muere en 1759 y ocupa el trono su hermano Carlos III, relevando a Virgili de sus funciones debido a que el nuevo monarca había designado para médico de cámara al doctor Pedro Ma-

ría Auberney, cirujano de la reina María Amelia, que acompañó desde Nápoles a Carlos III y su familia. No por eso se afectó Virgili, porque con tal motivo dispuso de más tiempo para dedicarse intensamente a la organización del Colegio de Cirugía de Barcelona encargándose de la dirección del mismo y alcanzando el mismo éxito que había logrado en Cádiz. Pero muerto Auberney, el rey reintegró a Virgili en su cargo de médico de cámara en mayo de 1763. A partir de entonces, se prohibió a la Cofradía Médica de San Cosme y San Damián el privilegio que disfrutaba de otorgar títulos de cirujano.

Pedro Virgili falleció en 1776. Escribió solamente dos obras: *Memoria sobre la broncotomía* y *Compendio del arte de partear*, compuesto para el uso de los Colegios de Cádiz y Barcelona. Respecto a esta última, comenta el doctor Rafael Bartolomé Martínez, que está dividida en tres secciones: En la primera se hace una descripción de la pelvis y de todos los órganos que constituyen el aparato genito-urinario. En la segunda, expone las enfermedades propias del embarazo, dedicando capítulos especiales al parto gemelar, a la superfecundación, a las alteraciones patológicas que pueden sobrevenir con ocasión del parto y habla finalmente del modo de evitar y tratar el aborto. En la tercera sección, estudia el mecanismo del parto normal, de su asistencia y de los accidentes que pueden complicarle. Termina ocupándose de la higiene del puerperio.

La cirugía española debe a Virgili su emancipación, haciéndola pasar de un rango inferior, casi despreciable, al alto puesto que la posteridad supo enaltecer prestigiando los estudios quirúrgicos con base anatómica. Y aún tuvo tiempo este gran maestro, en los últimos años de su vida activa, para organizar, junto con su discípulo Antonio Gimbernat, el Colegio de Cirugía de Madrid.

Antonio Gimbernat es la figura cumbre de la anatomía y de la cirugía del siglo XVIII.³⁰ Pasó su infancia concurriendo a la escuela parroquial con el objeto de instruirse en las primeras letras y en donde desempeñó el cargo de monaguillo, para pasar luego al Colegio de Franciscanos Recoletos de Riudoms a fin de instruirse en humanidades. Aprobados los cursos reglamentarios, ingresó en la universidad de Cervera (provincia de Lérida, España), en donde recibió el título de bachiller en artes.

En 1756, ingresa como alumno en el Real Colegio de Cirugía de Cádiz, previa la presentación de su diploma de bachiller y sendos certificados de limpieza de sangre, así como también la partida de bautismo y comprobantes del casamiento de sus padres. Todo ello debidamente legalizado y además el nombre de la persona responsable

³⁰ V. FERNÁNDEZ Y J SERRAT ZULOAGA: *Gimbernat: su vida y su obra*. Trabajos de la Cátedra de Historia de la Medicina de Madrid, t. I. 1932-33.

de los gastos de mantenimiento, estudios y vestido. En 1758 es designado colegial *practicante de cirugía*, y dos cursos después, queda admitido como *colegial interno* en premio a su comportamiento y aplicación. Fue en este preciso momento cuando demostró especial afición y excepcionales aptitudes para los estudios de anatomía que realizó con gran entusiasmo y aprovechamiento, haciendo gala de su extraordinaria habilidad para las disecciones; en vista de estas disposiciones, se le encargó de las demostraciones de anatomía (1760) en reemplazo del vicepresidente, doctor Lorenzo Roland. Un año más tarde, Virgili reclama la presencia de Gimbernat desde Barcelona, para encargarle de la cátedra de anatomía, hecho que motivó ciertos celos por cuanto el interesado no había terminado su carrera, lo cual tuvo lugar en junio de 1762. Por esta razón, el nombramiento de catedrático de anatomía quedó diferido hasta el año 1764.

Sus estudios anatómicos culminaron en 1768, dando a conocer una especial disposición de las fibras integrantes del arco crural o ligamento de Falopio, en su extremidad interna. Hizo notar Gimbernat en esta oportunidad, la importancia de su conocimiento en la operación de "hernia crural estrangulada", para cuya realización proponía una técnica especial puesta en práctica en dos de sus casos operados con excelente resultado en los años 1772 y 1773. El estudio de esta región fue hecho minuciosamente por nuestro anatómico, y no faltaron envidiosos que intentaran usurpar la gloria de sus descubrimientos. Tal ha ocurrido con la descripción del llamado por Gimbernat "ganglio singular", descubierto por él en 1768, expuesto a Hunter en 1775, publicado luego en el folleto que dio a la imprenta en 1795, y que hoy figura en todos los tratados de anatomía y de cirugía con el nombre de "ganglio de Cloquet", cuando es bien sabido que este cirujano francés nació diecinueve años después que nuestro compatriota diera cuenta de su hallazgo. También los alemanes llaman ganglio de Rosenmüller a la formación anatómica que comentamos, y resulta que este cirujano de Leipzig, autor de un manual de anatomía, nació en 1771, es decir, tres años después de darlo a conocer Gimbernat. Lo mismo aconteció con otros detalles referentes al *septum crural* y al llamado "ligamento de Cooper".

En 1774 viajó a Francia, Inglaterra y Holanda en compañía del profesor de cirugía del Real Colegio de Cádiz, doctor Mariano Rivas. En París frecuenta la amistad de Petit, Dessault y Chopart. En Londres asiste a los hospitales de Santo Tomás, San Bartolomé y San Jorge, de donde eran cirujanos Cheselden, Percival Pott, Young y Hunter. Es digno de hacer resaltar el episodio ocurrido el día 25 de abril de 1777, cuando Hunter explicaba en su cátedra los peligros de la hemorragia en los casos de desbridamiento de la hernia estrangulada. Gimbernat, que se hallaba presente, hizo las observaciones que creyó pertinentes,

demostrándole al gran cirujano inglés, que la verdadera conducta a seguir en esos casos era la propuesta por él y practicada ya en las intervenciones realizadas en Barcelona a que hicimos referencia más arriba. Convencido Hunter, le dijo a Gimbernat: "You are right, Sir". Este hecho, como puede suponerse, inmortalizó al anatómico español.

En 1778 es designado, juntamente con el doctor Rivas, director técnico del Colegio de Cirugía de San Carlos, que el rey Carlos III había decidido crear en Madrid a semejanza de los de Cádiz y Barcelona, y cuya inauguración tuvo lugar el día 1º de octubre de 1787. No obstante, las lecciones fueron dictadas provisionalmente en los sótanos del Hospital General.

Como es de suponer, a Gimbernat se le dio el encargo de organizar el gabinete de anatomía, lo cual hizo con toda diligencia, enriqueciéndolo en tal forma que a los seis años poseía una de las colecciones más completas de Europa, con piezas de anatomía normal y de anatomía patológica. Además, inventó instrumentos nuevos para mejor llevar a cabo las intervenciones. Entre ellos merecen citarse un constrictor para hemorragias de la yugular, un litotomo de tenaza, un litotomo con lanceta, un compresor graduado para el tratamiento de los aneurismas, un extractor de cuerpos extraños para oído, y una pinza especial para operaciones en la córnea. El rey Carlos IV le nombró cirujano de cámara con fecha 23 de enero de 1789, concediéndole a la vez el título de nobleza para sí y sus descendientes, según había hecho ya con anterioridad Fernando VI.

Gimbernat reformó las ordenanzas del Colegio de Cirugía de Barcelona. Entre las modificaciones que introdujo figuró la de poder ostentar sus graduados el título de doctor tal como venían haciéndolo los egresados de las facultades de medicina del reino. También luchó denodadamente para unir los estudios de medicina y de cirugía, hecho de gran importancia llevado a cabo en 1827, es decir, once años después de la muerte de este hombre extraordinario, la cual tuvo lugar el día 17 de noviembre de 1816.

Entre sus publicaciones merecen citarse las siguientes:

Oración inaugural para la apertura de los estudios del Real Colegio de Cirugía de Barcelona, el 3 de octubre de 1773.

Nuevo método de operar la hernia crural (1783).

Disertación sobre las úlceras de los ojos que interesan la cornea trasparente (1802).

Extracto de una carta dirigida por Gimbernat a un amigo sobre sus observaciones geológicas en la cordillera central de los Alpes, durante los meses de agosto, septiembre y octubre de 1803.

El avance de los conocimientos anatómicos logrado en la segunda mitad del siglo XVIII y el ritmo acelerado que hemos venido observando

a través de nuestro relato, cristalizó en un libelo del que fueron autores los doctores Bonells y Lacaba. Nos referimos al *Curso completo de anatomía del cuerpo humano*, publicado en dos volúmenes el año 1796.³¹

El doctor Jaime Bonells nació en Barcelona. Fue médico del duque de Alba y miembro de la Real Academia de Medicina de Madrid, Barcelona y París. Escribió las siguientes obras:

Perjuicios que ocasionan al género humano y al Estado las madres que rehúsan criar a sus hijos y medios para contener el abuso de ponerlos en cama. Barcelona, 1786.

Discurso inaugural sobre la utilidad y necesidad de las academias de medicina práctica. Barcelona, 1789.

Memoria sobre las causas de las frecuentes apoplejías y muertes repentinas que acaecen en Barcelona.

El doctor Ignacio Lacaba y Vila nació en Barcelona el año 1745. Estudió en el Colegio de Cirugía de Cádiz y luego catedrático del mismo establecimiento. Permaneció en París dos años perfeccionando sus estudios. Fue cirujano de cámara y examinador perpetuo del Protomedicato. Trasladado a Madrid, es nombrado profesor de anatomía y continuó prestigiando el gabinete de anatomía de San Carlos, en donde estaba instalada la facultad de Medicina.

Acerca de la obra que escribió Lacaba en colaboración con Bonells, dice el doctor Escribano que se distingue por sus descripciones completas y exactas, su lenguaje elegante y correcto, y su excelente método.

L. Comenge³² afirma que el tratado de Bonells y Lacaba “es superior a las últimas ediciones de Martín Martínez y Juan de Dios López, a las tablas de Chaussier traducidas por S. Méndez (1836), al conocidísimo compendio de Maygrier también vertido al castellano, y a su lado nada vale el juvenil entretenimiento poético del doctor Rafael de Cáceres, que lleva por mote “Miología o sea la ciencia y doctrina de los músculos del cuerpo humano” (1815).

Llegamos así al final de nuestro trabajo. En algún lugar del mismo hemos dicho que cada siglo es producto del anterior y germen del venidero. Sin pretender rectificar tal aserto, debemos hacer notar, sin embargo, que en el caso de España y durante el siglo XVIII, no se ha cumplido la fórmula con exactitud. No parece sino que el destino convertido simbólicamente en misterioso viajero, necesitó hacer un alto en la primera mitad de su recorrido, para reponer fuerzas y retomarlo con nuevos bríos en la segunda mitad de su ruta. Y así ha sucedido, pues la primera mitad del siglo feijooniano no estuvo en el orden científico a la altura de los Valverde, Vesalio, Laguna, Gimeno, Colla-

³¹ L. COMENGE Y FERRER: *La medicina en el siglo XIX*. Barcelona. Edit. Espasa. 1914.

³² L. COMENGE Y FERRER, lugar citado.

do, etcétera, sino que el tiempo fue gastado discutiendo los problemas teológicos que tanto criticó Feijoo. Pero mediado el siglo, surgen dos figuras de alto relieve en el campo de la morfología que por sí solas bastaron para sacudir el marasmo en que había caído la anatomía. Es más, los nombres de Virgili y Gimbernat traspasaron las fronteras y sacaron definitivamente del menosprecio la cirugía para elevarla a considerable altura, alto nivel que merecía. Por todo lo dicho, creemos firmemente que las reclamaciones de fray Benito Jerónimo Feijoo, no fueron voces perdidas en el desierto, sino estímulos que la posteridad supo captar debidamente.

GUMERSINDO SÁNCHEZ GUISANDE

SEXTA PARTE

PRESENCIAS DE LO AMERICANO EN
EL PENSAMIENTO DEL PADRE FEIJOO

FEIJOO Y SU CONCEPTO DE LA CONQUISTA ESPAÑOLA DE AMÉRICA

EN el tomo IV del *Teatro crítico universal* y comprendida en los Discursos XIII y XIV, el padre Feijoo, bajo el título "Glorias de España", realiza una excursión a través de la historia de su patria. En prieta síntesis traza acabado estudio del devenir histórico español, inspirado en Salustio, el historiador latino, para "mostrar a la España moderna la España antigua; a los españoles que viven hoy las glorias de sus progenitores; a los hijos, el mérito de los padres; porque estimulados a la imitación, no desdigan las ramas del tronco y la raíz".

Consciente de la postración de España en el siglo XVIII, que le toca vivir; de la decadencia de la posición cenital de los siglos anteriores; de los ataques de las naciones extranjeras, en patriótico esfuerzo sale a la palestra para combatir las aseveraciones que "nuestra pereza o nuestra desgracia de un siglo a esta parte ha producido este injurioso concepto de la nación española".

Su hispánico orgullo; su concepto de la España heroica, están allí presentes para desmentir a los detractores, quienes, movidos por su racionalismo de tinte afrancesado, lo atacaban como antihispanista, al no verle alistado en el bando de los tradicionalistas ortodoxos, en materia de fe y dogmatismo nacionalistas.

En su exposición histórica, realizada un poco *ad usum delphini*, ya que la dedica al infante don Carlos (poco después Carlos III, y no muy distante de la del Águila de Meaux, por lo menos en su didacticismo oratorio), afirma sin cortapisas que "sólo España da hombres grandes para todo, siendo excepción de aquella regla general: *Non omnis fert omnia tellus*.¹

Con ese concepto exacerbadamente hispanista, va a realizar su excursión por la historia, exponiendo "como en bosquejo los más insignes (hechos de los españoles), pues no hay campo para mostrar, ni aún reducidas al más compendioso epítome, tantas historias".

¹ "No toda tierra es apta para producirlo todo."

Es justamente llegando al reinado de Fernando e Isabel, después de recorrer la historia desde la génesis del pueblo hispánico, donde se explaya en su concepto sobre la conquista de América y del conquistador. Aunque sólo entra en materia en el parágrafo 24, ya en el anterior, al hablar de los “jefes principales” “que destinó la providencia a tales empresas”, exalta la gloria de Hernán Cortés, al que cita hermanado al Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba.

Sin duda alguna, considera al conquistador de México como espejo del conquistador español. Alaba su audacia y valentía, tanto como ataca a los detractores y critica a sus intrigantes ante la Corte:

Todo lo vencieron la valentía de aquel invencible brazo y la perspicacia de aquel superior entendimiento; dejando únicamente a sus enemigos el torpe consuelo de ver, después de tantos triunfos, al gran Cortés poco atendido, pues dentro de la misma ciudad de Méjico, que acababa de conquistar, recibió grave desaire por la malevolencia de mal intencionados ministros, en cuya tolerancia y disimulo se mostró igual aquella incomparable magnanimidad, que en ningún momento le desamparó el corazón.

A juzgar por estas líneas, Feijoo pareciera desconocer la polémica en torno a la conquista de México, suscitada entre Francisco López de Gomara y Bernal Díaz del Castillo, panegirista y detractor, respectivamente, de la obra de Hernán Cortés. Si bien el contexto general del Discurso no da para entrar en detalles de historia documental, no hay duda que Feijoo pareciera ignorar la polémica entablada en torno a la verdad sobre la conquista de México, entre la *Historia de las Indias y de la Crónica de la Nueva España*, alegato de tono elevado y no exento de dramatismo, en favor de Cortés, y la *Verdadera historia de la Conquista de Nueva España*, donde se atenúa la gloria del conquistador, bajándolo del elevado pedestal, en el que había sido colocado por su obsecuente secretario.

Más probable es que Feijoo conociera las famosas *Cartas de Relación a Carlos V* y que, admirado por lo que en ellas narra su autor, haya sido ésa la fuente de su panegírico.

Sólo habla de “algunos extranjeros que han querido minorar el precio de las hazañas de Cortés”, sin referirse para nada a los cronistas citados. A no ser que de alguno de ellos se trate cuando se refiere a “las cavilaciones de un letradillo, ¡que oraba en el tribunal por el furor de un envidioso!” O quizás a las intrigas que en la Corte ejercitaban contra Cortés, los conquistadores Pánfilo de Narváez y Diego de Velázquez, enemigos declarados del conquistador de México. No queremos con esto alegar desconocimiento por parte de Feijoo de los cronistas americanos, ya que en otro de sus discursos, que analizaremos más adelante, hace referencia a fray Juan de Torquemada; a la *Crónica* del padre Acosta; al *Indice cronológico peruano* del padre Manuel Rodrí-

guez y a las *Tablas cronológicas* del padre Claudio Clemente, sin contar que en este mismo se refiere a Pedro Cieza de León, el autor de la *Historia del Perú*; a Antonio de Solís y a fray Fernando del Castillo.

Pero dada la índole panegirista de su discurso, no entra en el análisis de la polémica en torno a Cortés, limitándose más que nada a exaltar su audacia y valentía y haciendo breve referencia a “los extranjeros” que “han querido minorar el precio de las hazañas de Cortés”.

Con respecto a sus detractores españoles, sólo cree que consiguieron la disminución de sus honores, pero no así el menoscabo de su gloria, a los que habría vencido con su estoico comportamiento después de la conquista.

Resulta interesante que Feijoo se haya ocupado de un conquistador, pues ello revela su idea de que la conquista de América sirvió para forjar hombres que enaltecieron el crédito español. Pero su espíritu crítico y ecuánime, impidió se cegara movido por un falso sentido hispánico, como para no ver el pro y el contra de España en la obra llevada a cabo en estas tierras, durante los siglos que ella durara.

Si bien en el parágrafo 25 sale al encuentro de la “leyenda negra”, circulando profusa en una Europa que mucho envidiaba y odiaba entonces a España y contra la que había desatado calumnias e iniquas, no hay duda de que intenta levantar los cargos formulados, al par que no niega la existencia de excesos en los conquistadores, en cuyos orígenes ve la inducción del “ímpetu de la cólera, y a la ansia de la avaricia” a los que juzga productos de la “fragilidad humana, inseparables de la guerra”.

Si Feijoo hubiese escrito solamente este parágrafo en su Discurso sobre las “Glorias de España” y no hubiese tomado la pluma con un afán más incisivo y monsergoso, casi diríamos iracundo, para escribir con anterioridad su décimo Discurso titulado “Fábula de las Batuecas y otros países imaginarios”, en cuyo parágrafo 17 cae de lleno sobre los conquistadores, podríamos decir que éste justificó las injusticias en la conquista hispánica. Pero el orden nos induce a afirmar que prefirió primero hacer ver a sus compatriotas los yerros en que habían caído en América; enrostrarles la ceguedad de su codicia y hasta la falacia de la simulada conquista espiritual y luego, hecha la reprensión de las faltas y pasado el tiempo de la expiación, salir en defensa de los acusados, tratando de justificarlos ante un mundo acusador. Podría verse en esto una actitud semejante a la del buen padre de familia, que escucha las quejas contra sus hijos; toma debida cuenta de ellas; los reprende en la intimidad del hogar; los castiga, y luego sale a la calle y demuestra a los quejosos que la falta no era tan grave ni tan tremenda la culpa.

El argumento de la difusión del Evangelio en América, como móvil de la conquista hispánica, es la base de donde parten sus defensas y

también sus acusaciones. Ve en la misma la obra que inclina la balanza en favor de la fe católica, justamente en los tiempos en que el protestantismo restaba adeptos a la Iglesia romana: "Mas si volviéramos los ojos a la América, con gran consuelo observamos que el Evangelio ganaba en aquel hemisferio mucho más tierra que la que perdía en Europa." Y asignando a España el papel de campeona en la difusión de la ortodoxia católica dice:

Cuando las demás naciones trabajaban en desmoronar el edificio de la Iglesia, España sola se ocupaba en repararle y engrandecerle. Al paso que en Alemania, Francia, Inglaterra, Polonia y otros países se veían discutir mil infernales furias, poniendo fuego a los templos y sagradas imágenes, iban los españoles erigiendo templos, levantando altares, colocando cruces en el hemisferio contrapuesto con que ganaba el cielo más tierra en aquel continente que perdía en estotro.

Señala así la compensación que aportó la conquista espiritual de América al levantamiento y posterior pérdida del luterano Flandes, escurrido del poderío imperial español después de cruentas luchas, durante el reinado de Felipe II.

Esta conquista espiritual veníase ratificando desde las afirmaciones de la reina Isabel la Católica en sus disposiciones, inclusive las testamentarias; en las Leyes de Burgos de 1512 y 1513; en las Nuevas Leyes de 1542 y 1543 y en las Ordenanzas de Alfaro de 1612. Cabe agregar a ellas la bula *Sublimis Deus* del papa Paulo III, en 1537.

De todos estos documentos, no hay duda que Feijoo tenía conocimiento y fueron por él analizados, aún cuando no haga referencia a los mismos.

Pero su espíritu justiciero sabía también que muchas veces dichas leyes fueron letra muerta en las tierras de América y que muy lejos de cumplirlas, los españoles las violaron o ignoraron, movidos por afanes muy distantes de los evangelizadores. Por eso su anatema, lanzado en el Discurso X contra los que tergiversaron el sentido evangelizador de la conquista, o mejor dicho, de los que, disfrazados con la máscara de la difusión evangélica, llegaron a cometer toda clase de atrocidades contra los naturales, a los que lejos estaban de considerar como "hijos de Dios".

Y si bien el espíritu que campea en las leyes y disposiciones citadas y, sobre todo en el *Requerimiento* de los Reyes Católicos de 1512, es el de la preocupación por la asimilación y conversión de los indios, resulta innegable que más de una vez la codicia y el afán de enriquecimiento de los conquistadores, llevó a los excesos denunciados por el padre Las Casas, en crónicas quizás un tanto hiperbólicas, que dieron fundamento a la difusión de la famosa "leyenda negra".

Diríase que hubo dos espíritus encontrados. Por un lado, el ver-

dadero sentido cristiano, representado por las conclusiones a las que arribara respecto a los naturales el filósofo y jurisconsulto Francisco de Vitoria, razonable y lógico en sus conceptos sobre “guerra justa e injusta” entre españoles y americanos; por otro, las del teólogo Juan Ginés de Sepúlveda, justificando la guerra de exterminio, basado en la barbarie e ignorancia de los indios y el derecho que otorgaba la mal entendida superioridad cultural y la mayor perfección humana.

A este respecto, es interesante recordar la famosa controversia sostenida por fray Bartolomé de Las Casas con Ginés de Sepúlveda en Valladolid, en el año 1550, ante el Consejo Real, en la que el celoso defensor de los indios, durante cinco días enteros, expuso su primera serie de argumentos, impugnando al erudito historiógrafo de Carlos V.

Sepúlveda declaró justa la guerra contra los indígenas por cuatro razones:

1. Por la gravedad de los pecados cometidos por los indios, especialmente por su idolatría y sus pecados contra la naturaleza.
2. Por la rudeza de su condición que los obliga a servir a personas más refinadas como los españoles.
3. Para extender la fe, lo que se hará más rápidamente por la subyugación previa de los indígenas.
4. Para proteger al débil entre los mismos indígenas.

Los alegatos en contra sostenidos por Las Casas, se limitaron a encarecer que los indios debían ser tratados con justicia y que la superioridad de las armas y de la fuerza no podía dar a España derecho sobre los indios, so pena de considerar tiránicos a sus reyes. Que el derecho de los mismos provenía de su misión de extender el Evangelio.

Sabemos que a esta controversia siguió la *Apologética historia* de Las Casas destinada a destruir la especie que los indios eran animales salvajes, cuyas personas y propiedades podían ser loteados entre los españoles y contra quienes se podía emprender justa guerra. La obra, de más de 800 páginas, muestra la erudición humanista de Las Casas y en multitud de atiborradas citas, exalta a los indios de tal modo, que éstos resultan seres ideales, superiores a cualquier pueblo europeo, y que los naturales del Nuevo Mundo llenaban completamente las condiciones exigidas por Aristóteles para la vida superior.

Feijoo, acorde con Las Casas en su Discurso X, si bien no imbuído de una visión beatífica del indio en cuanto a sus virtudes, pone en descubierto la falacia de algunos descubridores, a los que arrostra sus encubiertas intenciones, mal simuladas bajo la supuesta divulgación evangélica. Dice éste en su Discurso X:

La causa de religión que alegáis para descubrir nuevas tierras, no niego que respecto de algunos pocos celosos es motivo; *pero a infinitos sólo sirve de pretexto*. ¿Qué religión pautaron nuestros mayores en la América? No hablo de todos, *pero exceptúo poquísimos*. Sustituyeron a una idolatría por otra idolatría. Adora-

ban en algunas provincias aquellos bárbaros al Sol y a la Luna. *Los españoles introdujeron la adoración del oro y de la plata* que también se llaman Sol y Luna en el idioma químico. Menos villana superstición era aquélla, pues al fin tenía ídolos colocados en las celestiales esferas; ésta, en las cavernas subterráneas.

Significan estos conceptos una abierta contradicción con los de su Discurso sobre las "Glorias de España". Quizás él mismo haya sospechado que sus palabras podían inducir a ello, pues afirma en el mismo: "Sin negar que los desórdenes fueron muchos y grandes, *como en otra parte hemos ponderado*, subsiste entero el honor que aquellas felices y heroicas expediciones dieron a nuestras armas." Es evidente su referencia al Discurso XIV; pero no cabe duda que, a pesar de todo, cree firmemente que la conquista de América fue timbre de honor y motivo de orgullo para la nación española. Más aún: su concepto de la inferioridad de las culturas indígenas frente a la europea, le suministra argumento para justificar ante el mundo acusador la inclemencia usada por los españoles para con ellas. En cierto momento, hasta le parece justo el trato dispensado a los indígenas y comprensibles sus excesos: "En la América, son sin duda más disculpables que en otras. Batallaban los españoles con unos hombres que apenas creían ser en la naturaleza hombres, viéndolos en las acciones tan brutos. Tenía alguna apariencia de razón el que fuesen tratados como fieras los que en todo obraban como fieras."

Sorprende que un espíritu ecuánime y no fácil de convencer, amigo de la penetración hasta el fondo de las cuestiones, como fue Feijoo, llegase a ese convencimiento con respecto a los indios. Y si continuamos en la lectura de sus argumentos contra ellos, pensamos qué lejos está de los angélicos conceptos del padre Las Casas, a quien siguiera de cerca en su Discurso X. Dijérase que para combatir la mala fama acarreada a España por la tan mentada leyenda negra, difunde una versión en la que trastrocándose los papeles, los dignos de atención son sus compatriotas, sacrificándose por civilizar a pueblos "más irracionales que las mismas fieras". Quizá este convencimiento provenga de error de información. ¡Cuántas crónicas y cronicones circularon por España con las más variadas fábulas e inexactitudes respecto al mundo americano! Los relatos fantásticos se entremezclaron con las "veras historias" y la literatura del descubrimiento y la conquista sabemos que más de una vez estuvo guiada por la fantasía y la imaginación, más que por el sano propósito de transcribir la realidad histórica o geográfica. Para comprobarlo, no hay más que leer las argumentaciones y relatos en pro y en contra de la "leyenda negra", que circularon por España y Europa en el siglo xvi.

Y si agregamos a ellos las argumentaciones de Ginés de Sepúlveda y de los sostenedores de la inferioridad racial y humana de los indíge-

nas, a principios de ese siglo, tendremos el espectáculo desolador del punto de vista de la bibliografía histórica, heredada por el siglo XVIII.

En esas fuentes abrevó el padre Feijoo su conocimiento; de ahí sus sorprendentes afirmaciones. Muy distintas quizás hubiera sido, de haber aceptado el ofrecimiento que le hiciera Felipe V en 1725, de uno de los principales obispados de América, desde donde hubiese podido comprobar lo erróneo de muchos de sus convencimientos adquiridos en lecturas de la época. Desgraciadamente, el erudito benedictino rehusó tan alta investidura.

La época de Feijoo, tan dada a las especulaciones de carácter polémico o a las argumentaciones de tipo escolástico, suministró también elementos para desfigurar la verdad en torno al asunto americano. Aún no establecida la precisión en el concepto histórico; poco hurgados los archivos y más dados al bizantinismo en las argumentaciones, partíase por lo general de fantasiosas afirmaciones, sobre las que se levantaban edificios sofísticos, cuyas bases se asentaban en el criterio del *magister dixit* o de la aseveración común.

Los males de la época en materia de conocimientos; el descuido de las disciplinas científicas en las universidades; el abuso de las disputas verbales en las aulas; los errores sostenidos en base a sofismas, fueron puestos de manifiesto no sólo por Feijoo, sino también por otros autores como Diego de Torres Villarroel, profesor de matemáticas en Salamanca; por el marqués de la Ensenada en su Informe a Fernando VI de 1752; por fray Melchor Cano; por Mayáns y Siscar y muchos otros que alzaron sus voces contra el atraso de los estudios universitarios y proclamaron el imperio de la razón, como base esencial para combatir el conocimiento erróneo.

No hay duda que el erudito benedictino tuvo gran influencia en la reforma de los estudios universitarios de su época, sobre todo en las ciencias físico-naturales y en la enseñanza artística. Más aún; no es ajeno a esta influencia el impulso dado a todas las manifestaciones culturales españolas, durante el liberal reinado de Carlos III, el monarca que trató de sacar a España del fanatismo y la ignorancia que la habían aislado del resto de Europa. El anhelo de la reconstrucción y ordenamiento de lo español, conforme a los dictados de la razón, dejando a un lado los argumentos de autoridad y las falsas abstracciones, reconocen en el autor del *Teatro crítico universal* a uno de sus más destacados promotores.

Desgraciadamente, su influencia no llegó a los estudios históricos y a la expurgación necesaria en los conocimientos de la época sobre esta disciplina. Leemos a este respecto en el "Prólogo" de la edición de Clásicos Castellanos, a su *Teatro crítico*:

Si grande fue el influjo de Feijoo en las disciplinas a que nos hemos referido, no lo fue tanto, a nuestro juicio, en el terreno propiamente histórico. Sus ideas

acerca de este particular están expuestas principalmente en el Discurso titulado "Reflexiones sobre la historia", en donde pone de manifiesto los escollos de toda índole con que el historiador se tropieza y exige de él las dos cualidades esenciales de ser desapasionado e imparcial. "Esta ocupación —añade— es sólo para sujetos en quienes concurren muchas excelentísimas cualidades... un amor grande a la verdad, a quien ningún respeto acobarda; un espíritu comprensivo, a quien la multitud de especies no confunda; un genio metódico que las ordene; un juicio superior que según los méritos las califique; un ingenio penetrante que entre tantas apariencias encontradas discerna las legítimas señas de la verdad, de las adulterinas." Sus reflexiones se limitan, como se ve, a fijar las cualidades que debe reunir el que podríamos llamar historiador ideal; pero no se extienden a proponer un método histórico capaz de desterrar el crecido número de fábulas de que nuestra historia estaba plagada, en fuerza de interés local unas veces y de una religiosidad mal entendidas otras.

La carencia de método histórico fue lo que no permitió a Feijoo una legítima ubicación en el problema americano. Documentos no faltaban que hubiesen arrojado mucha luz sobre el verdadero papel desempeñado por España en el momento de la conquista. Pero la historia documental todavía no se había abierto paso en el siglo de nuestro autor. De ahí que con el único auxilio de las Crónicas conociese fragmentada la historia y la verdad de la conquista americana. Y si aún en pleno siglo xx, todavía se agita la polémica en torno a la misma, suscitando enconadas disputas en pro o en contra de la "leyenda negra" (sobre la que podría decirse que, con sus últimos estudios, Menéndez Pidal ha puesto punto final a la misma) mal podemos pretender que Feijoo en el siglo xviii, pudiera arribar a la exacta ubicación del problema.

Lo que cabe afirmar es que vio las dos caras de la Conquista: la positiva y la negativa. Si bien advierte la obra de la España ecuménica inspirada en el pensamiento cristiano y justo de los Reyes Católicos, no cierra sus ojos ante la codicia de sus materiales ejecutores. Y si no admite la exagerada benevolencia de Las Casas en su idílica concepción del indio, tampoco niega que no condecía con el sentido cristiano del español el trato dispensado a éste por los conquistadores.

En ningún momento calla tampoco la sed de riquezas que presidió la aventura americana; insiste en ella como el *leit-motiv* de la conquista y, religioso antes que nada, piensa que la misma ha alejado a los españoles del espiritualismo cristiano, de la vida sobrenatural a que están llamados todos los hombres:

Queréis hallar tierras donde no sólo haya minas de oro, sino que las mismas poblaciones, paredes, tejados, utensilios, todo sea de oro. ¡Oh, ciegos, cuántos erráis el camino! Eso que buscáis no se halla en la tierra sino en el cielo... ¿Qué término ha de tener esa insaciable ansia? ¿Qué término sino aquel adonde

ella misma os encamina? La codicia que os mete en las entrañas de la tierra, siguiendo la vena preciosa, cuanto más os profundiza en la misma, tanto más os acerca al abismo, tanto más os aparta del cielo.

Y aquélla señala el camino para la condenación eterna de los interesados participantes de la conquista: "Selló Dios con el peso del oro el carácter de su destino. Es el más pesado de todos los cuerpos, y por lo tanto con más poderosa inclinación que todos los demás se dirige al centro de la Tierra, donde está el infierno." No deja de llamar la atención esta inesperada afirmación final, reveladora de un ingenuo concepto sobre la ubicación del lugar del castigo eterno. Ella aleja toda posibilidad de hallar en el contexto general del discurso precisión científica alguna.

Es este discurso condenatorio, quizás la página más violenta que ha escrito sobre la conquista americana. Dando crédito a Las Casas y a su *Relación de la destrucción de las Indias*, es donde más concretamente muestra su pensamiento respecto al tema. La cita bibliográfica y su exacta referencia a las diversas traducciones circulantes en Europa aclaran la procedencia de su fuente informativa. Podría decirse que éste resulta la contraparte del parágrafo 24 de su posterior "Glorias de España". Es justamente en el parágrafo 51 donde minora su concepción del indio cuasi bestia, para hablar de su "sangre inocente" derramada a raíz de "las atrocidades cometidas en aquellas conquistas", en las que "disputaban indios y españoles ventajas en la barbarie; aquéllos, porque veneraban a los españoles en grado de divinidades; éstos, porque trataban a los indios como si fuesen bestias".

¿Reniega Feijoo de la conquista de América? Si nos remitimos exclusivamente al parágrafo que estamos analizando, diríase que sí: ¿"qué habría de producirnos, sino lo que nos produjo? La nota de crueles y avaros, sin darnos la comodidad de ricos. El oro de las Indias nos tiene pobres. No es esto lo peor, sino que enriquece a nuestros enemigos. Por haber maltratado a los indios, somos ahora los españoles indios de los demás europeos." La "leyenda negra", circulando voraz por Europa y haciendo pasto del prestigio español, lo abrumba con el peso de la culpa. En ella está la expiación del pecado de la conquista: "No hay que acusar providencias humanas, que cuando la divina quiere castigar insultos, hace inútiles todos nuestros conatos." Y, "¡Ay de los conquistadores que realizaron tamañas iniquidades, cometiendo el doble delito de faltar a la caridad cristiana y de sembrar el desprestigio de España! ¿Quién os parece que arde más voraces llamas en el infierno, el indio idólatra, ciego, o el español, cruel y sanguinario? Fácil es decidir la duda."

Pero a pesar de todos los errores; de todos los desmanes e injusticias, para Feijoo la conquista de América tiene un mérito: la de

haber sido forjadora de héroes para España. Este concepto se encuentra ratificado en otra página de Feijoo, donde también se refiere al asunto americano. Es su Carta XIX: "Sobre el nuevo arte del beneficio de la plata", integrante de sus *Cartas eruditas y curiosas*. En ella, al hablar de las minas de América, dice: "esas (minas) fueron objeto y asunto de las proezas con que varios españoles adquirieron en el mundo el glorioso atributo de héroes". Pero no puede sustraerse a la visión, que siempre se le presenta al hablar de América, de la cruenta lucha de la conquista, lucha en cuyo origen ve la ambición y la codicia y no el afán de la grandeza del Imperio. Diríase que si aquello último se dio, lo fue por añadidura: "No tiene duda que éstos llenaron a España de riquezas, pero después de inundar la América de sangre, no sólo de los bárbaros indios, más de los mismos españoles. ¡Qué teatro tan lleno de lástimas ofrece a la consideración aquel gran trozo del mundo en las historias de aquellos tiempos!"

Lícito resulta asegurar que Feijoo encuentra en esta carta, como móvil común de la conquista, el deseo de descubrir minas de metales preciosos. Ese móvil ha desvirtuado totalmente la grandeza del motivo inicial. Él ha sido la causa de las crueldades sufridas por los españoles en sus luchas fratricidas. La conquista ha llevado a sus sectores, en su afán de riquezas y dominio, a los horrores de una guerra, de la que no sólo padecieron los naturales, sino hasta los mismos españoles: "Pero lo que causa el mayor horror es ver ensangrentados como feroces bestias unos españoles en otros. Cuántas calumnias, perfidias y crueldades pueden inspirar la envidia, el odio, el furor, tantas se vieron reciprocarse frecuentemente entre los conquistadores de América... Tan trágica fue la conquista de América, que hicieron nuestras armas. A tanta costa se descubrieron sus minas. No hay vena de oro, o plata en ellas, que no haya hecho verter arroyos de sangre de humanas venas."

Si pesamos los argumentos de las tres páginas citadas, diríase que la balanza se inclina en forma desfavorable para el prestigio español. Sin embargo, no encuentra el desmedro del mismo en el trato dispensado a los indios ni en la injusta superioridad con que se revistieron, sino en haberse dejado arrastrar por la codicia y la fiebre del oro.

Para él, los excesos contra los naturales se justifican en el clima bélico: lo injustificable es esa permanente ansia de riquezas, que achaca a los conquistadores.

Lo que no hizo Feijoo fue analizar a fondo los móviles de esta última y, sobre todo, tratar de ver si ese afán se mantuvo aún en las épocas de la colonización. Tampoco ha hurgado en las Leyes de Indias, donde debió buscar las líneas directrices del dominio español en América. Diríase que obsesionado por la visión de un conquistador prepotente y arbitrario (no todos fueron Corteses en América...), sólo le in-

teresa el comportamiento de los hombres y no el espíritu de la Conquista.

Ramiro de Maeztu, sin desconocer los males puestos de manifiesto por Feijoo, dice:

Y es verdad que los abusos fueron muchos y grandes, pero ninguna legislación extranjera es comparable a nuestras Leyes de Indias. Por ellas se prohibió la esclavitud, se proclamó la libertad de los indios, se les prohibió hacerse la guerra, se les brindó la amistad de los españoles, se reglamentó el régimen de Encomiendas, para castigar los abusos de los encomenderos, se estatuyó la instrucción y adoctrinamiento de los indios como principal fin e intento de los reyes de España, se prescribió que las conversiones se hiciesen voluntariamente y se transformó la conquista de América en difusión del espíritu cristiano.

La conquista pudo tergiversar la letra de estas Leyes; pero lo importante es que no logró destruirla. Prueba de ello es la pervivencia de su espíritu en la moderna legislación americana. Si Feijoo hubiese continuado estudiando la obra colonizadora, quizás se hubiese reconciliado con sus compatriotas indianos, aún cuando no la hubiese alcanzado a ver en su plenitud. Allí se reimplanta la legislación olvidada; allí, calmada la sed de los años primeros; desilusionados de las leyendas fabulosas; adaptadas a una realidad menos áurea pero más promisoras, los españoles retoman la ruta olvidada, siguiendo el mapa de las Leyes de Indias.

Es en la colonización donde España se reconcilia con América. Ortega y Gasset lo advierte en las siguientes líneas:

Con el primer siglo de unidad peninsular, coincide el comienzo de la colonización americana. Aún no sabemos lo que propiamente fue este maravilloso acontecimiento. Yo no conozco ni siquiera un intento de reconstruir sus caracteres esenciales. La poca atención que se le ha dedicado, fue absorbida por la conquista, que es sólo su prelude. Pero lo importante, lo maravilloso, no fue la conquista —sin que yo pretenda mermar a ésta su dramática gracia—, lo importante, lo maravilloso fue la colonización. A pesar de nuestra ignorancia sobre ella, nadie puede negar sus dimensiones como hecho histórico de alta cuantía. Para mí, es evidente que se trata de lo único verdadero, sustantivamente grande, que ha hecho España.

¿La ignoró también Feijoo, o no llegó a advertir su importancia? ¿Sólo conoció la obra de los conquistadores y sus males y no tuvo noticias de sus contemporáneos en América? Alguna tuvo sin embargo, ya que su Carta se refiere a un impreso sobre el *Arte del nuevo beneficio de la plata*, de don Lorenzo de la Torre Barrio y Lima, dueño de minas en el Perú, e impreso en 1738 en la capital del reino del mismo nombre.

Quizás estuviese entonces acuciado por nuevas inquietudes de vul-

garización científica y no le interesase ya dilucidar el problema americano, que tanto le preocupara en los discursos comentados. O tal vez, porque en dicho asunto asumió el papel de censor, tanto para sus conacionales como para con los extranjeros, y no el de investigador o historiador, como le hubiese hecho falta para acometer la empresa de hacer luz sobre un tema que tanto apasionaría a los historiadores.

Lo cierto es que la acuciadora inquietud intelectual de Feijoo dio testimonio en su época del problema americano y, aunque español, no soslayó las acusaciones contra la obra llevada a cabo por los españoles en América.

Su juicio, si bien no definitivo ni lapidario, siguiendo los vaivenes de la información, está urgido por su sed de verdad. Que podrán no haberle permitido llegar al total esclarecimiento de los hechos. Pero sí levantar su voz de tono valiente y sincero y de auténtica pasión española, *habilis aggressione, defensione fortis*.

ABEL CALVO

Carapachai (Buenos Aires), junio de 1964.

FEIJOO Y AMÉRICA

Feijoo

DENTRO de la fama póstuma que acompaña a los escritores del zaran-deado siglo XVIII español, pocos como el padre Feijoo (1676-1764) han logrado mantener un prestigio tan estable. No se trata, por supuesto, de pretender hoy la difusión que tuvo en su tiempo el benedictino gallego. Pero no cabe duda de que es uno de los pocos nombres de aquella época que resuena con cierta frecuencia: se lo estudia ¹ se lo reedita ², se lo lee, en fin, signos que lo muestran más allá de tantos otros autores completamente muertos.

Es cierto que el carácter de su obra, el carácter de lo que constituye prácticamente toda la obra y sostén de su personalidad (dejemos a un lado versos no siempre juveniles y otras manifestaciones olvidadas), favorece algo la supervivencia. Se trata —sabemos— de discursos bre-

¹ Cf. AGUSTÍN MILLARES CARLO: prólogos a Feijoo. *Obras*, cuatro tomos, Madrid, 1923-1924-1925-1928; GREGORIO MARAÑÓN: *Las ideas biológicas del padre Feijoo*, Madrid, 1934; LUIS SÁNCHEZ AGESTA: estudio preliminar a su edición de Feijoo, Madrid, 1947.

En otra perspectiva, vale la pena reparar en el hecho de que JOSÉ GAOS inicia precisamente con el nombre de Feijoo su *Antología del pensamiento de lengua española en la Edad Contemporánea* (pp. 3-20, México, 1945). Es decir, un reconocimiento confrontador digno de mención.

² Ediciones como las de Millares Carlo, en los Clásicos Castellanos de La Lectura (I. *Teatro crítico universal*, Madrid, 1923; II, *íd.*, 1924; III, *íd.*, 1925; IV. *Cartas eruditas y curiosas*, 1928); LUIS SÁNCHEZ AGESTA (Feijoo, *Teatro crítico universal y Cartas eruditas*, selección de discursos políticos, Madrid, 1947); J. M. ALDA TESÁN (Feijoo, *Discursos y cartas*, selección, Zaragoza, 1941); y la edición hecha en Buenos Aires, Ed. Emecé, con el título de Feijoo, *Espanoles americanos y otros ensayos* (Buenos Aires, 1940).

Para las citas del padre Feijoo que figuran en el texto he tenido en cuenta las primeras ediciones de las *Cartas eruditas y curiosas* (cinco tomos, Madrid, 1742-1760). Para las del *Teatro crítico universal* (ocho tomos y un suplemento, Madrid, 1726-1741) me he valido de las siguientes ediciones: *Obras escogidas* (ed. de Vicente de la Fuente, B. A. E., t. LVI, Madrid, 1863), y las de Millares Carlo, Sánchez Agesta, Ed. Emecé, citadas en el párrafo anterior.

ves, cartas literarias, verdaderos ensayos que, en variedad, abarcan todos los sectores del conocimiento. En rigor, severa, amena o pintoresca enciclopedia.

También es cierto que el paso de los tiempos y el progreso (ley del progreso en la cual creía, firmemente, el padre Feijoo) han borrado o superado muchas de sus ideas. Sin embargo, los años no han debilitado el atractivo de una presencia humana que llega con nitidez hasta nosotros. Ni han debilitado tampoco sus esfuerzos por superar la entonces visible decadencia de España, especialmente en el ámbito cultural y social.

En fin, el tiempo no ha debilitado la animación de una prosa de ensayista que llega con vigor y limpidez al lector de ayer y de hoy. En la Aprobación del primer tomo de las *Cartas eruditas* (Madrid, 1742), el doctor José de Valcárcel Dato encontraba en la obra “un estilo puro, enérgico y bello”. Lo de “puro” quizás no sea tan exacto (aparte de las dificultades que ofrece este término, y el propio Feijoo puede venir en nuestra ayuda. Ver *Cartas*, I, XXXIII); pero sí me parecen exactísimos los otros dos adjetivos: “enérgico y bello”. Es decir, belleza varonil, figura, voz y andar acorde al género y asunto. Y, sobre todo, enérgico, con una energía que nace del dominio de la materia que trae entre manos y de una elaboración rápida.

Al padre Feijoo lo sentimos, por un lado, en conexión con la mejor tradición española, y, por otro, con fuertes lazos que lo vinculan a una órbita más amplia y extendida, muy de su tiempo. Pocos como el padre Feijoo nos dan, en España, la noción de una mente iluminista, de un luchador sin tregua contra el error vulgar y el error científico, de un pensamiento avizor a los adelantos de las ciencias y a las posibilidades que esos adelantos tienen de aclimatarse en su patria...

Ampliación de un tema

Dentro de las múltiples facetas que ofrece el monje benedictino, me ha parecido oportuno ocuparme de un tema que presenta para nosotros más de un atractivo. Me refiero al tema de *Feijoo y América*. Es cierto (y justo señalarlo desde un comienzo) que ya hay sobre el particular un meritorio trabajo de Agustín Millares Carlo, que se titula *Feijoo en América*³, trabajo que citaré más de una vez. Hecha la aclaración, justifico mi estudio en el deseo de mostrar nuevos datos y

³ En el sumario: *Feijoo y América*. Cf. AGUSTÍN MILLARES CARLO: “Feijoo en América” (en *Cuadernos Americanos*, III, Nº 3, pp. 139-160. México, 1944). Millares Carlo cita, a su vez, un estudio de HERMENEGILDO CORBATÓ, “Feijoo y los españoles americanos” (en la *Revista Iberoamericana*, de México, 1942), que no conozco.

nuevas direcciones dentro de una proyección que —reconozco— no está agotada ni mucho menos.

Y, antes de entrar en materia, la mención de un hecho poco conocido que se vincula de alguna manera con nuestro tema.

Feijoo, como tantos otros ingenios españoles que se ocuparon en sus obras de América, no estuvo en el Nuevo Mundo. Sin embargo, también como otros ingenios españoles, recibió un ofrecimiento para venir a estas tierras. En 1725, el rey Felipe V le ofreció un obispado en América, pero Feijoo no aceptó.⁴ Observemos que el año corresponde a un momento inicial y fundamental en la bibliografía del benedictino. Es, ésa, época en que prepara los primeros Discursos para la imprenta: prueba de ella es que poco después saldrá en Madrid el primer tomo del *Teatro crítico universal*. Quizás una tomada decisión sobre el carácter de su obra futura y el convencimiento de que esa obra tenía más posibilidades de realizarse en Europa (aun en el conventual reducto de Oviedo) decidió su negativa. Lo concreto es que Feijoo se quedó en España. En fin, conviene decir que Feijoo rechazó posteriormente ofrecimientos de Campomanes, el padre Sarmiento y otros, para que se estableciera en Madrid.

América en Feijoo

Dentro de la gran cantidad de temas que movieron la pluma de Feijoo, no podían faltar —era imposible— los que se referían a América. Es posible que, desde nuestra especial perspectiva, no sean tantos como quisiéramos, pero lo indudable es que América aparece en diversos ensayos o discursos de Feijoo. Además, hay diferencia en la importancia de los enfoques, que van del tema absorbente o total hasta la mención circunstancial, hecha al pasar. En el primer caso, hay dos Discursos de interés innegable: los titulados “Españoles americanos” (*Teatro crítico universal*, IV, 1730) y “Situación del gran problema histórico sobre la población de América y revoluciones del globo terráqueo” (*Teatro*, V, 1733).

En el segundo caso, y sin la pretensión de agotar todas las referencias (aunque sí con el deseo de subrayar por lo menos párrafos recordables) debemos mencionar los siguientes Discursos: “Mapa intelectual y cotejo de naciones” (*Teatro*, II, 1728). “Fábula de las Batuecas y países imaginarios” (*Teatro*, IV, 1730), “Glorias de España”, primera parte (*Teatro*, IV, 1730), “Satisface a una supuesta equivocación sobre los sacrificios que hacían los vasallos de los Incas del Perú, ofreciendo al Sol víctimas humanas” (*Cartas eruditas y curiosas*, V, 1760), y “Sobre el nuevo arte del beneficio de la plata” (*Cartas*, II, 1745).

⁴ Cf. MILLARES CARLO: Prólogo a Feijoo, *Teatro crítico universal*, I, p. 9. Ed. de Madrid, 1941.

En todos estos Discursos se encuentran noticias de América, en todos ellos aparece América como motivo de sus reflexiones, dentro de las diferencias apuntadas.

Por supuesto, no se trata de una visión total ni mucho menos, si bien permite aquilatar también, desde el particular punto de vista de nuestro continente, la variedad de asuntos que preocupaban a Feijoo. En este sentido, la mayor parte de las referencias se vinculan a la historia de América (historia, sobre todo, y geografía).

Un orden cronológico de temas, nos muestra, así, que su Discurso sobre la "Situación del gran problema histórico sobre la población de América" se ocupa de los primitivos habitantes del continente. Como era frecuente en Feijoo, su enfoque presenta una doble cara: por un lado, el acopio de testimonios ajenos (citas, precedentes, etcétera) y, por otro, su propia tesis. En el primer caso aparecen aquí datos del dominico fray Gregorio García, del francés Isaac de la Peirère, y del padre Acosta (en su *Historia natural y moral de las Indias*).

Feijoo no se plantea el posible origen americano sino que, al aceptar el origen tradicional (es decir, la teoría de las migraciones desde otros continentes) debe optar entre la Atlántida y el estrecho de Behring. Feijoo se inclina por este último.

Sobre los indios americanos Feijoo no nos dejó mayores noticias ni comentarios originales. Por el contrario, reitera en sus Discursos una visión a menudo deformada y nos habla de la idolatría, antropofagia, crueldad, lascivia y ferocidad de los indios (Cf. "Glorias de América", primera parte; "Satisfacción a una supuesta equivocación..."). A lo más les concede valor para defender sus tierras, valor que realza, al mismo tiempo, las hazañas de los españoles.

Precisamente, este punto nos lleva al tema de la Conquista, tema que determina algunos interesantes párrafos de Feijoo. En rigor, dos notas fundamentales se extreman en el análisis de la Conquista. Por un lado —y a través del testimonio del padre Las Casas— Feijoo nos ofrece la visión cruel de una España vituperada, más que recompensada, por su conducta en América.

¿Qué había de producirnos una tierra bañada con tanta sangre inocente? La nota de crueles y avaros, sin darnos la comodidad de ricos. El oro de las Indias nos tiene pobres. No es esto lo peor, sino que enriquece a nuestros enemigos. Por haber maltratado a los indios, somos ahora los españoles indios de los demás europeos... ("Fábula de las Batuecas y países imaginarios").

Sin embargo, esta visión negativa se borra prontamente ya que en el mismo tomo en que aparece la "Fábula de las Batuecas", en sus páginas finales, figura el Discurso titulado "Glorias de España" primera parte, de perspectiva diferente. Aquí Feijoo procura real-

zar la obra de España como propagadora de la fe, particularmente en América, y, no menos, exaltar a sus grandes capitanes: alaba a Hernán Cortés, el gran conquistador, par, en el Nuevo Mundo, de Gonzalo Fernández de Córdoba, en el Viejo. En fin, replegando algo sus propias palabras de la "Fábula de las Batuecas", defiende Feijoo la obra de España en América y defiende a su patria de los ataques que le dirigían otras naciones. Y su defensa no encuentra mejor argumento que establecer comparaciones con los métodos de conquista de otros pueblos europeos (en especial, los franceses en América).

No pudiendo los ojos mal dispuestos de las demás naciones sufrir el resplandor de gloria tan ilustre, han querido oscurecerla, pintando con los más negros colores los desórdenes que los nuestros cometieron en aquellas conquistas. Pero en vano, porque sin negar que los desórdenes fueron muchos y grandes, como en otra parte hemos ponderado, subsiste entero el honor que aquellas felices y heroicas expediciones dieron a nuestras armas... ("Glorias de España", primera parte).

Años después, en las *Cartas eruditas y curiosas*, al escribir "Sobre el nuevo arte del beneficio de la plata", si bien el centro del discurso está dedicado a elogiar a Lorenzo Felipe de la Torre, vecino del Perú y creador de un método para aumentar la utilidad de la plata, volvió Feijoo sobre el tema de la Conquista.

Como digo, vuelve Feijoo aquí al tema de la Conquista, con la variante de que en estas páginas lo que hace es contraponer las penurias de las luchas entre españoles e indios con las penurias de las luchas entre los propios españoles en Indias. Como vemos, una nueva etapa en la historia de estas regiones.

No desoló tantas provincias —dice Feijoo— la ambición en Europa, Asia y África, en el largo espacio de veinte siglos, como la codicia en América en uno solo. Siendo tanto el estrago de los vencidos, no padecieron menos los vencedores. Ninguna gente sufrió tantas, ni tan duras calamidades, como aquellos conquistadores...

Pero lo que causa el mayor horror, es ver ensangrentados, como feroces bestias, unos españoles con otros. Cuantas calumnias, perfidias, crueldades, pueden inspirar la envidia, el odio, el furor, tantas se vieron reciprocarse frecuentemente entre los conquistadores de la América... ⁵

Pero el más importante Discurso dedicado por Feijoo al Nuevo Mundo es el titulado "Españoles americanos", como si ya desde el título quisiera marcarnos la significación del tema. Por otra parte, el

⁵ Sobre inventos de españoles en Indias, cf. también "Las invenciones de unas máquinas hechas por los españoles en América" (en "Glorias de España", segunda parte, en *Teatro crítico*, IV, Discurso XIV).

Discurso no se reduce a discutir el problema de la mayor o menor precocidad de los criollos, sino que es, además, una visión de la vida cultural de la colonia, o, si queremos, de los “españoles americanos”. Aunque intencionadamente limitado, el enfoque de Feijoo nos muestra un cuadro sociológico cultural, con interesantes reflexiones.

El punto de arranque de este Discurso está en uno anterior, titulado “Mapa intelectual y cotejo de naciones” (*Teatro*, II 1728). Aquí, al ocuparse en algunos párrafos de los indios americanos, señalaba Feijoo la astucia y aun la inteligencia de los indígenas. Apoyándose, sobre todo, en el testimonio de misioneros que estuvieron en América, los indios aparecen en este Discurso con perfil menos severo que el que aparece en otros discursos posteriores. Pero el párrafo que nos llama la atención, por mostrar el germen del Discurso titulado “Españoles americanos” es el siguiente:

Muchos han observado —dice Feijoo— que los criollos, o hijos de españoles que nacen en aquella tierra, son de más viveza o agilidad intelectual que los que produce España. Lo que añaden otros, que aquellos ingenios así como amanecen más temprano también se anohecen más presto; no sé que esté justificado.

Y esto, que aparece dicho al pasar, dentro de más detallados párrafos dedicados a los indios, quedó, sin duda, picándole a Feijoo. Tanto que dio lugar, después, a un entero Discurso. Es, repito, el que tituló “Españoles americanos”.

Aquí, la respuesta de Feijoo es más rotunda, y atribuye el estímulo de su discurso a un “caballero de ilustre sangre” y otras excelencias.⁶ En su alegato, Feijoo combate el error popular que atribuye a los “españoles americanos” mayor precocidad, e, igualmente, una menor longevidad espiritual. Y la manera más concreta de destruir este error está en señalar ejemplos de hombres destacados nacidos en América, a quienes la edad no los muestra en desventaja frente a los “españoles europeos”.

Para Feijoo, la creencia popular obedece al hecho de que la enseñanza se recibe más temprano, y se logran títulos mayores antes que en España. Con sus palabras, la supuesta precocidad es más bien “anticipación de los estudios y continua aplicación a él”.

Por supuesto que al hacer hoy hincapié en tal problema lo despojamos de la significación que pudo tener en aquella época. Mejor dicho, es, para nosotros, una noticia curiosa, no desdeñable en el marco del

⁶ El español Antonio Peralta Castañeda ya había combatido, en el siglo xvii, la idea de que el ingenio de los criollos asomaba antes y también se perdía antes. El padre Feijoo lo cita en su ensayo, y menciona como testimonio del padre Peralta párrafos de su *Historia de Tobías*, publicada en 1667. (Ver “Españoles americanos”.)

estudio de la sociedad colonial o en el ámbito de las relaciones entre las “dos Españas”.⁷

En cambio, tiene más limpio valor de testimonio la referencia a ingenios americanos. También, la más o menos detallada lista de los autores que elogian a los criollos, entre los cuales menciona a fray Juan de Torquemada, el Inca Garcilaso, Lucas Fernández de Piedrahita, Alonso de Ovalle, José de Oviedo y Baños, y el padre Manuel Rodríguez, como autores que nacieron o vivieron en América. A ellos agrega, fuera de esas notas, los nombres de Bartolomé Leonardo de Argensola, el cardenal Cienfuegos y el padre Jacobo Vanière. Todos éstos elogiaron el ingenio de los criollos, y ninguno —dice Feijoo— se hizo eco del error.

De los ingenios americanos que menciona el benedictino se destacan dos: Peralta Barnuevo (sin duda, la máxima admiración continental de Feijoo) y sor Juana Inés de la Cruz. De sor Juana dice:

Si discurrimos por las mujeres sabias y agudas, sin ofensa de algunas, se puede asegurar que ninguna dio tal altas muestras, que saliesen a la luz pública, como la famosa monja de México sor Juana Inés de la Cruz.

Pero, repito, la mayor admiración es el peruano Peralta Barnuevo:

En Lima reside don Pedro de Peralta y Barnuevo, catedrático de prima de matemáticas, ingeniero y cosmógrafo mayor de aquel reino, sujeto de quien no se puede hablar sin admiración, porque apenas, ni aun apenas, se hallará en toda Europa hombre alguno de superiores talentos y erudición... [etc.].

Y páginas después:

Echando los ojos por los hombres eruditos que ha tenido nuestra España de dos siglos a esta parte, no encuentro alguno de igual universalidad a la de don Pedro Peralta, de quien se habló arriba...

Entre los otros ingenios americanos que cita el padre Feijoo figuran fray Antonio de Monroy, el marqués de Casa-Fuerte, fray Juan de Gazitúa, Gabriel Ordóñez y Juan Pardo de Figueroa⁸, ejemplos a los que recurre para respaldar su tesis, aunque todos ellos distan de la fuerza respaldadora que aportan sor Juana y, sobre todo, Peralta Barnuevo.⁹

⁷ Como veremos, el mexicano Juan José de Eguiara y Eguren retomó algunas de las afirmaciones del padre Feijoo en su *Bibliotheca mexicana...* (México, 1755).

⁸ Feijoo mantuvo correspondencia con Pardo de Figueroa. (Ver MIGUEL MORAYTA: *El padre Feijoo y sus obras*, p. 236. Valencia, s. a.).

⁹ Sobre Peralta Barnuevo —de fama extraordinaria en su siglo— recordemos también elogios de Concolorcorvo en el *Lazarillo de ciegos caminantes* (ver ed. de Buenos Aires, 1942, pp. 20 y 395).

Una acotación: el Discurso “Españoles americanos” se publicó en el tomo cuarto del *Teatro crítico universal*, aparecido en Madrid a fines de 1730. Peralta Barnuevo, agradecido a los elogios de Feijoo, le devolvió las flores en estrofas de su poema *Lima fundada o Conquista del Perú* (publicado en Lima, en 1732):

Este es el singular Feijoo elegante:
que de los que han los siglos venerado,
parecerá con predicción constante
que sólo es prevenido, no enseñado:
cuanto las ciencias tienen más brillante,
y la elocuencia da más elevado,
todo verán que cuando a España nace
si del él no se deriva, en él renace...

Es indudable que nos hubiera gustado encontrar en la obra del padre Feijoo más páginas dedicadas a América. Sin embargo, debemos contentarnos con los no muy extendidos párrafos que hemos comentado y que constituyen, a pesar de todo, un tributo del algún valor. Por lo pronto, ellos nos muestran, una vez más, las inquietudes, la curiosidad, el hambre de saber, el buen sentido y equilibrio, la universalidad, en fin, del padre Feijoo. Y, por supuesto, nos muestran también al benedictino con los pies fuertemente apoyados en su siglo.

Cuando algún día se elabore la voluminosa obra (digo “voluminosa” porque el caudal de noticias es realmente extraordinario), cuando se elabore, repito, el libro que estudie la visión de América reflejada en obras literarias y en el pensamiento español, con clara sucesión de etapas culturales, pocos escritores nos darán de su tiempo una noción tan nítida como el padre Feijoo nos da del suyo. Con la aclaración apuntada (es decir, que América no fue un tema constante ni frecuente en él), el benedictino gallego será, con todo, un nombre insustituible dentro de ese particular —y necesario— estudio.

Feijoo en América

Con creces correspondió América al padre Feijoo. La verdad que ningún otro escritor del siglo XVIII gozó en el continente del favor que gozó el sabio benedictino.

Un distinguido mexicano, el doctor José Mariano Gregorio de Elizalde Ita y Parra, al aprobar en España uno de los tomos del *Teatro crítico universal* (el VI, de Madrid, 1734) destacaba su difusión no sólo en Europa, sino también en América, en Asia, en las Filipinas. “Allí —dice— disfrutaban sus individuos el gozar de su hermosura.”¹⁰

¹⁰ Cf. M. MORAYTA: *El padre Feijoo y sus obras*, p. 15; MILLARES CARLO: *Feijoo en América*, p. 157.

Y el hecho de que se escriban títulos como el del homenaje que le dedicó el general Escandón (aunque no deben asombrarnos los títulos de los panegíricos de la época) es un claro índice del entusiasmo que despertaba la lectura del benedictino gallego. En fin; el doctor Francisco Antonio Fernández Vallejo, "colegial real de oposición en el de San Ildefonso de México", decía en los preliminares del primer tomo de las *Cartas eruditas y curiosas* (Madrid, 1742):

Este excelentísimo modo de escribir es el que ha hecho famosa en todo el mundo la pluma del reverendísimo Padre Maestro, obligando a hombres muy eruditos de todas partes a solicitarle en cartas por amigo, o, por decir mejor, a buscarle en sus dudas como oráculo. Por todas partes se oye, en repetidos aplausos, su nombre; de fuerte, que puede con verdad afirmar de sí lo que decía Ovidio en una de sus *Epístolas*, gloriándose de que se oía su nombre en todo el mundo.

Iam canitur toto nomen in orbe meum.

Pero con esta diferencia, que el poeta lo decía en tiempo que sólo era conocido un mundo, y así, uno solo venía a ser el teatro de sus glorias. Mas el reverendísimo padre Feijoo, para cuyos aplausos (hablando sin lisonja) *unus non sufficit orbis*, logró aún mucho mayor extensión, pues, como es sabido, ocupa dos mundos con su fama.¹¹

Por lo pronto, y como punto básico de su expansión en América, debemos mencionar el dato concreto que se deduce de una presencia incuestionable. Así, el *Teatro crítico universal* y las *Cartas eruditas y curiosas* son títulos que aparecen a menudo en las bibliotecas coloniales. Repito: ningún otro autor del siglo XVIII, ni aún en materias más accesibles que las que caracterizan la obra del padre Feijoo, encuentra en el Nuevo Mundo la adhesión que encontró él.

Al respecto, es ilustrativo el ejemplo que ofrece el Río de la Plata. Nos circunscribimos sobre todo a esta región, en parte por razones de cercanía y conocimiento, pero, no menos, por las deducciones que permite. En efecto, el Río de la Plata no tiene entonces la importancia cultural de otras regiones de América. De tal manera, los testimonios que encontramos aquí aparecerán igualados o, más exactamente, aumentados, en otras regiones.¹²

¹¹ Ver FEIJOO, *Cartas eruditas y curiosas*, I. Madrid, 1742, s.n. Cf., también:

Las públicas debidas aclamaciones que han merecido las obras del reverendísimo Feijoo a todo el orbe literario... (Padre Diego Mecoleta, "Aprobación a Feijoo", en el mismo tomo).

Y esta última cita:

...después de preconizar el clarín de la fama con las más sonoras voces la excelencia de sus escritos en todas las regiones europeas; siendo en todas las naciones los más sabios los que más se han distinguido por sus alabanzas... [etc.] ("Aprobación del padre José Pérez", en FEIJOO: *Cartas eruditas y curiosas*, II, Madrid, 1745, s.n.)

¹² "Ningún autor español —escribió el padre Furlong— fue más popular en el Río de la Plata, en el decurso del siglo XVIII. Aún hoy día abundan los ejemplares, más o menos completos o truncos, de las obras de Feijoo, en todas las viejas biblio-

Efectivamente, sabemos que obras de Feijoo se encontraban y leían en Córdoba durante el siglo XVIII, tal como se deduce de las fichas de la biblioteca de Felipe Haedo, vecino de la ciudad mediterránea que murió a fines de la centuria.¹³ Algo parecido muestran fichas de la biblioteca del padre Cabrera.¹⁴ Es muy posible, también, que primeras ediciones de las obras del padre Feijoo que hoy se encuentran en bibliotecas de Salta, Catamarca y Tucumán, estén ya desde el siglo del autor.

En la biblioteca de José González, vecino de Buenos Aires, se encontraban, a comienzos del siglo XIX, once volúmenes de Feijoo, y la biblioteca de Manuel Ignacio Fernández (también de Buenos Aires y muerto en España a fines del siglo XVIII) tenía diecisiete tomos de las obras del benedictino.¹⁵ Y, por descontado, la mayor parte de los libros del padre Feijoo figuraban en la rica biblioteca de Juan Baltasar Maziel, biblioteca particular sin equivalente en estas latitudes.¹⁶

Otra noticia vinculada al Río de la Plata: cuando los padres Pedro Arroyo y Carlos Gervasoni preparaban su viaje a Europa, en 1751, el doctor Villafañe les pidió que le compraran todas las obras de Feijoo. Por su parte, el padre Sebastián de San Martín les encargó la compra de las *Cartas eruditas*.¹⁷

Ésta es, naturalmente, la base elemental, sobre la cual se apoyan otros datos y testimonios de mayor peso, que tienen que ver, sobre todo, con la difusión de sus ideas y la adhesión de ingenios americanos. A manera de introducción, conviene citar la edición de dos poemas de Feijoo —*El pecador convertido* (romance) y *La conciencia* (décimas)— publicados en un opúsculo, en México y en 1759. Como éste es sector débil en la obra del benedictino, poco cuesta imaginar que fue el prestigio del autor (más que el valor de las poesías) lo que determinó la edición.

Después, una obra que cita José Toribio Medina en su *Biblioteca hispanoamericana*, parto del mexicano José Antonio de Legaria y titulada *Congratulación al Padre Maestro don Benito Feijoo por sus panegíricos*

tecas. En la de Santo Domingo, de Córdoba, hay siete ejemplares de las *Cartas* y cinco del *Teatro*." (Cf. GUILLERMO FURLONG S. J.: *Nacimiento y desarrollo de la filosofía en el Río de la Plata* (1536-1810), p. 177, Buenos Aires, 1952. Cf., también, JOSÉ GAOS: Introducción a su *Antología del pensamiento de lengua española en la Edad Contemporánea*, p. XVIII, México, 1945; y ARTURO ARDAO: "Feijoo y Ortega" (en *Cuadernos Uruguayos de Filosofía*, II, pp. 158-159. Montevideo, 1963).

¹³ Cf. GUILLERMO FURLONG S. J.: *Bibliotecas argentinas durante la dominación hispana*, p. 67. Buenos Aires, 1944.

¹⁴ Cf. María del Carmen Muñoz y Pérez, y Anunciada Mastelli: *La vida cultural*, en RÓMULA CARBIA (Dir.), *La civilización hispanoamericana del siglo XVIII en el Virreynato del Río de la Plata*, p. 304. Buenos Aires, 1926.

¹⁵ Cf. GUILLERMO FURLONG: *Bibliotecas argentinas...*, pp. 74 y 76.

¹⁶ Cf. JUAN PROBST: *Juan Baltasar Maziel, el maestro de la Generación de Mayo*, p. 378. Buenos Aires, 1946.

¹⁷ Cf. GUILLERMO FURLONG: *Bibliotecas argentinas...*, pp. 46-47. Ver también, MUÑOZ Y PÉREZ, y MASTELLI: *La vida cultural*, p. 274.

discursos, y nuevas pruebas que apoyan su mapa intelectual o Discurso 15 del tomo 2 (Madrid, 1730).¹⁸ Parecidas muestras de encomio encontramos, en el otro extremo del continente, en un jesuita de Córdoba llamado Francisco Javier Miranda.¹⁹ Pero el que deja atrás a todos, en esta dirección, es un raro opúsculo (ya anticipado) del peruano Ignacio de Escandón, impreso en Lima en 1765, en homenaje “al inmortal blasón de las glorias de España y aun de todo el mundo, al querido Adonis de la América [*sic*], a su adorado maestro el ilustrísimo Feijoo”²⁰

Con motivo de la publicación de las *Cartas latinas* (1736) del deán de Alicante, don Manuel Martí, cartas en que aparecía un juicio despectivo sobre la cultura en América²¹, el mexicano Juan José de Eguiara y Eguren publicó su *Bibliotheca mexicana...* (I, único publicado, México, 1755). Si bien el objeto fundamental de la *Bibliotheca* es responder a través de los ejemplos para borrar las palabras del deán alicantino, no por eso dejó de ocuparse Eguiara del problema que había preocupado a Feijoo en su Discurso “Españoles americanos”. Eguiara coincide, en general, con Feijoo, pero disiente en algunos puntos, entre ellos el que se refiere a los textos de filosofía. (Feijoo afirmaba que los alumnos americanos no tomaban apuntes en las clases, y que estudiaban por textos impresos.) Según Eguiara, todos los alumnos (salvo contadas excepciones) siguen las lecciones de filosofía de sus maestros, y las copian en sus cuadernos. Coincide con Feijoo al combatir la idea de que los americanos declinan tempranamente sus facultades. Y aporta numerosos ejemplos de americanos que alcanzaron avanzada edad con plena lucidez.²²

Como es sabido, Feijoo refutó, a poco de aparecido, el famoso Discurso de Rousseau premiado por la Academia de Dijon (“Discurso sobre si el restablecimiento de las ciencias y de las artes ha contribuido al mejoramiento de las costumbres”). La refutación de Feijoo se publicó en las *Cartas eruditas y curiosas* (IV, Madrid, 1753, Carta XVIII). Pues bien; años después, un fraile dominico oriundo de Cuba, Cristóbal Mariano Coriche, publicó en la Puebla de los Ángeles, 1763, una “Oración vindicativa del honor de las letras”, con el mismo motivo. Lo importante es que Coriche señala en el prólogo que su primera noticia del

¹⁸ Cit. por JOSÉ TORIBIO MEDINA, *Biblioteca hispano-americana*, IV, p. 223. Santiago de Chile, 1901. Lo cita también Millares Carlo.

¹⁹ Cf. GUILLERMO FURLONG: *Nacimiento y desarrollo de la filosofía en el Río de la Plata*, p. 177.

²⁰ Ver MILLARES CARLO: *Feijoo en América*, pp. 157-158; *íd.*, *Notas complementarias* (en Feijoo, *Obras*, III, p. 12, ed. de Madrid, 1925).

²¹ Recordemos que el Discurso de Feijoo “Españoles americanos” se había publicado pocos años antes (en el tomo IV del *Teatro crítico universal*, Madrid, 1730). Quizás Martí pretendió reaccionar contra Feijoo, pero no lo dice directamente.

²² Cf. MILLARES CARLO: *Feijoo en América*, pp. 154-157.

Discurso de Rousseau la tuvo precisamente a través de la refutación de Feijoo, a quien, como era costumbre, elogia, y con el cual coincide. Importa decir aquí que tanto Feijoo como Coriche no conocían directamente el texto de Rousseau²³, y que es Feijoo el primer nombre importante que aparece, en la larga serie de adhesiones y rechazos que concita el ginebrino en el mundo hispánico.

En Caracas, el comentario de las obras del padre Feijoo daba motivo a la elaboración de tesis universitarias, tal como lo prueba el título de la que defendió José Concepción León para optar al grado en artes: *Mathematica fidei humanae regula a nostro regnicola Feijoo tradita*.²⁴ Por su parte, a fines del siglo XVIII, el franciscano caraqueño fray Juan Antonio Navarrete escribió su obra *Arca de letras y teatro universal*, cuyo título ya nos anticipa la filiación con la difundida obra del padre Feijoo. Recientemente, José David García Bacca nos ha dado noticia de este curioso manuscrito.²⁵

El limeño José Eusebio de Llano Zapata, contemporáneo del benedictino español, ha sido comparado más de una vez con él. Si en algo se le parece es en rasgos más bien externos: amplitud de temas, curiosidad, carácter general de la obra, por otro lado, bastante corrientes en la época. Pero, claro está, no en la solidez y el valor. Aparte de que casi toda la producción de Llano Zapata no tuvo mayor difusión o, simplemente, no se publicó.²⁶

En el Río de la Plata abultan la lista nombres como el del franciscano Carlos María González²⁷ y el de Melchor Fernández, profesor en el Colegio Carolino.²⁸ Claro que tienen mayor relieve Juan Baltasar Maziel y Manuel José de Lavardén, cuyas relaciones con la obra de Feijoo paso a considerar.

Con motivo de la Arenga pronunciada en Lima por el doctor José Baquíjano y Carrillo en 1781, Arenga en la cual resaltaban claras censuras a la autoridad metropolitana, Maziel escribió unas *Reflexiones sobre la famosa Arenga*, con la intención de rebatir afirmaciones de Baquíjano y, particularmente, defender al ministro Gálvez, objeto central de las críticas. Aunque con tanto o más motivo la cita podía haber estado en la Arenga limeña, el caso es que Maziel destaca en un

²³ Ver JOSÉ TORIBIO MEDINA: *La Imprenta de la Puebla de los Angeles*, p. 740. Santiago de Chile, 1908; y JEFFERSON REA SPELL: *Rousseau in the Spanish World before 1833*, pp. 34-35. Austin, 1938.

²⁴ Cf. CARACCILO PARRA: *Filosofía universitaria venezolana*, p. 75. Caracas, 1934.

²⁵ Cf. JUAN DAVID GARCÍA BACCA: *Antología del pensamiento filosófico venezolano (siglos XVII-XVIII)*, pp. 439-445. Caracas, 1954.

²⁶ Cf. JOSÉ TORRE REVELLO: *Noticias sobre José Eusebio de Llano Zapata, historiador peruano del siglo XVIII*, México, 1941; y ANTONELLO GERBI: *Viejas polémicas sobre el Nuevo Mundo*, Lima, 1946.

²⁷ GUILLERMO FURLONG: *Nacimiento y desarrollo de la filosofía en el Río de la Plata*, p. 291.

²⁸ GUILLERMO FURLONG: obra citada, p. 494.

pasaje de sus *Reflexiones* la inteligencia de los habitantes del continente, y cita allí, como es fácil adivinar, a Feijoo y su conocido Discurso "Españoles americanos".

Más de cincuenta años hace que el ilustrísimo y reverendísimo Feijoo, en su tomo 4º, discurso 6º, empleó su no menos sólido que brillante ingenio en defensa de los americanos...²⁹

Aparte de otros comentarios, es muy posible que la cita del padre Jacobo Vanière, que aparece después, esté sacada también del Discurso de Feijoo.

Por supuesto que más simpática nos resulta la Arenga de Baquijano que la refutación de Maziel, pero aquí sólo cabe la simple mención dentro de la particular línea que perseguimos.

Con respecto a Manuel José de Lavardén, hombre de alguna significación en nuestro desarrollo literario, no es descaminado pensar (tal como he procurado mostrar en otro estudio)³⁰ que conceptos estéticos de nuestro escritor, reflejados en su ingeniosa *Sátira*, se hayan nutrido o tengan raíces en párrafos de Feijoo (cf. "De la crítica". Ver, también: "La elocuencia es naturaleza, y no arte", y "Defiende el autor el uso que hace de algunas voces, o peregrinas o nuevas, en el idioma castellano". Ver *Cartas eruditas*, II, Madrid, 1745; y I, Madrid, 1742).

¿Qué más? Es comprensible que aún en este sector americano, donde cabe de manera casi total la adhesión al beneditino gallego, aparezca, en algunas ocasiones, la polémica o la rivalidad.

Bien sabemos que Feijoo debió responder, en su patria, a adversarios de todo calibre que le salieron al paso. Por descontado, estamos en América lejos de las polémicas de España, si bien no dejan de ser —España y América— la natural derivación de una materia donde la diversidad de opiniones, por una parte, y, por otra, el carácter de los escritos del padre Feijoo, se prestaban a la controversia.

Conocemos la noticia (otra vez debida a Millares Carlo) de que un cubano radicado en México, Francisco Ignacio Cigala, publicó una réplica a Feijoo, réplica en la que defiende a Aristóteles de objeciones hechas por el autor del *Teatro crítico*. La obra de Cigala se titula *Cartas al Ilmo. y Rmo. P. Mro. F. Benito Jerónimo Feijoo Montenegro que le escribía sobre el "Teatro crítico universal" Francisco Ignacio*

²⁹ Cf. MAZIEL: *Reflexiones sobre la famosa Arenga, pronunciada en Lima por un individuo de la Universidad de San Marcos, con ocasión del recibimiento que hizo dicha Universidad a su Virrey, el Exmo. Sr. Dn. Agustín de Jáuregui y Aldecoa, el día 27 de agosto de 1781*. Ver texto en JUAN PROBST: *Juan Baltasar Maziel*, p. 437.

³⁰ Cf. mi estudio y edición de *La "Sátira" de Lavardén* (pp. 14-15, ed. de Buenos Aires, 1949).

Cigala, americano, que las dedica a las universidades de España y de la América (México, 1760).

El franciscano cordobés fray José Elías del Carmen Pereira (que fue profesor en la universidad a fines del siglo XVIII), escolástico no cerrado a avances cartesianos, defendió precisamente a Descartes y su duda metódica de objeciones parciales de Feijoo.³¹ No está de más recordar que, si bien Feijoo rechazó ideas de Descartes (particularmente en el campo de la metafísica), no mostró una oposición total hacia el filósofo francés. Por el contrario, aceptó más de un concepto y aún contribuyó a difundir por América las ya viejas novedades cartesianas.

Fue Descartes —escribió Feijoo— dotado de un ingenio sublime, de prodigiosa inventiva, de resolución magnánima, de extraordinaria sutileza... (“Causas del atraso que se padece en España en orden a las ciencias naturales”, 17, en *Cartas eruditas y curiosas*, II, Carta XVI).

En fin, más importante aún es saber que el gaditano Salvador José y Mañer, uno de los principales y más dignos rivales de Feijoo, pasó muchos años de su vida en América. Concretamente, en Venezuela, y antes de las polémicas con Feijoo. De esa etapa de la vida de Mañer se hizo eco alguna vez el benedictino gallego, cuando se refería, no sin visible enojo, a la jactancia sobre noticias acerca de las Indias Occidentales que transparentaba su rival.

Efectivamente, diversas ideas controvertidas se apoyan en datos referidos a cosas americanas, de los cuales Mañer hace ostentación.³² Lo curioso es que Mañer (imaginamos que cegado por el ardor de la polémica) llegó al intento de rebatir las afirmaciones de Feijoo contenidas en el Discurso famoso sobre los “Españoles americanos”. Con más precisión, Mañer rebate los ejemplares humanos en que sustentaba sus afirmaciones. Para Mañer, la mayoría de los americanos citados por Feijoo, aunque habían nacido en el Nuevo Mundo, habían pasado en Europa gran parte de su vida y, sobre todo, alcanzado allí su lúcida vejez.

Los datos precedentes, bien lejos de agotar lo que imaginamos riquísimo filón, son, sin embargo, significativos de una adhesión indudable; adhesión casi sin retaceos, como hemos tenido oportunidad de ver.

La variedad de los testimonios muestra también que el favor no tenía una única cara. Por el contrario, la variedad de matices nos señala grados en el aprecio, grados que van desde la elemental exigencia de la lectura hasta la elaborada imitación o el comentario escrito. Y algo que no se ha notado mayormente, pero que se trasluce

³¹ Cf. GUILLERMO FURLONG: *Nacimiento y desarrollo de la filosofía en el Río de la Plata*, pp. 262-264.

³² Cf. *Antología del pensamiento filosófico venezolano*, pp. 513-517.

en las noticias precedentes. Si bien la repercusión del padre Feijoo alcanzó mayores ecos en la filosofía, o, si preferimos, en obras de pensamiento (tal como comúnmente se recuerda) lo justo es decir que la expansión alcanzó a casi todos los sectores que el benedictino trató en sus libros: biología, estética, pedagogía, historia, filología, política, oficios del hombre, etcétera. Pero no cabe duda —repito— de que Feijoo fue en América, como fue en España, uno de los escritores más leídos de su tiempo, y con un poco común poder fecundante. Los ejemplos aducidos nos eximen de mayores comentarios.

Feijoo, precursor

Sin pretender salvar una omisión extraordinaria, reparo que no suele incluirse el nombre de Feijoo en las obras (tan frecuentes en los últimos años) que pretenden mostrar las revoluciones hispano-americanas como resultado de una tradición eminentemente hispánica. Yo creo que, sin exagerar demasiado su dimensión, Feijoo puede ocupar también un lugar en las listas de nombres que se citan.

Claro que antes de detenernos en el benedictino y su posible aporte, conviene decir algunas palabras sobre los planteos fundamentales que se han esgrimido acerca de las ideas sociales y su repercusión e influencia en el ámbito hispanoamericano.

Es indudable que un estudio desapasionado —y con conocimiento directo de materiales— nos muestra hoy un perfil algo diferente al que vieron sobre todo los hombres de las generaciones del siglo XIX posteriores a la Revolución. Y es indudable también que no todo puede reducirse a ideas “de afuera”, a los enciclopedistas, a la Revolución francesa, a la Independencia de los Estados Unidos... En ese sentido, creo que puede defenderse fundadamente el relieve de la tradición política hispánica, siempre que no se pretenda borrar (y algunos, desgraciadamente, lo pretenden) lo que escapa a esa corriente.

Con otras palabras, resulta difícil dejar hoy de lado la posible repercusión de ideas del padre Vitoria, de Suárez, de Solórzano Pereyra, y, más cerca, de hombres como Campomanes y Jovellanos.³³ Pero siempre —aclaro— que tal reconocimiento no oculte la significación de Raynal, de Montesquieu, de Adam Smith y, sobre todo, de Rousseau.

³³ RICARDO LEVENE: *Historia de las ideas sociales argentinas* (Buenos Aires, 1947); MANUEL GIMÉNEZ FERNÁNDEZ: *Las doctrinas populistas en la Independencia de Hispano América* (Sevilla, 1947); P. GUILLERMO FURLONG S. J.: *Nacimiento de la filosofía en el Río de la Plata (1536-1816)* (Buenos Aires, 1947); íd., *Francisco Suárez fue el filósofo de la Revolución Argentina de 1810* (en Fundación Vitoria y Suárez; *Presencia y sugestión del filósofo Francisco Suárez...*, pp. 75-112 Buenos Aires, 1959); TULIO HALPERÍN DONGHI: *Tradición filosófica española e ideología revolucionaria de Mayo* (Buenos Aires, 1961).

Sobre Rousseau hay todavía mucho que decir, y, si bien pueden retacearse en nuestros días ciertos sectores de influencia hasta hace poco indiscutibles, su presencia aparece firme y extendida en la época revolucionaria. Por eso, no se trata de sustituir a Rousseau por el padre Suárez, valga el ejemplo, sino de aquilatar un panorama más amplio, fuera de conceptos *a priori* y de las derivaciones de un torneo que suele desembocar en lo pintoresco. Me refiero a las alternativas producidas por el afán de mostrar prioridades del autor de turno (se llame Rousseau, Suárez, Jovellanos, etcétera).

Si bien, por razones comprensibles, queda el tema para otro lugar³⁴ es lícito decir aquí que las revoluciones de independencia hispanoamericanas (podríamos decir, afortunadamente) no las hizo un libro o un autor determinado, ni se gestaron en un gabinete. Fueron resultado de múltiples factores, entre los cuales aparecen (digamos ahora, afortunadamente) los libros.

Aceptamos hoy, pues, un panorama más complejo que el que se vió durante mucho tiempo. Y aceptamos hoy —negarlo sería infantil— el vigor de la tradición hispánica, pero junto a otras líneas que escapan a ese origen. Esto es lo que me parece adecuado decir antes de situar en el cuadro una figura como la del padre Feijoo.

Por descontado, no hago del beneditino gallego una presencia espectacular, cuya obra influye de manera rotunda en la revolución hispanoamericana. Afirmar esto sería caer en evidente ingenuidad. Lo que sí quiero recalcar es que en páginas del padre Feijoo aparecen no sólo ideas nuevas, conceptos renovadores sobre diversas ciencias y disciplinas, sino también ideas políticas dignas de análisis.

Ideas políticas, por ejemplo, en que se combate la licitud de la guerra de conquista, y en que se combaten fundamentos del absolutismo. Así, encontramos en el Discurso titulado “La ambición en el solio” (*Teatro crítico universal*, III, Madrid, 1729, Discurso XII) estos párrafos sobre los reyes:

32. Que el rey es hombre como los demás, hijo del mismo Padre común, igual por naturaleza y sólo desigual en la fortuna.

33. Que esa fortuna, imagínela grande cuanto quisiere, toda se la debe a Dios, el cual pudo poner otra estirpe diferente en el trono, y a nadie haría injusticia aunque hubiese elevado a la majestad la que hoy es la más humilde del reino, o hubiese abatido a la más baja clase del reino la que hoy goza la majestad.

34. Que cuanto mayor idea tenga de su grandeza tanto mayor debe ser su agradecimiento a la majestad divina, que se la ha conferido, y a proporción está más obligado a servir a Dios que los demás hombres.

35. Que Dios no hizo el reino para el rey, sino el rey para el reino. Así, el gobierno se debe dirigir, no al interés de su persona, sino al de la República. Por

³⁴ Espero mostrarlo en un trabajo que completa la aún útil obra de Jefferson Rea Spell.

eso Aristóteles señaló por distintivo esencial entre el rey y el tirano el que éste mira sólo a su conveniencia propia; aquél atiende al bien común...

40. Que lo más difícil y, por tanto, lo más glorioso en un rey no es conquistar nuevos reinos, sino gobernar bien los que posee..

51. Que, en fin, ha de morir, y que en ese mismo momento que muera ha de comparecer, como el más humilde reo de la Tierra, delante del Rey de los Reyes a dar cuenta de todas sus acciones... ¡Terrible contemplo la residencia de un rey en aquel tremendo Tribunal! A los delincuentes particulares se hace cargo de uno u otro homicidio, de uno u otro hurto: a un rey inicuo se contarán por millares y aun por millones los homicidios y robos...

Otros discursos (como "La política más fina", en *Teatro crítico*, I, IV; "Voz del pueblo", en *Teatro*, I, I; "Senectud moral del género humano", en *Teatro* II, VII; "Valor de la nobleza e influjo de la sangre", en *Teatro*, IV, II; "Maquiavelismo de los antiguos", en *Teatro*, V, IV; "Sobre la virtud curativa de lamparones, atribuida a los reyes de Francia", en *Cartas eruditas*, I, XXV) ofrecen también, al lado de muestras de respeto y acatamiento al poder real, de respeto y acatamiento a los poderes constituidos, más de una reflexión digna de alimentar entre los "españoles americanos" el espíritu revolucionario o, por lo menos, una condición mejor que la que entonces gozaban. Y esto es más de destacar, porque los reyes de España un Fernando VI, un Carlos III) dieron sobradas pruebas de respeto y admiración hacia Feijoo. En el beneditino hay, a su vez, dedicatorias de tomos, pero no elogios cortesanos ni rastreras adulaciones. Recordemos que, entre otros párrafos, escribió Feijoo:

Es máxima de los cortesanos, y mucho más de los favorecidos, preconizar, ya con verdad, ya sin ella, excelencias de los príncipes... ("Sobre la virtud curativa de lamparones, atribuida a los reyes de Francia").

Las revoluciones de independencia en Hispanoamérica no se originaron en un libro o en un autor. Constituyen un hecho menos simple que el que se ha pretendido mostrar en ciertos ensayos. Los factores fueron muy diversos y, dentro de esos factores, figuran —claro está— ideas que pasan el océano, sobre todo a través del libro.

Curiosamente, durante mucho tiempo se pensó que un fenómeno como el de la independencia no podía tener también raíces españolas o hispánicas (una vez más, registramos la excepción, lúcida, de don Andrés Bello). Hoy vemos que eso es posible. O, mejor, vemos que esas raíces, en fundada proporción, son incontrovertibles. Y, dentro de tal línea, en modesto lugar, entran, me parece, páginas del padre Feijoo.

Reparemos que, así como la obra prohibida suele acuciar el interés de los lectores (y más, tratándose de una obra política), el libro que circula sin mayores trabas suele dar una sensación de seguridad y

confianza en el lector, a través de lo “permitido” o “aceptado” por las autoridades y censores. Y es punto de referencia inmediato. Las obras del padre Feijoo, de extendida difusión en América durante el siglo XVIII (lo hemos visto), entusiastamente recibidas por numerosos lectores, escritas en español y dentro, por lo tanto, de una órbita que excedía el público, más restringido, de los tratados, pudieron contribuir, así, a crear los gérmenes que harían crisis en los albores del siglo XIX. Y no me coloco, al afirmar esto, en la situación entusiasta pero extremada de Miguel Morayta (autor de un meritorio y aun útil libro sobre el padre Feijoo) que hacía del benedictino algo así como el principal almacén de la Constitución española de 1812.³⁵

El papel de Feijoo es posiblemente modesto en este sector. No pretendo exagerar virtudes ni poder, aunque creo, sí, que no puede desecharse en la ya aceptable lista que constituye lo que llamamos tradición política española.

Conclusión

Termino. A las noticias conocidas que vinculan los nombres de Feijoo y América he agregado nuevos datos corroboradores. Y a esos datos agrego también fundamentos para la idea de un *Feijoo precursor* nada espectacular, nada estridente (cf., en otra línea, la situación de los jesuitas americanos). Desde nuestra posición, es esta posible virtualidad y fecundación del benedictino aporte digno de mención. En última instancia, valor que agrega nuevo peso a una obra de indudable trascendencia en diversos sectores del pensamiento.

Con otras palabras, la presencia viva de Feijoo se apoya de manera firme en su noble figura humana, en su saber y curiosidad (fuertemente apoyados en su tiempo, pero de amplísimo horizonte), en su lucha sin tregua contra los *idola fori*, en su fervor —muy de su época— por las “ciencias” y la experimentación, en su buen sentido y equilibrio, en su examen y “dolor” de España...

A estas bondades (lo son, en su mayor parte) agrega Feijoo para nosotros, americanos, su preocupación, no extendida pero visible, por las cosas de nuestro continente, un eco muy palpable en escritores americanos del siglo XVIII, y aun una dimensión concreta (que he procurado defender) de tibio precursor.

EMILIO CARILLA

San Miguel de Tucumán, marzo de 1964.

³⁵ Ver MIGUEL MORAYTA: *El padre Feijoo y sus obras*, p. 230.

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

Presidente

Dr. Roberto Ciafardo

Vicepresidente

Ing. Conrado Ernesto Bauer

Secretario general

Dr. Osvaldo Balbín

Guardasellos

CONSEJO SUPERIOR

Decanos: Ing. Conrado Bauer, Cont. Pedro Delfino, Dr. Héctor L. Fasano, Dr. Bartolomé Fiorini, Dr. Carlos Federico García, Dr. Alfredo J. García Perazzi, Dr. Simón Gershanik, Arq. Alfredo Juan Kleinert, Dr. Luis E. Pianzola, Ing. Agr. Héctor C. Santa María, Dr. Mario E. Teruggi.

Delegados de los profesores: Dr. Gregorio A. Caro, Dr. Manuel G. Escalante, Dr. Alejo M. Fournier, Dr. Jorge Lascano, Ing. Agr. Alfredo Leguizamón, Prof. Ricardo Nassif, Dr. Ricardo R. Rodríguez, Dr. Enrique M. Sívori, Ing. Enrique P. Villarreal, Cont. Natalio V. Vittone.

Delegados de los graduados: Dr. Cecilio Alberdi, Ing. Agr. Alfredo N. Bettendorff, Ing. Raúl R. De Luca, Dr. Néstor O. Dron, Arq. Enrique Fernández, Cont. Miguel Angel García Lombardi, Lic. Ricardo Pedro Ochoa, Geól. Jorge Rafael, Dr. Leopoldo J. Russo, Prof. Lázaro Seigelschifer.

Delegados de los estudiantes: Sr. Carlos Alberto Cañete, Srta. Susana Dessy, Sr. Mariano A. Gil, Sr. Hugo Julio Lara, Sr. Alberto O. Muller, Sr. Daniel Pabón, Sr. Horacio L. Perechodnik, Sr. Raúl A. Pessacq, Sr. Jorge Orlando San Cristóbal, Sr. Juan M. Valcarcel.

**FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS
DE LA EDUCACIÓN**

Decano
Dr. Carlos F. García

Vicedecano
Prof. David Oteiza

Secretaria
Srta. Olga Costa

CONSEJO ACADÉMICO

Consejeros de los profesores: Dr. Enrique M. Barba, Prof. Luis N. Ravagnan, Prof. Zulema Quiroga, Prof. Alejandro J. Amavet, Prof. Erwin F. Rubens, Prof. David Oteiza.

Consejeros de los graduados: Prof. Rafael Carasatorre, Prof. Nelly Sagastume de Cafrune.

Consejeros de los estudiantes: Sr. Juan Carlos Juliano, Srta. Susana Ronga, Sr. Juan Vito Colángelo, Sr. Gabriel Coca.

DEPARTAMENTOS E INSTITUTOS DE LA FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

DEPARTAMENTO DE LETRAS

Jefe: Dr. Raúl H. Castagnino
Secretaria técnica: Pfra. Delia A. M. de Zaccardi

Instituto de Literatura Argentina e Iberoamericana: Director: Prof. Juan Carlos Ghiano.
Instituto de Literaturas Extranjeras: Directora: Dra. Ilse M. de Brugger.
Instituto de Literatura Alemana: Director ad-honorem: Dra. Ilse M. de Brugger.

DEPARTAMENTO DE FILOGÍA

Jefe: Prof. Clemente Hernando Balmori
Secretario técnico: Prof. Miguel V. Olivera Giménez

Instituto de Filología: Director: Prof. Clemente Hernando Balmori.
Instituto de Lenguas Clásicas: Director:
Instituto de Lenguas Modernas: Director: Prof. Elsa T. de Pucciarelli.

DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA

Jefe: Prof. Emilio A. Estiú
Secretario técnico: Prof. Armando Delucchi

Instituto de Filosofía: Director: Prof. Emilio A. Estiú.
Instituto de Historia de la Filosofía y del Pensamiento Argentino: Director: Prof. Norberto Rodríguez Bustamante.

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

Jefe: Prof. Ricardo Nassif
Secretario técnico: Pfra. Martha C. de Galaburri

Instituto de Pedagogía: Director: Prof. Ricardo Nassif.
Instituto de Educación Física: Director: Prof. Alejandro J. Amavet.

DEPARTAMENTO DE HISTORIA

Jefe: Prof. Carlos Heras

Instituto de Historia Americana: Director: Dr. Enrique M. Barba.

Instituto de Historia Argentina: Director: Prof. Carlos Heras.

Instituto de Historia Antigua (Clásica y Oriental): Director ad-honorem: Prof. Abraham Rosenvasser.

Instituto de Geografía: Director: Prof. Augusto Tapia.

Instituto de Historia Económica y Social Argentina y Americana: Director ad-honorem: Dr. Enrique M. Barba.

DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA

Jefe: Dr. Luis María Ravagnan

Instituto de Psicología: Director: Dr. Luis María Ravagnan.

CENTRO GALLEGO DE BUENOS AIRES

Presidente: José Villamarín Prieto. *Vicepresidente*: Cosme Méndez. *Secretario*: Manuel Silva. *Prosecretario*: Eduardo A. Pérez. *Contador*: Roberto A. Cápolo. *Procontador*: José Luis López Garra. *Tesorero*: Constantino Francisco Areal. *Protesorero*: José M. Parafita. *Vocales*: Evaristo Míguez Illobre, Vaselicio Iglesias, Luis Picado Vázquez, Perfecto Fraga, José Tibaudín Lema, José Docasar, Manuel Vaamonde. *Comisión de cultura*: José Núñez Búa, Luis Seoane, Pedro F. Prado, Abelardo Estévez, José R. Andrade, Juan Manuel Pérez, José Alfonso Reboreda, Victoriano Martínez Baqueiro, Genaro Longueira, Segundo Pampillón, Daniel Calzado, Antonio Rodiño Escudero, Rodolfo Prada, Alfonso J. Souto, Emilio Pita, José Benito Díaz Saavedra, Eduardo R. Sánchez Millares, Luciano Badía.

PUBLICACIONES DEL DEPARTAMENTO DE LETRAS

Boletín de Investigaciones Literarias (Nos. 1 a 7).
Boletín Informativo "Departamento de Letras" (Nos. 1 a 3).
Muestra de autores y libros platenses.

SERIE "MONOGRAFÍAS Y TESIS"

Tomo I — Alma N. Marani: *La poesía de Giovanni Pascoli.*
Tomo II — Lidia N. G. de Amarilla: *El ensayo literario contemporáneo.*
Tomo III — Julio Caillet-Bois: *La novela rural de Benito Lynch.*
Albertina Sonol: *Bibliografía de Benito Lynch.*
Tomo IV — Angel H. Azeves: *La elaboración literaria de Martín Fierro.*
Tomo V — Alma N. Marani: *Jacopone Da Todi.*
Tomo VI — Raúl H. Castagnino: *El teatro de Roberto Arlt.*
Tomo VII — Emilio Carilla: *Lengua y estilo en Sarmiento.*

SERIE "TRABAJOS, COMUNICACIONES Y CONFERENCIAS"

Tomo I — *Algunos aspectos de la cultura literaria de Mayo.*
Tomo II — *Friedrich Hebbel.*
Tomo III — *Universidad "nueva" y ámbitos culturales platenses.*
Tomo IV — *Lope de Vega.*
Tomo V — *Fray Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro.*

SERIE "TEXTOS BILINGÜES"

Tomo I — Franz Grillparzer: *Medea* (versión española, prólogo y nota de Ilse T. M. de Brugger).

**ESTA OBRA SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN BUENOS AIRES,
EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE
GUILLERMO KRAFT LTDA.,
SOC. ANÓN. DE IMPRESIONES GENERALES,
AV. MARTÍN GARCÍA 701,
EL DÍA 15 DE JULIO DE 1965.**

